

Amor al primer mordisco

Serrilyn Kenyon

LA Banks

Susan Squires

Ronda Thompson

Lectulandia

Hasta que la muerte nos separe

de Sherrilyn Kenyon

Hace quinientos años que el alma de Esperetta se unió a la de su esposo, Velkan, para convertirse en inmortales. Ahora deben luchar contra un viejo enemigo y contra la pasión que amenaza con consumirles.

Cabalga el viento de la noche

de L.A. Banks

Unas oscuras pesadillas en las que aparece una hermosa mujer y un ser extraño persiguen a José Ciponte en medio de la noche. Ahora, la pesadilla se ha hecho realidad...

El regalo

de Susan Squires

Lo único que el mayor Davis Ware desea es pedir la mano de la hermosa Emma Fairchild. Pero le reclaman para que se presente de nuevo en la batalla y que se enfrente a un destino desesperado. Emma se aventurará en el mismo infierno para salvarle.

El olvidado

de Ronda Thompson

Lady Anne Balwin desea liberarse de las ataduras de la corrección cuando encuentra al misterioso Merrick, cuyos ojos brillan como los de un lobo, sabe que ha encontrado algo más de lo que esperaba.

Lectulandia

AA. VV.

Amor al primer mordisco

ePub r1.2
Fénix 13.12.14

Título original: *Love at First Bite*

AA. VV., 2006

Sherrilyn Kenyon, L.A. Banks, Susan Squires & Ronda Thompson

Traducción: Lola Romani

Editor digital: Fénix

ePub base r1.2

Este libro contiene fuentes incrustadas

más libros en lectulandia.com

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

SHERRILYN KENYON

Prólogo

Rumania, 1476

ÉL la estaba persiguiendo y ella lo sabía. Esperetta, de la casa de Drácula, notaba su presencia, allí fuera, en la fría oscuridad. Invisible. Temible. Amenazante.

Y cada vez estaba más cerca.

Más cerca.

Tan cerca que casi podía notar su aliento sobre su piel, ver sus ojos malignos que la acechaban implacablemente en la noche mientras ella huía, confiando en encontrar alguna manera de escapar.

Él quería matarla.

—Esperetta...

Esa voz sensual y profunda era mágica: siempre la hacía sentir débil, la sumía en una especie de adormecimiento. Pero ahora no se lo podía permitir. No, ahora que había descubierto que él era un monstruo.

Esperetta tropezó en la oscuridad. La niebla parecía cerrarse a su alrededor, como ralentizando su avance, como tirando de ella hacia atrás, hacia donde él la esperaba para devorarla.

En el bosque, el eco de los aullidos de los lobos viajaba con el aire que, gélido, le atravesaba el camisón y la capa manchados de tierra y la hacía sentirse casi desnuda.

Respirando entrecortadamente y con dificultad, intentó trepar sin éxito por un sólido muro de acero negro. No, no era acero.

Era él.

Sus manos palparon el temible emblema de oro de su armadura que representaba una serpiente enroscada que amenazaba con su veneno. Aterrorizada, levantó la vista y se encontró con esos ojos oscuros y profundos que parecían penetrarla. Pero no era eso lo que la atemorizaba. Lo que la asustaba era el hecho de que iba vestida con el blanco camisón de los muertos. La aterrorizaba el hecho de que se había arrastrado fuera de su propia tumba y se había encontrado en el cementerio de la iglesia bajo la luna llena. Se había quedado paralizada, mirando la lápida que mostraba su nombre y fecha de fallecimiento, durante una hora hasta que fue capaz de reunir el valor suficiente para abandonar ese lugar.

Ya no se encontraba en Moldavia, donde había estado cuando se había ido a la cama: ahora se encontraba en un pequeño pueblo a las afueras de Bucarest; en el patio de la iglesia del castillo de su padre, donde había nacido. Necesitaba

comprender lo que le había sucedido, así que se dirigió a la casa de su padre, pero allí encontró un horror incluso peor que el de despertarse en la propia tumba.

Había visto a su esposo matar a su padre ante sus propios ojos. Le vio lanzar alegremente la cabeza de su padre a sus enemigos turcos y, chillando, escapó de ellos y penetró en la noche.

Y no había dejado de correr hasta ese momento. Ahora se encontraba en brazos de un hombre cuya armadura estaba manchada con la sangre de su propio padre. El mismo hombre a quien había jurado amar para toda la eternidad.

Pero no era a ese hombre a quien amaba. Este hombre era un monstruo con el corazón frío. Un mentiroso. Quizá mostrase el mismo porte imponente, tuviera el mismo pelo negro y largo y las mismas facciones afiladas y aristocráticas, pero no era Velkan Danesti quien la sujetaba en esos momentos.

Era el diablo en persona.

—¡Suéltame! —gruñó ella, apartándose de él de un empujón.

—¡Esperetta, escúchame!

—¡No! —gritó ella, alejándose mientras él intentaba sujetarla de nuevo—. Tú me has matado. Has matado a mi padre.

Él la miró con el ceño fruncido y si ella no hubiera visto su lado oscuro, hubiera creído que esa sinceridad no era fingida.

—No es lo que crees.

—Lo vi. Tú le mataste, mataste a mi padre.

—Porque él te mató a ti.

Ella negó con la cabeza.

—¡Mientes! Eres tú quien me dio el veneno. ¡Tú! No mi padre. Él me quería. Nunca me habría hecho daño.

—Tu padre te clavó un cuchillo en el corazón cuando te vio muerta para asegurarse de que no estabas fingiendo.

A pesar de todo, ella no le creía. Él mentía, y ella lo sabía. Su padre nunca hubiera hecho una cosa así. Velkan le había dado el bálsamo para dormir y le había dicho que la haría dormir tan profundamente que nadie se daría cuenta de que estaba viva. Le prometió que no la enterraría, porque ése había sido siempre su miedo. El uno al lado del otro, se suponía que tenían que despertar juntos del sueño y que estarían libres para estar juntos para siempre.

Pero ella no se había despertado en su cama. Se había despertado en su tumba.

Ahora ella sabía qué era lo que él había planeado desde el principio: matarla a ella y a su padre para poder vengarse de su propio padre y arrebatar las tierras de su familia. Velkan no la amaba. La había utilizado, y ella, como una tonta, había sido un juguete en sus manos y eso le había costado la vida a su padre.

Corrió hacia el bosque, pero Velkan la adelantó.

Ella intentó apartarse, pero él la sujetó por el brazo con fuerza.

—Escúchame, Esperetta. Tú y yo estamos muertos, los dos.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿Te has vuelto loco? Yo no estoy muerta. Sólo he estado durmiendo, tal y como tú dijiste que haría. ¿De qué locura estás intentando convencerme?

—No es una locura —dijo él, mirándola con los ojos encendidos—. Cuando nos casamos, yo hice que nuestras almas se unieran con la brujería de mi madre. Esa noche te dije que yo no quería existir sin ti, y lo dije en serio. Cuando tu padre te mató, juré vengarme de él, y cuando él me mató, una diosa se presentó ante mí y me ofreció un acuerdo. Le vendí mi alma para poder vengarte y matarle. Por ti. Cuando cerré el trato con Artemisa no comprendí que ese trato también te incluía a ti. Si yo vivo, tú vives. Estamos unidos. Para siempre.

Entonces él hizo algo que pareció lo más increíble de todo: abrió la boca y le mostró unos colmillos largos y afilados.

¡Era un *vampiro*!

El corazón le latió con fuerza de miedo. ¡No era posible! Ése no era su amado marido, era un demonio infame.

—Te has aliado con Lucifer. Mi padre tenía razón. Todos los Danesti son unos diablos que deben ser desterrados de esta tierra.

—No somos diablos, Esperetta. Mi amor por ti es puro y bueno. Te lo juro.

Ella hizo una mueca y se soltó de su mano.

—Y mi amor por ti está tan muerto como mi padre —le soltó antes de salir corriendo a través de la niebla otra vez.

Velkan se obligó a quedarse quieto y a no seguirla. Su esposa era joven y esa noche había tenido una fuerte conmoción.

Ella volvería a él, estaba seguro de ello. En toda su vida de horror y de violencia, ella era lo único bueno y amable que él había tenido. Solamente ella había tocado su corazón muerto hacía tanto tiempo, y había podido hacerlo revivir. Seguramente, no estaría enfadada con él mucho tiempo. No, dado que lo único que él había hecho era protegerla.

Ella se daría cuenta de la verdad y volvería a él.

—Vuelve pronto, Esperetta. —Y entonces, pronunció la única palabra que nunca antes había salido de sus labios—: Por favor.

Chicago, 2006

—SÓLO por curiosidad. ¿Es posible que una inmortal muera atragantada?

Retta Danesti dirigió una mirada de fastidio a su mejor amiga mientras intentaba tragarse el trozo de pasta que se le había quedado atascado en la garganta. Francesca era una mutante y hacía siglos que era su amiga, así que tenía conocimiento del hecho de que el esposo de Retta había vendido las almas de ambos a Artemisa y que, por ello, había convertido a Retta en inmortal.

Las noticias que Francesca le acababa de comunicar le habían sentado tan mal que se había atragantado con un trozo de pastel, que se le había quedado atascado en la garganta y le quemaba como si fuera de fuego.

Francesca le dio unos golpes suaves en la espalda.

—Vamos, niña, sabía que te molestaría, pero no tenía intención de que te matara.

Retta alargó la mano hasta una botella de agua y finalmente pudo aclararse la garganta, aunque los ojos le lloraban sin parar.

—Bueno, ¿qué es lo que me habías dicho?

Francesca colocó ambas manos en el regazo y la miró directamente a la cara.

—Tu esposo va a abrir el parque temático de Drácula en Transilvania el verano próximo y la atracción principal van a ser los restos momificados de Vlad Tepes: el mismísimo Drácula. Parece ser que Velkan va a entregar el cuerpo a los científicos para que éstos puedan confirmar los restos con distintas pruebas para demostrar que de verdad es el empalador de la leyenda medieval.

A Retta le hervía la sangre.

—¡Ese completo cabrón! —Varias cabezas se volvieron hacia ella y se sintió avergonzada.

Francesca bajó la voz y habló tapándose la boca con la mano.

—Realmente, él no tiene los restos de tu padre, ¿verdad?

Retta se terminó el agua mientras le deseaba mentalmente mil calamidades a Velkan, entre ellas, algunas pestilencias y pestes que hicieran que una parte especial de su anatomía se marchitase y se pudriera.

—Es posible. Después de todo, Velkan le mató y probablemente fuera quien le enterrara. Aunque dudo que tenga la cabeza, porque se la dio a los enemigos de mi padre.

Apretó la botella con fuerza.

—¡Mierda! Primero le da a Stoker ese ridículo libro, luego empieza con las giras turísticas, luego el restaurante y el hotel de Drácula, y ahora esto. Juro, y pongo a Dios por testigo, que conseguiré un hacha y le mataré de una vez por todas.

Los ojos azules y claros de Francesca mostraban una cálida expresión de preocupación. A pesar de que ella era una loba que había cobrado forma humana, sus ojos eran muy parecidos a los de un gato cuando era humana. Lo único que la Francesca humana compartía con su equivalente loba era el pelo grueso y oscuro de color avellana. Además de unos rapidísimos reflejos.

—Tranquilízate, Retta. Sabes que él está haciendo esto sólo para meterse debajo de tu piel.

—Y está funcionando.

—Venga, él no lo haría de verdad.

—¿Vengarse de mí? Sí, lo haría. —Apretó las mandíbulas de pura frustración mientras continuaba invocando mentalmente la ira divina. Durante siglos, Velkan no había hecho nada más que acosarla a ella y a su familia—. Odio a ese hombre con todas las fibras de mi cuerpo.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él?

Ése era un tema en el que ella no quería pensar. Aunque habían pasado quinientos años, todavía era capaz de recordar claramente la noche en que se conocieron. Ella se dirigía a casa desde el convento para hacerle una visita a su padre, cuando su grupo fue atacado por los turcos. Éstos mataron a todo el mundo menos a ella y estaban a punto de violarla cuando, de repente, fueron decapitados.

Ella estaba demasiado asustada para gritar y se quedó tumbada en el suelo, cubierta por su sangre y esperando que llegara el momento de su propia muerte. Entonces miró hacia arriba y vio a un hombre con armadura que estaba acabando con los pocos atacantes que habían conseguido escapar.

Vestido con una armadura negra que mostraba un emblema de una serpiente dorada, el caballero que había matado a sus atacantes la envolvió con una capa de piel y la levantó del suelo. Sin dirigirle ni una palabra, Velkan la llevó a lomos de su caballo hasta su casa, donde se aseguró de que ella recibiera atenciones y alimento.

Ella todavía recordaba su fiereza, el poder que emanaba de él. Llevaba un casco negro con forma de pájaro depredador para inspirar miedo a sus enemigos. Y a ella le había aterrorizado por completo.

No le vio las facciones del rostro hasta más tarde, esa misma noche, cuando él acudió a comprobar cómo se encontraba. Pero no fue su atractivo ni su fuerza lo que la cautivó, más bien fue su inseguridad cuando se encontraba frente a ella, el hecho de que ese hombre que se había mostrado tan intrépido y fuerte ante los turcos temblara al alargar la mano para tocarla.

Fue amor a primera vista.

O eso le pareció.

Esos recuerdos le dolían en el corazón y Retta hizo una mueca y se recordó a sí

misma que, al final, Velkan la había traicionado y había asesinado a su padre.

—Yo era joven y estúpida, y no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo. Creí que era un príncipe noble. No tenía ni idea de que él no se encontraba ni un escalón por encima de los monos. —Tomó la página impresa de Yahoo que Francesca le había traído—. Retiro lo que he dicho y pido sinceras disculpas a todos los primates de la tierra por haberles insultado. Él ni siquiera está a la altura de los monos. Es una babosa rastrera.

Francesca mojó una patata frita en *ketchup*.

—No lo sé, pero a mí me parece bastante tierno que utilice todos esos trucos para que vayas a verle.

«Sí, claro.»

—No es por eso que lo hace. Está intentando torturarme y vengarse de mi padre. Esto no tiene nada que ver con sentimientos de ternura, sino con un hombre que es implacable. Un hombre que, incluso al cabo de quinientos años, no puede dejar que mi familia descanse en paz. Es un animal. —Retta suspiró y volvió a dejar la hoja encima de la mesa. Luego sacó el móvil del bolso.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a reservar un vuelo a Transilvania para matarle personalmente. Luego detendré ese circo de una vez por todas.

Francesca se burló.

—No, no lo vas a hacer.

—Sí, lo voy a hacer.

—Entonces, reserva dos.

Retta hubiera cuestionado la necesidad de ello, dado que los cazadores de hombres mutantes podían teletransportarse de un lugar a otro, pero, por algún motivo, a Francesca siempre le había gustado viajar con ella. Por supuesto, si Retta era lista, podía hacer que Francesca la teletransportase a ella también, pero odiaba viajar de esa forma, incluso aunque era prácticamente instantáneo. Retta era inmortal, pero le gustaba comportarse de la forma más normal posible. Además, si los cazadores de hombres no conocían la zona, podían chocar contra un árbol o manifestarse justo delante de alguien. Ambos sucesos tenían repercusiones nefastas.

Mientras marcaba en el teléfono, hizo una pausa y observó a Francesca mientras ésta se servía más *ketchup*.

—¿Por qué quieres venir?

—Después de todos estos años de oírte maldecir al Príncipe Gilipollas, quiero conocerle en persona.

—De acuerdo, pero recuerda que no debes mirarle directamente a los ojos. Si lo haces, te arrebatará toda tu bondad y te dejará en la misma miseria ética en la que él vive.

Francesca soltó un silbido suave.

—Recuérdame que no debo hacerte enojar. Lo digo en serio. ¿Tan malo es?

—Créeme. No hay nadie peor que él. Y pronto te darás cuenta de que tengo razón.

RETTA había olvidado la belleza de su tierra natal. Mientras subían el estrecho paso de montaña en dirección al hotel donde ella y Francesca iban a alojarse, los recuerdos la asaltaron. A pesar de que tenía los ojos abiertos, Retta podía ver esa tierra tal y como había sido cuando no había cables eléctricos ni edificios modernos, cuando no había carreteras, sino sucios caminos transitados por caballos que atravesaban el paisaje valaco de camino a Bucarest o a otros pueblos.

Dios, cómo echaba de menos las montañas de su infancia. De joven había pasado horas contemplándolas desde la ventana del convento. Fuera cual fuese la estación del año, siempre se veían imponentes, como si un trozo de cielo hubiera caído sobre la tierra. Nunca había dejado de estimular su imaginación y fantaseaba acerca de cómo debía de ser poder volar por encima de esas montañas y explorar esas distantes regiones.

Por supuesto, en su tiempo de vida como ser humano, ése había sido un sueño imposible. Pero desde su muerte, ella había viajado por todo el globo intentando escapar de la crueldad de Velkan.

Pasaron en taxi por delante de varias casas de tejado de paja que parecían pertenecer a otro tiempo. Retta habría jurado que algunas de ellas se encontraban allí desde hacía quinientos años, cuando ella había abandonado esta tierra para escapar de su marido.

Esa misma noche había jurado que nunca volvería.

Pero allí estaba. Y ahora se sentía tan poco segura como se había sentido entonces. Su futuro estaba igual de poco claro. La única cosa que la mantenía era la amistad de Francesca. Francesca se había unido a ella mientras Retta se dirigía desde Valaquia a París. Se habían encontrado en una pequeña pensión donde Retta se había detenido para comer algo.

Era una noche sacudida por una tormenta terrible y el chófer se negó a continuar hasta que amainara. A causa de ello no quedaban habitaciones libres. Francesca había tenido la amabilidad de compartir su habitación con Retta.

Desde esa noche, habían sido virtualmente inseparables. No había nada que hubiera apreciado más durante esos siglos que la lealtad y la inteligencia de Francesca.

—¿Estás bien? —preguntó Francesca.

—Estoy pensando.

Francesca asintió con la cabeza y miró por la ventana.

—¿Está como lo recordabas?

Retta no dijo nada porque se dio cuenta de que el conductor las estaba observando por el espejo retrovisor.

—¡Una cabra! —gritó Retta en rumano al ver que el animal se interponía en la carretera delante de ellos.

El conductor pisó los frenos y Retta y Francesca se vieron impulsadas hacia delante. Las dos soltaron una exclamación en cuanto se golpearon con el respaldo de los asientos delanteros y se quedaron sin respiración. Se miraron la una a la otra, enojadas, y volvieron a instalarse en sus respectivos sitios.

Francesca se abrochó el cinturón de seguridad.

El conductor les sonrió por el espejo retrovisor.

—¿Es usted una de los nuestros, eh? —dijo en rumano—. Me pareció que tenía el aspecto de ser hija natural de aquí.

Retta no contestó. ¿Cómo podía hacerlo? Ese hombre hubiera dado la vida por saber la hija natural que era: después de todo, había sido su padre quien había convertido ese rincón del mundo en el rincón turístico que era.

Esa idea le dolió, porque le hizo recordar la turbulencia de esos años mortales. Esa tierra se había visto bañada en sangre, pues se había luchado batalla tras batalla entre rumanos y turcos. También había luchado su familia contra la de su esposo, puesto que ambas buscaban el poder político. Ella había sido tan tonta de creer que casarse con Velkan podía suavizar esa hostilidad entre las familias y hacer que se concentraran contra los invasores externos de su tierra.

Ese error, así como la bien conocida tragedia en su vida durante el siglo xv fue lo que condujo a un hombre llamado William Shakespeare a escribir Romeo y Julieta unos cien años más tarde. Al igual que a esa pareja, su matrimonio secreto les había conducido a ambos a la muerte.

Pero en su caso, había sido la brujería negra de su marido lo que les había conducido a la resurrección y a la inmortalidad. ¡Mierda! Ni siquiera después de tantos siglos podía ella perdonarle. Además, las pocas veces que ella se había mostrado débil, él había hecho algo que había renovado su enojo.

Apartó esos pensamientos a un lado al ver que llegaban al hotel. Retta salió del taxi primero mientras el chófer sacaba las maletas del portaequipajes. Retta levantó la mirada hacia el pintoresco hotel de techo arqueado y bordes oscuros. Tomó la maleta que le ofrecía el hombre y le pagó. Estaba anocheciendo.

—Gracias —dijo él.

Retta inclinó la cabeza y ella y Francesca subieron las escaleras de madera oscura del hotel.

Francesca frunció el ceño al ver un anuncio que había en un panel justo debajo de ellas. Era idéntico a los demás excepto por el hecho de que estaba escrito en inglés.

—¿Has visto eso? La gira turística de Drácula empieza dentro de una hora desde la iglesia.

Retta estaba furiosa.

—¡Que pille la sífilis en los dos testículos!

Francesca se rió al oírla.

—Eso es muy duro.

—Sí, lo es. Pero él se merece cosas mucho peores. El muy cabrón.

—¿Puedo ayudarlas con la maletas?

Retta se sobresaltó al oír esa profunda voz de acento fuerte que había hablado de repente. ¿De dónde diablos venía? Se dio la vuelta y se encontró con la mirada de un hombre guapo que rozaba la treintena y que estaba de pie justo delante de ella. Ese hombre se parecía bastante a Francesca, tanto que podría haber sido su hermano: tanto en el pelo color avellana oscuro como en los brillantes ojos azules.

—¿Es usted del hotel?

—Sí, señora. Me llamo Andrei y estoy aquí para servirla de la forma en que usted desee.

Francesca se rió, pero Retta tuvo la sospecha de que ese doble sentido no tenía nada que ver con que estuviera intentando hablar otro idioma. Ese hombre sabía qué estaba ofreciendo.

—Gracias, Andrei —dijo en tono frío mientras le ofrecía la maleta—. Tenemos que ir a recepción.

—Como desee..., ¿señora?

—Ella es señora, yo soy señorita —dijo Francesca, dándole también la maleta.

—Sabía que tenía que haberte dejado en Chicago —le dijo Retta entre dientes mientras Francesca le guiñaba un ojo al guapo rumano. A pesar de todo no estaba flirteando con él, lo cual, para Francesca, siempre era lo primero.

—Estoy seguro de que las dos van a disfrutar mucho de su estancia aquí en el hotel... —hizo una pausa dramática para pronunciar con auténtico acento rumano—: Drácula. Esta noche hay un menú especial. Filete con salsa de frambuesa ácida y puré de patatas con ajo para mantener alejados a esos malignos vampiros. —En sus ojos se veía un brillo maligno que a Retta no le pareció ni atractivo ni divertido.

Más bien, la sacaba de quicio.

—Supongo que el ajo va a mantener alejado a algo más que a los vampiros, ¿verdad, Andrei? —dijo ella con sarcasmo.

Él no dijo nada mientras las conducía escaleras arriba hasta la puerta del hotel. Había una cabeza de vampiro clásica encima de cada una de las puertas que daba al vestíbulo, de un color rojo sangre. También había fotos que mostraban a Drácula en distintas representaciones de Hollywood, así como esbozos y pinturas del padre de Retta.

Su «favorita» era la copa de oro que se encontraba en una caja, con una inscripción que decía que era la que su padre había colocado en la plaza central de Tirgoviste. Él había proclamado sus tierras libres de crimen, así que la colocó allí para tentar a los ladrones. Aterrorizados como estaban, ninguno se atrevió a tocarla. La copa permaneció en la plaza durante todo su reinado.

Justo al lado de la copa, había algo que parecía una estaca llena de sangre seca cuya placa afirmaba que era una estaca que su padre había utilizado para empalar a un monje que le había mentado. Retta sintió la bilis en la garganta.

—¿Alguna vez has sentido que acababas de entrar en una pesadilla? —le preguntó a Francesca.

—Oh, venga, disfrútalo.

Sí, claro. Lo único de lo que podría disfrutar sería de darle una patada en las pelotas a Velkan con tanta fuerza que le salieran por la nariz. Bueno... quizá sí era hija de su padre, después de todo. De repente, comprendió la necesidad de su padre de torturar a sus enemigos.

Andrei las condujo a través del vestíbulo.

—¿Quieren unas entradas para la gira de esta noche?

Retta respondió sin pensárselo dos veces.

—Y también otro agujero en la cabeza.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Eso significa «no, gracias» en inglés norteamericano —dijo Francesca rápidamente.

—Qué extraño. Cuando estuve en Nueva York, eso significaba «y una mierda».

—¿Estuvo usted en Nueva York? ¿Cuándo? —preguntó Francesca con tono sorprendido.

—Hace un año. Fue... interesante.

Algo extraño pasó entre ellos.

Retta meneó la cabeza.

—Debió de ser un choque cultural para usted.

—Hizo falta acostumbrarse un poco, pero me lo pasé bien allí.

—¿Qué le hizo volver? —preguntó Retta.

Él la miró a los ojos como si supiera qué y quién era ella.

—Si uno lleva Transilvania en la sangre, eso nunca le abandona.

Retta lo pasó por alto.

—Dígame, Andrei. ¿Conoce usted a un tal Viktor Petcu?

Él arqueó una ceja.

—¿Y por qué quiere usted hablar con él?

—Soy una vieja amiga.

—Lo dudo, puesto que yo conozco a todos sus viejos amigos y recordaría si él hubiera tenido a una mujer tan guapa en su pasado.

Alguien llamó.

Retta se dio la vuelta hacia el mostrador y vio a una mujer que se colocaba delante del libro de contabilidad que había encima de él. Parecía tener alrededor de cuarenta años e iba vestida con la tradicional camisa y falda de campesina rumana. Era alta y llamaba la atención: era una persona a quien hacía quinientos años que Retta no había visto.

No era posible...

—No es a Viktor a quien quiere ver, Andrei —dijo la mujer, indicando a Retta con un gesto de cabeza—. Ha venido por el príncipe Velkan.

—¿Raluca? —Retta miró con asombro a la mujer.

Ella la saludó con un gesto de cabeza.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa, princesa. Bienvenida.

Con la boca abierta, Retta se acercó despacio hacia la mujer para poder estudiar los rasgos de su cara. Parecía solamente un poco mayor de cuando Retta la había visto por última vez. Entonces, Raluca era una sirvienta en el castillo del padre de Retta.

—¿Cómo es posible?

La mujer miró a Andrei antes de contestar.

—Soy una cazadora de hombres, princesa.

Cazadora de hombres. Eran parecidos a los vampiros o a los demonios que su esposo había creado para matar. Los demonios habían sido una vez seres mortales que habían cometido un delito contra el dios Apolo. Un grupo de ellos asesinó a la amante del dios y a su hijo. Como consecuencia, Apolo les maldijo a que necesitaran beber sangre humana para vivir y a que todos ellos murieran a la tierna edad de veintisiete años. La única manera que tenían de vivir más tiempo consistía en robar almas humanas. Los cazadores de la oscuridad habían sido creados por la hermana de Apolo, Artemisa, para matar a los demonios y liberar a las almas de los seres humanos antes de que murieran.

Varios miles de años después de eso, un antiguo rey se casó, sin saberlo, con un miembro de esa raza maldita. Cuando su esposa murió en su vigesimoséptimo cumpleaños, él se dio cuenta de que sus amados hijos correrían la misma suerte que su madre. Para salvarles, utilizó la magia para mezclar alma de algunos animales con su raza hasta que encontró la forma de salvarles. Así fueron creados los cazadores de hombres. Los mutantes, capaces de desafiar las leyes de la física y poseedores de unas grandes capacidades psíquicas, vivían durante siglos.

Pero era muy extraño que un cazador de hombres estuviera cerca de un cazador de la oscuridad, por no hablar del hecho de que pudiera servirle. Dado que los cazadores de la oscuridad fueron creados para matar a sus primos los demonios, la mayoría de los cazadores de hombres los evitaban.

La mayoría.

Retta miró por encima del hombro en dirección a Francesca, que se mostraba incómoda y tuvo una mala sensación al recordar que se habían hecho amigas solamente unas semanas después de que ella hubiera abandonado Rumania. Francesca le confesó la verdad de su existencia cuando ya hacía casi quince años que se conocían.

Ahora Retta tenía una sospecha que la hacía sentir muy mal.

—¿Licántropo? —preguntó Retta a Raluca. Ésa era la palabra que hacía

referencia a la rama lobuna de los cazadores de hombres.

—Raluca es mi madre —dijo Francesca en voz baja—. Andrei y Viktor son mis hermanos: por eso nunca utilicé un apellido. No quería que supieras que yo era uno de la familia.

Retta no podía respirar: se quedó de pie, luchando contra la tempestad de sus emociones. Rabia, dolor, sentimiento de traición. Sentía todo eso y por cada uno de esos motivos quería enfrentarse a Raluca y a Francesca, pero por encima de todo, lo que quería era castigar a su esposo.

—Comprendo.

—Por favor, princesa —dijo Raluca, mirándola con unos intensos y brillantes ojos azules—. Estamos aquí solamente para ayudarte.

—Entonces llámame a otro taxi y llévame al aeropuerto ahora mismo.

Francesca negó con la cabeza:

—No podemos hacer eso.

Retta la miró.

—Muy bien. Entonces lo haré yo misma. —Se acercó al teléfono que había encima del mostrador, pero Raluca lo apartó.

Retta percibió una expresión de compasión en los ojos de Raluca mientras ésta sujetaba el teléfono contra el pecho.

—Lo siento mucho, pero no puedes irte, princesa.

—Oh, sí, por supuesto que puedo y lo voy a hacer.

Retta se dirigió hacia la puerta, pero Andrei le cortó el paso.

—Estás en peligro, princesa.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Yo no, amigo. Pero tú sí lo estás si no te apartas de mi camino.

Francesca dio un paso hacia ella.

—Escúchale, Retta, por favor.

Ella se volvió hacia Francesca y le espetó:

—No te atrevas. Pensé que eras mi amiga.

—Soy tu amiga.

—Una mierda. Me has mentido. Me has engañado. Sabías lo que yo sentía por Velkan y, a pesar de ello, no me dijiste que tú estabas a su servicio.

Francesca le clavó la mirada.

—Sí, Retta, el príncipe Velkan me mandó para que te vigilara porque estaba preocupado de que te quedaras sola. Tal y como has dicho durante todos estos siglos, tú eras joven e inocente. Te pasaste toda tu vida detrás de los muros de un convento. Lo último que él quería era que sufieras algún daño, así que se me encargó que cuidara de ti. ¿Es esto un crimen después de todo lo que hemos vivido juntas?

—Yo no necesitaba una niñera. ¿Cómo pudiste jugar en ambos bandos sabiendo cuánto le odiaba?

Los ojos azules de Francesca la miraron con una intensa sinceridad.

—Nunca jugué contigo. De acuerdo, al principio no mencioné que él me había enviado para que me quedara contigo. ¿Y qué? Nosotras somos amigas.

—Ajá. Las amigas no se mienten las unas a las otras.

—¿Qué mentiras?

—Me dijiste que no le conocías.

—Ella no le conoce —dijo Raluca en voz baja—. Yo soy quien mandó a mi hija contigo a petición del príncipe. Ella era quien se encontraba más cerca de tu zona cuando te fuiste. Pero Francesca no ha conocido nunca a su alteza. Nunca.

Eso hizo sentir mejor a Retta, mejor de lo que le hubiera gustado admitir, pero a pesar de ello no rectificó en nada lo que había dicho. Todos ellos la habían engañado y estaba cansada de seguir jugando a ese juego.

—No importa. Me voy a casa.

Andrei le impidió el paso otra vez.

—Estás en casa, princesa.

—Y una mierda.

Intentó pasar por la derecha y luego por la izquierda, sin éxito. Él la atrapó entre los brazos antes de que ella pudiera llegar a la puerta.

—No quiero hacerte daño, Andrei, pero si no puedo evitarlo, lo haré.

Antes de que él hiciera nada, Francesca fue hasta la puerta y la cerró con llave.

—No vas a marcharte.

—¡Maldita seas!

—Mira, escúpeme todo lo que quieras, pero tienes que saber por qué te he traído aquí.

Retta cruzó los brazos sobre el pecho.

—Déjame que lo adivine. Velkan quiere verme.

—No —dijo Raluca, uniéndose a la conversación—. La única cosa que su alteza desea con respecto a ti, princesa, es que te destripen.

Eso la sorprendió.

—¿Desde cuándo?

Fue Andrei quien respondió.

—Más o menos desde mediados del siglo XVI, cuando quedó claro que no tenías intención de volver. Él ha estado maldiciendo tu nombre desde ese momento. En voz alta, además, debo añadir.

Raluca asintió, convencida.

Por algún motivo, Retta no quería pensar en ello: era algo que le hería los sentimientos de verdad. Ella había dado por sentado que los intentos de él por mancillar el nombre y la reputación de su padre eran una manera de hacer que ella se pusiera en contacto con él. Por supuesto, ella no tenía ninguna intención de hacerlo, puesto que todavía no estaba convencida de que él no hubiera intentado matarla la noche en que le dio la poción para dormir.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Andrei respiró profundamente antes de responder.

—A causa de Stephen Corwin.

Ella se sintió desconcertada al oír ese nombre. ¿De qué forma cuadraba él en esa locura?

—¿El agente inversor?

—Entre otras cosas —dijo Francesca—. ¿Recuerdas que te dije que tenía un presentimiento extraño con él?

—Tú tienes presentimientos extraños todo el rato. Nueve de cada diez veces y tienen que ver tanto con la pizza como con la cerveza caducada.

Francesca la miró sin ningún humor.

—Sí, está bien. ¿Recuerdas que te dije que algo me olía mal? ¿Y que no podía ubicarlo? Bueno, pues resulta que es miembro de la Orden del Dragón. ¿Te resulta familiar?

Retta levantó la vista al cielo. Tanto su padre como su abuelo habían sido miembros. Sus epitafios de Drácul y Drácula venían de esa relación.

—Esa orden dejó de existir no mucho después de que Velkan matara a mi padre.

Raluca negó con la cabeza.

—No, princesa, no es así. Simplemente continuaron en la clandestinidad y quisieron que todo el mundo creyera que habían dejado de existir. Un primo de Mathias Corvinus perdió a su mujer a causa de un demonio. Horrorizado por ese demonio que reclamaba la vida y el alma de ella, él volvió a establecer la orden para limpiar el mundo de los no muertos. Se dispusieron a realizar una matanza de demonios y él llamó a sus hermanos para que le ayudaran. Pero no se detuvieron ahí. Mataron a nuestra gente y a innumerables cazadores de la oscuridad, también. No distinguen quién es quién entre nosotros. Para ellos cualquier ser sobrenatural es igual que otro, y creen que todos nosotros deberíamos ser exterminados. Incluso hoy en día, siglos después, nos persiguen sin distinción y matan brutalmente a los que encuentran.

A Retta le pareció terrible todo eso, pero continuaba sin saber por qué ellos querían que ella se quedara allí.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo?

Francesca respiró profundamente antes de responder.

—Creo que mandaron a Stephen para que te matara.

Retta miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Estás loca? No es posible.

—¿Recuerdas el tatuaje de su brazo del que me hablaste? ¿El del dragón enroscado alrededor de una cruz? Es su emblema. Es uno de ellos, Ret, créeme.

—¿Qué te crea? ¿Después de todos estos siglos en que me has mentado? Piénsalo bien. Stephen no me haría daño. Ha tenido ocasiones de sobra para hacerlo.

Francesca la miró larga y profundamente.

—¿Estás segura?

RETТА se quedó casi sin respiración en cuanto Raluca abrió la puerta y Velkan entró con aire arrogante. Con su metro noventa y cuatro de estatura, a ella le parecía un gigante más que un hombre. Volvió a recordar de nuevo la primera vez que lo vio: la sangre le cubría la armadura negra. Era la sangre de quienes habían querido violarla y asesinarla. Ella todavía recordaba el sonido del acero contra el acero con los movimientos de él. La habilidad de él a pesar de que llevaba puesta la armadura.

Pero más que eso, recordaba la belleza de su rostro... la ternura de sus manos callosas cuando le acariciaron la piel desnuda. La forma en que él la había abrazado, como si ella fuera inefablemente preciosa, como si él tuviera miedo de que ella pudiera romperse entre sus brazos y dejarle solo otra vez.

Esos recuerdos surgieron y enterraron toda la rabia y el odio que tenía contra él. Entonces, por un momento, deseó volver al principio de su matrimonio, volver a los días en que ella había vivido por ese hombre. Esos días en que ella había confiado completamente en él.

Él había sido todo un mundo para ella.

Pero sabía que ese momento vendría, y mentalmente había pensado en mil cosas para decirle.

Mil y unas cuantas más.

Pero todas ellas se le borraron de la memoria al ver que él se le acercaba y al notar que una extraña parte de sí misma deseaba abrazarle después de todos esos siglos. Deseó lanzarse a sus brazos y sentir que él volvía a abrazarla.

Había esperado que él la insultaría, o quizá la besaría. Había esperado que quizá la miraría como si no pudiera creer que ella se encontraba allí. O que intentaría estranglarla. Alguna cosa. Cualquier cosa. Pero de todas las escenas que imaginó, no hubo nada que se acercara a lo que él hizo en esos momentos.

Él pasó de largo por su lado como si no la conociera, levantó del suelo a Francesca dándole un fuerte abrazo y se puso a bailar con ella por toda la habitación.

Desconcertada, Retta se llevó las manos a las caderas mientras sentía que una oleada de rabia le recorría todo el cuerpo. ¡Cómo se atrevía él a abrazar a otra mujer y ni siquiera dar muestras de reconocerla a ella! Abrió la boca para decir algo, pero se calló al oír que el caballero se reía en un tono de voz que no era el de Velkan. Era un tono de voz ligero y casi infantil.

—¡Oh, hermanita mía! Hace tanto tiempo que no te veía. ¿Dónde has estado?

—Viktor —dijo Raluca, riendo—. Deja a Francesca en el suelo antes de que le hagas daño.

Francesca le quitó el casco con forma de pájaro de la cabeza y dejó al descubierto sus risueñas facciones, distintas a la habitual expresión seria de Velkan. Viktor, con ojos azules y burlones, acató las órdenes de su madre y dejó a Francesca en el suelo. Riendo, ella le abrazó mientras Retta dejaba escapar un largo suspiro.

Eso había estado muy cerca. Demasiado cerca, de hecho, e hizo que se diera cuenta de que no quería encontrarse con Velkan en el terreno de él. Tenía que asegurarse de que ella tenía el control en su primer encuentro. Asegurarse de que ni su cuerpo ni sus emociones la volvieran a traicionar.

—Me alegro tanto de verte —le dijo Francesca a su hermano, riendo—. Te he echado tanto de menos.

Esas palabras se le clavaron a Retta en el corazón: ver el afecto que su mejor amiga compartía con su familia. Los hermanos de Retta habían muerto hacía años, igual que todo su linaje. No había ninguna alegre vuelta a casa posible para ella. No tenía familia.

No tenía esposo.

Nada.

Eso era lo que más le dolía.

Viktor se calló un momento al darse cuenta de que no estaban solos.

—¿Princesa Esperetta?

—Sí —contestó Raluca en lugar de ella.

Los ojos azules de él brillaron con pánico.

—Tenemos que sacarla de aquí antes de que el príncipe la vea.

Finalmente, alguien era sensato.

Raluca hizo un gesto negativo.

—No vienen nunca aquí tan pronto.

Viktor negó con la cabeza.

—Puede quedarse esta noche, pero tiene que marcharse en cuanto llegue la mañana, antes de que él se entere de que está aquí.

Francesca se lo discutió:

—La he traído aquí para protegerla. Tiene que quedarse.

—No —dijo Retta, cansada de que todos ellos hablaran como si ella fuera un pato perdido en un garaje—. He venido aquí porque Velkan tiene previsto exhibir los restos de mi padre.

Ambos intercambiaron una expresión desconcertada y Francesca mostró una expresión un tanto culpable.

Retta sintió que una rabia completamente pura le atravesaba todo su ser.

—No me digas que me mentiste.

Francesca se encogió.

—Sólo un poco. Sabía que eso era lo único que haría que te marcharas de Chicago.

Retta no se había sentido tan furiosa en toda su vida.

—¡Increíble! Jo-di-da-men-te increíble. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Francesca no mostró arrepentimiento.

—Lo hice para protegerte.

Retta levantó una mano. Sintió que el asco la inundaba.

—Gracias, Frankie. Por supuesto, yo no tengo ni una vida propia ni unos clientes que me necesitan.

—No podrías continuar teniendo clientes si estás muerta. Además, Trish se está ocupando de ellos. Ni siquiera te van a echar de menos.

—Ahórrame las tonterías. —Miró a Viktor—. Consígueme un taxi y me largo de aquí. Ahora mismo.

Él empezó a caminar hacia el mostrador.

—Viktor —dijo Raluca con su entonación densa y lenta—. Si tocas ese teléfono, lo vas a lamentar el resto de tu vida.

Él levantó las cejas y se quedó inmóvil donde estaba.

—Pero, madre... el príncipe va a...

—Yo me encargaré del príncipe. Tienes que prepararte para la gira turística. Ahora, vete.

Retta se dio cuenta de que él quería discutir con ella, pero no se atrevía. En lugar de ello, le dirigió una mirada hosca antes de cumplir las órdenes de su madre.

—¿Dónde está Velkan? —le preguntó Retta a Raluca.

—No quiero parecer frívolo, princesa, pero él estará donde desee estar.

—¿No me lo vas a decir?

Raluca dudó un momento antes de responder.

—No voy a permitir que le atacéis en su casa después de todo lo que él ha sufrido por ti, princesa. He sabido por mi hija lo que sientes hacia él.

—¿Ya pesar de ello, estás de su lado?

La mirada de Raluca se desvió hasta la estaca de punta roma que estaba colgada en una de las paredes.

—Protegeré a su alteza con todas las fuerzas de mi cuerpo. Si no hubiera sido por él, yo habría sido empalada también. —Después de estas palabras, se dio la vuelta y dejó a Retta sola con Francesca y Andrei.

Retta miró a Andrei con una expresión expectante.

—Va a estar en la Mazmorra Sangrienta dentro de un rato.

—¿Dónde?

—Es un club —le explicó Francesca—. Un lugar donde los demonios acostumbran a eliminar a los turistas que quieren conocer a los vampiros de verdad.

Bueno, ¿no era verdad que eso tenía mucho sentido?

—¿A qué hora va él allí?

Andrei se encogió de hombros.

—En cualquier momento entre ahora y el amanecer.

—Resultas de tanta ayuda, Andrei.

—Lo intento, princesa.

—Y consigues no serlo con tanta gracia.

Él no hizo caso del sarcasmo.

Con un suspiro, Retta miró a Francesca.

—Supongo que no puedo convencerte de que me envíes a casa, ¿verdad?

—No te gusta el teletransporte. Te hace sentir mareada. Además, creí que ya no querías nada de mí.

—Estoy a punto de ello. Pero eres la única familia que tengo. Para bien o para mal, y justo ahora es para muy mal. Si me dejas volver a casa, te perdonaré.

—No puedo hacerlo, Retta. Lo siento. Pero confía en mí, es por tu propio bien.

De acuerdo. Cuando llegara la mañana se escaparía de ellos de una u otra forma. Miró a Andrei.

—¿Estamos seguros al cien por cien de que Velkan no va a venir a este hotel, verdad?

—Oh, puedo garantizarlo con total seguridad. Él no quiere tener nada que ver con tu familia. Sólo se aventura aquí muy de vez en cuando.

Saber eso la hizo sentir cómoda y contenta.

—Entonces, ¿por qué diriges este sitio?

Él le sonrió:

—El dinero. Nos forramos aquí.

Fantástico, era fantástico.

—Da igual. Me voy a la cama. Dame una llave, a ver si dejo esta maldita pesadilla a un lado.

Francesca frunció el ceño.

—¿No tienes hambre?

—No. Sólo necesito dormir y olvidar este maldito día, como si nada de esto hubiera sucedido.

Andrei se colocó ante el ordenador para registrar su entrada.

—¿Te gustaría la suite Drácula?

Retta le miró con mirada de reprobación.

—Continúa pinchando, Andrei, y tú y yo tendremos que jugar a un juego.

—¿Y qué juego es ése, princesa?

—Busca la pelota en mi mano.

Él frunció el ceño.

—No veo ninguna pelota, princesa.

—Oh, bueno, ya la verás, en cuanto te la arranque del cuerpo.

Él se estremeció.

Francesca se rió.

—Está bromeando, Andrei. Siempre es peor su ladrido que su mordisco.

Deseando haber dejado a su amiga en casa, Retta tomó la llave de la mano de él.

—¿Dónde está la habitación?

—En el piso de arriba.

Sin decir una palabra más, Retta tomó la maleta y se dirigió al ascensor. Entró y se dio la vuelta: mientras las puertas se cerraban vio que Francesca jugueteaba con Andrei. Un sentimiento de tristeza le atravesó el corazón. Cómo hubiera deseado tener a su familia; adoraba a sus dos hermanos pequeños. Ellos habían sido una de sus mayores alegrías en su vida como humana. Sintió una punzada de culpa al darse cuenta de que había privado a Francesca de los suyos. No le gustaba que hubieran estado separados durante todos estos siglos.

Pero ésa había sido una decisión de Francesca, no suya.

Suspiró. El ascensor la subió hasta la habitación y, en cuanto abrió la puerta de la misma, sintió la necesidad de volver a bajar y hacerles daño a Andrei y a Raluca. Decir que ese lugar tenía mal gusto era un insulto al mal gusto. La suite era grande y espaciosa, y las paredes, pintadas de un rojo sangre, estaban decoradas con todas las imágenes imaginables de empalamientos.

Levantó los ojos al cielo, un tanto exasperada, y se fue al dormitorio. Al llegar a él, se detuvo en seco. A diferencia del salón, el dormitorio era blanco, negro y gris, idéntico al dormitorio del *Drácula* de Bela Lugosi, donde él mordía a la amable joven.

—Esta gente está enferma —dijo Retta, sintiéndose agradecida de que allí, por lo menos, no hubiera nada que le recordara a su padre.

Dejó la maleta en el suelo y se quitó el abrigo al mismo tiempo que se quitaba los zapatos. Luego se dirigió a la cama con intención de hacer una breve siesta para quitarse la sensación de agotamiento. Después de eso pensaba ir a buscar un coche de alquiler para volver al aeropuerto. De una forma u otra, iba a salir de ese lugar para irse a casa.

Retiró la colcha y se metió en la enorme cama, que la acogió como si fuera una nube. Antes de darse cuenta, se durmió.

Pero su sueño no fue tranquilo. En sueños oyó la voz de su padre que la llamaba. Vio a Velkan propinarle el golpe final que acabó con la vida de su padre, y el emblema de la serpiente le daba vueltas en la cabeza, sobrepuesta a las imágenes.

«Tú eres la hija del dragón... Muerte a los Danesti.»

Se despertó con un sobresalto. Retta se quedó en silencio, escuchando la fiereza del viento que golpeaba las ventanas. Pero no era eso lo que la inquietaba.

Notaba una presencia extraña en la habitación. Era poderosa y temible.

Por puro instinto, se puso rápidamente en pie y arremetió contra la zona donde le parecía que se encontraba la presencia, pero allí no había nada más que aire.

Ahora la presencia estaba detrás de ella.

Se dio la vuelta rápidamente para enfrentarse al intruso pero se encontró cara a cara con la última persona que pensaba encontrar.

Velkan.

Él la miraba con unos ojos tan negros que era imposible saber dónde terminaba el

iris y empezaba la pupila. Iba vestido con unos vaqueros y con una ajustada camisa negra. El pelo largo y negro le caía hacia atrás, recogido en una coleta. Todavía tenía los afilados rasgos y la misma fiera mirada que anunciaba al mundo que era un hombre que no sólo podía quitarte la vida, sino que disfrutaría haciéndolo.

Dios, era increíblemente sexy. Alto e imponente, la hacía sentir completamente caliente y la dejaba sin respiración. En ese momento, justo a unos centímetros de él, los recuerdos de encontrarse entre esos musculosos brazos mientras le hacía el amor empezaron a atormentarla. Recuerdos de ser besada por esos labios perfectos. De acariciarle con el dedo la cicatriz que le recorría desde el extremo externo del ojo izquierdo hasta la barbilla. Esa cicatriz no le restaba atractivo a ese rostro masculino. Al contrario, se lo aumentaba.

Retta no podía ni siquiera pensar; las emociones encerradas dentro de sí la dejaron clavada donde estaba.

Velkan no podía respirar mientras miraba esos ojos tan azules que le recordaban ese cielo de verano que hacía quinientos años que no había visto. El olor de ella le inundaba el olfato, y le recordaba un tiempo en que ese olor estaba pegado a su cuerpo. Todavía tenía la piel blanca como un campo nevado, y el pelo de un profundo caoba.

Ni por un momento, durante todos esos siglos, había olvidado su belleza, ni el sonido de su voz llamándole.

Su voz maldiciéndole de muerte.

Estar allí era un error. Lo sabía.

A pesar de ello, allí estaba, mirando a una mujer a quien deseaba desesperadamente besar.

Una mujer a quien deseaba matar. Él le había dado todo lo que tenía y más, y a cambio, ella le había escupido. Él la odiaba por eso, a pesar de que una parte de él, ahora enterrada, todavía la amaba. Él había vivido y había muerto por ella. Había muerto de una forma que ningún ser humano debería sufrir nunca. ¿Y para qué? Para que ella se alejara de él y negara que se hubieran amado el uno al otro alguna vez.

Su padre había tenido razón. Las mujeres no servían de nada fuera del dormitorio y solamente un tonto entregaría el corazón a una mujer.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —dijo ella casi sin respiración, rompiendo finalmente el silencio tenso y cargado de amargos sentimientos.

Él sintió una tensión en el vientre al oír la cadencia de esa voz, tan parecida y al mismo tiempo tan distinta a la que recordaba. Ella ya no tenía el acento de la tierra. Ahora hablaba como las mujeres de los programas de televisión estadounidenses que Viktor miraba.

Velkan deseaba con todas sus fuerzas alargar la mano y tocarla, pero no confiaba en que no la estrangularía si le ponía la mano encima. Rabia, deseo y ternura luchaban en su interior y él no tenía ni idea de cuál de esas emociones ganaría al final. Pero ninguna de ellas presagiaba nada bueno para la mujer que tenía delante.

—Quería confirmar tu presencia con mis propios ojos.

Ella levantó los brazos con un gesto sarcástico.

—Evidentemente, estoy aquí.

—Evidentemente.

Ella dio un paso hacia atrás y le miró con precaución.

—Bueno, ahora ya puedes irte. —Hizo una señal hacia la puerta.

Resultaba difícil quedarse allí de pie cuando lo único que él deseaba hacer era tomarla entre los brazos y probar esos labios burlones. El ambiente entre ambos estaba cargado del odio mutuo. Del deseo mutuo. Él todavía no había comprendido cómo había llegado a ser lo que era. Cómo un hombre podía amar a una mujer tan desesperadamente y, a pesar de ello, querer matarla.

No tenía sentido.

Un millón de ideas se le pasaron por la cabeza. Quería decirle que la había echado de menos. Quería decirle que deseaba verla muerta. Que deseaba no haberle puesto nunca los ojos encima.

Pero por encima de todo, lo único que deseaba era quedarse allí y dejarse imbuir por la belleza de su rostro hasta quedar borracho de ello. «Eres un gran hijo de puta.» Ésa era la mujer que le había abandonado hacía quinientos años.

Quizá él no tuviera gran cosa en su vida, pero tenía su dignidad. No pensaba volver a dejar que ella se la arrebatará. Asintió brevemente con la cabeza, dio un paso hacia atrás y se volvió en dirección a la ventana para marcharse.

—Quiero el divorcio.

Esas palabras le hicieron detener en seco.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero el divorcio.

Él rió con amargura y la miró por encima del hombro.

—Como desees, princesa. Pero asegúrate de llevarte una grabadora de vídeo al juzgado, porque me gustará ver la cara que ponen cuando les muestres nuestro pergamino de boda y ellos tomen nota de la fecha.

—No es eso lo que quiero decir —repuso ella con frialdad—. Quiero librarme de ti. Para siempre.

Esas palabras le atravesaron como si fueran un hierro incandescente y le hicieron el doble de daño. Apretó la mandíbula, miró hacia la ventana, hacia la noche negra que había sido su único consuelo durante todos esos siglos.

—Entonces, toma tu libertad y vete. No quiero volver a verte más.

Retta no sabía por qué esas palabras le rompieron el corazón, pero lo hicieron. Incluso hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas mientras le vio convertirse en murciélago y salir volando por la ventana abierta.

A pesar de todo, ella deseó llamarle para que volviera, pero el orgullo no se lo permitía. Era mejor así. Ambos estarían libres ahora...

«¿Libres para qué?»

Ella todavía era inmortal. Y por mucho que no le gustara, todavía estaba enamorada de su esposo. Las lágrimas le cayeron por las mejillas al darse cuenta de la verdad. Nunca tendría que haber vuelto aquí. Nunca.

Pero ahora era demasiado tarde. Después de todo ese tiempo, ahora sabía la verdad. Amaba a Velkan. A pesar de las mentiras y de la traición. Él todavía era el dueño de su corazón.

¿Cómo podía ser tan estúpida?

Cerró los ojos y le vio tal y como él iba el día en que se casaron. Lo hicieron en un pequeño monasterio en la montaña. Por primera vez desde la niñez, y en honor a ella, Velkan se había quitado la armadura y llevaba un sencillo jubón de terciopelo negro. Todavía poco refinado a pesar de que era un príncipe, se había dejado el largo pelo suelto encima de los hombros. Ella llevaba una túnica de un color verde oscuro de terciopelo y de seda entretejida con oro cubierta con un manto de piel.

Ésa había sido la única vez que le había visto afeitado. Sus ojos oscuros la habían atravesado mientras pronunciaba las palabras que les unirían a ambos ante Dios.

Lo que ella no sabía entonces era que la madre de Velkan era una bruja que había enseñado bien a su hijo. Y mientras él y Retta habían pronunciado los juramentos sagrados, él la ató con la más negra de las artes.

Sin decírselo.

Lo que él había hecho era imperdonable. Entonces, ¿por qué una parte de ella deseaba perdonarle?

Retta inclinó la cabeza al oír que alguien rascaba ligeramente la puerta.

—¿Velkan? —susurró. El corazón le dio un vuelco ante la expectativa de que fuera él otra vez.

Antes de pensarlo dos veces, se precipitó hacia la puerta y la abrió. Se quedó con la boca abierta al ver a la última persona que hubiera esperado encontrar allí.

Alto y rubio, era todo lo opuesto a su siniestro y oscuro esposo. Y, por primera vez, se dio cuenta de que no era comparable con el hombre a quién ella había dejado.

—Stephen. ¿Qué haces aquí?

Los ojos azules de él mostraban una profunda compasión.

—Mi nombre no es Stephen, Retta. Es Stefan.

Antes de que ella tuviera oportunidad de preguntarle qué quería decir con eso, él le echó algo a la cara.

Retta se tambaleó hacia atrás y notó que se le adormecían los sentidos. Todo a su alrededor daba vueltas. Por instinto, dio una patada y le dio a él justo entre las piernas. Él se dobló sobre sí mismo inmediatamente, pero mientras ella intentaba cerrar la puerta, su visión se hizo borrosa y cayó al suelo.

VELKAN aterrizó en el balcón de su mansión que daba al silencioso valle y volvió a tomar forma humana. Quinientos años atrás, este sitio había sido accesible por una carretera de tierra que subía por la ladera de la montaña hasta su patio. Pero hacía doscientos años, al darse cuenta de con qué frecuencia se quedaba mirando esa carretera esperando a que Esperetta volviera, decidió cerrarla y dejar que la maleza creciera en ella.

Actualmente, la carretera estaba absolutamente cubierta por zarzas y enredaderas, había sido completamente tomada por el bosque. La única forma de llegar allí era por aire o por teletransportación. Esas dos cosas ayudaban a mantener apartado a quien no tuviera nada que hacer allí.

Velkan se quedó un momento en el balcón de piedra y miró en dirección a la ciudad. Ya había echado a los demonios que habían venido a la ciudad para aprovecharse de los turistas y todavía le quedaban horas hasta que amaneciera. Su casa se encontraba en completo silencio y a oscuras en medio de la noche. Viktor había preferido quedarse en el hotel con su familia... sin duda por miedo al mal humor de Velkan.

Ese hombre tenía toda la razón en tener miedo: a Velkan no le gustaban las sorpresas, y la llegada de Esperetta, definitivamente, se podía calificar como tal. Los cazadores deberían haberle avisado de que iba a llegar. Lo que habían hecho le parecía imperdonable.

Las puertas doradas de su habitación se abrieron en silencio en cuanto se acercó a ellas, y se cerraron detrás de él cuando las hubo atravesado. Mucho tiempo atrás, su esposa se había sentido aterrorizada por sus poderes sobrenaturales, pero los que tenía ahora hacían parecer insignificantes los que había poseído cuando era un hombre mortal. En esos tiempos solamente tenía sencillas premoniciones, podía hacer maldiciones, preparar pociones y realizar encantamientos a través de sangre y de rituales.

Ahora, sus poderes eran verdaderamente terribles: telequinesia, capacidad mutante y piroquinesia. A lo largo de esos siglos se había ido convirtiendo en el monstruo que Esperetta temía que fuera. Levantó una mano y la botella de *bourbon* se desplazó por el aire hasta ella. La destapó y dio un trago mientras pasaba por delante de un espejo que no reflejó su imagen.

Se rió de ello. Pero dejó de reír en cuanto llegó a la chimenea, encima de la cual había un retrato de Esperetta. La mirada de esos ojos le hizo detenerse en seco: como siempre, le dejó sin respiración.

Lo había encargado justo después de la boda. Contrató a Gentile Bellini, a quien prácticamente había tenido que raptar de Venecia para que realizara ese trabajo. Pero a Velkan le habían dicho que nadie excepto ese artista sería capaz de captar la juventud e inocencia de Esperetta.

Bellini no le había decepcionado. Más bien, había superado las expectativas de Velkan.

Esperetta se había sentido tan nerviosa ese día: iba vestida con un vestido de un color dorado claro y llevaba unas coloridas flores estivales en el oscuro pelo pelirrojo. Estaba preciosa. Bellini la colocó en el jardín de la residencia de Velkan, el mismo jardín que ahora era una maraña intransitable a causa de la falta de cuidados. Ella no se estuvo quieta ni un momento hasta que vio a Velkan que, sentado en un muro, la observaba. Los ojos de ambos se encontraron y los dos aguantaron la mirada: la sonrisa más tímida y hermosa que nunca haya aparecido en el rostro de una mujer fue capturada por el artista. Todavía hoy esa sonrisa le hacía poner de rodillas.

Velkan soltó un gruñido y se obligó a pasar de largo por delante del cuadro. Debería haberlo quemado hacía siglos. Todavía no sabía por qué no lo había hecho.

De hecho, en esos mismos instantes hubiera podido lanzarle una llamarada y hacer que prendiera.

Las palmas de las manos se le calentaron en cuanto pensó eso, pero cerró los puños y abandonó la habitación. Bajó las escaleras hasta el primer piso, donde *Bram* y *Stoker* esperaban su regreso. Llamó a los dos perros alanos tibetanos y se dirigió hacia su estudio, donde se encontró con que el fuego de la chimenea se había apagado.

Lanzó una llamarada para prender la leña, que crepitó al cobrar vida y bañó la habitación con una tenue luz dorada que provocó un inquietante baile de sombras en los muros de piedra. Los perros le dieron la bienvenida con saltos y ladridos de alegría mientras él les acariciaba la cabeza y, enseguida, ambos se dirigieron a ocupar sus respectivos sitios a ambos lados de la silla acolchada de él. Con un suspiro, Velkan se sentó y se puso a contemplar ese fuego que no conseguía calentarlo. La luz le hacía daño en los ojos, pero la verdad era que no le importaba.

Miró a los perros que tenía a cada lado.

—Alegraos de haber sido castrados. Ojalá yo hubiera sido tan afortunado. — Porque justo en ese momento, su cuerpo se había endurecido y deseaba con todas sus fuerzas a la única mujer que nunca se iba a someter a su tacto.

Con furia creciente, dio otro trago a la botella a pesar de que sabía que el alcohol no podía ayudarle en nada. Como cazador de la noche, no podía emborracharse. No había forma de escapar de su dolor.

Con un gemido de disgusto, tiró la botella al fuego, que se rompió en miles de pedazos. Las llamas aumentaron de tamaño al quemar el alcohol y los perros levantaron la cabeza con expresión de curiosidad. Velkan se pasó una mano por el pelo.

Por muy difícil que hubiera sido hasta ese momento, ahora era mucho peor, dado que sabía que ella se encontraba a muy poca distancia de él. Todavía sentía su olor, lo cual le hacía sentir más salvaje que nunca antes.

«Deberías ir a buscarla y obligarla a que te acepte de nuevo.»

Eso era lo que el señor moldavo de la guerra, Velkan Danesti, hubiera hecho: él nunca hubiera permitido que una chiquilla le dirigiera.

Pero ese hombre había muerto la noche en que una mujer joven e inocente le miró con unos ojos tan azules y tan confiados que le robaron el corazón de inmediato. Quizá éste era el castigo por haber llevado una vida humana tan brutal: desear la única cosa que no podía tener, el suave y pacífico tacto de Esperetta.

Inquieto a causa de esos pensamientos, se puso de pie. *Bram* también se levantó, pero enseguida se dio cuenta de que Velkan sólo iba a dar vueltas por la habitación. El perro volvió a acomodarse en su sitio mientras Velkan hacía todo lo que podía por borrar esos recuerdos.

Pero, desgraciadamente, no había manera de sacarse el corazón del pecho y, dado que eso no era posible, nunca podría escapar de la prisión a la que su esposa le había condenado.

Retta se despertó con un punzante dolor de cabeza y se encontró atada a una silla de hierro. La habitación, que tenía el aspecto de un espacio industrial, como si estuviera en un viejo almacén o en algún lugar parecido, estaba oscuro y era húmedo, y despedía un horrible hedor parecido al de unos calcetines de gimnasio mezclado con huevos podridos. Lo único que podía hacer era respirar a pesar del hedor e intentar desatarse las muñecas de las cuerdas que la sujetaban.

Oía unas tenues voces que procedían de la habitación contigua...

Se esforzó por escuchar lo que decían, pero lo único que captaba era un tenue susurro. De repente, se oyó un grito:

—¡Muerte a los Danesti!

Fantástica consigna, especialmente dado que ella era, técnicamente, uno de ellos. Por supuesto, no pensaba reclamar ese parentesco, pero sobre el papel...

—¡Se ha despertado!

Retta volvió la cabeza y vio a un hombre alto y delgado en la puerta. Iba vestido con unos pantalones amplios de color negro y llevaba un pañuelo en el cuello; su aspecto, rematado con un par de dientes de oro, le hizo pensar en un traficante de drogas de la ciudad. Él la miró como si ella fuera la forma de vida más baja que hubiera sobre el planeta.

—Gracias, George. —Un hombre mayor que el anterior, vestido con pantalones negros y una camisa azul debajo de un suéter entró y pasó por su lado. Ese hombre tenía algo infinitamente más diabólico. Era la clase de hombre que, de niño, le había gustado arrancarles las alas a las mariposas solamente para divertirse.

Detrás entró su buen amigo Stephen, alto y rubio. Al principio, a ella le había gustado porque era la antítesis de su esposo. Mientras que los rasgos de Velkan eran intensos y sombríos, los de Stephen eran dulces y saludables. Le había recordado a Robert Redford cuando era joven.

Si ella hubiera sabido que Stephen no era el típico vecino. No lo era a no ser que uno viviera al lado de los Monster.

Ella le miró con una expresión que mostraba todo el odio que sentía hacia él.

—¿Dónde estoy y qué estoy haciendo aquí?

Fue el hombre mayor quien respondió.

—Eres nuestra rehén y estás en nuestro... territorio.

Sí, eso aclaraba mucho las cosas.

—¿Rehén para qué?

Esta vez fue Stephen quien respondió.

—Para conseguir que tu esposo venga aquí.

Ella prorrumpió en carcajadas ante la absurdidad de esa afirmación.

—¿Es un chiste?

—No es ningún chiste —dijo el hombre mayor—. Durante siglos, mi familia le ha estado persiguiendo y ha intentado matar a esa criatura maldita y sobrenatural en que se ha convertido.

—Y también te hemos estado persiguiendo a ti —dijo Slim mientras daba un paso hacia el interior de la habitación.

El hombre mayor asintió con la cabeza.

—Pero tanto él como tú os habéis escapado siempre.

—Eh, eso no habla muy bien de vuestra habilidad, teniendo en cuenta que yo ni siquiera sabía que alguien me estuviera persiguiendo.

Él se precipitó hacia delante como si fuera a golpearla, pero Stephen le sujetó.

—No, Dieter. Sólo está intentando provocarte.

—Pues lo está haciendo muy bien.

Retta se aclaró la garganta para atraer la atención hacia ella otra vez.

—Sólo por curiosidad, ¿por qué me habéis estado persiguiendo?

Stephen dio un paso hacia ella y le dirigió una sonrisa chulesca.

—Porque tú eres lo único que sabemos que atraerá a Velkan. Nunca hasta ahora ha respondido a ningún anzuelo que le hayamos tendido.

—Bueno, ya, pues tengo malas noticias para ti, amigo. Él tampoco vendrá a buscarme.

Dieter se burló de ella.

—Por supuesto que lo hará.

Ella negó con la cabeza.

—En absoluto. Titular de última hora, chicos: Habéis realizado un delito sin ningún motivo. Esta noche he visto a mi maridito y me ha dejado claro que no quiere volver a verme nunca más.

Los hombres intercambiaron unas miradas de asombro.

—¿Está mintiendo? —preguntó el hombre más viejo a Stephen en alemán.

Retta tuvo que reprimir una expresión de exasperación. No podían ser tan tontos como para creer que ella no comprendía el alemán.

—Tiene que estar mintiendo —repuso Stephen en tono abrupto—. Buen Dios, el hombre fue empalado a causa de ella. En todos estos siglos en que le hemos estado vigilando, él no ha estado nunca con otra mujer, pues la hubiéramos utilizado para prenderle. Ni siquiera consta un encuentro de una sola noche, y ha estado vigilando a Esperetta constantemente. Está claro que los hombres lobo nunca hubieran sacrificado a una hija para que estuviera con ella si él no estuviera tan absolutamente decidido a protegerla. Ésos no son actos de un hombre que la odia.

Slim estuvo de acuerdo.

—El hombre lobo a quien torturé y maté dijo que él conserva la habitación de ella exactamente igual a como la dejó hace quinientos años. Incluso guarda el vestido que ella llevó cuando se casaron. Tiene un retrato de ella en el dormitorio de cuando era todavía humana, además de fotografías que le han enviado para demostrarle que sigue viva y que es feliz. Él contempla esas fotografías cada noche. No es posible que no la idolatre. Si la odiara, hubiera destruido todo lo que le quedaba de ella hace siglos.

—De forma parecida —dijo Stephen con un ligero tono de rencor—, ella vive como una monja. No he conseguido arrancarle ni un beso desde que la conozco. Ella solamente está intentando protegerle. Estoy seguro.

Retta se quedó sin respiración al oír todo eso. Era verdad. Ella nunca había tocado a ningún otro hombre. Nunca se había sentido interesada por ninguno. Por supuesto, se había dicho a sí misma que estaba escarmentada. Y no era posible que empezara a salir con un hombre, por no hablar de casarse con él, con un ser humano que al final empezaría a preguntarse por qué no envejecía. Después de todo, solamente había unas cuantas formas de mentir y hablar de cirugía plástica hasta que resultara evidente que ella era inmortal.

Durante todo ese tiempo, se había convencido a sí misma de que Velkan no le había sido fiel. En toda su vida, ninguna mujer hubiera esperado fidelidad por parte de su esposo. Era algo absurdo. Incluso de su padre, que se mostraba tan categórico con su cristianismo y que exigía una fidelidad absoluta a sus súbditos, se había sabido que tenía amantes.

Así que se había convencido a sí misma de que Velkan no la había echado nunca de menos, de que había tomado lo que había deseado de ella y de que la había utilizado para matar a su padre.

¿Era posible que Velkan la amara de verdad? ¿Que la echara de menos?

Si eso era verdad, ella merecía morir a manos de él. Porque si eso era cierto, ella había estado castigando a un hombre durante siglos por el único crimen de amarla.

Nadie debería recibir ningún daño a causa de ello.

No era posible que hubiera sido tan tonta, ¿no?

«Soy una zorra rabiosa.» No era extraño que Velkan le hubiera dicho que desapareciera de su vista. Tenía suerte de que no la hubiera estrangulado. Apretó las mandíbulas para soportar el dolor que sentía dentro del cuerpo e hizo todo lo posible por recordar lo que él le había dicho la noche en que ella había abandonado Rumania. Todavía veía su rostro bañado por la luz de la luna, la sangre en su armadura.

Se habían peleado, pero ahora solamente podía recordar la confusión que sentía y el temor hacia él. Ella estaba completamente convencida de que él había intentado matarla enterrándola viva, de que le había mentado acerca de la poción que le había dado.

Pero ¿lo había hecho?

«Por favor, que no esté equivocada. Por favor.»

—Él no vendrá a buscarme —dijo Retta con la mandíbula apretada—. Sé que no lo va a hacer.

Dieter la miró con los ojos entrecerrados y expresión suspicaz.

—Ya lo veremos. No es que importe mucho. De cualquier manera, te mataremos.

Eran casi las cinco de la mañana cuando Velkan se encontró solo en su dormitorio. Otra vez estaba solo en su dormitorio. Cualquier hombre competente en lo suyo buscaría a una mujer predispuesta y calmaría su deseo.

Pero Velkan se negaba a romper el juramento que había hecho hacia Esperetta: había jurado ante su padre honrarla y guardarse solamente para ella. Él había mantenido ese juramento.

Incluso a pesar de que se odiara a sí mismo por ello.

Solamente había una mujer que atrajera su atención y ése era el motivo de que le desagradara tanto. Ella le había dejado sin nada, ni siquiera su virilidad.

Maldita fuera.

De repente, se oyó un golpe en la puerta.

—Te dije que no me molestaras, Viktor —gruñó, creyendo que se trataba de Squire.

—No soy Viktor —repuso Raluca desde el otro lado de la puerta.

Era poco apropiado de ella aventurarse hasta allí tan cerca del amanecer. No porque el amanecer fuera una amenaza para ella, sino porque Velkan acostumbraba a estar preparándose para ir a dormir.

Con el ceño fruncido y todavía perdido en sus pensamientos, Velkan abrió la puerta y la encontró retorciéndose las manos con gesto nervioso. Sus hijos y Francesca se encontraban detrás de ella y reflejaban la preocupación de su madre. Velkan sintió que se le encogía el estómago.

—¿Qué ha sucedido?

Raluca tragó saliva con dificultad.

—Se la han llevado.

Velkan supo al instante que se referían a Esperetta.

—¿Quién lo ha hecho?

—La Orden del Dragón —contestó Andrei en un tono que delataba enojo—. Tan pronto como nos comunicaron que la tenían, intentamos liberarla, pero...

—¿Pero? —le acució Velkan.

Francesca dio un paso hacia delante.

—La tienen atada dentro de una jaula. Una jaula eléctrica. No podemos llegar hasta ella sin que nos inmovilice.

Velkan les miró con expresión irónica.

—Bien. Dejadla que se consuma pensando hasta qué punto me ha traicionado. Cuando se ponga el sol, iré a buscarla.

Los cazadores intercambiaron unas miradas inquietas y Raluca habló:

—No es tan sencillo, mi príncipe. La han colocado encima de un pequeño taburete sin travesaños y ese taburete está encima de un suelo electrificado. Si baja los pies o resbala del taburete, morirá al instante.

Francesca asintió con la cabeza.

—Ese suelo tiene la carga suficiente para encender las luces de toda la ciudad de Nueva York.

Él quería poder decirles que no le importaba, pero el miedo que le asaltó le hizo darse cuenta de hasta qué punto eso sería una mentira.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacer nada, Raluca se colocó a su lado y le sujetó por el brazo.

—Sabes que tampoco puedes ir tú.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—No les tengo miedo.

—El amanecer está demasiado cerca —insistió Raluca—. Acabarás como Illie si vas allí. Ellos conocen nuestros puntos débiles.

Velkan le tomó la mano y le dio un ligero apretón de afecto. Illie había sido el compañero de Raluca y había muerto en manos de los de la Orden. Cinco años atrás, le habían capturado y uno de los de la Orden utilizó una Taser contra él. La descarga eléctrica le atravesó todas las células, convirtiéndole en lobo y luego en hombre otra vez. Ésa era una de las cosas que podía incapacitar por completo a un cazador de hombres. Una cantidad considerable de electricidad podría acabar matándole.

Y si los de la Orden tenían a Esperetta en su poder, eso significaba que ya conocían el punto débil de Velkan.

—¿La dejarías morir? —preguntó Velkan a Raluca.

Inmediatamente percibió pena en el rostro de Raluca. Ella había sido la niñera de Esperetta antes de que la dejaran en ofrenda al convento.

—No lo elegiría. Pero mejor que sea ella que tú.

—¡Mamá! —prorrumpió Francesca—. No os lo toméis mal, pero yo elijo a Retta en esto. Ella es una víctima inocente.

Su madre se volvió hacia ella con mala cara:

—Y el príncipe nos ha cuidado durante siglos. Si no hubiera sido por él, yo estaría muerta ahora, igual que tú y que tus hermanos.

—Estamos malgastando el tiempo —interrumpió Velkan—. Necesito que me lleves hasta ella para poder liberarla antes de que salga el sol. —Vio que Raluca le miraba con reticencia—. Por eso has venido, ¿no es verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Sólo vine porque sabía que te enojarías si yo no te contaba lo que había sucedido.

Raluca tenía razón en eso. Él nunca se quedaría quieto sabiendo que Esperetta podía sufrir algún daño, incluso aunque la odiara.

—No temas. Puedes teletransportarme hasta allí y yo desconectaré la electricidad. Luego nos teletransportarás a los dos de vuelta, mucho antes de que salga el sol.

Francesca hizo una mueca.

—No es tan fácil. El interruptor está dentro de la caja. Te electrocutarías al intentar apagarlo.

Esa perspectiva le arrancó un suspiro, pero eso no cambiaba nada. Esperaba poder utilizar la telequinesia para hacerlo, pero la electricidad no era algo que él pudiera mover con su energía mental. Su calidad de ser algo vivo hacía que la electricidad fuera muy impredecible, y era posible que por accidente hiciera daño o matara a alguien al intentar manipularla mentalmente. Tendría que apagarlo manualmente.

—De acuerdo. No me va a matar. —Simplemente, dolería de forma insoportable.

—Hay otra cosa —dijo Viktor en voz baja.

Velkan no quería seguir esperando.

—¿Qué?

—Hay un generador conectado y otro interruptor que también se encuentra dentro de otra jaula eléctrica. Si lo apagas, no tendremos tiempo suficiente para llegar hasta ella porque nos fulminará, y nosotros, a diferencia de ti, no somos inmunes a la electricidad.

Raluca asintió con la cabeza.

—Y la tienen fuera, en un patio. Los muros del patio tienen espejos para reflejar la luz del sol directamente sobre ti, en previsión de que vayas a buscarla. Ellos pretenden que ninguno de nosotros sobreviva a esto.

Y habían hecho un buen trabajo al tender esa trampa.

Velkan dejó escapar una exhalación de cansancio y pensó con detenimiento qué era lo que iba a suceder. Pero no tenía ninguna importancia.

—Mi esposa está en peligro. Llevadme hasta ella.

Retta apretó las mandíbulas: todos los músculos de las piernas le dolían a causa del esfuerzo por no dejar los pies en el suelo. Ese esfuerzo le hacía saltar lágrimas de

los ojos. Era el peor dolor que nunca había experimentado. La verdad era que no sabía cuánto tiempo más podría soportar no dejar los pies en el suelo.

Pero el seco zumbido de la electricidad era un despiadado recordatorio de lo que le sucedería si no aguantaba las piernas arriba.

—Puedes hacerlo —se dijo a sí misma en un susurro.

Pero ¿de qué serviría? De cualquier forma, ellos estaban decididos a matarla. ¿Por qué luchaba contra lo que era inevitable? Podía, simplemente, dejar los pies en el suelo y acabar con todo. Escapar de ese sufrimiento.

Velkan no iba a ir a rescatarla. Francesca no podía hacerlo. Todo había acabado. No había ninguna necesidad de retrasar lo inevitable, pero a pesar de todo, Retta no podía abandonar. Era algo muy lejano a su forma de ser.

—¿Qué tenéis tú y este país que siempre que estás aquí te encuentras en peligro?

Levantó la cabeza, sobresaltada, al oír esa voz profunda y resonante que le recorrió la espalda como una suave caricia.

—¿Velkan?

Él salió de entre las sombras y se acercó al extremo del suelo electrificado que les separaba. Tenía el rostro cubierto por las sombras, pero nunca a ella le había aparecido más atractivo.

—¿Hay alguien más aquí lo bastante estúpido para haber venido?

Levantó la vista hacia el cielo, que se aclaraba por segundos.

—No puedes quedarte. Tienes que irte.

Él no respondió. Se convirtió en murciélago y voló hacia ella. Con el corazón desbocado, Retta le observó acercarse a la jaula, pero los barrotes estaban demasiado juntos para que pudiera atravesarlos.

Le pareció que le oía maldecir un momento antes de que volviera a convertirse en hombre. En cuanto lo hubo hecho, la fuerza de la corriente eléctrica le hizo salir volando tres metros, hasta el césped. Esta vez no era posible no oír sus fieras maldiciones.

—¡Olvídalo! —dijo ella, mirando otra vez hacia el cielo. El amanecer estaba demasiado cerca—. No hace falta que muramos los dos.

Él negó con la cabeza, corrió hasta la jaula y sujetó los barrotes. Retta se estremeció al oír el sonido que la corriente eléctrica produjo al recorrer todo su cuerpo, pero él levantó la jaula. Todo su cuerpo se estremeció por la fuerza de la corriente. Tenía que ser insoportable, y, a pesar de ello, él aguantó y tiró de los barrotes hasta que los dobló. Asombrada por su fuerza y su valentía, Retta lloró mientras él presionaba el interruptor y apagaba la corriente.

—Hay otro... —Antes de que pudiera continuar, la electricidad volvió a cargar. Retta levantó los pies de inmediato mientras maldecía mentalmente cien veces a la gente que había montado las conexiones en ese maldito lugar.

Velkan sujetó con fuerza la jaula y gruñó mientras propinaba un puñetazo contra el suelo metálico. Al cabo de dos segundos sacó un grueso cable de debajo del suelo

y lo partió en dos.

El zumbido se detuvo y la descarga eléctrica cesó de nuevo.

Retta estaba demasiado asustada para creérselo: esperaba que volviera en cualquier momento. Los segundos pasaron y ella contemplaba el aspecto chamuscado de Velkan hasta que empezó a notar que le invadía una sensación de alivio.

Él lo había logrado. Las lágrimas le cayeron por las mejillas y un sentimiento de gratitud le llenó el corazón. A pesar de que no se lo merecía, él había ido a rescatarla. Y, en ese momento, recordó exactamente por qué amaba a ese hombre. Recordó todas las razones por las cuales había querido pasar toda su vida a su lado.

Velkan alargó las manos hacia ella.

Pero la luz del sol le cayó sobre el cuerpo. Soltó un silbido, se apartó hacia atrás y se cubrió el rostro con un gesto instintivo. Luego dio otro paso hacia ella, pero solamente consiguió que los espejos le reflejaran más luz.

A pesar de ello, se arrastró hacia ella con intención de desatarle las manos. Stephen y los demás continuaban proyectando la luz del sol con los espejos hacia él, y ella consiguió desatarse sola.

Con una ira creciente, Retta intentó envolver con su propio cuerpo el de su esposo, pero no era lo bastante corpulenta para cubrirle de los rayos mortales que le quemaban la piel. Todo el cuerpo de él se derretía mientras intentaba llegar a la pared que todavía conservaba algunas sombras.

Velkan tropezó y Stephen y los demás salieron de la casa. Tenían intención de acabar con él, pero Retta no estaba dispuesta a permitir que lo hicieran sin presentarles resistencia.

Retta mantuvo su posición, a punto de presentar batalla, pero notó que alguna cosa la agarraba por detrás. Se dio la vuelta, en guardia, pero se contuvo: se encontró ante una cara amiga.

—Soy yo —dijo Francesca justo antes de hacerles salir del jardín.

En un momento, Retta se había encontrado al filo de la muerte y, al siguiente, se vio en una habitación donde no había estado hacía siglos...

El dormitorio de Velkan.

El corazón de Retta latía desbocado de miedo.

—No podemos abandonarle.

—No lo haremos.

Retta miró a su alrededor y en esos momentos Viktor apareció en la habitación trayendo a Velkan con él. Éste se dejó caer en el suelo entre Andrei y Viktor. Horrorizada, contempló lo que quedaba de él: estaba ensangrentado y abrasado. El olor de pelo y piel quemados invadió todos sus sentidos y se sintió mareada.

Pero no le importaba. Aterrada de que él pudiera estarse muriendo, corrió hacia él y le dio la vuelta. Las lágrimas se le agolparon en la garganta al ver lo que le habían hecho.

—¿Velkan?

Él no contestó. Simplemente, la miraba y parpadeaba.

Viktor y Andrei la apartaron a un lado y levantaron a Velkan del suelo para llevarle a la cama.

Retta les siguió deseando ser de ayuda.

—Deberías irte —le dijo Viktor con frialdad mientras Andrei se esforzaba por quitarle la camisa a Velkan. Parecía que se le había pegado a la piel—. Ya le has hecho suficiente daño.

—Es mi esposo.

Viktor entrecerró los ojos azules y la miró.

—Y le abandonaste hace quinientos años. ¿Recuerdas? Hazle un favor y deja que la historia se repita.

—Viktor —le increpó Francesca—. Cómo te atreves.

—No pasa nada —dijo Retta, tranquilizando a su amiga—. Solamente está haciendo su trabajo.

Entonces Retta se colocó al lado de Viktor. Esta vez, al hablar, bajó la voz y dejó que todas sus emociones se depositaran en cada una de las sílabas.

—Vuelve a ponerte en mi camino, amigo, y vas a enterarte de que Velkan no es el único de esta familia que tiene colmillos.

Dicho esto, le empujó a un lado y se dirigió a la cama donde Velkan descansaba.

No estaba segura de si él se encontraba todavía consciente, y se detuvo al lado de la cama. Sintió que le dolía el estómago ante la visión de su piel quemada.

Pero fue el dolor que vio en sus ojos lo que la dejó sin respiración. A pesar de que una parte de sí misma deseaba alejarse de esa horrible visión, alargó la mano y se la colocó en una parte de la mejilla que no tenía ninguna herida.

Él cerró los ojos como si saboreara el tacto de su mano.

—Gracias, Velkan —le dijo en voz baja.

Él inhaló como si fuera a responder, pero antes de que lo hiciera, quedó inconsciente.

Viktor se puso al lado de ella.

—¿Vas a continuar mirándole o vas a ayudarnos de verdad a atenderle?

Ella miró a Viktor y vio que su rostro traslucía el mismo rencor que su voz.

—Eres un capullo, Viktor.

Él abrió la boca para responder, pero Francesca le puso una mano encima de los labios.

—Para, hermanito. Los dos ya han tenido bastante por hoy.

Él hizo una mueca y se desplazó hasta el otro lado de la cama, donde Andrei todavía intentaba quitarle la camisa a Velkan. Retta le ayudó a desvestirlo y cuando vio la enorme cicatriz que éste tenía en el centro del pecho, justo encima del corazón, se detuvo. No la tenía cuando era mortal. Parecía como si alguien le hubiera empalado exactamente en medio del corazón.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó, señalándola. Tenía por lo menos quince

centímetros de largo y diez de ancho—. ¿Cómo se la hizo? ¿Qué le sucedió?

Viktor la miró con ironía.

—¿No puedes aguantar la visión de los trabajitos de tu padre?

Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—De la cicatriz —dijo Andrei en voz baja—. Por ahí es por donde la lanza salió de su cuerpo cuando tu padre ordenó que lo empalaran.

Retta no quería creerlo.

—No encuentro gracioso tu sentido del humor.

—No es un chiste.

Retta sintió náuseas y volvió a mirar el rostro lleno de ampollas de Velkan. Luego miró a Raluca, que, triste, asintió con la cabeza.

—No lo comprendo —susurró Retta.

Raluca la miró con amabilidad mientras se lo explicaba.

—Después de que tu padre te matara, princesa, él se ensañó contra Velkan. Le torturó durante semanas hasta que, finalmente, le hizo empalar en la plaza de Tirgoviste. Así es cómo murió y cómo se convirtió en un cazador de la noche.

A pesar de todo, le costaba creerlo. Su padre la amaba tanto. ¿Le habría matado él, aunque fuera a causa de la rabia? Quizá él odiaba al mundo, pero para él sus hijos siempre habían sido sagrados.

—¿Por qué no me lo dijo Velkan?

Viktor se burló.

—Oh, no lo sé. Quizá porque tú le abandonaste cuando lo intentó y no has dejado de correr desde entonces.

—¡Viktor! —le reprendió Raluca.

—Dejad de reprendermé todos de una vez. Digo la verdad, digo lo que todos vosotros tenéis demasiado miedo para decir. Ella tendría que saber por todo lo que él ha pasado para que ella estuviera a salvo. Lo que sufrió cuando era humano. Por qué sufrió. Por ella. —Viktor se volvió hacia Retta—. A él no le importaba su propia muerte: ya lo había planeado. Era la tuya lo que le destrozaba. Él se rindió ante tu padre, sabiendo que el hijo de puta iba a empalarle. Creyó que si tú bebías la poción para dormir, tu padre te vería vestida para el entierro y ya no te prestaría atención. Su plan era que mi madre te llevara a Alemania, donde vivía Francesca, y que te quedaras allí a salvo mientras tu padre le torturaba. En ningún momento imaginó que tu padre te clavaría un cuchillo en el corazón mientras estabas tumbada como una muerta.

Ése no era el plan que Velkan le había contado: él le había dicho que ambos estarían tumbados, el uno al lado del otro, y que se despertarían juntos cuando su padre ya se hubiera marchado, convencido de sus muertes. Se suponía que Velkan la llevaría entonces a París, donde podrían estar juntos sin miedo a las represalias de su padre contra Velkan. Libres de la guerra que mantenían las dos familias.

Miró a Francesca, buscando la verdad en su rostro, pero por una vez su amiga se había quedado sin palabras.

—¿Velkan se rindió a mi padre?

—¿Qué creíste que iba a hacer? —le preguntó Viktor enojado.

—Me dijo que los dos beberíamos la poción y que mi padre nos vería muertos a los dos. Así nos dejaría en paz.

Viktor asintió con la cabeza.

—Y tú la bebiste primero.

—Por supuesto, y luego le vi a él beber después de mí.

Viktor negó con la cabeza.

—Él no se la tragó. Cuando tú te quedaste inconsciente, la escupió y te colocó de forma que te vieran. Tenía miedo de que si tu padre os veía a los dos inconsciente, os decapitara a ambos. Así que él permaneció consciente y le dijo a tu padre que tú habías muerto por enfermedad. Tu padre le prometió que en cuanto te hubiera visto, se sentiría satisfecho y que permitiría que Velkan se marchara. Velkan accedió y tuvo que presenciar cómo te mataba.

Y ella había huido de él...

Miró a Francesca otra vez buscando una confirmación.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Con mirada triste, Francesca suspiró:

—Tú no querías oírlo. Si intentaba ponerte de su lado, me gritabas, así que aprendí a dejar estar el asunto.

Era cierto, y Retta lo sabía. No podía culpar a nadie, excepto a sí misma.

Sintió una punzada en el corazón al pensar cuántos años... no, siglos se había negado a sí misma y a Velkan por haber sido tan tonta e implacable. No era extraño que Viktor la odiara. Se lo merecía.

Apretó las mandíbulas y observó el retrato que había encima de la chimenea: el retrato de su boda. Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar el día en que habían realizado el boceto: ver a Velkan al lado del muro que la miraba con una expresión de adoración en el rostro. Le había parecido un espíritu de los bosques que hubiera cobrado vida para cuidarla.

Se enjugó las lágrimas y miró hacia la cama donde se encontraba su esposo.

—Tenemos que curarle.

—¿Por qué? —preguntó Viktor.

—Para que pueda pedirle perdón.

Pero curar a Velkan resultó ser más fácil de decir que de hacer. El daño que el sol le había causado era difícil de superar incluso para un ser inmortal. Por no mencionar el hecho de que todavía existía la amenaza de la Orden de matarle.

Por lo menos, allí, en casa de Velkan, no podían alcanzarle.

—Deberías descansar.

Al oír la voz de Raluca, Retta levantó la vista. La mujer mayor estaba de pie en la puerta y tenía una mirada infantil en los ojos.

Retta, que estaba sentada en la silla, estiró los miembros para aliviar el cansancio y la tensión de los músculos. Había estado al lado de Velkan durante los últimos cuatro días mientras él dormía. Al principio, su continuo sueño le había preocupado seriamente, pero Raluca y Viktor le habían asegurado que era natural que un cazador de la noche durmiera de esa manera cuando resultaba herido. Eso era lo que permitía que su cuerpo sanara.

Tal y como le habían dicho, parecía que la piel de Velkan mejoraba día a día. Ahora ya solamente parecía que hubiera sufrido una quemadura solar y las heridas habían desaparecido del todo.

—No tengo ganas de descansar —dijo Retta en voz baja.

—Casi no has comido ni has dormido.

—Tampoco es que pueda enfermar o morir.

Raluca chasqueó la lengua en señal de desaprobación y se dio la vuelta mientras decía:

—De acuerdo. Voy a traerte comida aquí, pero confía en mí. Si el príncipe se despierta, se sentirá agradecido de no tener un sentido del olfato muy fino.

Profundamente ofendida, Retta se olió a sí misma para asegurarse de que no olía mal.

—Relájate. Sólo te está tomando el pelo.

El corazón dejó de latirle al oír esa profunda voz.

—¿Velkan? —Se acercó corriendo a la cama para ver esos ojos abiertos.

—Pensé que ya te habrías marchado.

Ella tragó con dificultad, era como si tuviera la garganta atenazada.

—No es posible. Tengo mucho que hacer.

—¿Como qué?

Retta volvió a tragar con dificultad antes de poder contestar.

—Pedirte perdón.

—¿Por qué lo haces?

—Porque soy una tonta y una testaruda. Una sentenciosa. Implacable. Desconfiada. Puedes hacerme callar cuando quieras, ¿sabes?

Sus labios esbozaron media sonrisa desafiante.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Has pillado carrerilla. Además, te has olvidado del peor de tus defectos.

—¿Cuál es?

—Una exaltada.

—Eso lo aprendí de ti.

—¿Y eso?

—¿Recuerdas esa vez que tiraste las botas al fuego porque te costaba quitártelas?

Al oírla, Velkan frunció el ceño.

—Yo nunca hice eso.

—Sí, lo hiciste. También le diste tu corcel al mozo de cuadra porque te heriste una pierna al desmontarle y le dijiste que se lo quedara y que tú, en su lugar, lo quemarías.

Eso él lo recordaba bien. Todavía tenía la cicatriz. Pero lo que le sorprendió fue el hecho de que ella recordara esos incidentes.

—Creí que habías borrado todos los recuerdos de mí de tu memoria.

Ella apartó la mirada con expresión triste.

—Dios sabe que lo intenté, pero eres un hombre difícil de olvidar. —Volvió a mirarle. Sus ojos se encontraron y sus miradas se quedaron prendadas—. He sido tan tonta, Velkan. De verdad lo siento.

Él se sintió completamente asombrado ante el tono de profundo pesar de la voz de Retta. Hubo un tiempo en que él había rezado por oír esas palabras de sus labios. Un tiempo en que se había imaginado ese momento.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —preguntó ella.

—Puedo perdonártelo todo, Esperetta, pero nunca más podré confiar en ti.

Retta frunció el ceño al oír esas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te marchaste y no volviste, me demostraste que no tenías ninguna confianza en mí ni como hombre ni como marido. Desconfiabas tanto de mí que creíste de verdad que yo podía matarte. Es evidente que nuestro matrimonio tenía un montón de problemas de los cuales yo no era consciente.

—Eso no es cierto.

—Entonces, ¿por qué no volviste a casa?

Porque ella creía que la mataría. De verdad lo había creído.

—Yo era joven. Vivíamos en una época turbulenta. Nuestras familias se habían pasado generaciones matándose los unos a los otros.

—Y tú pensaste que la única razón por la que me casé contigo era porque quería matarte. —Negó con la cabeza—. Sabes tan bien como yo que mi familia me repudió en cuanto supo que nos habíamos casado.

Eso era cierto. Su familia les había rechazado. Su padre había enviado un ejército para que sellaran su casa y se aseguraran de que Velkan no volvía a entrar en ella nunca más.

Pero lo peor fue que el padre de Velkan quemó todo aquello que llevara su símbolo o su nombre. Incluso el libro de familia que tenía el linaje de los Danesti fue quemado, e hicieron otro que no reflejara el nacimiento de Velkan.

—Creí que tú ya habrías tenido bastante con huir de nuestras familias. Y los dos sabemos que si hubieras vuelto a casa después de que me matara a mí y a mi padre, tu padre te hubiera dado la bienvenida.

Esos ojos oscuros le quemaban.

—Yo tomé mi decisión acerca de a quién ofrecer mi lealtad el día en que me uní a ti, Esperetta. Sabía el coste y el dolor que nuestra unión causaría a mi familia y a pesar de ello creía que tú merecías la pena. Tú me escupiste a mí y escupiste al amor que yo quería darte.

—Sé que te herí.

—No —susurró él—. No me heriste. Me destruiste.

A Esperetta, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo siento tanto.

—Sentirlo no puede curar estos quinientos años.

Él tenía razón y ella lo sabía.

—¿Por qué uniste nuestras almas sin decírmelo?

A Velkan los ojos le quemaban de tristeza.

—No quería vivir sin ti... ni en esta vida ni en la próxima. Intenté decirte lo que había hecho, pero tu padre nos derrotó antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo. Cuando vendí mi alma a Artemisa para vengarme, yo no sabía que tu alma también sería vendida con la mía.

Lo que él no le dijo era que ella le había provocado precisamente ese mismo sufrimiento que él había querido evitar con todas sus fuerzas: una vida entera sin ella.

En ese momento, Retta se odió a sí misma por lo que había hecho. Y no le culpaba por no perdonarla.

Él le había dado su palabra y ella la había despreciado. Incapaz de soportar el error que había cometido, se puso en pie.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Voy a buscarte algo para comer. Quédate quieto. —Retta se detuvo un momento en la puerta para mirar hacia atrás, hacia donde él estaba tumbado. Ésa era la cama en la cual ella había perdido su virginidad. Todavía podía ver mentalmente esa noche con absoluta claridad. Se había sentido aterrorizada y excitada. Velkan, a pesar de toda su rudeza, la había dejado intacta en una habitación que había en el piso de abajo, en el vestíbulo.

Le prometió que al día siguiente la llevaría hasta los agentes de su padre y la soltaría. Eso era lo último que ella quería. Su padre la volvería a mandar al convento para que llevara una vida de plegarias y de duro trabajo. No era que ninguna de esas dos cosas estuviera mal. Pero ella ya se había enamorado de ese oscuro señor de la guerra y no había querido volver sin llevarse un recuerdo.

Lo único que había querido era darle un beso inocente. Pero en el momento en que sus labios se tocaron, Velkan la rodeó con los brazos y la sometió absolutamente: el ansia de probar el sabor de él era incluso mayor que la que él sentía por ella.

Si cerraba los ojos, todavía recordaba la sensación de tenerle dentro, de rodearle la cintura con las piernas, de las embestidas de él.

—No voy a dejarte marchar, Esperetta —le había susurrado él al oído.

Y entonces él le dio un beso tan apasionado que los labios todavía le dolían.

¿Cómo era posible que ella hubiera dado la espalda a todo eso? Una lágrima se le deslizó por la mejilla y Esperetta se la secó con una mano mientras se dirigía hacia la cocina. Pasó al lado de *Bram* y le acarició la cabeza; ese gigantesco animal le recordaba más a una vaca que a un perro.

—Me alegro de verte fuera de esa habitación —dijo Raluca, quien bajaba con una bandeja llena de comida.

—Estoy aquí solamente porque Velkan se ha despertado y tiene hambre.

Francesca se burló y entró en la cocina detrás de ella.

—¿Y tú has venido aquí a buscar comida? Eres una tonta. Yo estaría en la cama con él.

—¡Frankie! —exclamó Raluca—. Por favor, soy tu madre.

—Lo siento —dijo ella, pero el tono de su voz no era el de pedir disculpas.

Retta suspiró mientras colocaba bien una flor que Raluca había puesto en un jarrón encima de la bandeja.

—No importa lo que yo quiera. Yo lo estropeé todo con él hace mucho tiempo.

Francesca negó con la cabeza.

—No puedes estropear nada con alguien que te quiere tanto.

—Diría que te equivocas. Sólo quisiera que me dejarais volver a casa.

—La Orden se te echaría encima ahora que saben que eres real. No puedes volver a casa nunca más.

Y no podía quedarse allí. ¿Cómo podría soportarlo?

Raluca le dirigió una sonrisa compasiva.

—Él te ama, princesa. Está dolido, pero debajo, más allá de eso, está el hombre que se sometió a un destino peor que la muerte para intentar salvarte. No va a permitir que una cosa tan fría como el orgullo te mantenga lejos de él.

—No es orgullo, Raluca. Se trata de pérdida de confianza. ¿Cómo puedo curar eso?

—Eso es cosa tuya, princesa. Tienes que demostrarle que quieres estar con él.

—¿Y cómo lo hago?

—Cierra tu oficina y haz que Andrei y Viktor traigan todas tus cosas aquí.

—¿Y si él no me lo permite?

—¿Cómo podría impedirte? Tú eres la señora Danesti. Esta casa también te pertenece.

Retta sonrió al pensarlo. Pero para poder quedarse allí, tenía que renunciar a todo.

No, no renunciaría. Ella no podía ser una abogada de divorcios en Rumania. No podría continuar con su práctica mucho tiempo más; algunas personas habían empezado a desconfiar al ver que ella no envejecía.

Contempló esos muros de piedra que, de alguna forma, conseguían resultar cálidos y hogareños. Quedarse con Velkan...

Por alguna razón eso resultaba igual de aterrador como antes. Pero para poder

quedarse, tendría que volver a obtener el corazón de su esposo, que él había cerrado ante ella.

—Vamos, Ret, tú eres más lista.

Sí, lo era. No iba a separarse más de Velkan.

Pero tal y como Raluca había dicho, tendría que encontrar alguna manera de demostrarle a su esposo que era seria al respecto.

VELKAN sentía un dolor que sólo había sido superado por el de haber sido empalado. Sus poderes de cazador de la noche deberían haberle curado ya... eso demostraba lo serias que habían sido sus heridas. Todavía le dolían.

Se volvió al oír que se abría la puerta.

Era Esperetta y, por un segundo, fue como quinientos años atrás, cuando ambos compartían ese dormitorio y donde ella se reunía con él cada noche.

Después de que hubo reclamado esa casa después de su muerte, dedicó grandes esfuerzos en hacer que su habitación del vestíbulo tuviera el mismo aspecto que cuando ella vivía allí. Pero a pesar de que los objetos personales de ella se encontraban allí, nunca la había utilizado para otra cosa que para vestirse. Al contrario de las costumbres de otro tiempo, ella compartía esa habitación con él para dormir... y para otras cosas cuya memoria le llenaban con tanta calidez.

Hizo una mueca: todavía recordaba su olor en las almohadas y en las sábanas.

Su olor en su piel.

«Sé fuerte, Velkan.» Tenía que serlo. Lo último que quería era dejar que ella volviera a hacerle daño, como ya le había hecho.

Ella avanzó con cierta duda antes de dejar la bandeja en la mesilla que había al lado de la cama. Llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo y se la veía cansada. Y a pesar de ello, conseguía ser la mujer más hermosa que él había visto nunca.

—¿Continúas prefiriendo el filete con cebolla y manzana hervida?

Esa pregunta le sorprendió. No podía creer que ella recordara eso. Asintió con la cabeza y observó cómo retiraba la cubierta de plata de la bandeja y destapaba las cebollas.

—¿Tú no comes? —le preguntó mientras ella le daba el plato.

—Comeré sólo un poco de pan. No tengo hambre.

Él la miró y meneó la cabeza.

—Trae el plato del pan y comparte esto conmigo.

—Tú necesitas comer.

—Sobreviviré y mandaré a buscar más. Ahora tráeme el plato.

Ella levantó una ceja al notar su tono de dureza.

—Por favor —añadió él, suavizando el tono.

Retta se detuvo un momento. Ese hombre estaba acostumbrado a dar órdenes. Que ella supiera, él nunca había pronunciado esas dos palabras, «por favor», con anterioridad. Sintió que se le ablandaba el corazón y tomó el plato para hacer lo que

él le había pedido.

—Gracias —dijo ella mientras él compartía el plato con ella—. Tengo que reñirte por una cosa, por cierto.

—¿Solamente por una?

Ella sonrió a pesar de sí misma.

—De momento.

—Entonces estoy impaciente por oírlo —dijo él antes de probar el filete.

—¿*Bram y Stoker*?

Él rió con carcajadas profundas.

—Era apropiado, pensé.

Retta le soltó un gruñido. Pero no mencionó su dormitorio, que había visto la noche de su llegada. Fue un extraño recordatorio de su pasado y le había hecho comprender cuánto la amaba Velkan. Aunque él lo negara, ella sabía la verdad. Todo había sido dispuesto como si él esperara que ella volviera en cualquier momento.

Al verla, se había sentado en el suelo y había llorado por su propia estupidez.

Se obligó a apartar eso de la mente y se aclaró la garganta.

—¿Tenías que darle a ese hombre ese horroroso libro sobre mi padre?

Él se encogió de hombros y se limpió los labios con la servilleta.

—Yo estaba instalado en Londres en esos momentos, y me aburría. Él había estado trabajando en el libro y al personaje principal le había puesto Radu, lo cual, y sin querer ofender a tu tío, es casi tan convincente como Vlad Drácula. Además, no es culpa mía que el libro fuera un éxito. Hubiera sido completamente olvidado si no hubiera sido por la película que hicieron décadas después.

Ella le miró con los ojos entrecerrados y una expresión suspicaz.

—Me han dicho que tú tuviste algo que ver con eso también.

—Es un rumor y soy inocente de ello.

—Ajá. —A pesar de todo, ella no estaba realmente enojada con él. Por lo menos, no en ese momento. Un siglo antes había deseado separarle la cabeza de los hombros, pero por alguna extraña razón, ahora que estaba allí, sentía una extraña paz. Era realmente inaudito.

Él dejó el plato a un lado.

—¿No has terminado, verdad?

—No tengo hambre.

El único problema era que ella estaba famélica... y no de comida. Lo que de verdad quería era probar esos deliciosos labios suyos. Él era un hombre pecaminoso y decadente. Siempre lo había sido, y hacía tanto tiempo que no lo había besado.

Velkan no se podía concentrar: todo su cuerpo deseaba probar el de su mujer. Qué cruel resultaba estar tan cerca de ella y no poder expresar esa necesidad que le quemaba por dentro con tanta fiereza.

Ella terminó su comida y se dispuso a apartar el plato de él. Mientras lo hacía, se volvió y le miró. Eso fue un error.

Incapaz de evitarlo, él hundió una mano en el suave cabello rojizo y la atrajo hacia sí. Esperaba que ella le apartara de un empujón.

Ella no lo hizo.

En lugar de eso, fue en busca de sus labios con una fuerte pasión. Era como si ella deseara devorarlo.

Velkan gimió, entusiasmado. Eso era lo último que hubiera esperado de ella. Pero Dios, qué bien le sentaba. Era el momento más increíble de su vida y lo único en que podía pensar era en atraer su cuerpo desnudo al suyo.

Retta no se saciaba por mucho que se sintiera entre sus brazos. Le pasó una mano por encima de las costillas y notó que él se contraía a causa del dolor de las heridas.

—Lo siento —dijo ella casi sin respiración, apartándose.

Pero él no le permitió que se alejara mucho. La atrajo hacia él otra vez y le dio un beso tan cálido que la hizo deshacerse por completo. Con una risa burlona, él le mordisqueó los labios.

—Todavía te duele.

—Vale la pena sufrir un poco de dolor por ti —le susurró, antes de hundir el rostro en su cuello.

Con un escalofrío, Retta gimió y sintió que todo su cuerpo se calentaba. Hacía muchísimo tiempo que no estaban juntos. Ella ya se había olvidado de cómo era. De lo bien que se sentía con Velkan. Se echó hacia atrás y tiró de él hasta que todo el peso del cuerpo de él la aplastó contra la cama. Los labios de él no le abandonaron la piel del cuello mientras le desabrochaba la camisa. Vio sus ojos oscuros y hambrientos mientras le tomaba los pechos con las manos y deslizaba los dedos pulgares por debajo de los encajes para tocarle la piel. Retta se estremeció al notar su contacto y se apresuró a quitarle la camisa por la cabeza.

La piel de él todavía estaba quemada y tenía mal aspecto, pero a pesar de ello, a Retta le pareció que nunca había visto nada más exquisito. Él era tan esbelto y su cuerpo estaba tan bien dibujado que era posible ver la línea de cada uno de los músculos del pecho. Recordaba la primera vez que le había visto desnudo. Él se había mostrado dubitativo, como si tuviera miedo de hacerle daño. Y ella se había sentido asombrada ante el tamaño de él. Por el contraste entre la masculinidad del cuerpo de él con el de ella. Ella era blanda y él era duro. La piel de ella era suave y la de él estaba surcada de cicatrices y callosidades. Y su olor...

Era cálido y masculino, arrebatador.

Temblando, ella se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. Lo dejó caer al suelo.

Velkan casi no podía respirar. Todavía no podía creer que ella le estuviera permitiendo tocarla. No después de todo el enojo que le había mostrado. Todos los insultos que le habían llegado durante siglos. Si fuera inteligente, le diría que preparara sus maletas. Pero ¿cómo podía hacerlo? No le importaba el enojo, sabía cuál era la verdad.

Todavía la amaba. Todavía la deseaba.

Y quizá ella cambiara de opinión...

Eso sería demasiado cruel para ponerlo en palabras. Sería cruel incluso para la hija de Vlad Tepes.

Los ojos de él, oscurecidos por el deseo y la pasión, la siguieron mientras ella se apartaba de la cama para quitarse los pantalones. Velkan creyó que iba a morir al ver que llevaba una mano hacia las bragas. Su respiración se aceleró: ella se lamía los labios, provocándole, excitándole. Deslizó los dedos por debajo del tejido negro de satén.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó mientras él esperaba que ella se quitara esa maldita y pequeña pieza de tela.

¿Qué pasaba? ¿Se había vuelto loca? ¿O simplemente le daba igual?

—Diablos, no —gruñó él.

Sonriendo, ella se bajó lentamente las bragas por las piernas hasta que cayeron al suelo y dio un paso hacia un lado para quitárselas. En ese momento, para él fue un gran esfuerzo no correrse solamente por el puro placer de volver a verla desnuda. Joder, era el cuerpo más provocativo que los dioses habían dado nunca a una mujer. Era verdad que sus pechos no eran muy grandes y que sus caderas eran un poco anchas, pero no le importaba. No había mujer más perfecta que ella.

A Retta le encantaba el poder que sentía mientras él la miraba con los ojos entrecerrados. A pesar de ello, se daba cuenta del gran deseo que él sentía. Pero eso no era nada en comparación con el deseo que ella sentía por él.

Apartó las sábanas de encima del cuerpo de Velkan y se colocó de rodillas entre sus piernas sin apartar ni por un momento sus ojos de los de él. Sentía la boca seca. Bajó la mirada hacia abajo, hacia el bulto de debajo de los pantalones del pijama. Le pareció que le oía gemir.

A pesar de ello, él ni se movió cuando ella deslizó la mano hasta su miembro y se lo agarró por encima del pantalón de franela. Él dejó escapar el aire entre los dientes, como si fuera el objeto de una tortura, pero Retta vio en la expresión de alivio de su rostro que estaba disfrutando muchísimo. Pero todavía no era suficiente. El corazón le latía con fuerza y sentía todo el cuerpo ardiendo de deseo por él, pero introdujo la mano por la abertura de los pantalones y le sacó el miembro.

Su piel estaba tan caliente y era tan suave. Él ya estaba húmedo. Ella se frotó contra la punta del miembro y él arqueó la espalda como si estuviera en la rueda de tortura.

Al ver su reacción, ella rió, encantada y apartó la mano del miembro de él para poder probar su sabor salado y dulce.

Velkan estaba absolutamente encendido mientras la observaba lamerse la punta del dedo. Pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando ella alargó las manos hasta la cintura de su pantalón para quitárselos. Él levantó las caderas para ayudarla, aunque la lentitud de los movimientos de ella empezaba a sacarle de quicio.

Deseaba disfrutar de eso y, al mismo tiempo, tenía tantas ganas de estar dentro de ella que casi no podía contenerse. Lo único que fue capaz de hacer fue refrenar el deseo de sujetarla y colocarla debajo.

Su paciencia fue recompensada: ella lanzó los pantalones de él por detrás del hombro y se inclinó hacia delante para tomarle el miembro en la boca.

Ver el pelo de Retta esparcido por encima de su regazo mientras ella probaba su sabor era más de lo que era capaz de soportar. Ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de él y expresaron puro deseo... Él apretó las mandíbulas con fuerza para contener el orgasmo. Era difícil, pero no quería que eso terminara tan deprisa.

Tuvo que inclinarse hacia atrás y mirar al techo para controlarse, pero a pesar de ello no podía dejar de sentir la humedad cálida de la boca de ella mientras le lamía el miembro desde la base hasta la punta.

Retta emitió un gemido de placer al ver que Velkan cerraba los puños agarrando las sábanas. Puso una pierna entre las de ella y en el momento en que el muslo de él entró en contacto con su vulva, Retta estuvo a punto de correrse por puro placer de ese contacto.

Pero no era eso lo que quería. Quería corregir todos esos siglos en que su miedo infundado y su estupidez les habían mantenido apartados. Ella le debía eso y no pensaba dejarle hasta que él supiera hasta qué punto ella sentía lo que les había infligido a ambos.

Retta, con el cuerpo tembloroso, recorrió la distancia entre su miembro y su vientre dándole pequeños besos. Luego continuó hasta su pezón, y se lo lamió mientras él le introducía los dedos profundamente en la vagina. Cerró los ojos y se concentró en su tacto mientras se ponía a horcajadas encima de él.

Él le tomó el rostro con la mano y le dio un beso, y en ese momento, cualquier mal pensamiento que ella hubiera podido albergar hacia él se disolvió y ya no fue capaz de recordar qué era lo que le había hecho alejarse de él. Cerró los ojos y saboreó la lengua y los labios de él. Saboreó la sensación de su mano en su rostro un momento antes de descender encima de él.

Velkan tembló mientras la penetraba a fondo. Había soñado con ese momento durante los últimos quinientos años. Y todos esos sueños empalidecían ante este momento real. Inhaló su dulce fragancia, mientras ella cabalgaba encima de él despacio y con suavidad.

Eso era lo único que él había deseado durante toda su vida. Tener a Esperetta en la cama. Que su cuerpo estuviera dentro del cuerpo de ella. Velkan emitió un profundo gemido mientras ella continuaba cabalgando encima de él, aumentando el placer de ambos a cada momento. Él le recorría el perfil de los labios con la punta de los dedos, y ella se los lamía y se los mordisqueaba.

Velkan necesitaba tocarla. Así que bajó la mano y le tomó un pecho, jugando con el pezón endurecido en la palma de la mano. Levantó las caderas para introducirse

todavía más dentro de ella.

Retta sonrió y tomó la mano de Velkan mientras ofrecía lo que ambos necesitaban. La expresión de placer en el rostro de él era el reflejo de la suya propia. Era tan bueno volver a estar con él. Tan natural. Por primera vez en siglos, ella sintió de verdad que estaba en casa.

Y nunca más iba a marcharse.

Esa idea la atravesó un instante antes de que su cuerpo se estremeciera y un espasmo la recorriera. Una maravillosa marea de placer la invadió. Gritó y se echó hacia delante encima de Velkan mientras él aceleraba sus embestidas y aumentaba todavía más su placer.

Y cuando él se corrió, susurró su nombre como en una plegaria y casi sin poder respirar. Eso le dio más esperanzas que ninguna otra cosa de que él en verdad podría perdonarla.

El corazón le latía con fuerza y se dejó caer sobre el pecho de él. A la luz de la chimenea, él la abrazó. En la habitación no se oía ningún sonido excepto el de la respiración de ambos y el de los latidos de su corazón bajo su mejilla. Cerró los ojos e inhaló el olor que ambos despedían mientras le acariciaba los músculos del brazo.

Velkan permaneció tumbado en silencio sintiendo cada centímetro del cuerpo de ella contra el suyo. Amaba la sensación de tener la piel de ella en contacto con la suya. Sentir la mano de ella que se deslizaba por su brazo. Pero sabía que eso no podía durar.

Sabía que no podía confiar en ella.

No importaba lo que sintiera en esos momentos, el pasado tenía mucha fuerza en su mente. Y era un pasado que no deseaba aliviar. Haber aprendido a pasar cada día mientras esa patética parte de sí mismo había continuado observando la carretera pensando, no, rezando para que ella volviera.

Quizá ella ahora estuviera con él, pero ella no confiaba en él. Nunca lo haría. Y eso le hacía tanto daño como si fuera veneno.

—¿En qué estás pensando? —susurró ella.

—Me estaba preguntando cuándo cogerás el primer vuelo que te saque de aquí.

—No voy a marcharme, Velkan.

—No te creo. Tienes que llevar un negocio. Tienes que volver a tu vida.

Retta se quedó callada al oírle. Tenía razón... y estaba equivocado.

—En el pasado he tenido otros negocios que he dejado. También puedo dejar éste. Yo pertenezco a este lugar, mi sitio es estar contigo.

Él no dijo nada, pero la duda que ella vio en sus ojos le partió el corazón.

—¿Me darás, por lo menos, otra oportunidad?

—¿Otra oportunidad de qué?

—De ser tu esposa.

—¿Crees que eso te haría sentir feliz? Yo estoy instalado aquí en Rumania, en el lugar del mundo opuesto al que tú has elegido. No te sentirías feliz sin todas las

comodidades a las que estás acostumbrada. Además, los cazadores de la oscuridad no se casan. Se supone que no tienen ningún tipo de vínculo afectivo con nadie.

—Entonces recuperaremos nuestras almas y seremos libres.

—¿Y si no quiero eso?

Ella se sintió abatida al oírle.

—¿Prefieres continuar al servicio de Artemisa?

—Soy inmortal, y soy un animal, ¿recuerdas? Vivo para la guerra.

—¿Elegirías eso en lugar de a mí?

Los ojos oscuros de él la fulminaron.

—Tú elegiste algo mucho menos que eso en lugar de a mí.

Retta apartó la mirada, avergonzada. Él tenía toda la razón. Con el corazón dolorido, se apartó de él. Miró las partes de su piel que todavía tenían marcas de quemaduras de cuando él fue a rescatarla.

—Entonces, supongo que no hay futuro para nosotros.

Él dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Se supone que nunca lo hubo, Esperetta.

Ella apretó las mandíbulas, frustrada:

—Entonces, ¿nos divorciamos?

—¿Para qué molestarse? La muerte ya nos ha separado.

No era verdad. Les había separado la estupidez, no la muerte.

Retta saltó de la cama, recogió sus ropas y se vistió sin decir ni una palabra más.

No sabía qué decir.

—Entonces, ¿eso es todo?

—Eso es todo.

Ella asintió con la cabeza y abrió la puerta que daba al vestíbulo. Dudó un momento:

—Debo decir que estoy sorprendida.

—¿Porqué?

—Por tu cobardía. Siempre creí que tenías más huevos que eso.

Él se dio la vuelta en la cama para darle la espalda.

—Entonces, estamos empatados.

—¿Y eso?

—Yo también te juzgué mal. En un tiempo creí que valía la pena morir por ti.

La puerta se cerró de golpe contra la cara de ella.

Retta se quedó allí, mirando la madera, la boca abierta, oyendo todavía esas palabras resonando en sus oídos. Tal y como él había dicho, ella tenía su vida en Estados Unidos. Levantó la barbilla, se dio la vuelta y caminó hacia su habitación al otro extremo del vestíbulo.

Y a cada paso que daba, más lágrimas se le acumulaban en los ojos y un dolor mayor la embargaba. Con el corazón destrozado, abrió la puerta y vio a Raluca en su habitación que la miraba y meneaba la cabeza.

Retta se aclaró la garganta.

—No me mires de esa manera. No lo comprendes.

—Sí lo comprendo. —Raluca recorrió la corta distancia que las separaba y la tomó de la mano.

Retta necesitaba consuelo y al tomar la mano de Raluca sintió que la emoción la embargaba. Se sintió como si en lugar de estar en esa habitación se encontrara flotando en un vacío que era al mismo tiempo mareante y aterrador. Oía el aullido del viento y algo chocó contra su cuerpo como un latigazo. De repente, la oscuridad se rompió por una fuerte luz y se llevó una mano hasta los ojos para protegerse los ojos.

Ya no se encontraba en la casa, sino en la casita donde se había refugiado con Velkan después de que sus respectivas familias se enteraran de su matrimonio. Su familia le había desheredado y el padre de ella había jurado que le mataría. Y fue el padre de ella quien les encontró primero.

Retta, incorpórea, permaneció en una esquina desde donde podía observar a Velkan, que se encontraba arrodillado al lado del cuerpo inconsciente de ella. Estaban escondidos y por eso Velkan no llevaba la armadura de guerrero. Iba vestido con una sencilla túnica y unos calzones. Retta vio, con profunda sorpresa, que él tenía los ojos llenos de lágrimas mientras le tomaba una mano entre las suyas y le daba un beso en la punta de los dedos. Retta nunca le había visto parecer tan vulnerable.

—No voy a dejar que nadie te haga daño —susurró él mientras apartaba la mano del rostro de ella—. Raluca se encargará de vigilarte por mí. Por favor, no te enfades porque te dejo. Es la única manera que conozco para que tengas la vida que mereces. —Se levantó un poco y se acercó a ella hasta que sus labios estuvieron tan solo a unos centímetros de los de ella—. Te amo, Esperetta. Siempre te amaré. —Y entonces apretó sus labios contra los de ella antes de apartarse con un gruñido de disgusto.

A pesar de todo, Esperetta vio que una única lágrima le caía desde el rabillo del ojo y se le deslizaba por la curtida mejilla. Él se la enjugó, se dio la vuelta y abrió la puerta de la casita.

Allí, delante de él, se encontraba su padre con su ejército. Vestido con la armadura, no llevaba ningún casco que cubriera sus rasgos afilados y severos. El pelo, negro y largo, le llegaba hasta los hombros. Clavó los ojos en el esposo de ella. Ella se encogió al ver la furia que le retorció el rostro a su padre. Nunca, ni una vez, había visto esa parte de él. Su padre solamente se había mostrado amoroso e indulgente con ella. Amable. Velkan desenfundó la espada y se plantó allí de pie como si fuera a plantarles cara a todos.

—Te superamos en número, chico —se burló su padre—. ¿Es así cómo vas a morir?

—Sí, en una batalla. Eso es lo que prefiero. —Velkan miró hacia atrás por encima del hombro—. Pero me prometisteis que permitiríais que mis sirvientes se llevaran a casa a Esperetta para ofrecerle un entierro adecuado. ¿Mantenéis el juramento?

Los labios de su padre esbozaron una mueca antes de asentir con la cabeza.

Velkan clavó la espada en el suelo delante de sus pies.

—Entonces me rindo a vuestra —hizo una pausa antes de continuar— merced —acabó, entre dientes.

Dos de los hombres de su padre desmontaron y fueron a prenderle. En cuanto le tuvieron, su padre bajó de su caballo. Se acercó con paso enojado.

—Está muerta —dijo Velkan, intentando liberarse—. Dejadla en paz.

Su padre se burló de él. Entró en la casita y se colocó al lado de ella. Retta aguantó la respiración al ver el dolor que le ensombrecía el rostro. Sus labios temblaban ligeramente mientras observaba el cuerpo de ella. Llevó una mano hasta el rostro de ella y le cerró la boca.

—Os lo he dicho —dijo Velkan, en tono enojado—. Está muerta.

Su padre sacó la daga de su cinturón y se volvió hacia Velkan con fiereza mientras soltaba una maldición.

—Solamente es una puta de los Danesti. —Y entonces, su padre le clavó el cuchillo en el corazón.

Velkan soltó un grito tan angustiado que a Retta se le pusieron todos los pelos del cuerpo de punta. Se soltó de los hombres que le retenían y tomó su espada. Antes de que pudiera sacarla de la tierra donde estaba clavada, le dispararon dos flechas a la espalda: una le dio en un hombro y la otra a la izquierda de la columna vertebral. Velkan se tambaleó hacia un lado y, dado que no cayó al suelo, le dispararon otra flecha que le dio en una pierna. Gritó y alargó la mano hacia la espada que había caído. Pero otra flecha fue a clavársele en el antebrazo.

—¡No le matéis! —rugió su padre—. ¡Todavía no!

Apartó la espada de Velkan de un puntapié y luego le clavó más profundamente la flecha en la base de la espalda. Velkan gimió, intentó moverse, pero no había nada que hacer.

En lugar de eso, miró hacia dentro de la casa, donde se encontraba ella.

—Esperetta —dijo sin aliento y en un trágico tono imbuido de sentimiento de pérdida.

Su padre izó a Velkan sujetándole por el pelo.

—Ella es la menor de tus preocupaciones, cabrón.

Velkan intentó luchar contra él, pero estaba demasiado herido para poder plantar cara a unos guerreros que estaban mejor armados.

Incapaz de soportarlo, Retta se volvió.

—Sácame de aquí, Raluca. Ahora.

Lo hizo, pero no llevó a Retta de vuelta a la casa. En lugar de ello, Raluca la llevó al lugar donde su padre estaba torturando a su esposo. Observó, sin respiración, a su esposo sangrante y herido mientras le colocaban hierros candentes sobre la piel.

—¡Deteneos! —gritó, cerrando los ojos y tapándose los oídos—. Llévame a casa. ¡Ahora!

Para su alivio, Raluca la obedeció.

Retta la miró con enojo.

—¿Para qué has hecho eso?

—Para que comprendieras.

—Ahora lo entiendo, está bien. Yo deseaba...

—No, no tú. Ya sé que estabas dispuesta a volver a empezar. Pero ahora sabes por qué el príncipe Velkan no lo está. No has podido continuar presenciando lo que tu padre hizo, y ni siquiera has visto lo peor de ello. —Los ojos de Raluca brillaban con furia mientras la miraba—. ¿Qué crees que hubiera dado él por poder cerrar simplemente los ojos y decirme que le llevara a casa?

Retta tragó saliva con dificultad. Raluca tenía razón. Él había pasado por un infierno por su causa.

—No puedo deshacer lo que hice, y él no me va a perdonar. Si tienes algún truco de magia en la manga que nos pueda poner en un terreno común, entonces, por favor, hazlo. Pero en este momento, no soy yo quien está siendo terca. No soy yo quien tiene que perdonar. Yo he pedido perdón. No hay nada más que pueda hacer.

Raluca le soltó la mano y asintió con la cabeza.

—Tienes toda la razón, princesa. Perdóname.

E inmediatamente, Raluca desapareció de la habitación.

Velkan se puso tenso al notar una presencia detrás de él. Se dio la vuelta rápidamente y se encontró con Raluca que le miraba con ojos penetrantes y una expresión intranquilizadora.

—¿Algo va mal?

—Sí. Ella alargó la mano y le tocó un brazo.

Velkan aguantó la respiración, sorprendido al darse cuenta de que perdía la visión. De repente ya no se encontraba en su habitación. Se encontraba completamente a oscuras y un horrible peso le apretaba el pecho. Era caliente y sofocante. Le ahogaba. No podía respirar en ese terror pútrido que le recorría el cuerpo. Desesperado, se rebeló contra esa oscuridad.

Pero no se movió.

Cada vez con mayor desesperación, apretó con más fuerza. Esa vez consiguió que algo le cayera encima. Tosió, atragantándose, y se dio cuenta de que tenía el rostro cubierto de tierra negra. El peso era insoportable. El denso y terroso sabor le llenaba la boca y las fosas nasales y le forzaba a continuar presionando y cavando, intentando liberarse de ello.

Nunca se había sentido de esa manera. A cada momento, todo empeoraba. Cada segundo pasaba con una lentitud insoportable mientras él luchaba contra esa prisión. Le pareció que había pasado una eternidad cuando, por fin, se vio libre. Respirando con dificultad y vomitando tierra, se encontró saliendo de una tumba que mostraba un

nombre y una fecha singulares:

ESPERETTA, 1476

Confundido, bajó la vista hasta las manos, pero éstas no eran las suyas. Eran unas manos femeninas y estaban desolladas y maltrechas de arañar la tierra. Eran las manos de Esperetta.

Sin dejar de toser, intentó apartarse de la tumba, pero el peso del vestido le empujaba de nuevo hacia el ataúd. Con miedo de caer dentro, rasgó el extremo del camisón con los pies y utilizó la fuerza de sus brazos temblorosos para salir de la tumba.

Y, mientras estaba tumbado en el suelo e intentaba quitarse el sabor de tierra de la boca, los pensamientos se le agolpaban en la mente.

¿Qué había sucedido?

«Estaremos juntos, Esperetta. Confía en mí. Cuando despiertes, yo estaré a tu lado. Nos iremos a París, los dos solos, y empezaremos una nueva vida juntos. Nadie sabrá nunca quiénes somos.»

Pero no estaban juntos. No había ninguna señal de Velkan en esos momentos. El pánico atenazó a Esperetta, que contemplaba el desolado y frío cementerio. ¿Dónde podía estar él?

El terror la inundó, un miedo por él. No era posible que estuviera muerto. Su Velkan no podía estarlo. Él era tan fuerte. Tan fiero.

—Por favor —suplicó, mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

Tenía que encontrarle. Lo último que quería era vivir sin él. Él lo era todo para ella.

Sin saber adonde ir, se dirigió a través de la fría oscuridad hacia las luces de la ciudad, desesperada por encontrarle. Pero no fue hasta que llegó a una calle que se dio cuenta de que no se encontraba lejos de la casa de su padre.

¿Por qué estaba allí? Ella se había tomado la poción muy lejos de ese lugar.

Con Velkan.

No tenía ningún otro sitio adonde ir, así que se dirigió hacia el palacio de su padre. Pero nunca llegó a sus puertas. En cuanto hubo atravesado la reja oyó el sonido de las espadas.

Y entonces oyó gritar a su padre.

Sin tener ninguna idea clara, corrió en dirección al grito y se detuvo en seco al ver a su padre muerto, en el suelo, a los pies de Velkan. Emitió un grito mudo al ver que su esposo daba patadas al cuerpo de su padre mientras le maldecía. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue el golpe de espada que separó la cabeza del tronco de su padre.

Los ojos de Velkan estaban encendidos con una fría satisfacción; entonces, levantó la cabeza de su padre sujetándola por el cabello y la izó en el aire.

—Muerte a la casa de Drácul. Que todos os queméis en el infierno.

Esas palabras resonaron en su cabeza.

¡Velkan era un monstruo!

Esperetta gritó desde lo más profundo de su ser.

Velkan se sobresaltó: el grito de ese eco permanecía en su memoria. Intentó soltarse de la firme mano de Raluca, pero ella se negó a dejarle marchar.

—¡Es suficiente! —rugió él—. No quiero ver nada más.

Ella, finalmente, le soltó.

Velkan miró a la cazadora de hombres con la respiración entrecortada.

—¿Cómo puedes hacer eso?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mi padre era un cazador de sueños. Yo heredé unas cuantas de sus habilidades, como la de manipular la realidad de tal forma que tú puedas experimentar esa noche como si fueras Esperetta.

—¿Por qué lo haces?

—Porque perdí a mi compañero a causa del odio de una Orden que nunca debió existir. No puedo hacer nada al respecto, pero vosotros dos os habéis perdido el uno al otro porque los dos tenéis demasiado orgullo y tozudez para admitir que os habéis equivocado.

—¿Cómo puedo volver a conf...?

—¡Velkan! —le cortó Raluca en un tono de voz con el que él nunca antes la había oído pronunciar su nombre—. Has vivido esa noche en su piel. No fue culpa suya. Tú le ocultaste la verdad sobre su padre. Cuando eras mortal nunca le hiciste saber lo loco que estaba Vlad. Nadie lo hizo. Para ella, él era un padre decente y cuidador. Ella nunca fue testigo de su brutalidad. Pero tú... a ti te vio. La noche en que os conocisteis, tú decapitaste a un hombre que estaba encima de ella. Ella solamente era una mujer joven que había sido secuestrada en un convento. ¿Puedes imaginarte ese horror?

Él apartó la mirada. Recordaba lo asustada que estaba Esperetta. Todo su cuerpo temblaba entre sus brazos durante el viaje de vuelta a casa, y las pesadillas la persiguieron durante meses. Él la abrazaba en la oscuridad, y le juró que no dejaría que nadie volviera a hacerle daño nunca más.

Hasta que su padre la mató.

Pero eso no cambiaba nada. Esperetta no le amaba y él no estaba dispuesto a exponerse nunca más a ese tipo de dolor.

—Me pides más de lo que puedo dar.

—Muy bien. Pero tienes que saber lo siguiente. La princesa no se ha apartado de tu lado desde que te trajeron aquí. Hubiera podido intentar escapar de nosotros, pero no lo ha hecho. Ha montado guardia a tu lado como una leona que vigila a su manada. Y durante quinientos años yo he sacrificado a mi hija y su felicidad para vigilar a Esperetta por ti. Ya he tenido suficiente. Si la princesa se marcha, se marchará sola.

—Te lo prohíbo.

—Soy tu sirvienta, señor. Pero mi hija no lo es. Si quieres que la princesa esté vigilada, entonces te sugiero que lo hagas tú mismo.

Velkan se quedó con la boca abierta ante esas palabras. Ella nunca le había hablado de esa manera. Ni una sola vez.

—No lo dices en serio.

—Oh, por supuesto. Francesca no va a hacerse más joven, y yo quiero tener nietos. Ha llegado el momento de que encuentre a su compañero. Tú has rechazado a la tuya por tu propia elección. Francesca debería, por lo menos, tener la oportunidad de ser igual de estúpida, ¿no?

Honestamente, él no tenía respuesta a eso. ¿Qué podía decir? Era un tonto. Pero ¿cómo podía pasar por alto todos esos siglos? ¿Y cómo podía no hacerlo?

—Te quedarás solo en tu cama, príncipe. Voy a reservar un vuelo para la princesa. Es una chica estupenda. Dejaremos que encuentre su propio lugar en el mundo.

Y, después de haber dicho eso, Raluca le dejó solo.

—Buen viaje —dijo él, resentido y sin respiración, pero a pesar de que lo dijo, no se dejaba engañar. No podía permitir que Esperetta se marchara. No, mientras la Orden estuviera allí. Ella no era lo bastante fuerte para protegerse de ellos.

La Orden estaba conformada por especímenes muy astutos.

Irían a por ella y...

«Suplícale que se quede.»

Se sobresaltó al oír esa voz en su cabeza. Él nunca había suplicado nada, ni siquiera había suplicado piedad mientras el padre de Retta le torturaba. Él le ordenaría que se quedara. Y ella... se reiría en su cara, probablemente.

«Tendrás que suplicárselo.»

—Entonces, que se vaya. —Pero no lo creía. En realidad, ya había saltado de la cama. Con las emociones divididas, se vistió rápidamente con un pantalón y una camisa suelta.

Cuando iba a dirigirse hacia la puerta, ésta se abrió y casi le golpeó. Horrorizado, vio que Andrei y Viktor entraban llevando un gran baúl. Esperetta les seguía.

Desconcertado, les observó depositar el baúl a los pies de la cama.

—¿Qué es esto?

Los hombres no contestaron. De hecho, se negaron a mirarle a los ojos mientras se apresuraban a salir de la habitación.

—Hay otro baúl que hay que trasladar —les dijo Esperetta.

—¿Qué baúl? —preguntó Velkan mientras se acercaba un poco a su esposa.

—Mi baúl. Me traslado aquí.

—¿Adonde?

—A mi habitación. Aquí.

Completamente asombrado y estupefacto, abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de decir nada.

Esperetta se acercó a él y le puso un dedo en la barbilla antes de que cerrara la boca.

—Sé que no confías en mí, pero a la mierda.

Él hubiera vuelto a quedarse boquiabierto ante ese lenguaje si la mano de ella no lo hubiera evitado.

—Esta es mi casa y tú eres mi marido. Cometí un error, y lo siento. Pero he dejado de ser una tonta.

Él se apartó un poco de ella.

—Los cazadores de la oscuridad no pueden estar casados.

—Bueno, entonces alguien tendría que habérselo dicho a Artemisa antes de que ella realizara el pacto contigo y me trajera a la vida de nuevo, ¿no? Te hizo un cazador de la oscuridad casado. No creo que pueda quejarse ahora.

Tenía razón en eso.

—Pero...

Ella puso punto final a sus palabras con un beso.

Velkan gimió al notar que ella exploraba sus labios y hundía una mano en su pelo.

—Esperetta...

—No —dijo ella, apretando la mano con que le sujetaba el pelo—. No quiero oír ninguna protesta.

Él se rió.

—No iba a protestar. Sólo quería darte la bienvenida a casa.

Retta contuvo la respiración ante esas palabras.

—¿De verdad?

Él asintió con la cabeza, pero a pesar de ello, ella se dio cuenta de que él no acababa de creer en ella. Pero, por lo menos, le permitía quedarse. Era un comienzo, y ese comienzo le ofrecía esperanzas.

La puerta volvió a abrirse y Viktor y Andrei entraron el otro baúl. Se detuvieron en la puerta.

—¿Volvemos después? —preguntó Andrei.

—Sí —dijo Velkan, en tono denso—. Y no os apresuréis.

Los hombres se tragaron unas maldiciones.

Retta se rió y Velkan volvió a besarla. Sí, esto era lo que ella necesitaba, por lo menos hasta que él se apartó y miró el baúl.

—No viniste aquí con baúles.

Ella se mordió un labio, con expresión culpable.

—Es simbólico —confesó—. La verdad es que están vacíos. —En ese momento se dio cuenta de que él estaba vestido y le preguntó—: ¿Adonde ibas?

—A ningún lugar.

Ella levantó una ceja al oír esa respuesta; una sospecha la asaltó.

—¿No?

Vio que él dudaba. Entonces, con voz profunda y cargada de emoción, dijo:

—Iba a buscarte y a pedirte que te quedaras.

—¿De verdad?

Él asintió con la cabeza.

—No quiero que te marches, Esperetta.

—Entonces, ¿estás dispuesto a confiar en mí?

Él dudó:

—Bueno...

—¡Velkan!

Él la besó en los labios, y su enojo se desvaneció.

—Confiaré en ti, pero sólo si juras no marcharte nunca más.

Ella le pasó los brazos por encima de los hombros y le miró directamente a los ojos.

—Solamente me marcharé si tú vienes conmigo. Te lo prometo.

Entonces le frotó la punta de la nariz con la suya antes de que sus labios fueran a buscar los de él y sellaran esa promesa con un profundo beso.

Epílogo

EN todos esos siglos, Velkan no se había preocupado nunca por la Orden. Les había dejado cometer estragos sin interferir. Pero eso estaba a punto de acabar.

Ellos habían amenazado a Esperetta y estuvieron a punto de matarla. Ahora que él había recuperado a su mujer, no estaba dispuesto a dejar que nadie la alejara de él otra vez.

Sin preámbulo, utilizó sus poderes para abrir la puerta de la casa de Dieter. Velkan atravesó la puerta como si fuera el propietario de la casa. Dieter y Stephen levantaron la vista, sobresaltados, al igual que los otros cinco hombres que se encontraban allí.

Antes de que Velkan tuviera tiempo de moverse, le dispararon una flecha en dirección al pecho, pero él la atrapó con la mano y la tiró al suelo.

—No lo volváis a intentar —gruñó.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —dijo Dieter. Una fina capa de sudor le cubría la frente.

Velkan atravesó con una mirada hostil a cada uno de los presentes.

—He venido a enterrar el hacha de guerra. En qué punto exacto la enterremos es cosa vuestra. O bien podemos enterrarla en el suelo y damos el pasado por pasado, o puedo enterrarla en el corazón de cada uno de los que estáis aquí. De cualquier forma, la persecución a mi esposa y a su amiga se detiene ahora.

Dieter se puso rígido.

—Tú no eres nadie para venir aquí y darnos órdenes.

Velkan lanzó una llamarada que les hizo saltar del suelo.

—Sed listos. Aceptad la salida que os estoy ofreciendo. Le prometí a Esperetta que ya no sería un bárbaro nunca más. Así que estoy intentando mostrarme civilizado con todo esto y permitiros vivir, a pesar de que el señor de la guerra que tengo dentro preferiría hacer un festín con vuestras entrañas.

—Hemos jurado...

—Ahórratelo —le interrumpió Velkan con brusquedad—. Yo era uno de los miembros de esta orden hace quinientos años y conozco el juramento que habéis realizado. Y yo he realizado uno nuevo. El próximo hombre o animal que amenace a mi esposa o a mis sirvientes no va a vivir lo suficiente para lamentarlo. ¿Comprendido?

Esperó a que todos los hombres hubieran asentido con la cabeza.

Velkan inhaló con profundidad.

—Bien. Ahora que hemos llegado a un acuerdo, os dejo en paz.

Se dirigió hacia la puerta y, en ese instante, le pareció captar alguna cosa por el rabillo del ojo. Antes de que pudiera reaccionar, se oyó el disparo de un arma.

Volvió la cabeza hacia una esquina de la habitación y vio que Esperetta se encontraba allí junto con Raluca, Francesca, Viktor y Andrei.

Esperetta tenía el arma entre las manos y miraba a los hombres de la habitación con expresión amenazadora.

—¿Alguien más quiere intentar atacar por la espalda a mi esposo?

Velkan vio a Dieter en el suelo, con un único agujero de bala en el pecho. Asombrado, miró a Esperetta.

Ella no dijo nada. Se acercó a él y le tomó la mano mientras los demás vigilaban.

—Caballeros —dijo en voz baja—. Creo que casi todos ustedes conocen a la familia de Illie y creo que a él le gustaría tener unas palabras con ustedes. A solas.

Stephen se puso de pie.

—Retta...

—Ahórratelo, Stephen. Ya me has contado lo que necesitaba saber.

Velkan no estaba seguro de qué era lo que debía hacer, pero Esperetta le sacó de la casa y él la siguió. En cuanto la puerta se cerró detrás de ellos, oyó los gritos de los hombres.

Miró a su mujer con un asombro reverencial.

—Creí que querías que no les pasara nada.

—No soy la niña con quien te casaste, Velkan. Soy una mujer que ahora sabe de qué forma funciona el mundo. Nunca nos habrían dejado de perseguir. Nunca. Frankie y su familia tenían una deuda de sangre por lo que la Orden le hizo a su padre. Yo diría *bon appetit*. Ella se acurrucó entre sus brazos y le dio un casto beso en la mejilla.

—Gracias.

—¿Porqué?

—Por intentar ser un caballero a pesar de que eso iba en contra de tu naturaleza.

Él le quitó la pistola de la mano y la tiró al bosque. Luego le tomó el rostro con las manos.

—Por ti, Esperetta, cualquier cosa.

Ella le dirigió una mirada especulativa.

—¿Cualquier cosa?

—Sí.

—Entonces ven y desnúdate conmigo. Ahora mismo.

Velkan se rió y la besó con suavidad en los labios. Y por primera vez en su vida, se sometió contento a las órdenes de otra persona.

—Como deseas, princesa.

Fin

CABALGA EN EL VIENTO DE LA NOCHE

L. A. BANKS

Esta historia pertenece a mi Equipo Callejero... a esos chicos que han adoptado las leyendas de las cazadoras de vampiros y que cabalgan en ellas como el viento de la noche. ¡GRACIAS! La idea de realizar unas historias para cada uno de la serie de los Guardianes en una antología de cuentos surgió de vuestro fantástico y ávido apoyo. Todo el amor que me habéis dado quiero que lo sintáis vosotros...

Gran abrazo de Philly.
¡Leslie!

La leyenda de los Guardianes Neteru

DESPUÉS de que el ángel oscuro cayera, después de que hombre y mujer fueran engañados y expulsados del Paraíso, las legiones del mal acosaron a la humanidad con todo tipo de conflictos y dificultades para influir en sus elecciones. La Tierra se convirtió en la Zona Gris de la elección, donde el libre albedrío podía manifestarse para bien o para mal y donde un alma podía verse en peligro en ese frágil entorno donde las sombras se proyectaban en medio de la luz.

Los ángeles de las Alturas lloraban al ver el destino de la humanidad en su lucha contra las fuerzas demoníacas, meros seres de carne y hueso, al ver la esperanza de esos espíritus enviados a la Tierra aplastada por plagas, pestes, hambrunas, desastres, violencia... sin piedad. El grito de ayuda que la gente de la tierra elevó al cielo fue escuchado.

De las doce tribus dispersadas, se formaron doce Consejos de Guardianes con hombres y mujeres honorables y valientes de todos los credos y razas buenas y fueron investidos con una misión. Trabajaban como un frente unido, se movían en silencio en segundo plano y peleaban contra el mal cada una desde su propio rincón del planeta. Su equilibrio no se alteraba con facilidad. El equilibrio no era fácil de modificar; su lucha era vigilante. Pero de la misma manera que las fuerzas del mal tenían a sus ayudantes humanos que reforzaban las esferas negativas que ejercían un influjo desmoralizador, las fuerzas del bien tenían a los Guardianes: aquellos que continuaban la tarea sin importar cuántos desafíos les retaran. No estaban dispuestos a permitir que la Luz se extinguiera.

Y de esas doce tribus provenía la Alianza, formada por un representante de cada uno de los Consejos de Guardianes, doce miembros en total, los más valientes de entre los valientes, los más sabios de entre los sabios, los vigilantes de la fe y del conocimiento que se encuentra más allá de las palabras.

Solamente la Alianza podía predecir la llegada de Neteru, aunque no podían saber si ese ser mortal superior lo haría en forma de hombre o de mujer. Lo único que podían hacer era preparar un Grupo Especial Neteru mientras buscaban al ser de la profecía.

Esta élite de guerreros investida con la misión divina de proteger a Neteru fue elegida para que rodearan a su protegido, otorgándole una conciencia extrasensorial superior, una fuerza física e interna más elevada y unas habilidades sin parangón.

Estas cualidades no sólo protegían sino que reforzaban el proceso de aprendizaje de Neteru y el desarrollo de su vida de preparación en aras a su peligrosa misión.

La maestría de cada uno de los Guardianes había sido ganada en solitario y con esfuerzo, a fuego y después de haber sido bautizados con grandes dificultades, hasta que su fe se hizo inmune a la duda. Ellos proceden de la plebe, de las multitudes apretadas, de entre los pobres, los cansados, los oprimidos, los sin nombre, los sin rostro, los oscuros. Pero son poderosos, porque al último día «... los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros».

Este de Los Ángeles, 1990

Volvía a tener el mismo sueño. Olía el sulfuro, veía las horribles nubes de humo girando e hinchándose. Casi parecía que esa masa amenazante estuviera viva cuando se envolvía alrededor de él y de la más preciosa mujer con quien él había estado en toda su vida. Su rostro estaba oculto por el humo denso, pero siempre tenía esa extraña sensación de que la conocía.

Con todo lo atemorizante que ese sueño era, ésa era siempre la mejor parte... la parte en que escapaban de la nube montados en su bicicleta y en que luego se desnudaban. Era extraño, pero el rostro de ella siempre estaba oscuro en esos momentos también. Fueran sombras o la media luna, él no podía verle la cara. Pero su cuerpo era innegablemente hermoso. Intentó dirigir el sueño hacia esa parte del mismo.

Por Dios, ella era preciosa. Él sólo había pillado algún trasero unas cuantas veces durante el instituto porque no era uno de esos ligones que consiguen a todas las mujeres. Si uno no era un atleta o un traficante, ya podía olvidarse de ello. Ahora que ya no estaba en el instituto, que estaba arruinado, y que sólo tenía una motocicleta, la compañía femenina que encontraba en los clubes era un hábito caro que no se podía permitir... así que se hundió más entre las almohadas sin tener ni siquiera miedo de la escena infernal que se desarrollaba en sus sueños.

Su cuerpo estaba listo para lanzarse a esa piel suave... los impresionantes, firmes pechos que le dejaban sin respiración, con unos pezones del color del café. Jesús... un hermoso y prieto trasero y unas largas piernas que le rodeaban por la cintura allí, en medio del desierto. Oír su nombre gritado al viento. Sentir el pelo sedoso y oscuro en las manos. A la mierda los demonios de sus sueños: había atravesado el humo y el fuego de los infiernos para llegar a todo eso. Se dio la vuelta, incómodo, soñando: le mataba la fuerte erección. Vamos, ¿dónde estaba la chica esta vez?

—¡José!

Voz incorrecta. La realidad le despertó bruscamente como un jarro de agua fría. Incluso antes de abrir los ojos, José olió el olor de los productos de limpieza del hotel prendidos en la piel de su madre, a pesar de que ésta se encontraba en la puerta de su habitación. Oh, mierda... Quizá si fingía que todavía estaba dormido ella se iría, «por

favor»...

La lucha iba a ser la misma. Siempre lo era. Al final, abrió los ojos y miró a la mujer. El sueño había desaparecido, al igual que su excitación. Si fuera posible morir de vergüenza, lo hubiera hecho. Su madre le miró de arriba abajo con ojos enojados y chasqueó la lengua con disgusto. ¿Cómo era posible que el tiempo consiguiera que quien una vez había sido una hermosa mujer de treinta y siete años pareciera una vieja en tan poco tiempo?, se preguntó mientras se preparaba para lo inevitable.

—¡José, esto tiene que terminar! —dijo su madre, cruzando los brazos por encima del pecho y aplastando el uniforme de criada—. ¡Son casi las seis de la tarde! ¿Qué has estado haciendo durante todo el día, eh? ¿Estás tomando esas drogas o estás fumando esos cigarros de la risa? Tienes casi veintidós años y todavía vives como un vago. Bueno, ¡pues no lo vas a hacer bajo mi techo! Yo no puedo mantener a un hijo ya mayor que no quiere conseguir un trabajo. Ya fue bastante malo que tu padre me abandonara y que luego muriera. Ahora tú te pasas todo el día durmiendo y luego sales con esas bandas callejeras por la noche... y cuando yo vuelvo a casa no hay ni un plato lavado, no hay nada que se haya limpiado. ¡Estoy cansada de esto!

José se sentó en la cama despacio, se rascó la cabeza y buscó las palabras adecuadas.

—Mira, mamá...

—¡No, escúchame, José! ¡Me vas a escuchar por una vez! Ya hace tres años que saliste del instituto, ¿y qué has hecho por tu vida? ¿Dónde está tu ambición?

Él dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Cada semana traigo dinero para ayudar a mantener la casa y...

—¡Yo no quiero el dinero de la droga! —chilló ella mientras entraba en la habitación y se colocaba delante de él.

Él se había levantado.

—¡No es dinero de la droga! —gritó, deseando que pudiera hacer que ella lo comprendiera—. ¡Dibujo para ellos, pinto sus chaquetas y los detalles de sus coches! Me pagan para que haga mi arte, mamá.

—El arte —cortó ella, incrédula—, es para los ricos. Igual que todas esas tonterías acerca de que algún día tocarás en algún absurdo grupo. Instrumentos, motocicletas del dinero de las drogas, sin duda, están por todas partes. Además, no necesitas hacer emblemas para las bandas callejeras. Es una pérdida de tiempo tan ridícula...

Él estaba en pie mirándola, sin saber por dónde empezar. Los ojos de ella le recorrieron todo el cuerpo como si le quisiera escupir a la cara por el simple hecho de existir. No había forma de hablar en esos momentos: ella ya había tomado una decisión y se había cerrado en banda. Él miró a su madre mientras ella cruzaba los brazos sobre el pecho e inspeccionaba la habitación con la nariz arrugada.

—No soy un vago, mamá —susurró él—. Un día, conseguiré que nos mudemos...

—Oh, deja de soñar —dijo ella con un gesto de mano—. ¿Cómo lo harás sin trabajo, José?

—Tengo un trabajo. Dibujar.

—No me digas —le cortó—. Debes de estar colocado.

Ella empezó a rondar por la habitación, inspeccionando, con gestos entrecortados y nerviosos.

Lo único que él fue capaz de hacer fue observarla mientras ella iba por toda la habitación recogiendo ropa del suelo y colocándola en sillas, violando su paraíso. ¿Colocado? ¿Él? Sólo el olor de marihuana, o cualquier otra cosa por el estilo, le ponía enfermo... sus chicos siempre le tomaban el pelo por ello. ¿Cómo era posible que ella le hubiera hecho nacer y que no le conociera en absoluto?

Si ella le hubiera escuchado, él le hubiera dicho que dibujar para esos hombres era mejor que tener que traficar con droga, ir a prisión o morir. Ser el artista local era como ser su mascota. Era una forma de estar entre dos mundos en un lugar donde había pocas opciones. Tragó saliva con dificultad y contuvo el dolor que los ojos enojados de ella le habían causado. Ella no lo comprendía. Durante todo el tiempo en el instituto nadie la tomó con él, nadie le provocó, y nadie le obligó a demostrar su virilidad o lealtad a la banda tumbando a alguien. Todo porque podía diseñar los más malos de los emblemas... porque podía convertir una chaqueta de piel o un coche destrozado en una pieza de trabajo personalizado.

Eso había llevado comida a casa cuando el poco dinero de ella no se podía estirar más. Esa supuesta locura suya había incluso ayudado a pagar el alquiler de vez en cuando. ¿Tenía idea ella de cuántas fachadas tenían su firma? Tiendas de comestibles y pequeños comercios se libraban de los *graffiti* porque sus diseños únicos las marcaban como intocables. Los garitos de arte corporal le llamaban por su nombre. ¡Él no era un vagabundo! No era un mal hijo.

Pero ahora, viendo la expresión exhausta de su madre, no era capaz de decirle todo eso porque hacerlo hubiera sido como abofetearla en la cara. Los ojos de su madre brillaban con lágrimas de frustración, y él sabía que venía de otra cosa aparte de esa habitación desordenada.

¿Quién le había robado la risa, la belleza, la ternura, los abrazos? Llevaba el pelo recogido en un severo moño y envuelto en una redecilla negra. Los ojos marrones se veían abatidos y sin vida, al igual que la piel. Su silueta acumulaba michelines y era todavía tan joven. Nadie había estado con ella desde su padre. No, como hijo, él era tanto el hombre de la casa como un miembro de la especie enemiga. A esas alturas, estaba acostumbrado a los ataques.

Por eso, decirle lo que él había hecho para mantenerse a sí mismo desde que tenía uso de razón hubiera sido como clavarle un cuchillo en el corazón. Al ser el único hombre que todavía la amaba, no podía decirle esas cosas. Él era su hijo. Ella era su madre. La *madonna* vestida en un uniforme sucio de limpiadora de casas. Decirle la verdad hubiera sido tan brutal como decirle que era una mala madre, que había tenido

a su hijo demasiado pronto, que había hecho un matrimonio relámpago, que era una mujer niña que había hecho malas elecciones y que por eso su vida había resultado ser tal como era, a causa de sus decisiones. Si lo hacía, ella tendría derecho a pegarle y a gritarle, y a decirle que si ella hubiera abortado, su vida habría sido distinta y mucho mejor de lo que lo era. Quizá sí lo hubiera sido. Ésa era la parte que más le torturaba.

—Estoy intentando reunir el dinero necesario para ir a la escuela de arte, mamá —dijo él al final en voz baja mientras empezaba a ordenar la habitación para que ella se calmara un poco—. Quizá cuando me haya graduado consiga un buen trabajo y tú puedas retirarte de limpiar habitaciones y yo podré mantenernos a los dos y tú podrás descansar. Yo...

Ella desvió la atención del suelo, se incorporó lentamente e hizo un ovillo con una toalla sucia que tenía entre las manos.

—¿Escuela de arte? ¿Escuela de arte? Tienes que conseguir un trabajo de verdad, aceptar un oficio, hacer un programa de formación profesional que sea sensato y dejar de soñar... igual que tu padre. No puedo continuar con esto.

—Tengo un trabajo para dibujar un mural, mamá. Estaba esperando a que llegaras a casa para decírtelo. —Un sentimiento de derrota absoluta le asoló. ¿Cómo podía decirle que se volvería loco en una fábrica, que allí su alma se marchitaría y que moriría? Él no quería trabajar en hoteles ni limpiar los patios de los ricos. Sentía la llamada de algo mucho más importante, pero en ese momento no podía decírselo y esperar su aprobación.

—Tienes dos opciones —dijo ella en un tono de amenaza—. O te apuntas a un programa de formación profesional mañana o haces las maletas y te vas a vivir a la reserva de Arizona con tu abuelo. Quizá la familia de tu padre te acepte y te permita ser «un artista» allí.

Se quedaron mirando el uno al otro, madre e hijo enzarzados en una silenciosa y urgente batalla. No había ninguna maldita posibilidad de que él se fuera a Arizona, a vivir con un viejo y supersticioso chamán dentro de los indios creek y su mujer, de la tribu de los navajo. Había estado allí y vivido allí cuando era un niño pequeño. Su madre le había dejado allí una vez, cuando ella y su padre se estaban separando. ¿Y ahora quería enviarle allí otra vez? ¿Con esa gente loca? El único con quien había conectado de verdad era con el loco motorista que se hacía pasar por... guitarrista. Si Jack Rider estaba allí, podría estar bien. José lo recordaba como si hubiera sido ayer. Los veranos en que su madre había insistido en apartarle de las calles durante las vacaciones escolares, él y Rider habían hecho sus juergas juntos. Pero ¿quién sabía dónde estaba Rider ahora? Ese tipo era como el viento... algo que él también quería ser. Libre.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, José? —Su madre le miraba con ojos inquisidores y ese ultimátum era como un grueso muro entre ambos.

—Voy a pintar el mural, conseguiré el dinero para apuntarme al primer semestre

de clases de arte en el instituto de Santa Mónica y...

—Si atraviesas mi puerta esta noche, jovencito, tus maletas estarán preparadas y en la puerta cuando vuelvas.

Él pasó al lado de su madre sin decir ni una palabra y se dirigió hacia el baño del pequeño apartamento. Si tenía que dormir en las calles para seguir su sueño, ¡que así fuera! Él no era un mal hijo.

José levantó la mirada hacia el edificio de apartamentos vacío cercano a la autopista 405. Era la tela más bonita que había visto en su vida. Un programa del ayuntamiento le había escogido de entre la lista de grafiteros más apreciados y le había ofrecido esa joya en lugar de un premio. ¡Dios bendijera a Estados Unidos!

Rápidamente aparcó su Harley plateada y negra y se sacó el casco para poder ver mejor el edificio. Respiró profundamente, permitiendo que el aire le penetrara en los pulmones y le llenara el espíritu. Allí, con el casco bajo el brazo y mirando el edificio, sintió que la adrenalina le recorría todo el cuerpo. Habían construido el andamio en su honor. Le habían dado pinceles y le habían dicho que le proporcionarían la pintura, pero él prefería los envases de *spray*. Lo que le gustaba era sentir la presión con que salía la pintura, la textura de las paredes del edificio que iba a cubrir.

Una lata de pintura blanca para empezar el boceto pareció que le susurrara desde la maleta de la moto. El ayuntamiento quería en esas paredes un mensaje antidrogas... o alguna cosa positiva y que reforzara el sentimiento comunitario. Los hombres del vecindario que se habían enterado de la suerte que había tenido querían que sus signos territoriales de banda callejera y los nombres de sus soldados muertos aparecieran en el lateral del edificio que daba a la autopista. Pero él tenía esa imagen en la cabeza, la imagen de su sueño, y no se la podía quitar de encima. Era una parte de ese sueño repetitivo.

Ella era impresionante... todo curvas... unos grandes ojos marrones le perseguían con una expresión de miedo... si pudiera hacer que el resto de su cara apareciera entre el humo.

A su alrededor había monstruos y demonios. Ella se alejaba corriendo en dirección a un gran pájaro del trueno que se cernía desde lo alto. Unos chamanes nativos americanos realizaban sus danzas de guerra mientras los fantasmas de sus antepasados chicanos blandían las espadas de los conquistadores muertos y cabalgaban sobre unos horribles caballos fantasmas en dirección a los demonios voladores.

José cerró los ojos y el mural cobró vida en su mente. Un hombre joven en pie apuntaba un revólver brillante hacia los monstruos y salpicaba todo de sangre, igual que los espíritus de los ancestros. Les diría a los del ayuntamiento que ésa era la interpretación artística de cómo los jóvenes se perdían y se sentían acosados por las

fuerzas demoníacas de las drogas y de la violencia en las calles, y que su única esperanza era el pasado espiritual de sus antepasados. Sonrió. Una estupidez absoluta, pero podía funcionar.

Y luego les diría a los hermanos de la banda que ese tipo con la pistola era uno de ellos: lo único que tenía que hacer era pintar el color adecuado al pañuelo de la cabeza del hombre para que funcionara. Además se inventaría algo acerca de que los demonios y demás eran «el hombre» y de que la chica corría hacia el tipo guay porque era una chica como tenía que ser, al igual que las mujeres que ellos tenían. Sí... pintaría la pistola de forma realista para que les diera buen rollo. José se rió en silencio. Ser un artista con habilidad daba ciertos privilegios, el mayor de los cuales era que todo el mundo esperaba que uno estuviera loco y nadie desafiaba la interpretación del artista.

Inspirado, dejó el casco encima del asiento de la moto y rápidamente sacó dos latas de pintura en *spray* de la maleta de la moto. Se las metió en los bolsillos de la chaqueta gris, corrió hacia el andamio y empezó a subir.

La noche era suya. La amaba como si se tratara de una mujer. Le resultaba provocadora, libre, apasionada, oscura... los sonidos que tenía eran tan distintos... y los olores cambiaban cuando el sol se ponía. Con lo caótico que era ese barrio, la oscuridad ofrecía cierta paz y tranquilidad para el alma.

José subió hasta la parte superior del andamio, de tres pisos de altura, y se quedó de pie delante de esa hermosa tela en blanco, sintiéndose, de repente, el amo del mundo. Los olores de los ladrillos y del mortero le invitaron a poner las palmas sobre la pared y a acariciar con suavidad la superficie del muro mientras estudiaba por dónde empezar.

Una sombra se movió por encima de una de las ventanas oscuras y rotas y le dio un susto. Pero dado el tiempo que hacía que ese edificio estaba abandonado, los gatos, las ratas, los adictos al *crack*, los sin techo, cualquier cosa o cualquiera, debían habitar ese garito. José tenía que concentrarse y no pensaba permitir que un gato callejero le despistara. Exhaló con fuerza, nervioso, y se pasó la mano por el pelo, decidido.

Una vez hubiera trazado el esbozo del dibujo, todo estaría bien. La gente ya podría detenerse a mirar, los hombres podrían ponerse a fumar canutos abajo mientras le gritaban. Eso era lo único que no le gustaba de trabajar en el exterior, de hacer trabajos murales. No había intimidad. Un artista necesitaba un estudio, un lugar donde entrar en íntima comunión con su trabajo sin tener que aguantar los comentarios del estúpido público callejero. Por eso, robar un trozo de noche mientras los hermanos pasaban droga, iban de clubes o se colocaban era lo mejor para pensar en el trabajo hasta que tuviera la imagen concretada.

Metió la mano en el bolsillo y agitó la lata de *spray*, concentrado en la pared, sin ver nada excepto la visión que la cubriría. Entonces empezó a trabajar. Al cabo de poco rato tuvo la espalda, el pecho y las axilas empapados. Sentía el aire frío de la

noche en la cabeza a través del cabello mojado. Imágenes gloriosas le pasaban por la cabeza y le impulsaban a realizar movimientos repentinos y apasionados con el brazo extendido, a doblar y balancear todo el cuerpo en unión coreográfica con su arte. Al cabo de un instante, unas luces azules y rojas se esparcieron por la pared y la familiar sirena de un coche de policía le hizo detener la danza, interrumpir la divina meditación, incorporarse y levantar las manos.

—¡Baja del andamio! —le gritó una voz enojada a través de un altavoz.

José se dio la vuelta despacio.

—Soy un artista que ha sido...

—Abajo. ¡Ahora, amigo!

Dos policías salieron del coche patrulla.

—Estamos hartos de que los capullos como tú destrocen la propiedad privada —gritó uno de los policías—. ¡Una mierda, un artista!

José cerró los ojos y mantuvo los brazos en el aire.

—Tío, tengo una carta del ayuntamiento en el bolsillo que dice...

Oyó el chasquido de las fundas de las armas. Abrió los ojos rápidamente y se quedó tan quieto como le fue posible.

—¡Necesito las manos para bajar, amigo!

—¿Adonde vas?

La madre de Juanita le bloqueó la puerta y la miró con dureza.

—Sólo voy a salir con mi hermano, mamá. Quiere que conozca a un amigo suyo, y hay una fiesta...

Su madre se hizo el signo de la cruz en el pecho.

—Tu hermano mayor me rompe el corazón con esos amigos. Todos son traficantes y...

—No sabes lo que dices, mamá —le dijo Juanita en tono de súplica—. Me he quedado en casa después del trabajo y vigilé...

—Eso está bien, ¡tienes que quedarte en casa y vigilar a tu hermanito después del trabajo! ¿Qué otra cosa más importante tienes tú que hacer? Yo trabajo dieciséis horas al día para alimentarlos a todos. ¿Y ahora tengo que sentirme culpable por querer que mi hija se quede aquí, para que no esté por esas calles que me han quitado a mi hijo mayor?

—Tengo casi veinte años, mamá. Actúas como...

—¿Actúo como qué? ¿Quién es ese amigo?

Juanita midió las palabras. ¿Qué podía decirle a su madre cuando se encontraba en ese estado? Esa mujer no se comportaba de forma sensata. En el vecindario había chicas que tenían dieciséis años y que tenían más libertad que ella. Desde que su padre murió, ella hizo todo lo posible para quedarse al lado de su madre, para ayudarla tanto como pudiera. ¡Pero parecía que su vida no le perteneciera!

—El amigo de Juan es un primo de los Rivera y es sólo un poco mayor, además es...

—¡Madre de Dios! Los hombres de esa familia han sido concebidos por el mismo diablo. ¡Lucifer! ¿Cuántas mujeres jóvenes han caído presa de su lujuria? —Su madre le recorrió todo el cuerpo con la mirada—. Mírate, ¡vestida como una golfa! Top rojo con toda la espalda al aire, vaqueros, sandalias a la moda, el pelo suelto, y maquillada como una puta. Y si te piensas que me voy a creer que ese Rivera o quien sea, primo de Satán, es una especie de santo...

—¡Es el amigo de Juan! —chilló Juanita—. ¡Por tu culpa, y porque Juan ha jurado con disparar a quien se me acerque, nunca nadie me ha pedido para bailar! ¡Nadie se ha atrevido nunca a poner un pie en esta casa para venir a verme! ¡Nadie! —Se dio la vuelta dándole la espalda a su madre; empezaban a caérsele las lágrimas y a arruinarle el maquillaje. Su madre la hizo darse la vuelta con un fuerte tirón y la abofeteó con tanta fuerza que le hizo ver las estrellas.

—¡No te atrevas a hablarle a tu madre con esta falta de respeto! ¿Quién te da de comer? ¿Quién te viste? ¿Quién te ha puesto un techo en la cabeza? ¿Quién te ha bañado, ha evitado que te quedases preñada y que te echaras a perder igual que todas tus amigas? ¡Yo! ¡Tú madre, que te quería y que se merece un respeto! —Se pasó las manos por encima de la bata de flores—. ¿Y ahora, porque estoy gorda, soy vieja y mi cabello ya no es bonito... porque tengo arrugas en la cara a causa de preocuparme por mis hijos, resulta que no sé nada del mundo? ¿No merezco que me escuches?

La culpa y la vergüenza chocaron con la ofensa con tanta fuerza que Juanita no podía respirar. Ella sólo quería ser normal, divertirse, y no malgastarse quedándose encerrada con una madre que no dejaba de rezar, con una abuela que cada vez era más vieja, y acabar convertida en una solterona.

Miró a su madre con los ojos llenos de lágrimas y se llevó una mano a la mejilla.

—Has dicho «te quería», no «te quiere» —susurró Juanita.

Los ojos enojados de su madre adoptaron una expresión maligna.

—¿Quién podría amar a una hija tan desagradecida? Juré que si los míos me trataban de esa forma, les daría por muertos. —Su madre se dio media vuelta, sorbió con fuerza por la nariz, se secó los ojos y se dirigió a la cocina—. ¡Sácate esa ropa de ramera y ve a lavarte la cara! —le gritó, sin volverse.

Juanita se quedó clavada en el mismo sitio. ¿Su propia madre le había dicho esas cosas, y lo había hecho en serio? ¿Su propia madre? Se llevó una mano a la boca y amortiguó un sollozo. ¿Cómo podía haberlo hecho? ¿No se había graduado ella en el instituto, había conseguido un trabajo y había ido a trabajar a la farmacia de la esquina sin quejarse nunca de que su sueño de estudiar empresariales era un sueño pospuesto, porque nadie había previsto su educación? Ella era una buena hija que comprendía que nadie hubiera pensado en el futuro cuando la concibieron. Hasta ahora, había aceptado que nadie se hubiera preocupado por el hecho de que ella fuera la niñera, la sirvienta, la cocinera, la persona que llevaba la casa mientras su madre

trabajaba hasta la extenuación día y noche.

Se suponía que su hermano Juan era el hombre de la casa, pero estaba destrozando la casa. Y a pesar de ello, a pesar de todas las malas palabras hacia Juan, su mamá continuaba adorándole, a pesar de saber de dónde venía su dinero. Él nunca había tenido que hacer nada de la casa porque era un hombre. ¿Es que su madre no sabía que ella era la estable, ella era en quien se podía confiar? Por supuesto que no había tenido niños tan pronto: había visto lo que significaba cuidar a un bebé a causa de que había vigilado constantemente a su hermano pequeño. Sabía qué era trabajo. Sabía lo que significaba llevar una casa entera. Era trabajo. ¡Ella era la criada! Su apellido era Trabajo, su segundo apellido era Dedicación. ¿Y había recibido una bofetada por el crimen de salir con un guapo amigo de su hermano?

Ya era suficiente. Las batallas habían terminado. No importaba cuánto se empeñara en que su madre se diera cuenta, la mujer continuaba ciega. ¿Una puta? ¿Una ramera? Todavía no había estado con un hombre, a su edad, ¿y su madre le dirigía esos terribles insultos?

Con el corazón roto, Juanita caminó hacia la puerta. Una sensación de marginación y de derrota la ayudaron a salir en silencio de la casa. No iba a esperar a que Juan llegara a casa para recogerla. Ya no quería conocer a ese estupendo amigo que tenía un chanchullo callejero. Ya no quería llevar el peso de la frustración de su madre, ni de su furia ni de su amargura. No podía soportar las supersticiones de su madre acerca de los demonios y de los sueños. Ya no. No podía quedarse allí y ver que pasaba otro año de esperanzas y deseos mientras esperaba la aprobación o un cambio.

La rabia por esa doble moral le hizo correr hasta el final de la manzana: su hermano podía ser un putero, beber, vender drogas o hacer cualquier cosa, y a ella le habían dado una bofetada por querer ir a una fiesta... por esperar que ese amigo de Juan bailara con ella, que flirteara con ella... que quizá incluso la besara algún día. Unas lágrimas de amargura le cayeron por las mejillas mientras corría, sin ver nada, en medio de la noche, esquivando a los vecinos, a los coches y a los peatones desconocidos.

Siguió la ruta del autobús y recorrió muchas manzanas sin tener miedo. No pensaba volver a casa, nunca más volvería a atravesar esa puerta. ¡Era mayor! ¡Era una buena hija! Tenía un trabajo y encontraría un hogar propio, de alguna manera.

Un autobús pasó por su lado y redujo la velocidad al llegar a la esquina. Juanita subió en él y, nerviosa, rebuscó en los bolsillos hasta que se le cayeron las monedas al suelo. Unos ojos inexpresivos y marchitos la siguieron mientras se dirigía a la parte trasera del vehículo y se sujetaba a una de las barras con los ojos cerrados.

«Dios, sólo sácame de aquí.» A cualquier parte excepto a casa de su madre. Que se la llevara lejos de las agresiones y los insultos, los azotes verbales, las constantes sospechas y acusaciones. Tenía que existir algún lugar donde la belleza hubiera reemplazado a la fealdad en el alma humana... donde el aire fuera transparente y

limpio, donde no existiera el hedor de la basura. Un lugar donde hubiera árboles, flores, y una belleza silenciosa... un lugar donde alguien la quisiera por lo que ella era, no por lo que pensaban que era. Echaba de menos a su padre, sus cálidos abrazos y la manera en que la llamaba princesa y la hacía sentir como si fuera justamente eso, la niña de sus ojos.

Su padre era el único que no creía que sus sueños fueran absurdos y el único que la tranquilizaba en esas noches de terror en que soñaba con monstruos... su madre creía que ella estaba poseída cuando veía esas cosas. Su madre le decía que esas visiones procedían del mal que ella llevaba dentro.

Bendita virgen María, madre de Dios, ten piedad de ella y guíala hasta unos brazos que la protejan de la noche fría y mortal.

ABIERTO de brazos y de piernas encima del capó del coche patrulla, José apretaba las mandíbulas mientras le cacheaban todo el cuerpo en busca de un arma. La carta del ayuntamiento hubiera podido ser papel higiénico, para lo que le había servido. La rabia, mezclada con la pintura en spray, los humos del motor, la gasolina y el olor a sudor de los policías le hicieron desear lanzarse contra ellos. Pero era demasiado sensato como para pelear con la policía de Los Angeles en los barrios. Ir a prisión era lo que menos le preocupaba. Que le metieran un tiro y lo tumbaran era lo más probable.

Pero allí, en la calle, a oscuras, el olor a algo le hacía sentir escalofríos en la nuca. Le pareció ver una sombra por el rabillo del ojo, y en un acto reflejo levantó la cabeza. Lo único que consiguió fue que se la hicieran bajar otra vez con un golpe.

—¿Te resistes a la autoridad, gamberro? —le preguntó un fornido policía.

—No, tío —dijo José con las mandíbulas apretadas—. Me pareció ver alguna cosa por el rabillo del ojo.

Los policías se miraron el uno al otro.

—Será mejor que lo comprobemos —dijo el más delgado y más alto—. Quizá haya otros por ahí que vayan con éste. Siempre trabajan en grupo.

—Llama y pide refuerzos —le aconsejó el poli gordo y de pecho como un barril.

—Dame un minuto. Tú quédate aquí con este gamberro. Voy a hacer un rápido reconocimiento; luego le meteremos entre rejas.

Le incorporaron tirándole de la camisa.

—Métete en el coche.

El policía que estaba con él había abierto la puerta y había quitado el seguro de su revólver. Estaba empezando a empujarle para que se metiera dentro del vehículo cuando todos lo vieron. El edificio cobró vida, la oscuridad empezó a verterse desde las ventanas, a colarse por las rendijas de las puertas cerradas. Los dos polis retrocedieron y los tres hombres se quedaron paralizados por el terror un segundo.

Parecía que el rezumar de esa negrura hubiera creado una noche más negra que la noche, y entonces, después de unos segundos, cuando el alma humana podía empezar a tener una reacción normal, esa oscuridad surrealista se partió, alzó el vuelo y cientos de murciélagos se esparcieron en el aire.

—¡Oh, mierda! —gritó el policía corpulento en cuanto los pequeños animales le rodearon en una nube giratoria.

El policía empezó a chillar y a disparar. José, más temeroso de lo que veía que de recibir un tiro por la espalda, corrió hasta la moto. Se colocó el casco de inmediato

para impedir que esas criaturas voladoras le atacaran en la cabeza.

Se volvió para mirar por encima del hombro y vio que una nube se arremolinaba alrededor del otro policía y se convertía en una enorme entidad que tomaba la forma de un hombre calvo y pálido, vestido con un traje negro y con unas uñas como garras, unos ojos rojos y brillantes, y colmillos. Salió disparado.

Dándole con fuerza al gas de la moto, pasó por debajo de la autopista, cerca del edificio con el andamio, en dirección a unas calles más abiertas y amplias, pobladas por algo que tuviera algún sentido; por gente. De repente, tuvo una borrosa visión de algo de tela roja en la acera. Un grito agudo de mujer le resonó en la cabeza y adoptó el tono penetrante de los chillidos de esas cosas voladoras.

Él pasó y volvió la cabeza para mirar mientras conducía la motocicleta con el cuerpo agachado para mantener el control. Una nube del tono del azufre lo cubría todo excepto los ojos marrones de terror de esa mujer. Oyó unos gemidos guturales, y luego olió sangre. Escupió al viento mientras continuaba por el centro de la desierta calle. No pensaba detenerse por tonterías.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdeme!

Oyó la voz de la mujer detrás de él. Un olor que le resultaba familiar le hizo frenar la moto de repente y derrapar hasta dar la vuelta en dirección contraria. Dos bestias la habían arrinconado contra un edificio vacío, y se apretaban contra ella. Él llevó una mano hasta la maleta y encontró el bote de *spray*. La moto se convirtió en un arma: se precipitó por la curva y aceleró acera abajo, haciéndose el valiente con lo desconocido. Algo aterrizó en el asiento, detrás de él, con un golpe fuerte, pero la Harley formaba parte de su cuerpo y José se volvió al instante y llenó esos ojos brillantes de pintura. El invasor cayó al suelo, chillando y llevándose las manos hasta su horrible rostro.

La mujer se cubría la cabeza, daba patadas y chillaba, encorvada sobre sí misma. Pero esa cosa levantó la mirada demasiado tarde y no pudo esquivar las ruedas de la Harley que levantaban chispas a ciento treinta kilómetros por hora. José se preparó para el golpe, esperando que el choque le hiciera salir disparado de la moto. En lugar de eso, la entidad se disolvió en una extraña nube de materia sulfúrica que le mojó el casco, el pecho y toda la acera.

—¡Sube! —gritó José—. ¡Sube ahora o te dejo aquí!

La mujer se puso en pie e inmediatamente subió a la moto. En segundos se alejaron, atravesaron el tráfico en zigzag, y José levantó la rueda delantera de la moto en cuanto llegaron a un cruce transitado para que todos se detuvieran y les dejaran paso.

El corazón le latía con fuerza, el sudor le cegaba la vista y los restos de sustancia de ese demonio le cubrían el casco. Tuvo que quitárselo y tirarlo a la calle. Unas manos se agarraban a su pecho con urgencia, aterrorizadas, y un rostro femenino se apretaba contra su espalda. Él corrió con el viento de la noche sin dejar de oler esa sustancia sulfúrica que se aproximaba.

¿Tenía que conducir esa masa de demonios hasta la casa de su madre? Imposible. ¿Dejar de correr? No podía ser. ¿Hablar con esa chica que iba detrás de la moto y buscar la manera de dejar a esa pasajera inesperada por el camino? No. ¿Oh, sí, quedarse por ahí y tener que explicar que él no había destrozado a dos policías? Un suicidio. ¿Detenerse? Oh, diablos, no. No hasta que se quedara sin gasolina. No hasta que hubiera llegado a algún lugar seguro. No hasta que su corazón hubiera dejado de aporrearle el pecho. No hasta que llegara al único lugar del mundo donde conocía a personas que creían en ese tipo de cosas y pudieran hacer algo al respecto: a casa de su abuelo.

Se detuvieron en una vieja y polvorienta carretera que llevaba hasta la reserva. Un hombre viejo estaba sentado en un porche y mascaba la boquilla de una gastada pipa de maíz seca mientras sonreía.

El abuelo de José se puso en pie con esfuerzo. La camisa roja y gris se movía con la brisa previa al atardecer. Se acercó al extremo de la barandilla del porche y esperó con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de pana marrón. Los coyotes aullaron y el hombre asintió con la cabeza. La luz de la luna le bañó el pelo plateado, recogido en dos largas trenzas que le caían sobre el pecho.

—Los pájaros del trueno te han enviado —murmuró el abuelo de José mientras miraba hacia la luna—. ¿Les has olido?

José apoyó la cabeza sobre el manillar de la moto, demasiado agotado para responder de inmediato.

—Estoy asustado, abuelo. No estoy para adivinanzas ahora.

—Yo estaba en el autobús —sollozó la chica que se abrazaba a él—. Estaba... estaba... entonces el autobús se detuvo al llegar al final del recorrido. ¡Salí! —dijo, en un tono cada vez más agudo e histérico—. Todo estaba desierto y tenía miedo, así que me dirigí hacia unas luces de policía que vi a lo lejos y entonces... entonces... oh, santa madre de Dios... —Apretó el rostro contra la espalda de José y lloró.

—Lo sabemos —dijo el hombre viejo en tono tranquilo—. El consejo de los viejos tuvo una visión. Es la época de estas cosas.

José notó que la mujer que se encontraba detrás de él se encogía, pero levantaba la cabeza. Él miró a su abuelo con una expresión severa.

—¡No eran lagartas, abuelo! ¿La época? ¡La maldita época! ¿Sabes lo que les hicieron a los dos policías? ¿Tienes idea de qué...

—Sí —respondió su abuelo en tono tranquilo—. Tu entrenamiento para vigilar a los seres inocentes ha comenzado con una dura lección, porque tú tótem es el pájaro del trueno. Tú eres un sensor. Tu don es como el del lobo, un rastreador, pero vuelas como el viento de la noche, y auguras la lluvia del cambio. —Suspiró con calma y satisfacción—. Entrad en la casa, lavaos y comed algo. Las mujeres tienen ropa para ella. Yo tengo ropa para ti. Os hemos estado esperando a los dos durante mucho

tiempo.

José miró a su abuelo entrar en la casa con una dignidad silenciosa. Esa aceptación serena de su historia resultaba tanto tranquilizante como enervante. José intentó reunir los fragmentos de realidad que todavía existían en su mente y se volvió hacia la mujer que se encontraba en la parte trasera de la motocicleta.

—Mira, amiga... éste no es un buen lugar para quedarse. Siento no haberte dejado en Los Ángeles, pero, mierda...

Se pasó las manos por el rostro y puso el pie de cabra de la moto para bajar. Ella todavía tenía el rostro cubierto con las manos y respiraba tan despacio que parecía que estuviera conteniendo un grito. Él sabía perfectamente qué le sucedía: estaba aterrorizada.

En lugar de bajar de la moto, se volvió hacia ella y le acarició el pelo revuelto.

—¿Cómo te llamas?

Ella no contestó, continuó inhalando y exhalando como si estuviera a punto de tener un ataque de asma.

—Lo vi todo en un sueño —susurró—. El mismo que he tenido casi cada noche. Nunca le vi la cara... la del hombre de la moto. Pero los demonios, la calle... los policías muertos... ¡lo había visto todo!

—Eh, eh, eh. —José la agarró por ambos brazos—. ¿Vuelve a decirlo? ¡Cuéntame el sueño! —le gritó.

Cuando ella levantó la cabeza lentamente de las manos, él se encontró con los mismos ojos que noche tras noche le habían perseguido en sueños. Al fin, su hermoso rostro ovalado quedó completamente expuesto. El terror y las lágrimas le habían dibujado ojeras, y le habían derretido el maquillaje. Pero era ella. Él recorrió su torso con la mirada. Oh, sí... era ella. El perfume de violetas, el olor a jabón y las feromonas se volatilizaron desde la piel de ella y le atacaron los sentidos con los recuerdos del sueño. Ese olor se le metía en la piel y le provocaba retortijones en el estómago.

—No vi nunca su cara —murmuró ella—, porque él llevaba un casco negro. —Ella bajó la mirada hacia el torso de José—. Pero estaba empapado de sudor. Y conozco la moto... —Se interrumpió y le miró las manos—. Conozco esas manos —añadió, despacio—. La misma forma de sujetar.

José la soltó despacio y luego la dejó que se apartara.

—Tu familia... tienes que llamar a casa y decirles que estás bien.

—De acuerdo... pero a mi madre no le importa. Me dijo que yo estaba muerta para ella.

Él la observó mientras a ella se le llenaban los ojos de lágrimas y alguna cosa dentro de él que no comprendió le obligó a secarle esas bonitas mejillas encendidas con los dedos.

—Llámala igualmente —dijo con voz amable—. Yo también tengo que avisar a mi madre.

Ella asintió con la cabeza y se ajustó la tira del top, sintiéndose expuesta de repente. Tenía que ser esa locura de terror lo que le hacía sentir cosquillas en el estómago. Levantó la barbilla; no importaba lo que su madre le hubiera dicho, ella no era una cualquiera. Pero esos ojos intensos, amables y tranquilos y ese contacto fuerte de la mano le cortaban la respiración. Observó la línea de la sólida mandíbula y dejó que sus ojos recorrieran los anchos hombros y los esbeltos y bien dibujados brazos que la habían sujetado con fuerza sobre la moto para salvarle la vida.

—Volviste por mí. Que recibas todas las bendiciones del cielo.

—No podía dejarte allí de esa manera sin intentar...

Ella levantó la mirada hasta él y tragó saliva con dificultad.

—Te hubieran podido matar.

Él medio sonrió.

—Pero no me han matado, ni a ti tampoco.

Ella llevó un dedo hasta los labios de él.

—Gracias. No digas nada más. Déjame que lo piense solamente un minuto.

Él ni se movió ni parpadeó mientras la observaba procesar todo lo que había sucedido. Ella era como una naturaleza muerta, sus manos ansiaban inmortalizarla con pintura, carboncillo, lápiz, con cualquier medio que pudiera retener esa imagen. Había cierta aceptación serena detrás de su estado de conmoción. A la luz de la luna, incluso con el maquillaje arruinado y el pelo revuelto, ella era la mujer más hermosa que había estado cerca de él. Fue por un gesto reflejo que su mano fue a acariciarle el cabello y que la abrazó. El porqué se sentía así en un momento como ése era mucho más que una locura.

Pero la sensación de ese pelo sedoso en la palma de la mano y la manera en que su aliento entraba y salía de la boca de ella y le calentaba el pecho estaba más allá de cualquier explicación. La urgencia de besar esos labios desafiaba cualquier lógica, de la misma manera en que lo que acababan de experimentar era surrealista. Para no ponerla más nerviosa de lo que ya debía de estar, él se limitó a abrazarla y a acariciarle con la nariz la coronilla de la cabeza.

—Aquí estás a salvo esta noche. Puedes llamar a casa, darte una ducha, tomarte un té, hacer cualquier cosa que te permita relajarte... y descansar un poco. Mi abuelo tiene una actitud extraña, pero es un hombre decente. Muy enrollado.

Ella asintió con la cabeza y se deshizo de su abrazo. Le miró.

—¿Te quedarás en la casa conmigo... quiero decir... no te irás muy lejos?

—Sí —dijo él, intentando que no se le quebrara la voz. ¿Ella quería que él se quedara cerca de ella? ¿Pensaba en él como en una especie de protector o algo... un héroe? Sí, eso era.

Si no se movía, la besaría, así que bajó de la moto y la ayudó a bajar. Por algún motivo, ella se quedó muy cerca de él y, por algún motivo, el brazo de él le rodeó la cintura. Entraron en la casa prácticamente abrazados. La esposa navaja de su abuelo levantó la mirada, sonrió y les ofreció un montón de toallas y de ropa. Le dio unos

golpecitos a la joven en la mejilla y miró a José esperando a ser presentada. Fue entonces cuando él se dio cuenta de que ni siquiera sabía cuál era su nombre.

—Oh, nos acabamos de conocer y...

—Me llamo Juanita —dijo la joven a su lado con gesto tímido.

—Ah, sí, yo soy José —dijo él a la mujer a quien había salvado, y entonces miró a su abuela pidiéndole disculpas con los ojos.

La mujer no dijo nada, se limitó a ofrecerle el montón de toallas y de ropa a Juanita, a besarles a ambos, les dio un ligero apretón en el rostro, salió de la casa y se quedó en el porche.

El abuelo de José la miró y asintió con la cabeza.

—Mi esposa se reunirá con las mujeres para preparar una fuerte medicina para daros, pero especialmente para ella, la que tiene los ojos de la noche.

José estaba muy, muy quieto. Conocía alguna cosa, lo que la memoria le traía, sobre los viejos hábitos de los chamanes y nada de ello le hacía sentir lo más mínimamente cómodo. Si se iba a celebrar un cónclave femenino nocturno para preparar una importante medicina antes del amanecer, entonces los hombres iban a realizar un potente ritual en la tienda de sudar. Él y su abuelo se dirigieron una mirada de reconocimiento.

—No te preocupes —dijo su abuelo, apretando la mandíbula mientras bajaba el sombrero de fieltro gris con la pluma de águila en un lateral—. Has superado la primera prueba: ella no está muerta y tú también vives sin ninguna marca de las bestias. Las sombras no pueden penetrar en esta casa. La medicina ayudará a mantener el camino despejado y esta casa intacta. —Se dirigió a la puerta sin inmutarse—. Además, el hombre de buen corazón que tocaba la guitarra te enseñó a disparar con el rifle. Es un buen maestro. Hay un rifle con cartuchos especiales en la chimenea.

José asintió con la cabeza. Jack Rider le había enseñado a disparar, a montar y a tocar un guitarra pequeña. Esa referencia a la presencia de su antiguo mentor en la casa le trajo buenos recuerdos. Pero, a pesar de ello, José deseó que su abuelo hubiera decidido quedarse cerca de la casa. Él no era ningún gamberro, pero, joder. ¿Iban a dejarles a él y a Juanita allí solos? ¿Y si alguna otra cosa extraña sucedía? Aprender a disparar un rifle años antes con un loco guitarrista que bebía Jack Daniel's y que iba por ahí en moto no era precisamente un entrenamiento militar.

José miró la chimenea y luego a Juanita. Ella estaba de pie, inmóvil, como un ciervo paralizado bajo la mirilla del fusil de un cazador. Sujetaba el montón de ropa contra el pecho con tanta fuerza que los nudillos de las manos se le habían puesto blancos. La chica parecía a punto de desmayarse, y él no podía culparla de ello.

—Eh, mira... ¿por qué no llamas a tu mamá y le dices que estás bien? Yo llamaré a la mía. Luego te das una ducha y yo me quedo por aquí y miro a ver qué hay en la nevera.

—¿Sabes disparar esa arma? —Ella dirigió la mirada hacia la chimenea y luego

otra vez hacia él.

—Sí, lo hago bien.

Ella meneó la cabeza lentamente y con expresión aterrorizada.

—No puedo ir al baño sola... tiene una ventana, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Ajá. No —susurró, con un tono de pánico en la voz—. Por favor, no me dejes sola en ninguna de las habitaciones en ningún momento.

—Pero ¿y si tienes que hacer pipí? —dijo él, intentando no sonreír.

—¡Bueno! —Empezó a caminar en un pequeño círculo—. Puedes traer el arma ahí, quedarte al lado de la ventana, de espaldas a mí, y luego, cuando te avise de que estoy visible, podrás darte la vuelta.

—El baño no es tan grande, Nita. —Él se rió y se pasó la mano por el pelo.

Ella levantó la mirada hacia él con ojos suplicantes.

—¿Cómo me has llamado?

—Nita. ¿Por qué?

Ella apartó la mirada, el rostro encendido.

—Es un viejo apodo. Sólo la gente que me conoce de verdad me llama de esa forma.

Él se encogió de hombros y una tensión nueva le invadió mientras miraba ese rostro hermoso y asombrado.

—Bueno, tiene cierto sentido que nos conozcamos tan rápido, si es que vamos a escuchar como hacemos pipí, ¿no te parece?

Ella se limitó a mirarle un segundo y luego se puso a reír. El sonido de su voz le recorrió todo el cuerpo y le hizo sentir los músculos de la espalda tensos.

—Me alegro de ver que al final te estás relajando. —Bajó la vista hasta sus ropas grises y manchadas—. Ya asaltaré la nevera después de lavarme, ahora que lo pienso mejor.

—Todavía vas a venir conmigo al baño, con el rifle, ¿verdad? —Los ojos de ella le escrutaron el rostro buscando un compromiso.

—Sí. No hay problema —dijo él, sintiendo una rara mezcla de nervios y excitación. Esa mujer confiaba en que él no era ningún bicho raro. Iba a permitir que la vigilara, desnuda bajo la ducha, y confiaba en que no iba a violarla. José fue hasta la chimenea y se volvió hacia ella. Percibió que los hombros de ella bajaban un centímetro en un gesto de relajación y de alivio.

UN sentimiento de responsabilidad le pesaba con fuerza mientras conducía a Juanita al baño. Una parte de él se sentía enaltecida, tenía una sensación de tranquilidad, disfrutaba de cierto orgullo por el hecho de que una mujer tan bonita como ella pensara en él como en una especie de caballero. ¿Él? ¿Un chico de los barrios sin dinero, excepto por la posibilidad de cambiar algo con su firma? Pero todas las miradas que le dedicaba expresaban admiración y respeto, algo que él nunca había recibido de los ojos de ninguna mujer. Pero otra parte de él se sentía preocupado. ¿Y si su abuelo se hubiera equivocado y esas cosas que les habían atacado volvían? ¿Y si él no era capaz de echarlas esta vez? ¿Y si le hacían daño de alguna manera a ella? Eso le resultaba completamente inaceptable en esos momentos, ahora que acababa de escoltarla hasta el baño, que acababa de cerrar la puerta detrás de ellos y que buscaba el pestillo.

—Mis abuelos no quieren que haya pestillos en las puertas —dijo José, dándole la espalda a Juanita.

Los ojos de ella iban desde él, a la ventana, a la puerta y a la ducha. Él no había mentido: el lavabo era tan pequeño que resultaba difícil estar ahí los dos y darse la vuelta, pero todas las películas de miedo que había visto hacían que su pulso estuviera desbocado.

—Mira en la ducha —dijo ella en un susurro—, por favor.

José corrió la cortina con valentía, preparando el arma y utilizando el cañón de la misma para aguantar el plástico blanco.

—Está bien.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—De acuerdo.

Quizá fuera la expresión de alivio en el rostro de ella, o la manera en que había pronunciado la palabra, como en una exhalación, lo que hizo que él necesitara darse la vuelta para recomponerse.

—Voy a... esto... quedarme así hasta que me digas que ya puedo moverme, ¿de acuerdo?

Juanita asintió con la cabeza y abrió los ojos. Toda esa experiencia le parecía un sueño loco y enredado. Una parte de ella estaba asustada de muerte, horrorizada por lo que había visto. Otra parte de ella se sentía como si acabara de embarcar en la mayor aventura de su vida... y el hombre que la había salvado era el más guapo y sexy a quien ella se había acercado.

Sentía una corriente en el vientre mientras buscaba pasta de dientes en un

armarito en el que había también vasos de papel. Había colonia infantil y colonia Jergens. Intentó aplazar el máximo posible el momento de desnudarse. Pero sabía que ese príncipe de barrio se quedaría allí como un soldado, la espalda tiesa, los impresionantes ojos con expresión alerta ante la oscuridad, y que no se daría la vuelta ni le fallaría, que no haría nada deshonroso.

Poco a poco, ella se quitó los vaqueros y rápidamente abrió el agua.

—No escuches. Me da tanta vergüenza.

—Pues voy a cantar —dijo él, riendo, y empezó a tararear una melodía rapera. Ella se sonrojó y él se rió—. Tú tendrás que ponerte a gritar y a dar golpes con los pies cuando sea mi turno. Lo tuyo ha sido un pipí de princesa.

Ella se rió mientras se lavaba las manos.

—Estás tan loco.

—Como si todo con lo que nos encontramos esta noche no fuera una locura.

—Es una locura —dijo ella, quitándose la ropa, con timidez y paso a paso—. Pero no estoy asustada ahora que estoy aquí contigo. Y, de todas formas, estoy contenta de que nos hayamos conocido.

—Sabes, la mayoría de chicos encuentran a una mujer guapa en un club, en la playa Vence, o caminando por la calle... pero no. Yo tengo que encontrar a la chica más guapa que he visto nunca mientras atravieso una calle llena de demonios. Éste es el tipo de año que he tenido. Para decirte la verdad, ésta es la clase de vida que he tenido. Así que no podría esperar haberte encontrado en circunstancias distintas... pero me alegro de que nos hayamos encontrado.

Juanita abrió el agua y se colocó debajo del chorro sin decir ni una palabra. Él acababa de decir que ella era la mujer más guapa que había visto nunca. Guau. ¿Un chico como él? También había dicho, de alguna manera, que no tenía ningún compromiso, dado que le resultaba difícil conocer a gente y que había tenido un año malo. Además, había dicho que había hecho un pipí de princesa. Sonrió mientras el agua la cubría y metía la cabeza bajo el chorro. Encontró una pastilla de jabón. Su padre le decía eso cuando era una niña: «Ve a hacer un pipí de princesa». Tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo.

—Tu familia es realmente amable, José. Gracias por dejarme estar aquí esta noche, y por haberme traído... y por haber dado la vuelta para recogerme con la moto. Mi familia no es tan guay como la tuya.

—Sí, bueno, no has conocido a mi madre. Es un *flipe* —dijo él, mirando a través de la ventana con intensidad. El olor del jabón se le había metido por la nariz y creó un recuerdo en él que nunca iba a olvidar. Una mujer mojada bañándose tras una fina cortina... desnuda. La mutua dependencia, la de ella dependiendo de él por su seguridad, la de él dependiendo de ella por su esperanza, por obtener un bálsamo para su orgullo masculino herido... para hacer que el hecho de perder su mural, su último sueño, hubiera valido la pena, ambos albergando la esperanza de que no estaban locos. Los dos lo habían visto, y los viejos de la tribu lo habían confirmado.

—Mi mamá es un *flipe*, también... por eso estaba en la calle esta noche —dijo ella en un tono tan bajo y tan triste que él estuvo tentado de darse la vuelta. Pero no lo hizo.

—Las madres son así —dijo él, intentando parecer frívolo, pero pronunció esa frase demasiado precipitadamente para conseguirlo.

—¿Tienes algún hermano o hermana?

Ella sacó la cabeza por detrás de la cortina y atrajo la atención de él desde su posición neutra.

—No —dijo él, despacio, incapaz de no mirar ese rostro limpio y observar la manera en que el agua recorría el pelo mojado, el cuello, y desaparecía detrás de la cortina semitransparente que ocultaba apenas su piel color canela—. Es una larga historia. Pero somos sólo ella y yo.

—Oh —exclamó ella, mientras se agachaba debajo del agua, detrás de la cortina.

Él se sintió desgarrado por el conflicto. Deseaba continuar mirándola y, al mismo tiempo, tenía que darse la vuelta para que ella no pudiera ver en qué estado le había puesto.

—¿Tu mamá y tú tuvisteis una pelea? —Necesitaba hablar, hacer que las cosas continuaran hacia delante. Si se quedaba demasiado callado, ella oiría la fuerza de su respiración.

—Yo quería salir con unos amigos —dijo ella en un murmullo intenso, sólo un poco más audible que el chorro de agua—. Pero ella me abofeteó y me llamó puta: y yo no he estado nunca con ningún hombre. Lo único que hago es ir a trabajar, vigilar a mi hermano pequeño, limpiar la casa detrás de él y de Juan, mi hermano mayor, al que ella adora sin importar lo que haga. Cocinar, limpiar. «Haz esto, Juanita», «haz lo otro, Juanita». Eso es lo único que oigo, ¿sabes? Yo quería estudiar algún día, pero he acabado atrapada en una farmacia llevando la máquina registradora, sólo para ayudar a mi mamá a salir adelante. Así que me harté cuando ella me abofeteó porque me había maquillado, y me fui. Pero nunca pensé...

—Eh, te comprendo. Me he dado cuenta de que tú, igual que yo, no tienes prisa por llamar a tu casa. Quizá cuando salgamos de aquí, ¿no? —dijo él, intentando archivar mentalmente todo lo que esa belleza le había contado de un tirón.

Ella, esa chica guapa, era virgen: eso fue lo primero que entendió. Luego registró el resto: no tenía ningún hombre. Había perdido sus sueños a causa de las obligaciones —él sabía qué era eso—, lo cual significaba que tenía buen corazón, un espíritu tierno, que se preocupaba por la gente y que colocaba a la familia en primer lugar. ¿No tenía ningún hombre? Vaya. Problema resuelto.

—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó ella en voz baja mientras cerraba el agua.

José dejó escapar una larga exhalación.

—Estaban a punto de hacerme papilla —contestó. Se apoyó contra la pared con un golpe seco y la realidad le asaltó finalmente—. Estaba subido en el andamio de un edificio en el cual el ayuntamiento me había pedido que pintara un mural. Allí arriba,

por la noche, solo, estudiaba la pared y miraba a ver dónde debía colocar el dibujo y entonces los polis llegaron, me fastidieron y me hicieron bajar. De una manera extraña, es probable que me salvaran la vida.

Oyó que ella abría la cortina y se tensó al notar que un estremecimiento de deseo le recorría la espalda.

—Oh, Dios mío, ¿estabas allí fuera solo, preparando un mural, y estuvieron a punto de matarte? ¿Eres artista? ¿Es decir, un artista de verdad, y estabas allí fuera, de noche?

El tono de su voz, la excitación y la aceleración con que habló, y el tono de admiración que resonó en el baño hicieron que José notara el pulso en las sienes. Ninguna mujer había escuchado nunca sus palabras con admiración. Nadie había escuchado nunca sus historias como si él fuera una especie de guerrero que ha estado a punto de morir y que acaba de volver de la batalla. Él nunca había podido contar nada como lo que los demás hombres les contaban a su público femenino. Pero justo en ese momento, tenía la atención de Juanita completamente centrada en él y sus movimientos debajo de la toalla húmeda le estaban volviendo loco; además, el dulce olor de la colonia y el sonido de la fricción al aplicársela en la piel le hicieron gemir en voz alta.

—Sí... sé dibujar —fue lo único que dijo.

—Pero tú estabas ahí fuera completamente solo, José. ¡Oh, Dios mío!

—Sí, pero no pasa nada.

—Guau —susurró ella—. Ya está, ahora ya te puedes dar la vuelta.

Él negó con la cabeza.

—Eh... ¿Por qué no te das tú la vuelta para que yo pueda entrar?

—De acuerdo. No miro.

Ella le oyó inhalar con fuerza y empezar a quitarse las ropas. Las zapatillas cayeron al suelo con dos golpes secos, y la vibración del golpe le provocó cosquillas en el vientre. Ese magnífico hombre se estaba desnudando detrás de ella. Ese chico impresionante acababa de quedarse desnudo, el mismo hombre que le había salvado la vida. Era un artista, estaba soltero y sin compromiso. El ayuntamiento le tenía en buena consideración y le había ofrecido un contrato, a su edad; así que tenía que ser inteligente. Era un hombre que se movía por el mundo y que no tenía miedo. Le hacía sentir segura, le hacía tener esperanza y fe, además de otra cosa que no se atrevía a pronunciar. Solamente el oírle dar el agua y entrar en la ducha le provocaba sequedad en la boca.

Miró un momento por encima del hombro.

—¿Quieres que sujete el arma?

—Es un rifle —dijo él, riendo—, pero si te hace sentir mejor, ten solamente en cuenta en no apuntarlo hacia mí, ¿vale?

Ella se rió, pero no se acercó al arma, que estaba en el suelo.

—No hace falta —dijo ella, echando algún que otro vistazo a sus movimientos

detrás de la cortina de plástico. Su cuerpo reaccionaba contra su voluntad. Ese espacio húmedo y lleno de vaho le recordaba mucho las mejores partes de sus sueños... un fuerte humo negro que se abría para dar paso a una densa bruma de bosque húmedo... una bruma primordial, el sonido de una cascada. Ella era un signo de agua, cáncer, y ese elemento formaba parte de ella. Tenía que ser eso.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, levantando la voz por encima del ruido del agua de la ducha.

Ella se aplicó a secarse el pelo con más fuerza, como si intentara reprimirse y dirigir la atención a temas más adecuados.

—Sí, supongo que sí.

—Guay. Cuando salga de la ducha, iremos a ver si hay algo en la nevera.

Él cerró el agua y ella sintió que el corazón le latía arrítmicamente. Él salió parcialmente de detrás de la cortina para alcanzar una toalla y las gotas de agua se deslizaron a lo largo de su cuerpo; ella no se preocupó de darse la vuelta. La piel de un tono parecido al café y bronceada contrastaba en medio de la bruma. Un puro olor a masculinidad se mezclaba en el ambiente y la obligó a apoyarse en el lavamanos mientras le miraba. El pecho parecía tallado en dos sólidos bloques de músculos; ella deslizó la mirada a lo largo del cuerpo de él y tuvo que morderse el labio inferior para no quedarse con la boca abierta.

El abdomen, cada uno de sus músculos perfectamente esculpidos, terminaba en una sedosa línea de vello húmedo justo encima de la pelvis. Ése no era el cuerpo de un artista; el cuerpo de José era el de un guerrero. Que el cielo la ayudara, pero el deseo la inundó con una fuerza que le quemaba. Sentía la piel encendida y los pezones tan duros que le dolían. La humedad repentina entre los muslos la hizo ruborizar, repentinamente avergonzada. Él lo tenía todo: era un ser humano bueno, era una persona que escuchaba, era un soldado listo para entrar en acción, tenía un espíritu generoso y compartía a su familia, era un hombre íntegro que le había salvado la vida.

Juanita volvió la cabeza bruscamente, como si la hubieran abofeteado, en el momento en que él se envolvía con la toalla, pero se dio cuenta de que él permanecía dentro de la ducha y que respiraba despacio y conscientemente.

José intentó mover las piernas, pero éstas no cooperaron. Suplicó ser capaz de dirigir la mirada hacia un punto más apropiado, pero sus ojos no le hicieron caso. La mujer más hermosa que había visto nunca se encontraba apoyada en el lavamanos de la casa de su abuelo, iba vestida con un camisón de algodón blanco y el pelo húmedo le caía sobre la tela. Esa visión le perturbaba. La adrenalina y la situación le estaban volviendo tonto. Esa mujer confiaba en él y dependía de él, pero, por Dios, era tan hermosa.

—Tienes mejor aspecto después de haberte puesto debajo del agua —dijo ella, intentando hacer broma acerca de su anterior estado de suciedad.

—Soy piscis —dijo él, con una risa tensa—. ¿Qué puedo decir? El agua es mi

elemento.

Por un momento, ella no dijo nada. Procesó la información en un sinfín de formas distintas.

—Yo soy cáncer —dijo, con una tímida sonrisa—. El agua es mi elemento, también.

—Y la luz de la luna tampoco te sienta mal, hija de la luna. —Él sonrió y miró hacia la ventana. Luego la miró a ella.

Salió de la ducha y se colocó a seis centímetros de ella. Nita intentó no bajar la vista hacia la toalla que llevaba anudada alrededor del cuerpo, hacia la erección que cubría, e intentó fijar la vista en esos ojos. Estaban tan cerca el uno del otro que sus cuerpos casi se rozaban.

—¿Hay alguna camiseta o algo ahí que me pueda poner encima?

—Creo que sí —susurró ella, y apartó la vista de él con un gran esfuerzo.

—Dame un segundo; luego iré a buscar algo para comer.

Comerle a él era una opción viable. Ella se dio la vuelta rápidamente y deseó que el vaho no hubiera cubierto el espejo tan completamente. Intentó ver algo a través de él, dándole la espalda, no pudo. Solamente el sonido de la suave ropa mientras él se la ponía la hacía sufrir.

—Estoy visible —dijo él en un murmullo.

Ella se dio la vuelta y se colocó de cara a él otra vez. Sonrió. Su cuerpo continuaba siendo firme debajo de la camiseta.

—¿Tienes hambre? —preguntó él en un tono suave y sensual que le provocó una nueva oleada de humedad entre los muslos.

Ella asintió con la cabeza y tragó saliva.

—Yo también. Hace mucho que no como nada bueno.

Ella le miró mientras él recorría la distancia que había entre ellos para tomar una toalla para el pelo. El cuerpo de él le rozó el suyo cuando alargó el brazo. La sensación de su torso desnudo rozando sus pechos casi le hizo soltar una exclamación. Sintió que se le retorció el estómago, y la erección de él le rozó los muslos y le hizo sentir el instinto de abrirlos.

A punto de hiperventilarse, se sujetó al lavamanos con ambas manos detrás de ella. Ella nunca había sentido el cuerpo de un hombre contra el suyo, nunca había sentido un contacto accidental tan suave, nunca había notado una piel contra el algodón. Los pezones duros sobresalían como deseando otro contacto. Incluso en ese calor denso y húmedo, se le puso la piel de gallina. Pero él se limitó a permanecer a unos centímetros de ella mientras se secaba el pelo.

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó él finalmente mientras volvía a alargar el brazo para dejar la toalla en el borde del lavamanos y su pecho volvía a rozar suavemente el de ella.

Ella asintió rápidamente con la cabeza. Esa caricia le había provocado una corriente eléctrica entre las piernas.

—Sí —dijo ella con una exhalación—. ¿Qué?

—Eres tan hermosa que realmente deseo besarte, pero no quiero ponerte nerviosa después de todo por lo que has pasado. —Tragó saliva con dificultad—. Es sólo que... me alegro tanto de que no te hicieran daño, de estar vivo... y no me puedo quitar de la cabeza el hecho de que ambos hayamos estado soñando el mismo sueño... y hasta ayer por la noche ni siquiera te conocía.

Ella no era capaz de moverse ni de apartar los ojos de los de él. Él le pasó un dedo por la mejilla hacia la oreja y luego lo introdujo en el cabello.

—No quiero que creas que intento aprovecharme de ti, porque no es así... y tampoco es que intente cobrar por el viaje. No funciono de esta manera.

Ésa era la pura verdad. Sus actos no estaban motivados por ninguna de esas dos cosas. Ella era simplemente hermosa, era un regalo enviado del cielo. Una belleza fantasmagórica en medio de la bruma que le provocaba una sensación de escozor en la piel debajo de los pantalones del chándal, y que le hacía darse cuenta hasta qué punto él estaba solo en el mundo. Sin un contacto ajeno, sin unos labios que desearan los suyos, sin unas manos o un cuerpo que le recordaran que valía la pena vivir la vida.

Él sonrió.

—Quizá debería haber tomado una ducha fría. Lo siento.

—Yo no lo siento —susurró ella en un tono dulce que le raptó el corazón—. Quizá los dos deberíamos haberla tomado.

La manera en que ella había girado la cabeza, cómo se mordía el labio inferior, y cómo se sujetaba con fuerza al lavamanos le provocó una sensación muy potente. Sabía que era una locura, era una locura ir a por ella en esas circunstancias, pero si no la tocaba se volvería loco.

Con infinita lentitud, tomó los labios de ella con los suyos, buscando su aceptación mientras cerraba los ojos y con su lengua buscaba la de ella. El calor y la humedad de esos suaves labios le atrajeron hacia el cuerpo de ella, pero tuvo cuidado de no apretarse contra ella: no quería ofenderla ni asustarla. Pero la sensación que le provocaba esa sedosa piel contra la suya le obligó a reprimir un gemido. Hizo el beso más profundo y se permitió acariciarle los brazos con las palmas de las manos mientras cubría el espacio que les separaba y unía su pelvis con la de ella.

Ella emitió un gemido que quedó atrapado en los labios de ambos y él la buscó más agresivamente con la lengua, pero tuvo extremo cuidado de no moverse contra ella, tal y como deseaba tan desesperadamente. Ella le había permitido darle un beso, y solamente eso. Ella nunca había estado con un hombre, y había estado a punto de perder la vida. Su mamá la había echado de casa, o algo por el estilo. No se trataba de hacerle eso mientras ella se encontraba en un estado mental de confusión y vulnerabilidad. Sí, la deseaba, pero no de esa manera en la casa de su abuelo... no quería que hubiera lágrimas al día siguiente, ni recriminaciones. Eso, no.

Pero a pesar de todo, continuó acariciándole los brazos hacia arriba y hacia abajo

y a cada pasada, se acercaba más a la curva de sus pechos. No lo podía evitar. El sabor de sus labios era tan bueno, su olor era tan dulce, sentía que su cuerpo la deseaba tanto. Ella le había excitado por completo. Ella levantó la cabeza para ofrecerle mejor los labios y él no pudo evitar acariciar los lados de los pechos con los pulgares. Poco a poco, recorrió con los dedos la suave curva que se levantaba a cada respiración de ella.

Ella se separó un momento, respirando con dificultad, pero no se apartó. A él le encantó la manera en que ella le miró, con una expresión de interrogación en sus bonitos ojos marrones. Él no dejó de acariciarle los pechos con los pulgares. No dejó de mirarla a los ojos. Con un gesto imperioso, deslizó los pulgares hasta los pezones y ella cerró los ojos, temblorosa. Eso era lo único que tenía que ver. Le acababa de dar permiso para que él siguiera explorando hasta dónde podía llegar.

Esta vez, cuando volvió a tomar sus labios, el lento vaivén de sus pulgares contra los pezones se convirtió en una rápida presión que la hizo gemir. Ella buscó el lavamanos y se sujetó a él. Ese hombre que acababa de conocer en la parte trasera de la moto se encontraba entre sus piernas, y se movía con fuerza contra ella. La obligaba a apretarse contra él, le hacía gemir, le hacía desear sujetarse a sus hombros mientras echaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba en el espejo del armario.

El calor de sus besos en el cuello la dejó sin aliento. Unas manos masculinas, a la vez duras y amables, le acariciaban los pechos y casi le provocaban sollozos. Era tan agradable, tan maravilloso, tan terriblemente suave notar el ritmo insistente del cuerpo de él, como si intentara introducirse dentro de ella, atravesar la tela de la ropa. Dios sabía que él lo deseaba.

Pero, desde algún remoto punto de la mente oyó pronunciar su nombre, oyó una palabra insultante en labios de su madre que la hizo detenerse. La familia de él les había ofrecido a ambos confianza y acogida, y una vieja mujer india le había dado un beso en la mejilla. Y ese hombre se había quitado los pantalones, esa fricción le estaba venciendo la voluntad, como si abriera un vacío en su mente que la arrastraba mientras le subía el camisón y el clítoris le dolía con una agonía tal que casi gritó suplicándole que lo acariciara.

—Tus abuelos —dijo casi sin aliento y con precipitación al notar que él se inclinaba y le empezaba a lamer el ombligo.

—No pasa nada. Estarán fuera toda la noche —dijo él con voz ronca y en un susurro cálido contra su vientre—. Voy a ser suave.

Se puso de rodillas en el suelo del cuarto de baño, y susurraba promesas con los labios rozando un punto que solamente sus manos habían tocado alguna vez. Sus muslos se abrieron sin que ella diera su consentimiento de forma inconsciente, pero no pudo evitarlo. Él susurraba contra sus labios hinchados y húmedos, entre sus muslos, y eso era una tortura que la mantenía clavada contra el espejo del armario. Si él no se detenía, iba a perder la cabeza; si se detenía, pensaba abofetearle. Se llevó una mano a la boca para amortiguar el sonido que trepaba por su garganta, pero la

mano le falló y la voz inundó el baño, produjo ecos y vibró en las baldosas: fue un gemido que no pudo contener.

El olor a mujer excitada se le metió en la nariz, le penetró en los senos, se le introdujo en la boca y se depositó en la base de su lengua con tanta fuerza que sintió una corriente en la ingle. Diablos... era ella. Justo allí, en el lavamanos del lavabo. Unos muslos suaves, tensos y abiertos, ese rubor en el rostro. Su duro y redondo culo ofreciéndose, sus caderas elevándose bajo su tacto... el dulce olor de virgen que le lavaba la cara, la voz de ella gimiendo y suplicando algo que solamente él podía darle. Oh, sí... sería suave pero firme, le haría verter lágrimas de placer. Las manos de ella se sujetaban en su pelo... él sabía exactamente qué le estaban diciendo.

No necesitaba la cama, el suelo del baño sería suficiente. La pared, cualquier cosa, oh, niña... sí... déjate así cuando esté dentro de ti.

Era imposible recuperar el aliento. La arrastró hasta el suelo, debajo de él. Los labios de ella buscaron desesperadamente la lengua de él, buscaron un beso más profundo, más intenso, mientras sus manos se movían como si no pudieran llegar a todas partes con la suficiente rapidez. Sus pechos suplicaban que se los chupara, y él la complació mientras se bajaba los pantalones y se colocaba entre sus piernas. Unas lágrimas brillaban en los ojos de ella.

—No te haré daño, te lo prometo —susurró él, mientras encontraba el húmedo punto de entrada.

—Pero no me dejes preñada, ¿de acuerdo?

Lo dijo en un tono de voz tan bajo y tenso, tal y como él había esperado, que le hizo tomar súbita conciencia.

—No te preocupes —dijo él, con un susurro ronco.

Ella cerró los ojos; la parte racional de su cerebro se cerró al mismo tiempo que ellos. Él la penetró despacio, introdujo solamente la punta y se apoyó en los codos para acariciarle la cabeza.

—Respira hondo —le dijo en voz baja observando la expresión de su rostro—. No te pongas tensa, ¿vale? —Sentía un dolor agónico en la pelvis hasta tal punto que le pareció que los testículos se le meterían en el vientre si inhalaba.

Ella asintió con un gesto rápido y mantuvo los ojos cerrados.

—Nita, mírame —susurró él mientras le daba un beso en el puente de la nariz. Esperó a que lo hiciera—: Confía en mí. Dentro de un minuto ya no te dolerá. No apartes los ojos de los míos —añadió, penetrándola un poco más.

Ella arqueó la espalda y él llevó una mano hacia abajo para sujetarle la cadera, con cuidado de no dejar todo el peso de su cuerpo encima del de ella.

—Esto... oh, Dios... es tan agradable, pero duele un poquito también...

Él asintió, incapaz de decir nada. Cerró los ojos al sentir que una convulsión le recorría todo el cuerpo.

—Lo... lo sé —tartamudeó. Inmediatamente, la penetró un poco más—. Déjame entrar despacio y luego no me moveré para que te acostumbres.

Ella le acarició el pecho y le provocó un fuerte estremecimiento. Notó los dedos de ella suaves y delicados sobre los pezones. Luego los notó deslizarse hasta su culo, y en esos momentos ya apenas conservaba la lucidez. Todos los instintos de su cuerpo le impulsaban a moverse dentro de ella con fuerza, pero sus ojos llenos de lágrimas mostraban tanta confianza que él tuvo que abrir los suyos, mirarla y quedarse al borde de la locura.

Poco a poco fue penetrándola más, mientras la observaba respirar debajo de él, mientras veía observaba cómo el sufrimiento del deseo se convertía en dolorosa necesidad. Él dejó todo su peso encima de Nita y le dio un profundo beso. Los movimientos de ella, sus caricias, la suavidad de sus gemidos que reprimía, las contracciones tensas y húmedas alrededor de su miembro, le quebraron la voluntad. Sujetó el cabello húmedo de Nita con ambas manos y la penetró en la boca con la lengua igual que quería moverse dentro de ella. Los cortos y rítmicos movimientos pronto se convirtieron en largas embestidas que les llevaron al borde de la desesperación. Ella gritó su nombre, y él se detuvo y apoyó la frente enfebrecida en su hombro.

—Por qué...

—He tenido que parar. Ahora o nunca.

Se quedó quieto contra ella, tembloroso, suplicándole mentalmente que no se moviera, porque si no iba a explotar y la inundaría con sus semillas por accidente. Pero salir iba a ser doloroso, mucho más que una intervención dental sin anestesia. Se dijo una mentira a sí mismo. Intentó que salir en esos momentos pareciera una decisión sensata, tan pronto como fuera más fácil hacerlo. Pero eso no sucedió. Iba a ser una tortura de todas formas.

Inclinó la cabeza, inhaló con fuerza y cerró los ojos con fuerza. Salió de dentro de ella sin respiración.

—Oh, mierda.

Ella le acarició el rostro y le abrazó.

—Cielo, siento no tomar la píldora.

—Shh —le susurró con los labios contra el cabello—. No me hables cariñosamente mientras estoy así. Deja que me recomponga.

—Pero tú me lo has hecho una y otra vez. —Ella le abrazó con más fuerza—. Nunca pensé que podía ser así.

¿Es que ella no comprendía que le estaba volviendo loco, que le hacía volver a pensar en la situación en que se encontraba, entre sus muslos abiertos, el miembro latándole dentro de ella, tan cerca y tan lejos?

—Niña...

Ella le interrumpió con un beso; el calor de sus manos le dejó sin respiración.

—Esto no es justo —susurró ella a su oído mientras le acariciaba la húmeda

verga.

Incapaz de discutir, él la sujetó por la cintura con fuerza y se estremeció mientras emitía un fuerte gemido que resonó en los azulejos. Luego se derrumbó a su lado, con la respiración agitada.

El amanecer aparecía tras las ventanas, añadiendo tonos rosados y anaranjados a los azulejos blancos que les rodeaban. Solamente la respiración profunda se oía en ese minúsculo espacio.

—Creo que tenemos que darnos otra ducha antes de que mi abuelo y mi abuela vuelvan a casa. —Lo había dicho sin abrir los ojos, pero se dio cuenta de que ella asentía con la cabeza y le daba un beso dulce antes de incorporarse.

—Sí, José, me moriría si tus abuelos me vieran así.

MIENTRAS ayudaba a Juanita a ponerse en pie, la culpa le atenazó. Vio una ligerísima mueca en el bonito rostro de ella y supo que debería haber esperado. Una mujer como ella no merecía que su primera vez fuera en el suelo de un lavabo y de forma tan precipitada. Mierda. ¿En qué había estado pensando?

José le puso una mano en la mejilla.

—Voy a ir a la cocina un segundo y vuelvo enseguida, y luego...

—No. Me prometiste que no me dejarías sola —dijo ella, sujetándole con fuerza y mirándole con los ojos muy abiertos.

—A ver qué te parece esto —continuó con suavidad—: Te sientas en el borde de la bañera con el rifle, yo dejo la puerta abierta y hablo en voz alta sin parar, para que puedas oírme todo el rato. Continuaré hablando durante los treinta segundos que voy a tardar. Luego te lavaré bajo la ducha. —Él tomó el rostro de la chica entre sus manos temblorosas y le dio un suave beso—. ¿Confías en mí?

Ella asintió con reticencia y le soltó.

—Pero ¿tengo que aguantar el rifle?

—No, sólo quédate en la puerta y déjala abierta. Háblame mientras yo voy a la cocina. Sólo está a siete metros al otro lado de la sala.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscar una cosa que te va a hacer sentir mejor.

Le dio otro beso rápido, abrió la puerta y empezó a hablar en voz alta mientras corría por la casa.

—Bueno, ¿así que qué te apetece? ¿Desayunar, un bocadillo, quizá algo de sopa? —gritó mientras abría la nevera, sacaba la bandeja de cubitos y volvía corriendo al baño.

—Eh, qué rápido —dijo ella, cubriéndose el cuerpo con una toalla húmeda. Bajó la mirada hasta la bandeja de cubitos—. ¿Para qué es eso?

Él se limitó a sonreír.

—Ya lo verás —dijo él, y abrió el agua caliente otra vez. Luego cerró la puerta del lavabo. Hizo un gesto en dirección a la ducha acompañado de un asentimiento de cabeza—. Venga. Entra.

Ella le miró extrañada pero se metió debajo del chorro de la ducha, tal y como le había pedido. El sonido del hielo que se rompía llenó la pequeña habitación, y al cabo de unos momentos él se unió a ella bajo el chorro de agua caliente. Llevaba el hielo en la mano.

—Date la vuelta y ponte de cara al chorro de agua —murmuró contra su cuello.

Ella hizo lo que le había pedido, pero tenía preguntas que hacerle.

—¿Qué vas a hacer? —Miró la mano de él mientras intentaba mantener la cara fuera del chorro.

—Relájate y apoya la espalda contra mí —dijo él, en un tono imperativo pero amable mientras le ponía una mano sobre el vientre y le acercaba el hielo al pubis. Le dio un beso en el hombro.

—Abre las piernas... Sé que aquí está sensible, como una quemadura por fricción.

Cuando ella lo hubo hecho, él puso su mano contra su vagina permitiendo que el agua caliente se mezclara con el hielo y le vertió el agua en las partes íntimas, aliviando los labios hinchados de su delicada flor y asegurándose de que llegaba donde más dolía.

—Oh, Dios... es maravilloso —susurró ella, deshaciéndose contra su pecho de la misma forma en que el hielo se derretía en su mano.

—Bueno —le susurró él al oído—. Todo lo que quiero que sientas siempre conmigo es bueno.

Él acarició con amabilidad el frágil refugio que le había acogido y pronto notó una humedad distinta a la del agua y a la del hielo derritiéndose. Esa sensación le hizo desear moverse contra ella otra vez, pero ya había sido suficiente.

—Dame el jabón —le ordenó en voz baja—. Déjame que te lave.

Ella estaba apoyada contra él con los ojos cerrados y el agua le caía encima de los pechos. Él se llenó las manos de espuma y le devolvió el jabón para que lo sujetara. Tuvo mucho cuidado en enjabonarle el delicado cuello, la clavícula, los brazos y los hombros, y luego se permitió pasar las manos por las variadas texturas de la piel de sus pechos sintiendo la suavidad del deslizamiento del jabón contra la piel. Al oír que ella emitía un suave gemido de placer, se demoró un poco en los pezones, quizá un poco más de lo que debería haberlo hecho, pero no lo pudo evitar. Esa parte de ella requería una atención especial. Un dolor sordo le asaltó otra vez. Apartó las manos y se limitó a besarla en el cuello para recomponerse.

Volvió a tomar el jabón y a enjabonarse las manos. Luego le enjabonó el torso y el vientre y se detuvo para dibujar unos lentos y grandes círculos alrededor del ombligo. Ella no dijo nada, simplemente apretó la espalda contra él de una forma que le hizo estremecer. La mano de él llegó hasta el pelo sedoso y le dio unos golpecitos en esa zona sensible como pidiendo disculpas. La próxima vez lo haría tal y como ella se merecía.

Se dio cuenta de que ella abría los muslos, pero tuvo cuidado de aclararle el jabón de tal forma que no le escociera. Volvió a tomar la pastilla y luego se puso de cuclillas detrás de ella, le besó la firme curva del trasero y le pasó las manos por los firmes muslos para enjabonárselos mientras se los besaba. Ella se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos contra la pared de azulejos.

Mirar hacia arriba y encontrarse con su culo húmedo en esa posición le

destrozaba. Pero en lugar de acosarla con un ataque impaciente, le continuó enjabonando las piernas y se puso de pie despacio para enjabonarle con lentitud el trasero. Los hoyuelos en la parte baja de la espalda parecían llamarle, y se los besó largamente antes de continuar subiendo y besándole la espalda, buscando cada una de sus vértebras con los labios antes de pasarle el jabón. Cuando llevó las manos hasta los hombros de Nita, ella emitió un gemido suave y volvió a apoyarse contra él. El jabón formó una suave emulsión sobre su espalda y su dulce culo, y al notar el contacto de su piel contra su miembro le provocó un gemido.

No dijeron nada mientras se movían el uno contra el otro, pero él no se atrevía a penetrarla otra vez. La primera vez había sido una ruleta rusa. Su mayor miedo era que ella ya estuviera embarazada. Una gota era todo lo que hacía falta.

—Probablemente tendría que prepararte algo de comer —murmuró él con los labios sobre su cabello—. Si continuamos así...

—Lo sé —susurró ella—, pero...

—No puedo prometerte que me controle esta vez.

Ella asintió con la cabeza pero no dejó de frotarse contra su miembro. Él comprendió la situación mejor que ella y deslizó una mano por su vientre hasta que encontró el clítoris.

—¿Está sensible todavía? —susurró él, mientras le daba un suave masaje en los pliegues externos que rodeaban el tierno botón.

—Un poco —susurró, temblorosa—. Nunca he sentido algo como esto en mi vida.

—El agua se está enfriando —le susurró él al oído, y tragó saliva con fuerza.

—Pero a mí me parece que está quemando.

Su voz había sonado suave y ahogada. Cada vez que él se movía contra ella, los músculos de su trasero se contraían, le sujetaban y le volvían loco. Le tomó ambos pechos con una mano y con la otra continuó moviéndose despacio y suavemente sobre esa sensible zona entre los muslos. Ella necesitaba correrse otra vez, y él se daba cuenta de lo poco que le faltaba... igual que a él.

El agua caía sobre el pecho y el vientre de ella, y él hizo un cuenco con la mano entre sus piernas para que el agua se sumara al contacto de sus dedos entre los labios calientes y sensibles, marcando un ritmo acompasado con el contacto suave del pulgar.

Con una confianza absoluta, ella llevó las manos hacia atrás y encontró su miembro. Empezó a acariciarle y le hizo olvidar que él no quería volver a hacerlo. Cuando ella se corrió, apretó la mano alrededor de su miembro y él cerró los ojos con fuerza. Él empezó a moverse rítmicamente contra su trasero embadurnado de jabón mientras le rodeaba la cintura con los brazos. A punto de volverse loco, se olvidó del posible peligro de resbalar y de hacerse daño en la bañera; tuvo que dejar que fuera ella quien se preocupara de eso. Ella apoyó las manos contra los azulejos; él se dejó llevar por unos estremecimientos que le recorrieron el cuerpo desde la ingle y que le

hicieron moverse en espasmos entre las piernas de ella.

Esto no tenía sentido. Él levantó la cabeza del hombro de ella y ambos se metieron debajo del chorro de agua para limpiarse otra vez. Él tomó los labios de ella con fuerza esta vez y luego le sujetó el rostro con las manos y la miró con seriedad.

—Tengo que ponerme los pantalones —le dijo con firmeza, en voz alta, pero más para sí mismo que para ella—. Tenemos que salir del lavabo. Otra ronda como ésta y no voy a poder contenerme.

Salió de la bañera y recogió los pantalones del suelo mientras se preguntaba cómo era posible salir sudando de la ducha. Ni siquiera se preocupó de secarse, y tampoco miró hacia atrás. Tomó el rifle en cuanto se hubo puesto los pantalones. La tela se le pegaba a la piel. Las suaves pisadas de los pies desnudos de ella le siguieron. La decisión era clara: cuando hubiera salido el sol, tenía que marcharse. Cuando hubiera salido el sol, tenía que encontrar gasolina. Cuando saliera el sol, tenía que ir a la ciudad. El sol exigía acción. Encontrar una farmacia y comprar condones.

Incapaz de decir nada, ella se sentó despacio en una de las sillas de la cocina y le observó mientras él abría y cerraba armarios y cajones, rebuscaba en la nevera, depositaba unos platos y unos cuencos con un golpe sobre el tablero de la cocina. Los huevos cayeron sobre una sartén negra. Las cáscaras y las claras salieron volando hacia la basura dejando un largo reguero. Lo único que ella podía hacer era observar, recordar... las claras esparcidas le recordaban que debían tener más cuidado la próxima vez.

Colocó el pan en la tostadora y el aparato lo atrapó con fuerza. De repente, él ya había depositado dos vasos con zumo de naranja. La panceta se cocía en una sartén demasiado caliente. Ella intentó ponerse en pie, pero tenía las piernas como gelatina. Ese hombre era tan estupendo y tan sexy, y mientras recordaba las cosas que ese chico le había hecho, su cuerpo se volvía a estremecer. Pero ahora parecía enojado, como si ella hubiera hecho algo malo. Ella le miró durante un largo rato, intentando reunir el valor necesario para averiguar qué tipo de ofensa le había hecho para corregirla.

—¿Estás bien? —le preguntó con suavidad.

—Sí, estoy bien —dijo él, dejando los huevos en un plato y colocando un trozo de pan al lado.

Ella no dijo nada mientras la panceta chisporroteaba, medio quemada por un lado y cruda por el otro.

—José, ¿qué sucede? Si hay algo que no he hecho de manera que te haya gustado...

Él detuvo el movimiento frenético, exhaló con fuerza y cerró los ojos.

—Eh, lo siento.

—Si no lo he hecho bien, yo...

—No, no es eso —dijo él, dándose la vuelta—. ¡Mierda! La panceta se ha quemado. ¿Qué te parece solamente huevos y tostadas?

—Siento que estés acostumbrado a estar con alguien más experimentado... quiero decir...

Él apagó los fuegos, se apoyó en el tablero y bajó la cabeza con los ojos cerrados.

—Nita, niña, no estoy enfadado contigo. Estoy enfadado conmigo.

—¿Por qué?

Él la miró y mantuvo los ojos fijos en ella.

—No debería haber empezado todo eso en el lavabo. Tú te mereces un lugar mejor, unas circunstancias mejores, en tu primera vez.

Ella se ruborizó al oírle.

—Yo lo deseaba tanto como tú —repuso en voz baja—. Ha sido mejor de lo que nunca hubiera pensado... cómo me has hecho sentir. Pero luego pareces enfadado y...

—No estoy enfadado. Estoy tan excitado ahora mismo que casi no puedo respirar. —Se dio la vuelta y continuó preparando los platos con una calma mayor—. Nunca he estado con alguien como tú, Nita.

Ella observó cómo su espalda subía y bajaba con su respiración. Era como si fuera testigo de una batalla interna para recuperar la compostura y que ésta se trasluciera en cada uno de sus músculos. Ver su excitación le había despertado el deseo otra vez.

—Hay una lavadora y una secadora en la despensa —dijo él sin volverse para mirarla—. Voy a meter allí la ropa, me vestiré y luego iré a la ciudad. ¿De acuerdo?

—¿Puedo ir contigo?

Ella le vio dudar y respirar con mayor dificultad.

—Voy a buscar algo de comida y no estaré mucho rato fuera.

—De acuerdo... pero yo sólo quería ir a la farmacia.

Él se dio la vuelta un poco y la miró por encima del hombro.

—Ahí es donde quiero ir.

—¿Por qué no te sientas y desayunas un poco? —murmuró ella—. Los huevos se están enfriando.

Él asintió con la cabeza, empujó un plato hacia ella y pinchó los huevos con el tenedor desde el mismo sitio en que estaba, sin quitarle los ojos de encima ni un momento. Ella se puso en pie.

—Dime dónde está la lavadora.

Él se lo indicó con un gesto de cabeza, mojó un poco de yema de huevo con la tostada y se lo metió en la boca.

—Yo ordenaré el lavabo —farfulló con la boca llena y sin dejar de mascar—. Y me ocupo de los platos.

—Se tardará una hora en lavar y secarlo todo.

Él dejó de masticar y la miró. Luego miró el reloj de la cocina y tragó.

—No hay comercios veinticuatro horas por aquí. Tenemos que esperar hasta las nueve. Algunas tiendas no abren hasta las diez.

—Pues faltan cuatro horas. —Ella se dejó caer en la silla con un golpe seco.

Él empezó a dar vueltas delante del horno mientras se pasaba una mano por el pelo. Ella se comió los huevos y se tomó el zumo. Sabía exactamente cómo se sentía él. No había nada más que decir hasta que terminaran de comer. José lavó los platos y ordenó el baño. Ella se concentró en la tarea que tenía entre las manos, la ropa.

Mientras estaba allí de pie, vestida con el camisón de algodón blanco y los pies descalzos, esa vieja casa le produjo una sensación de comodidad que la penetró casi hasta los huesos. No importaba lo que sucediera, nunca iba a olvidar eso. Lo que había sucedido allí fuera en las calles de Los Ángeles desafiaba cualquier explicación. Extrañamente, el terror había sido reemplazado por el conocimiento. Sentirse aterrorizada y sola era algo completamente distinto a tener a alguien con quien compartir el terror.

Finalmente, había otra persona que había visto lo mismo que ella había visto. Existía una familia que comprendía sus sueños de una manera que nadie más lo hacía. Por primera vez en su vida, sabía que no estaba ni loca ni poseída: que los demonios existían. Los ángeles le habían enviado un guerrero, y ella había salido ilesa sin ningún rasguño. Y la maravillosa familia de chamanes indios de este hombre la habían acogido, le habían ofrecido protección... ya no tenía que irse a ninguna parte en todo el mundo, sólo tenía que quedarse aquí.

Juanita observó la pequeña despensa. Todo lo que había en esa casa de madera era pulcro y limpio y pasado de moda. Unos dibujos florales de unos tonos amarillos y rosas brillantes estaban por todas partes. El sofá y las sillas estaban repletos de cosas. Los equipos electrónicos eran escasos, y tenían dos décadas. Unos retratos de familia colgaban de las paredes. Unos visillos de puntillas cubrían las ventanas abiertas y unos ventiladores de techo y de pie ayudaban a defenderse del calor del desierto.

Dejó la secadora funcionando y sacó la cabeza por la ventana trasera. Le encantaba el viejo porche de la parte delantera y también la parte trasera, que tenía muebles viejos. Unas gallinas picoteaban en el suelo del patio. Un solitario y maltrecho cuarto de herramientas se encontraba a unos cien metros, más allá de la hierba seca y amarillenta. Un viejo camión descansaba en un garaje sin puerta. La moto de José brillaba bajo la luz del sol y tenía salpicaduras de una sustancia oscura y verde que ella nunca iba a olvidar por mucho que lo deseara.

Se obligó a pensar en lo positivo y se fijó en unas pequeñas florecillas que crecían alrededor del cuarto y del garaje. De repente, una oración se le hizo presente. Había pedido al Todopoderoso encontrar un lugar tranquilo... con flores y árboles y una familia y unos brazos amantes que la acogieran.

—Gracias, Señor —susurró, y se abrazó.

Esa noche en que había estado segura de que iba a morir, en lugar de ello se había convertido en una mujer. Unos brazos cálidos la habían rodeado, y el corazón de un

hombre bueno había latido contra el suyo. El cielo le había enviado a un hombre tan decente que había sido capaz de estar a punto de volverse loco para estar con ella pero se lo había negado solamente para protegerla de algo con lo cual ninguno de los dos estaba preparado para manejar. Eso le hacía quererle todavía más, el ver su contención. Esas suaves caricias en el diminuto lavabo y saber lo cerca que ambos habían estado de la muerte, le hacía desear aferrarse a la vida, y experimentarla por completo en sus brazos.

Él había cocinado para ella... la había salvado... había pronunciado su nombre en una exclamación y con un estremecimiento. En esta casa vieja y ajada, llena de amor, incluso descalza y vestida con un camisón prestado, se sintió como una princesa.

Si lo recordaba bien, la ciudad tenía un viejo motel. José fue a su viejo baño y se detuvo un momento para ver los cambios. Su cama había desaparecido. Había sido sustituida por una más grande y de madera. El viejo armario de madera de pino y la mesa de dibujo con la silla de respaldo de piel todavía estaban allí, y el abuelo y la abuela habían enmarcado sus dibujos y los habían colgado en la habitación de invitados. La mirada de José se tropezó con la manta con que el abuelo siempre le había cubierto, y sintió que una sensación de comodidad le invadía. Eso era su casa, y no Los Ángeles. Éste era el único lugar en todo el mundo donde él podía recibir un amor incondicional. ¿En qué había estado pensando para marcharse de ahí? Era verdad que ahí no existía el ritmo rápido y excitante de la ciudad, pero había algo interesante en la quietud que ofrecía.

Atravesó la habitación y miró por la ventana. Se preguntó si a sus abuelos les importaría que convirtiera el viejo cobertizo en un estudio algún día. El proyecto del mural ya formaba parte de la historia en esos momentos, y ahora que tenía una mujer tenía que hacer que su arte funcionara. Necesitaba encontrar una manera de mantenerles a ambos, y una manera de devolver a sus mayores todo lo que le habían dado.

José se apartó del quicio de la ventana e inhaló el aire del nuevo día. Iba a ser un día caluroso, casi iban a llegar a los treinta y dos grados, o a los treinta y ocho. Lo olía en el aire. Cuando los abuelos volvieran, quería sentarse con el viejo y hacerle un montón de preguntas.

La primera sería, ¿cómo el consejo de la tribu había sabido qué era lo que les había atacado? La segunda sería, ¿qué era ese extraño don de que tenía que ser un rastreador? Una nariz. Jack Rider también tenía el mismo rasgo. Sólo deseaba haber pasado más tiempo aprendiendo cuando había tenido la oportunidad de hacerlo. Pero también quería preguntarle a su abuelo acerca del mundo de los demonios, preguntarle cómo uno les presentaba batalla, cómo uno se protegía a sí mismo y a su familia de ellos... ¿había más, o es que acababa de empezar a ver ese otro lado del mundo?

Un pequeño trozo de papel que había en la mesilla de noche al lado de la cama le llamó la atención. Se dirigió hasta allí y lo cogió con cuidado para leerlo. La letra de su abuelo era inconfundible. La nota era críptica, igual que todo lo que el viejo decía:

«Se tardará tres días y tres noches en preparar la medicina. Aprende de tu tótem mientras estamos fuera. Guarda la casa y a ti mismo. Hay más ropa en el armario para los dos, igual que otra cosa que te ayudará en tu estancia. Los días son cortos y las noches son largas. Utiliza bien tu tiempo.»

—Guay —dijo José mientras cruzaba la habitación para abrir uno de los cajones.

Miró en el armario y lo primero que vio fueron tres pantalones y tres camisetas, así como un paquete con tres calzoncillos. También vio una pequeña bolsita de color marrón y frunció el ceño. En cuanto miró dentro, se quedó helado: el abuelo le había dejado condones. Oh, mierda.

Rápidamente cerró el cajón y abrió el que había debajo. En él había tres bonitos vestidos de tirantes, uno de color amarillo, otro de color azul y otro de color rosa. Un paquete de plástico con tres piezas de ropa interior para chica atrajo su atención, y vio otro camisón, éste de un color melocotón claro.

Empujó el cajón y lo cerró con un suave golpe. ¿Los viejos lo sabían? Recorrió toda la habitación con la vista buscando alguna otra cosa que saliera fuera de lo normal. Sí, lo sabían. ¿Les habían dejado a él y a Nita solos durante tres días mientras iban a preparar una medicina? Darse cuenta de ello le puso nervioso, y empezó a dar vueltas por la habitación. No estaba seguro de por qué le preocupaba todo eso, pero le preocupaba. Además, Nita podía tomárselo mal. Pero, por otro lado, quizá no.

Había algunas cosas que era mejor mantener lejos del conocimiento de los mayores, en especial las erecciones y los sudores debajo de la ducha por culpa de una mujer impresionante. Se sonrojó, avergonzado. Si utilizaba ese silencioso regalo que habían dejado en el cajón, lo sabrían. Eso dejaría en evidencia a Nita, y ella intentaba ofrecer una buena impresión. Lo que había sucedido en ese baño diminuto ya era bastante malo, pero ¿bajo el techo de su abuelo y de su abuela, y con su conocimiento?

Todavía faltaban horas para que las tiendas y la pequeña área comercial del pueblo abrieran. José miró el cajón y luego dirigió la vista hacia la puerta. Bueno, tendría que superar todo eso.

—Eh, Nita... ¿quieres ver unos dibujos viejos?

EN cuanto oyó la voz de José que la llamaba, se dio cuenta de que había estado completamente sola en la despensa, al lado de la lavadora y de la secadora, haciendo la colada, durante quince minutos completos. Sola. ¿Cómo era posible? ¿El deseo de estar con él era tan fuerte que le había hecho olvidarse de esas cosas que les habían perseguido? ¡Eso era de locos!

Juanita corrió hacia esa voz que se había convertido en sinónimo de seguridad. No era capaz de saber por qué José, o esa casa, o la luz del día, habían disipado los terrores y las imágenes que lo que hubieran debido provocarle era una crisis nerviosa. Lo único que tenía claro era que la presencia de ese hombre hacía que todo pareciera normal. En cuanto le vio, la expresión excitada de su rostro le hizo sonreír a pesar del pánico que sentía. Él ni siquiera llevaba el rifle con él. La única arma que llevaba, y cuyo impacto sintió inmediatamente, era su deslumbrante sonrisa.

Se quedó de pie delante de él en el vestíbulo, ahora ya a punto de romper en carcajadas, al ver que él no dejaba de cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro, igual que un niño emocionado por tener un secreto.

—Han cambiado mi habitación, la han convertido en el cuarto de invitados. Pero no han tirado mis dibujos viejos. ¿Quieres verlos?

¿Cómo podía rechazar una oferta como ésa? La sonrisa de Juanita se hizo más amplia.

—¿Me vas a dejar ver tu arte?

—Sí. Vamos —dijo él, arrastrándola del brazo por el pasillo—. Había olvidado esos papeles. De niño tenía unas imágenes delirantes en la cabeza, y siempre iba por ahí con ese chico mayor, Rider, y practicábamos el tiro al blanco con latas... entonces yo veía cosas, casi las olía. —Se dio la vuelta hacia ella en cuanto hubieron entrado en la habitación—. Tengo la sensación de que, es como si... si los dos hemos tenido el mismo sueño, y nos sentimos como si nos conociéramos desde hace años, quizá algunas cosas de las que dibujé te digan algo... te ayuden a recordar tus sueños también.

—De acuerdo —dijo ella, un tanto nerviosa, sin estar segura de si tendría la visión especial que él buscaba. Se sentiría mejor si fuera a ver su trabajo solamente con la intención de conocerle mejor.

Él inhaló con fuerza y se dirigió hasta su vieja mesa de trabajo.

—Bien —dijo, dubitativo—. La mayoría de estas cosas son esbozos. —Se pasó una mano por la mejilla, repentinamente tímido—. Ahora soy mucho más bueno, pero entonces no sabía cómo aplicar la sombra de forma adecuada, ni sabía cómo

conseguir la sensación de profundidad para que las cosas sobresalieran de la página con sensación de tres dimensiones, y...

—José —dijo ella, poniéndose las manos a las caderas y sonriendo—. ¿Me los vas a enseñar o qué?

El hecho de que él se hubiera puesto tímido por enseñarle su trabajo hacía que ella sintiera más cariño hacia él. La humildad que le había asaltado y que le había hecho apartar la mirada, además de los calificativos y disculpas, le habían provocado ganas de abrazarle. Sentía muchas ganas, así como un gran respeto, por el hecho de que él le permitiera tener esa visión tan íntima de él.

—Sí, lo único que pasa es que sólo le he enseñado a la gente los trabajos buenos —dijo él en voz baja, mientras se acercaba a unos cuantos dibujos a lápiz que estaban colgados en la pared—. Me sentí muy emocionado cuando pensé en ello, y quizá he hablado demasiado pronto. Nunca he dejado que nadie viera mis libretas ni mis cuadernos de dibujo, porque solamente eran pruebas. —Dio la espalda a la mesa y se apoyó en el armario—. Supongo que no tienen importancia. Solamente son pesadillas infantiles... no creo que te interese ver eso. Lo más seguro es que en cuanto los veas te marches. O que pienses que estoy tocado, o loco. Y te reirás de mí.

Ella se acercó a él y le puso la palma de la mano en el centro del pecho con un gesto amable.

—Nunca me reiría de nada que provenga de dentro de ti, José. —Levantó la mirada hacia él—. Hace un ratito me has pedido que confíe en ti, y yo lo he hecho. Nunca he dejado que nadie estuviera tan cerca de mí, ni me he abierto tanto con nadie.

Él puso su mano encima de la de ella, asintió con la cabeza, inhaló con fuerza y sacó el aire por la nariz, despacio.

—De acuerdo. Pero prométeme que no te vas a reír y que no vas a salir chillando a la carretera con intención de hacer dedo para huir de aquí.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—Déjame ver qué hay ahí dentro.

Despacio, él se apartó del armario y se acercó a la mesa, de donde sacó unos cuantos cuadernos grandes de dibujo. Ella se sentó en la cama y esperó a que él fuera a sentarse a su lado.

—Éstos los hice cuando estaba en el instituto y venía aquí durante el verano —murmuró él, sin mirarla, mientras abría la primera libreta sobre su regazo—. Aquí no había gran cosa más que hacer; no hay discotecas, y yo era demasiado joven para ir al único bar que hay en el pueblo. Así que me entretenía solo, además de ayudar al abuelo. Nada especial.

Ella se había quedado sin habla, pero acariciaba con los dedos las líneas de esos dibujos exquisitamente detallados. Lo único que fue capaz de ofrecerle fue una callada exclamación de admiración mientras iba pasando despacio las páginas.

—Son buenísimos.

Todas las imágenes eran una serie de hábiles composiciones de puntos y líneas si se miraban de cerca. Pero en cuanto apartaba la imagen, al momento, esas imágenes se convertían en unas imágenes épicas de demonios y ángeles en furiosas batallas, fuego, humo, y unos vigorosos y altos guerreros portando unas armas impresionantes, colocados en primera línea delante de sus compañeras guerreras, plantando cara al mal. Juanita se acercó el dibujo para observar de qué forma él había colocado con paciencia cada uno de los trazos hasta componer un completo sueño viviente en una única página.

—Oh, Dios mío, José —susurró ella con actitud reverente—. ¿Cuánto tardaste en hacer uno de éstos, por no decir, cuánto tardaste en hacer todos éstos? —Ni siquiera levantó la mirada hacia él. No podía levantar los ojos. La pregunta había salido de sus labios en un tono de verdadero respeto. Cada una de las páginas era un fresco viviente que le estimulaba los recuerdos y le despertaba imágenes que pertenecían a su propia memoria y que se correspondían con éstas.

—No lo sé —dijo él, encogiéndose de hombros—. Pierdo la noción del tiempo cuando trabajo. Me quedo pillado, y eso siempre me provocaba problemas en casa... y en la escuela —dijo él con una risa burlona hacia sí mismo—. Mi madre cree que soy un vago. Quizá tenga razón. Uno no puede hacer dinero con cosas como éstas.

—¿Estás loco? —susurró Juanita sin dejar de pasar las páginas, absorbida por el libro.

Ella levantó la vista hacia él.

—No. No es eso lo que quiero decir. —Le aguantó la mirada—. Eres un gran artista, José. ¿Por qué no estás en una escuela de arte, o no expones en alguna galería? ¿Un vago? ¿Estás tonto?

Él apartó la mirada de ella y la dirigió hacia la ventana.

—No pude conseguir la matrícula, y...

—¿Alguna vez pediste una beca y mandaste tu portfolio? —Ella se había colocado de pie y tenía el cuaderno de dibujo abierto—. Con un trabajo como éste, podrías ir a cualquier parte, amigo.

—Nunca la solicité... No sabía que me podían aceptar si no pagaba al contado. No quería hacerme ilusiones con algo que no iba a funcionar de todos modos. —Se quedó con los ojos fijos en ella.

—¿Enseñaste alguna vez esto a algún asesor del instituto? —Indignada, dejó la libreta al lado de las demás encima de la cama y le miró—. ¿Es que ninguno de esos malditos tipos que están para hablar con los chicos acerca de su futuro, porque ése es su trabajo, te dijo nunca «José, chico, tienes talento. Voy a ayudarte a presentar una solicitud para alguna universidad importante»?

Él no supo qué responderle. Nadie se había enojado nunca por el hecho de que él no utilizara su arte para mejorar su vida. Nunca nadie le había mirado con ojos encendidos por no haber perseguido su sueño ni haber utilizado su pasión para buscar mejores oportunidades. Pero esa mujer impresionante casi tenía lágrimas en los ojos,

y allí, con las manos en las caderas, le miraba como si estuviera a punto de luchar contra el mundo entero por su causa.

—¿Es que no te dijeron que podías trabajar como dibujante de cómic, o que quizá podrías ser un gran animador de cine, o que incluso podías llegar a ser un genio de esos videojuegos y trabajar para grandes empresas? ¡Oh, José, Dios mío! —exclamó, mientras empezaba a dar vueltas por la habitación—. Esto es una farsa. ¿Un vago? ¿Tu mamá te llamó vago? ¿Tienes idea de que podrías diseñar vídeos para la industria musical?, o, o... o... ¡Virgen María, ayúdame!

Juanita se había llevado las manos a la cabeza y ahora miraba por la ventana. Solamente el hecho de verla tan preocupada porque nadie hubiera comprendido ese talento suyo, le hacía explotar la cabeza.

—Todos me decían que dejara de soñar..., que hiciera los estudios básicos. Me decían que mis notas eran penosas. Decían que malgastaba el tiempo haciendo garabatos en las libretas y que...

—¿No vieron nunca tu trabajo? —Bajó las manos de la cabeza y las dejó colgando a ambos lados del cuerpo—. Nunca vieron al genio que había en ti, un chico pobre de los barrios. —Hablaba en un susurro furioso—. ¿No pensaron nunca que tus sueños valieran la pena? Lo conozco. He pasado por eso.

—La manera en que has hablado de esas empresas y de esas oportunidades... podrías ser una mujer de negocios —dijo él, apartándose del armario y recogiendo las libretas para volver a guardarlas. Eso era demasiado intenso, y había sido una mala idea.

La indignación de ella le ponía nervioso; no estaba acostumbrado a que nadie se preocupara de forma tan profunda por él.

—Deberías estar asesorando a los chicos, dándoles esperanza y mostrándoles su camino —dijo él, sintiendo una repentina tristeza—. Muchos padres no tienen ni idea de qué hay por el mundo, en cuanto a las diferentes carreras y cosas así, y sólo quieren que sus hijos tomen un camino seguro y claro... como una formación profesional. No les culpo. —Tiró las libretas dentro de un cajón y miró los dibujos enmarcados que colgaban de la pared—. Tú podrías ser una agente artística, también —dijo él, riendo con expresión triste al pensar en la oportunidad que había perdido de pintar el mural—. Nita, iban a pagarme mucho dinero para pintar esa pared, yo iba a clavarlo, iba a hacer que esa niña fuera tan bonita que iban a haber accidentes en la 405 solamente porque la gente no podría evitar mirarla. —José dejó escapar una exhalación con fuerza y se volvió para mirarla.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Saber qué? —Él no había tenido intención de molestarla con esa salida.

—Que yo quería ser una mujer de negocios, no una cajera de farmacia.

—Pensé que era un trabajo a tiempo parcial, hasta que hicieras lo tuyo. —Recorrió el espacio que les separaba—. Con tu cabeza... la manera en que has

disecionado mi trabajo, cómo lo has analizado y cómo has dado con soluciones que yo había sido incapaz de imaginar. Venga, niña, sé seria.

—¡Sé serio tú! —dijo ella, levantando la barbilla—. ¿Formación profesional? ¿Tú? No me importa quién te lo dijo. Es una tontería.

—Solamente dibujo, pero parece que tú hayas sido una estudiante de sobresaliente y de notable. Realmente inteligente.

Ella se apartó de él y se fue hasta la ventana.

—Sí, yo sacaba sobresalientes. Pero, para lo que me sirvió... Cuando llegó el momento de solicitar el ingreso en la universidad me dijeron que sacar sobresalientes en un instituto malo de la ciudad no era tan bueno como venir de un instituto privado o un instituto de buena reputación. Además, mi mamá necesitaba ayuda en casa y nadie iba a ayudarme a conseguir una beca. Aprendí todas esas cosas acerca de las carreras y las becas de pasada, cuando los clientes venían a comprar lo que necesitaban para irse fuera a estudiar... Yo deseaba tanto ser uno de ellos, José, no te puedes ni imaginar hasta qué punto; los escuchaba y charlaba con ellos para que me contaran adonde iban y cómo lo habían conseguido, solamente para soñar. Luego me iba a escondidas a la biblioteca e intentaba averiguar qué significaba lo que me habían contado. Pero yo ya había perdido mi oportunidad en ese momento.

—Nunca es tarde —dijo él, acercándose hasta ella y dándole un abrazo por la espalda. Le dio un beso en la cabeza—. Todavía puedes ir, si lo deseas; lo único que tienes que hacer es intentarlo.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos y le dio un beso en el cuello, debajo de la mandíbula.

—Seguiré tu consejo, si tú quieres. ¿De acuerdo?

Él asintió y se encogió de hombros.

—De acuerdo... pero deberías ir.

—Tú también deberías ir —repuso ella con una sonrisa. Le acarició los labios con los dedos, sin dejar de recorrer con los ojos el camino que dibujaba con ellos—. José, tú tienes tanto talento, tienes tanto que ofrecer al mundo con tu visión interna. Prométeme que, pase lo que pase, no vas a terminar en algún absurdo trabajo que te mate el espíritu. —Le dio un beso en los labios y se apartó de él—. Haz la pared, niño. El mural. Hazlo en papel, si no puedes tener la pared ahora mismo. Vuélcalo todo ahí, como lo hubieras hecho encima del andamio. Por favor, querido Dios, haz lo que hazas, no malgastes ese don.

La manera en que los ojos de ella buscaban los suyos y la calidez interna que le provocaban sus palabras le hicieron sentirse rendido y con la boca seca. Nunca en toda su vida nadie había luchado por él, nunca le habían dado un empujón tan fuerte y con tanta ternura. Si él no podía darse por completo, hoy en día, a su arte, sí podría por lo menos darse por completo a ella.

—Sólo con una condición —susurró él.

—¿Cuál? —murmuró ella mientras le pasaba los dedos por el pelo.

—Qué vayas a la universidad conmigo y que nunca dejes de mirarme de esta manera cuando te muestre mi trabajo.

—¿Cómo podría dejar de mirarte de esta manera, si tú y tu trabajo me hacen saber que todavía hay esperanza, amor y belleza en el mundo? —Le dio un beso en los labios y meneó la cabeza—. José, tú también me haces sentir que no estoy loca por soñar... Yo he visto esas mismas imágenes antes. Empezaba a verlas cada vez que cerraba los ojos por la noche, como unos pequeños puntitos encendidos por unas luces traseras... luego la imagen se hacía más clara, porque mi cuerpo se elevaba por encima de ella y obtenía una imagen aérea. Y así es exactamente como tú has dibujado esas imágenes, punto por punto.

—¿Hablas en serio? —susurró él, sintiendo que las palabras se le atragantaban.

—Lo juro —repuso ella, mirándole sin parpadear—. Lo que no puedo comprender es... ¿cómo podía conocerte?

Ella se deshizo de su abrazo y se abrazó a sí misma.

—Tengo que decirlo, porque no se me va de la cabeza.

Él asintió y le dejó espacio para que continuara.

—Nunca en mi vida he tenido tanto miedo. —Sus ojos buscaron los de él para obtener confirmación y la encontró—. Yo no te conocía, nunca te había visto, no tenía ningún motivo para confiar en ti. —Apartó la mirada: una expresión de vergüenza había aparecido en sus ojos, bañados por la luz del sol—. No acostumbro a conocer hombres por las calles, a subirme en sus motocicletas y a hacer esta locura en el baño de la casa de sus abuelos, precisamente, por Dios. —Se cubrió el rostro con las manos y respiró con fuerza—. Yo no soy así, José. Tengo orgullo y soy decente, no importa lo que puedas pensar. Y a pesar de ello, aquí estoy, con un camisón prestado y medio desnuda. Incluso le he ofrecido mi cuerpo a un hombre por primera vez, y ni siquiera sé cuál es su apellido.

Él se acercó deprisa a ella y la abrazó.

—Ciponte. Mi apellido es Ciponte. Y sé que tú nunca has estado con un chico de esta manera, sé que debes de estar nerviosa y que nunca lo has hecho antes. Por eso yo estaba tan enojado contigo por haberlo hecho allí contigo; tú no eres el tipo de... quiero decir...

—No lo soy —dijo ella mientras le caían unas lágrimas grandes de los ojos—. Tengo que vestirme e irme a casa con mamá.

—Lo sé, niña. Nos vestiremos y te llevaré a casa. Pero no quiero que creas que todo esto es la norma para mí, tampoco lo es. Hace de verdad mucho tiempo que tuve lo que se puede llamar una novia, o algo. Años, de verdad. —Se pasó la mano por el pelo y la miró a los ojos, obligándola a no apartar la mirada—. Te juro por la tumba de mi padre que nunca he tenido una experiencia como la que hemos compartido. Así que no la conviertas en algo sucio. Fue pasión pura, desde mi punto de vista.

Ella apartó la cara, pero él llevó un dedo a su barbilla y la obligó a volver a mirarle.

—No, mírame, directamente a los ojos para que puedas ver si miento o si digo la verdad. —Dejó escapar un largo suspiro lleno de emoción—. Nita... Nunca nadie ha creído en mí, me ha tratado como si yo fuera su héroe, nadie se me ha dado sin jueguitos. ¿Crees que no tengo sentimientos? ¿Crees que nosotros no soñamos con encontrar a la única mujer?

Él la soltó y volvió a su mesa de dibujo, abrió un cajón y eligió un cuaderno.

—Mira éste —dijo, mientras le daba la libreta—. En todas las páginas está mi amante secreta.

Ella tomó la libreta con cautela y él se acercó un poco a ella.

—Mírala —dijo él, en un tono estridente al ver la extraña similitud que había entre la mujer que se encontraba en la habitación y la que se veía dibujada en cada página.

Cada vez más nervioso por ese descubrimiento, condujo a Juanita hasta un espejo que colgaba en el armario y tomó el cuaderno para colocarlo al lado del rostro de ella.

—El mismo cuerpo, el mismo pelo. Todas las poses son tuyas. Los mismos ojos. No pude ver el resto de la cara. El héroe, de pie delante de ella, el arma preparada, manteniendo a raya a los demonios. —José pasó otra página y la obligó a mirarse mejor en el espejo—. La hace subir a su moto, y la saca del infierno.

Él pasó otra página con gesto rápido, cada vez más ansioso de que ella supiera lo que tenía en el corazón.

—Luego, él se sintió tan agradecido de estar vivo que le hizo el amor en un ataque de pasión en medio de la niebla: el lugar sin determinar, desconocido.

Cerró la libreta con un golpe seco y apoyó ambas manos en el armario, una a cada lado de ella.

Los dos se quedaron mirando su reflejo mutuo en el espejo.

—Las palabras son: él hizo el amor con ella, no se la folló —murmuró José sin apartar los ojos del espejo—. Moriría por ella, se dejaría disparar por ella, presentaría batalla a la oscuridad, solamente por ella. Se enamoraría de ella en algún lugar en medio de la bruma, supongo que perdería la cabeza. No sé cuándo sucedió esto, ni por qué. Yo soy solamente el artista que los dibuja. Lo único que sé es que, durante años, él no podía esperar a irse a la cama para encontrarse con ella en sueños. Años deseando que alguien viera que él albergaba a un héroe dentro, y de saber que alguien era suyo, alguien que le respaldara, alguien que se diera cuenta de que él tenía una visión. Artista de día, súper héroe por la noche... Años, Nita, tanto tiempo esperando a que ella atravesara la puerta del sueño y se convirtiera en alguien de carne y hueso, en alguien real.

Ella asintió con la cabeza, las lágrimas le caían por el rostro mientras miraba su cara inundada por una expresión de dolor.

—Años corriendo a través de la oscuridad en sueños —susurró ella—. Años de sentirse diferente, y de saber que ella era... años esperando oír esa voz que tan bien conocía en su corazón. Años esperando esos ojos que vieran que ella era algo más,

algo más que una chica ligera de cascos que se podía utilizar y luego tirar... esperando, creyendo, sabiendo que sólo había un hombre en el mundo que podía ahuyentar a esos demonios. Sólo uno que podía hacerla sentir especial, como una princesa... alguien que haría que su cuerpo muriera de deseo y que se consumiera y que lo diera todo... y que luego la haría sentir tan tonta que se mordería el labio para no decirle que se había enamorado de él en el mismo momento en que él la había poseído en medio del vaho, en el suelo del baño.

Él le dio un beso ardiente en un costado del cuello y ella sintió un fuerte estremecimiento. Las manos de él recorrieron sus brazos y ella soltó una exclamación.

—No soy capaz de explicar esto —dijo él con un susurro ardiente, frotándole fuertemente el cuello con la nariz—. No soy capaz de decir qué es lo que vimos ahí fuera, ni por qué siento esto con tanta fuerza ahora que todo lo demás se ha hundido. —La besó con pasión a lo largo de la mandíbula y en el hombro—. No puedo explicar por qué no puedo quitarte las manos de encima, ni por qué soy capaz de pensar así después de todo por lo que hemos pasado. —Levantó la cabeza sin dejar de frotarle el cuello con la nariz y apretó los ojos con fuerza, respirando su olor—. Te llevaré a casa, si es que quieres irte allí. Pero no me pidas que deje de sentir esto por ti, ¿de acuerdo?

—Yo tampoco lo puedo explicar —dijo ella, pronunciando esas palabras con una exhalación entrecortada. Él frotó su cuerpo contra el de ella y a ella se le estranguló la voz al intentar hablar—: No tiene sentido. Después de lo que hemos visto deberíamos estar tan destrozados ahora mismo que... no tiene sentido.

—¿Tiene que tenerlo? —dijo él precipitadamente y en voz baja mientras le ponía las manos sobre los pechos. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de ella y la acarició con suavidad mientras le apretaba los pezones con los dedos índice y pulgar—. Lo único que sé es que viste mis dibujos de la misma manera en que viste mi alma, Nita.

Se le ahogaba la voz. Empezó a empujar su pelvis contra ella por encima del camisón.

—Lo único que sé es que parece que procedas de alguna parte de mi mente, como si hubiera tenido una extraña experiencia extrasensorial —murmuró él, e inmediatamente emitió un sensual gemido—. Y, niña, si tú has cobrado vida desde mis dibujos, no estoy dispuesto a que desaparezcas tan pronto... no puedo soportar la idea de que vuelvas a ser en blanco y negro y de dos dimensiones otra vez. —Le dio un beso en la nuca y ella inclinó la cabeza hacia delante y apoyó las manos en el armario—. Joder, te necesito en tres dimensiones ahora mismo.

Incapaz de soportar ese apasionamiento, el sentido común la abandonó y alargó la mano hacia atrás para bajarle los pantalones un poco. Ambos levantaron la cabeza hacia el espejo al mismo tiempo.

—Adelante —dijo ella en voz baja—. Yo también he estado esperando a que salieras de mis sueños y te convirtieras en alguien real.

Por un momento, él no se movió y ella tampoco se movió. Luego, de repente, él pasó ambas manos por los costados de su cuerpo y le levantó el camisón. Sin apartar los ojos del reflejo de ella, penetró en su tierno y húmedo valle con fuerza, clavándose en ella con un gemido de agonía. Ella empezó a mover las caderas dejándose invadir por la sensación mientras se sujetaba con fuerza en el armario. Vio que él cerraba los ojos con una expresión torturada.

—Oh, Jesús, si no llego a ese cajón de arriba ahora mismo... Hoy te voy a dejar embarazada.

Sin pronunciar ni una palabra, la sujetó por la cintura con una mano y con la otra fue a abrir el cajón. A ella no le importaba qué era lo que estaba haciendo ni qué era lo que iba a tomar de allí dentro, siempre y cuando continuara estando dentro de ella.

Con los ojos medio cerrados, le observó pelearse con una bolsita marrón, luego con una caja y luego romper el celofán como un loco sin dejar de moverse dentro de ella con embestidas incontrollables y empujándola sin cesar contra el armario. Ella sintió un placer como nunca había sentido antes. Le miró mientras él se esforzaba con el pequeño envoltorio y se quedó esperando, los brazos extendidos hacia el armario y la cabeza agachada, respirando.

El sonido gutural que él dejó escapar desde lo más profundo de su garganta se mezcló con el aire frío que sentía en la espalda. Al borde de las lágrimas, ahora que le volvía a sentir dentro, arqueó la espalda y le tomó, enfundado en el látex. Al instante, unos fuertes brazos la sujetaron por la cintura y la mejilla caliente de él se colocó sobre la suya. Esa nueva sensación la arrasaba, y parecía que las piernas no podrían aguantarla mientras él no dejaba de provocar placer en ese punto que había desflorado previamente.

El pelo de ella cayó encima del mueble, y se movía hacia delante y hacia atrás como un plumero del polvo enloquecido. Las lágrimas, producidas por el éxtasis, le bajaban por las mejillas manchando la madera. Su voz no parecía la de ella y se mezclaba con los gemidos y exhalaciones roncadas de él en un canto al unísono hasta que las uñas de ella marcaron la madera y casi la hicieron astillas. Si así era como tenía que ser, que no parara. Si éste era el siguiente paso, ¡adelante! Si eso era sólo el principio, por Dios, ella moriría y no le importaría.

—Niña, te amo —dijo José con un fuerte estremecimiento antes de que unos fuertes espasmos le hicieran convulsionarse enloquecidamente.

El cuerpo de ella fue contra el armario mientras el viento levantó sus palabras:

—¡José!

Y entonces una oleada tras otra de profundos temblores la consumió, y le hizo ver manchas de colores con los ojos cerrados.

Se quedaron apoyados contra el armario, casi sin respiración. Ella sentía los besos de él en la espalda, entre los omoplatos. Él todavía estaba duro como una roca dentro de ella y ella notó que le embargaba un sollozo y lloró. ¿Qué era esa dulce locura? Nadie nunca le había dicho que podía ser de esa manera. Había perdido toda noción

de realidad. Unos brazos fuertes la estaban sujetando; sintió que José salía de dentro de su cuerpo, rompiendo la conexión con esa locura divina. Con un gesto reflejo, le clavó las uñas en las caderas.

—No te muevas —susurró sin aliento—. Todavía no.

Él asintió con la cabeza sobre su espalda, intentando respirar.

—Dime cuándo. ¿Te he hecho daño?

—No... es que es tan agradable. No la saques.

—Jesús —dijo él contra su hombro—. Voy a tener que ponerme otro.

Se miraron el uno al otro en el espejo.

—¿A qué hora van a llegar a casa?

Ella miró hacia la cama y luego su mirada volvió a buscar la de él en el espejo.

—Dentro de tres días —dijo él, tragando saliva con fuerza sin dejar de esforzarse por respirar.

—¿Estás seguro?

Él asintió con la cabeza y le acarició el pelo.

—¿Quieres que nos tumbemos en la cama?

Ella asintió con la cabeza, pero no se podía mover.

Todas esas noches frustradas en que había deseado que sus sueños se hicieran realidad, ahora que la tenía de carne y hueso tomaban vida. Cada caricia que ella le hacía le volvía loco... igual que su voz, su olor, ver sus ojos mientras la luz del sol empezaba a bajar. Se habían metido debajo de la manta india y se abrazaron hasta que el sudor empapó las sábanas y el viento árido del desierto les secó los pulmones. Lo que quedó en la cama era la humedad del amor. Los pantalones del chándal de él se convirtieron en una bola arrugada encima de una silla vacía, al igual que el camisón de ella era un ovillo húmedo en el suelo. El olor a sexo impregnaba la habitación y se hacía más denso a cada encuentro.

La noción del tiempo se perdió. Las horas de las comidas se pasaron. Sin importar cuántas veces se habían poseído el uno al otro, sus cuerpos seguían deseando más. La necesidad de hacer el amor parecía infinita, pero la caja de condones tenía un número limitado y entraron en pánico.

—Sólo una vez más —murmuró él, con los dedos introducidos con firmeza dentro del cuerpo de ella. El olor de ella en las sábanas, en el pelo, en su piel, le hacía delirar incluso en esa hora en que el sol ya bajaba. Parecía que estuviera viviendo sus últimas veinticuatro horas sobre la tierra antes de morir. Pero no le importaba siempre y cuando ella se sentara a horcajadas encima de él, buscando besos en su encantador montículo y bajara su cuerpo encima de él y le hiciera ver las estrellas.

El látex no amortiguaba la sensación de la lengua de ella. Ninguna barrera que le impidiera sentir la humedad del interior de su boca. No debía prepararse para salir repentinamente de entre sus labios. No había nada en este mundo que le preparara a

sentir el contacto de su mano en la base de su miembro. No había forma de no ahogarse con sus dulces jugos mientras la lamía. No quedó nada sensato en él mientras ella le succionaba con mayor insistencia. Imposible detener la lenta y fuerte implosión que le hizo sentarse y arquear la espalda, y le obligó a abrirle con más fuerza el culo para que recibiera su lengua.

Si había algo ahí entre las sombras que iba a por él, entonces sería mejor que le matara deprisa. Si su gente venía pronto a casa, que así fuera; ya les pediría perdón más adelante. Porque en ese preciso momento, lo único en que podía pensar era en su lengua, en el escalofrío que sentía por toda la espalda, en los espasmos que recorrían sus piernas y su ingle.

Cerca de la histeria, sollozó casi frente a su punto húmedo, respirando su olor y casi ahogándose en su olor húmedo. Se corrió con tanta fuerza que le pareció que se moría.

Lo único que pudo hacer fue dejarse caer con el cuerpo de ella encima del suyo. Desorientado durante unos momentos, tuvo que obligarse a recordar dónde se encontraba, qué hora era, y acariciar ese soberbio trasero para saber que todo eso había sido real.

—¿Quieres un poco de agua? —susurró ella contra su muslo.

Él abrió la boca, pero no tuvo fuerzas para responder. Le frotó la cadera con la mano por toda respuesta.

—En un minuto —dijo, con los ojos cerrados.

—Tendríamos que levantarnos y darnos una ducha —dijo ella, con el aliento entrecortado y medio riéndose—. Me da miedo esa habitación. Tiene algo muy potente.

—Nuestras ropas están secas: la secadora se ha parado hace horas.

—¿Quieres que vayamos al pueblo antes de que cierran las farmacias, o quizá que nos paremos en un bar para comer? —La idea de quedarse en la casa con ella dos días enteros y sin poder hacerle el amor le hacía recuperar el sentido común.

Ella le dio un beso en el muslo, al lado de los testículos.

—Me da igual que vayamos al bar, pero tenemos que ir a la farmacia antes de que caiga la noche.

Notar el aliento caliente de ella contra su muslo interno le obligó a sentarse y a concentrarse en lo que tenían que hacer.

6

LA única cosa sensata que podía hacer para conseguir salir de la casa era dejar que la mujer se fuera al baño sola.

—Abre la ventana —le dijo él mientras recorría el pasillo con el rifle—. Todavía no es oscuro, tenemos unas cuantas horas, y voy a mirar cómo está la moto, a ver cuánta gasolina queda para llegar al pueblo.

No esperó a que ella discutiera. Él tenía una misión. Tenía que comprar condones de la misma forma que un yonqui necesita conseguir *crack*.

Salió por la puerta de atrás, bajó las escaleras, fue hasta su moto y soltó un gruñido. ¡Mierda! Su belleza negra estaba seca. Está bien, necesitaba un nuevo plan. El cuarto de herramientas le llamó la atención. Quizá, sólo quizá, si había piedad en los cielos, su abuelo debería tener una vieja lata roja con gasolina.

José atravesó corriendo el patio trasero, espantando a las gallinas enojadas. Dejó el rifle contra la pared exterior de la destrozada estructura y empujó la puerta oxidada con ambas manos. Esperó un momento a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad, y buscó el interruptor de la luz. Pero pronto la luz del final de la tarde y la puerta abierta le permitieron mirar el interior. Lo que vio allí dentro le hizo detenerse en seco.

Era un verdadero cuarto de artillería. Ruedas curativas y amuletos con plumas de águila cubrían las paredes, así como estacas de plata, ballestas y cuchillos con hojas de muy distintas longitudes. Entró movido por la curiosidad. En el centro de la habitación había unos extraños círculos y símbolos, como si fueran maleficios o conjuros contra el mal.

La vista se le fue hasta un cubo de basura lleno de conchas y de desechos al final de la mesa de madera, al lado de la ventana. José se acercó con cuidado, mirando las brillantes balas de plata y la tierra negra que tenía una fragancia a incienso. Unas jarras de agua, con pinturas de guerra talladas hacía mucho tiempo, se encontraban al lado de las conchas. Levantó la vista hacia las ballestas y las largas estacas adornadas con plumas de águila.

Lo sabían. No solamente simpatizaban o creían, lo sabían.

José observó con mayor detenimiento las paredes mientras las motas de polvo bailaban en el aire bañado por la luz del sol. El interior del cuarto había sido pintado con pintura de guerra. El olor de artemisa impregnaba el aire y se le metía por la nariz. Una sensación de calma, de seguridad, como de estar en una fortaleza espiritual, manaba de todo aquello que había a su alrededor. Artemisa y plata, sangre de pollo y madera quemada, todo eso le produjo una extraña sensación de

conocimiento. Se encontraba en medio de un refugio armado espiritual. ¿Si su gente había construido eso, qué era lo que se estaba aproximando?

De repente, ir al pueblo tuvo una urgencia menor. Pero encontrar la gasolina para hacer frente a lo inesperado era algo importante. José recorrió el cuarto con un sentimiento reverente, pero se sintió desilusionado. Tomó el rifle y volvió corriendo a la moto, decidido a quitar la sustancia de los demonios antes de que Juanita lo viera.

Se dio prisa en realizar la tarea: fue a buscar la manguera del patio y limpió toda la suciedad, esta vez teniendo cuidado con el agua, pues ésta era escasa allí donde vivían sus abuelos. Mientras dejaba la manguera y corría escaleras arriba le embargó un sentimiento de respeto por ellos, por lo que ellos sabían, por lo que aceptaban con tanta calma y por lo que habían construido.

Pasó al lado de Juanita en el pasillo.

—Voy a estar entrando y saliendo unos momentos. —Sabía que hablaba con un tono de pánico; sentía pánico. Pero no hacía falta que ella supiera por qué.

Cuando salió de la ducha y fue a la habitación, ella tenía puestos los vaqueros y los zapatos de tacón, y se cubría los pechos con los brazos.

—¿Puedo ponerme una de tus camisetas? —Le miró y se mordió el labio—. Mi madre dijo que un top rojo me hacía parecer una puta... y no quiero parecer eso si estoy contigo.

—A mí no me pareces eso, lléves lo que lléves puesto.

Él se puso los vaqueros e hizo un gesto de cabeza en dirección al armario.

—Puedes ponerte una de mis camisetas, y la abuela también te ha dejado unos vestidos en el armario.

—¿Cómo sabía ella que yo vendría, José?

Los dos dejaron de vestirse y se quedaron mirando.

—Es una vidente —dijo en voz baja—. No me preguntes cómo lo hacen, lo único que sé es lo que ella es. La abuela sabe las cosas. Igual que el abuelo.

—Yo a veces también sé cosas —dijo Juanita mientras se acercaba al armario para sacar una camiseta—. Por eso sé que no quiero ponerme ese top rojo ahora.

Él la miró un momento, luego encontró sus zapatillas y su camiseta. Ella empezó a peinarse.

—Cuando vayamos a la farmacia te compraré un cepillo también, y unos cepillos de dientes... necesito una cuchilla de afeitar —dijo, pasándose la mano por la barbilla mientras intentaba distraerse de la extraña sensación que le había embargado—. Pero algo es seguro, tenemos que encontrar unas chanclas para ti, o algo hasta que podamos conseguirte unas zapatillas deportivas.

Juanita se agachó, sin responder, y abrió el cajón de abajo. Despacio, se puso de cuclillas y acarició los vestidos.

—Hay unos mocasines ahí, con el vestido.

José corrió a su lado y se detuvo para mirar dentro del armario. Luego la miró a los ojos.

—Un traje ceremonial completo... ¿cómo supiste que estaba aquí? Porque te aseguro que yo no lo sabía.

Juanita se encogió de hombros.

—¿Puedo ponerme los zapatos hasta que consiga unas chanclas?

Él asintió con la cabeza y caminó hasta la puerta del dormitorio.

—Vamos a hacer un viaje rápido. Creo que tendríamos que quedarnos por la casa hasta que mi gente vuelva.

Un sentimiento de preocupación le atenazaba. Juanita se agarraba a él por la cintura. El polvo le picaba en los ojos y en la nariz mientras corrían por la desierta carretera. Él le dijo que apretara la cara contra su espalda para protegerla del polvo del aire.

El pelo húmedo de ella le daba contra el cuello, y el tono rosado y anaranjado del sol poniente le obligaba a poner la moto al límite. Tenía dinero suficiente para poner un par de litros en el depósito, comprarle unas chanclas, quizá un par de hamburguesas, una combinación... pero lo principal era conseguir condones. Si hubiera sabido que iba a hacer un viaje como ése por carretera, habría... habría qué. Estaba sin blanca.

Llegaron a la gasolinera de la carretera y el hombre se negó a cobrarles. José estuvo a punto de gritar de alegría. Él y Juanita se cruzaron una mirada y José caminó hasta la mecedora donde el propietario de la gasolinera se encontraba cómodamente sentado con su bastón. Incluso a pesar de que estaba casi sin nada de dinero, José sabía que la gente del pueblo era más pobre todavía. Dirigió una mirada respetuosa al hombre mayor de pelo plateado, que se encontraba sentado bajo el calor del desierto con una camiseta blanca sin mangas y un pantalón de mecánico que escondía unas gastadas zapatillas de deporte de piel.

—Señor, está bien —dijo José, ofreciéndole un billete de cinco dólares.

—Tu abuelo y yo hace mucho que nos conocemos. Tú eres de la familia. —El hombre miró a Juanita y continuó hurgando con el palo en el suelo—. Hemos tenido una reunión, joven Pájaro del trueno. Aquello que está dentro está a punto de salir fuera. Necesitas todo lo que tienes. Los espíritus antiguos están bailando.

José dobló el billete y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros. No tenía ni idea de qué era lo que el viejo tipo había querido decir, pero tenía claro que cuando los mayores empezaban a hablar con adivinanzas, no tenía sentido discutir con ellos.

—Gracias —dijo José, y se dirigió rápidamente hacia la motocicleta y subió para que Juanita pudiera sentarse detrás de él.

Se marcharon.

Intentó recordar el plano del pueblo. Las calles estaban casi desiertas. Algunas tiendas ya habían bajado las persianas. No sería del todo oscuro hasta las ocho y media y, a juzgar por la altura del sol, todavía no eran las seis. Detuvo la motocicleta

en la esquina de una calle de tiendas. ¿Cómo podía saber qué hora era? Se estaba poniendo nervioso y tenía que controlarse.

Recorrió con la mirada la hilera de tiendas y, cuando vio la vieja farmacia, puso el caballete de la moto.

—Podemos ir a pie, ¿de acuerdo?

Juanita bajó de la moto y sonrió.

—Aquí es como en el viejo Oeste, igual que se ve en las películas.

Él se rió y le puso el brazo por encima de los hombros mientras caminaban.

—Niña, este lugar no ha cambiado desde esos tiempos, créeme. Por eso yo ya tenía bastante con pasar aquí el verano.

Ahora, el reto. Fue muy sencillo encontrar un par de sandalias de goma baratas, una cuchilla de afeitar de plástico desechable, un peine, un par de cepillos de dientes, pero no estaban en ninguna cadena comercial impersonal donde nadie sabía el nombre de uno. El verdadero objetivo de la misión se encontraba en el estante de arriba del mostrador, y la vieja señora que estaba sentada ante la caja registradora abanicándose solamente hablaba navajo. ¿Cómo diablos iba a pedirle a esa abuela dos paquetes de seis unidades de Durex?

Juanita se alejó de la caja registradora. Oh, eso no iba bien.

José depositó el montón de artículos de aseo encima del mostrador y la vieja mujer le sonrió con una sonrisa sin dientes mientras empezaba a contar las compras. Él se dio cuenta de que Juanita le observaba por el rabillo del ojo. De acuerdo. Guay. Levantó la barbilla. Él era mayor, era un hombre. ¿Y qué si la vieja señora se lo contaba a su abuela? El abuelo ya le había dejado un montón de ellos de todas formas.

—Y, esto... dos cajas —dijo, señalando hacia el estante que había detrás de la vieja matrona. ¿Cuál era la palabra, cuál era la palabra? Mierda, nunca aprendía a hablar de forma apropiada.

La mujer frunció el ceño, tomó dos cajas de aspirinas y se dispuso a contarlas en la registradora.

—No, esto... esto no.

Ella se detuvo y le miró. Luego, lentamente, volvió a dejar las cajas de aspirinas en su sitio y señaló los caramelos mentolados.

Esa mujer le estaba provocando la muerte mil veces. Señaló con el dedo pulgar el estante de más arriba.

Ella dudó un momento, luego miró a Juanita, que se había colocado al lado de la puerta, y luego volvió a mirarle a él. Con gesto lento, la vieja mujer se llevó una mano a la boca, rió, asintió con la cabeza y bajó del taburete para ir a buscar unas pinzas largas para tomar objetos de los estantes superiores. José dirigió la mirada hacia un estante de al lado. Las cajas que la dependienta bajó tenían tanto polvo que hubiera podido escribir su nombre en ellas. ¿Ahora tenía que buscar la fecha de caducidad, también, mientras esa abuela le observaba?

Un tanto reticente, señaló la fecha sin pronunciar ni una palabra e intentando mantener la dignidad y actuar de forma despreocupada y fría, como si ese asunto no tuviera ninguna importancia. La tímida sonrisa de Juanita bañada por la luz del sol le ayudó a soportar la situación mientras la vieja señora iba a buscar unas cajas con una fecha más reciente.

Al volver le dijo algo en navajo que él no comprendió del todo. Algo acerca de traer una nueva vida al mundo. Pero él no tenía ninguna intención de quedarse más rato para acabar de escucharla. Pagó sus compras, tomó la bolsa, le dio las gracias rápidamente y salió por la puerta por delante de Juanita.

Ella subió a la motocicleta detrás de él, riendo.

—Oh, Dios mío.

—Sí —repuso él, aunque le resultaba difícil reír—. Como te dije, esto no es Los Ángeles.

De repente, el estómago le rugió con tanta fuerza que le pareció que había sido la moto.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él mientras arrancaba la moto con el pedal de arranque, dándose cuenta de lo hambriento que se sentía.

—¿Podemos comprar un par de hamburguesas y llevarlas a la casa?

—Sí, pero por aquí no hay nada parecido a la comida rápida. Podemos comprar unas hamburguesas en el bar y hacer que nos las envuelvan para llevar.

—Entonces, vamos —dijo ella, abrazándose a él y riendo.

A él le encantaba notar la vibración de su voz sobre la piel.

El estomago se le retorció ante el olor de comida cocinada, batidos de leche y café. Estaban sentados en la parte de fuera de la barra de metal para escapar de los ventiladores del interior que lo único que conseguían era que circulara el calor mientras esperaban el pedido, que estaba tardando en llegar. A pesar de que allí solamente había algunos camioneros tomando café, el proceso de conseguir un par de gaseosas, dos hamburguesas y unas patatas fritas parecía tardar una eternidad. Pero, por alguna extraña razón, cuando él estaba con ella, riendo y charlando, el tiempo no importaba mucho.

—Si no hubiera perdido el bolso en Los Ángeles, hubiera podido contribuir en la tienda —dijo en tono alegre, mientras hacía oscilar las piernas hacia delante y hacia atrás.

—No pasa nada —dijo José, disfrutando de la sonrisa de ella—. Estamos juntos en esta aventura, y yo lo hubiera hecho de todas maneras aunque tú hubieras tenido tu bolso.

—Sí, pero tú tienes que mantener tu moto —dijo ella, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la motocicleta—. Es muy bonita.

—No es mía —admitió José, alejándose de la barra para pasar la mano por

encima del brillante manillar—. La he alquilado.

—¿Quién te ha alquilado una moto como ésta? Quiero decir...

—Ahora hablas como mi madre —dijo él, riendo.

—Mira, no intentaba hablar así, pero una moto como ésta, José... No me gustaría que te vieras metido en...

—No pasa nada, y me gusta que te preocupes por mí.

—Mi hermano... él trafica, ¿de acuerdo? Y sus amigos también lo hacen. Yo nunca subí a ninguno de sus coches ni fui a ninguna parte con ellos porque... porque no. No me gustan esas cosas.

Él observó su rostro bajo la última luz del día, y sintió que le encantaba cada una de las palabras que pronunciaba. El tono rosado y anaranjado le daba un toque hermoso a su piel. Le encantaba que el viento le revolviere el pelo y que ella se lo apartara constantemente de la cara y se pasara la lengua por los labios cuando se ponía nerviosa. Si ella tuviera la más mínima idea de lo que había provocado en él su cautela...

—¿Recuerdas ese viejo guitarrista de quien te hablé?

Ella asintió con la cabeza, pero no le miró al hacerlo.

—Mi gente le hizo un favor, hace mucho, mucho tiempo... quizá cuando yo tenía cinco años o así.

Juanita levantó la mirada.

—Llegó al pueblo con esta máquina, con una señorita montada detrás, casi muerta a causa de la mordedura de un demonio... según cuenta la leyenda. —José se incorporó y caminó alrededor de la moto, pasando la mano por encima de ella con una suave caricia, como si se encontrara al lado de un altar—. Ella era el amor de su vida, y él la llevó a su abuela, que más tarde se casó con mi abuelo y se convirtió en mi abuela por matrimonio.

—¿Qué le pasó? —dijo Juanita, absorta en la historia.

—El abuelo y la abuela hicieron una buena magia, pero ella cruzó la puerta y se convirtió en un espíritu.

Juanita se cubrió la boca con la mano.

—Oh, no, ¿murió?

José asintió con la cabeza.

—Dejó muy jodido a mi mentor, ¿sabes? Rider me hizo más o menos de padre, ya que el mío murió muy joven. —La miró mientras pasaba la mano por encima del asiento de la moto—. El tipo se quedó aquí, se perdió en la botella durante un tiempo para lamentar la pérdida y luego, poco a poco, una vez al año, empezó a venir para que mi abuela le curara. Al cabo de unos cuantos días, nos íbamos por ahí y él se confiaba conmigo... me contaba cosas acerca de que yo tenía una nariz como la suya... una buena napia, decía. —José levantó la mirada, con la esperanza de que ella lo comprendiera—. Dijo que yo era un rastreador, y que tenía que aprender a disparar. Luego se ponía muy raro hablando de leyendas y cosas así, hablando de mi destino...

empezaba a hablar como el abuelo.

—Debió de haber sufrido mucho.

José asintió con la cabeza, con la vista clavada en la triste mirada de ella.

—Hasta que te conocí a ti, no pude comprender la profundidad de su dolor. —Se encogió de hombros y miró a lo lejos—. Un día dijo que no iba a volver durante un tiempo. El año en que yo me gradué en el instituto... me dijo que mantuviera linda a su chica, refiriéndose a esta preciosidad plateada y negra que ronronea entre tus piernas. Dijo que al lugar a donde iba no necesitaba ninguna moto. —Ese triste recuerdo le puso un nudo en el estómago, y José inspiró, tembloroso, para deshacerlo—. Hace años de eso... y no he sabido ni he oído nada de él. Mantengo la moto limpia, brillante, con la esperanza de que él no haya hecho ninguna locura, como meterse una bala en la cabeza. Dijo que iba a unirse a una banda, a una especie de guerreros o algo. —José dejó escapar un fuerte suspiro—. ¿Quién sabe?

Juanita se alejó de la barra y se puso a su lado. Le tomó el antebrazo con la mano.

—Sigue guardando y limpiándole la moto, ¿de acuerdo? Él va a volver.

—No pasa nada —repuso José, dando una patada a una piedrecita que había al lado de la rueda—. Pero me alegro de que me creas y no pienses que voy por ahí traficando con drogas, como mi madre. Ella la llevaría a la chatarra. —José dio la vuelta a la moto, acariciándola con los dedos—. Es una Harley personalizada que él mismo diseñó.

—Es muy bonita —murmuró ella, sin saber qué decir mientras veía que él se encerraba en sí mismo de dolor.

—Es como una huella dactilar, una obra de arte única. Está en todos los dibujos que hago. Respeto —dijo, atrapando los ojos de ella con los suyos repentinamente—. Él me contó la historia de que había recorrido medio país con esa mujer sentada detrás y sangrando por la herida del ataque de los demonios. Hasta el momento en que nosotros vimos lo que vimos, yo no lo había creído. Creía que era culpa de la botella y que eran bravuconadas. Pero esa noche, la otra noche, cuando tú estabas en la parte de atrás de la moto, lo único que yo hice fue rezarle a Dios. «Déjame volar con el viento de la noche, déjame salir de ésta y que ninguno de estos seres le haga daño a mi mujer.» Ésta era mi oración. «Que no se caiga de la moto en ninguna de las curvas.»

—No me caí de la moto, y no me pasó nada, José —dijo ella casi en un susurro.

Él levantó la vista hacia el sol que ya se desvanecía y luego la miró.

—Si algo así te sucediera alguna vez, yo acabaría destrozado, igual que él. Y él me contó algunas cosas que parecían locas y que nunca he contado a nadie... dijo que cuando yo estuviera preparado, él me compraría una moto para mí para ir a cazar demonios juntos. —José se pasó una mano por el pelo—. Dijo que yo tendría unos poderes especiales, que aprendería a rastrear un olor igual que un sabueso. Que me uniría a un grupo clandestino de guerreros que tenían que proteger a una tipa llamada Neteru, o algo así, sea eso lo que sea. Luego el abuelo no deja de decir que el pájaro

del trueno está en mí, signifique eso lo que signifique. Lo único que sé es que desde la otra noche, tengo la nariz... es como si pudiera decir qué hora del día es sin mirar, como si pudiera distinguir los olores como un maldito sabueso. No sé exactamente qué quiero decir con todo esto, pero las hamburguesas y las patatas están listas, ¡y yo no debería saberlo!

—Vamos a buscar la comida y vayamos a casa —dijo ella con tanta calma como le fue posible. Utilizó la voz como una amable invitación, sin acabar de comprender por completo la angustia de José, pero sintiendo todo lo que éste había dicho en lo más hondo.

Le vio tan trastornado que se limitó a pasarle el brazo por la cintura y a apoyar la cabeza en su hombro mientras caminaban hacia el bar. Mientras estaban de pie delante de la máquina registradora y esperaban a que les metieran la comida en una bolsa, ella se vio reflejada en los brillantes paneles de aluminio que había encima de la ventanita de la cocina.

Unos ojos mucho más viejos que los suyos le devolvieron la mirada, detenidos en el tiempo. Un par de manos masculinas y sensuales le acariciaron los brazos, pero ella no podía verle la cara... no podía ver nada en la brillante superficie. Pero sí podía sentirlo. Algo muy suave le acarició el cuello y le provocó un estremecimiento de rechazo pero también de deseo. De repente se sintió somnolienta, como drogada. A pesar de ello, una parte suya estaba tan excitada que estuvo a punto de gritar en medio del bar.

Juanita se frotó el cuello con la mano para quitarse la sensación de que algo la había tocado en ese punto. Buscó los ojos de José, pero él estaba mirando por la ventana y tenía los ojos fijos en el vacío de la zona de aparcamiento. Se le veía el rostro tenso, y la sien le latía. Mientras le miraba, fijó la atención en los poros de su piel y, de repente, vio su cara formada por miles de puntitos negros. La oscuridad la tragó por completo mientras estaba allí de pie en el bar, al lado de la caja registradora. Quiso chillar, quiso gritar algo, pero tenía las cuerdas vocales paralizadas, igual que las piernas; casi no podía ni respirar a causa del peso que sentía en los pulmones.

Desde algún punto muy alejado de su mente, se veía a sí misma de pie, con José, en el bar, veía a la gente moverse en cámara lenta a su alrededor y a la camarera ofrecerles la bolsa con la comida. Pero no se podía mover. En su interior se libraba una guerra, y luchaba por librarse de los puntos negros que empezaban a ocultar la luz del sol que había a su alrededor. La intuición le decía que se quedara en la luz, que no permitiera que su alma se viera cubierta por la oscuridad. Entonces, la vista le quedó atrapada en una explosión negra, y entonces fue cuando los vio. Los devoradores.

El grito estuvo a punto de rasgarle los pulmones y, a pesar de ello, no fue capaz de emitirlo en voz alta. Observaba a las criaturas con colmillos arrodilladas ante su víctima inerte y seca, las cabezas gachas, los ojos protuberantes, enrojecidos y brillantes, las bocas manchadas de rojo sangre. Habían contagiado a las víctimas, se

habían apareado con los muertos, los unos con los otros, en una frenética orgía carnal. Por todas partes había cuerpos retorcidos. Una de esas criaturas levantó el cuello ceniciento de una mujer, luego la miró y volvió la cara de la víctima para que ella pudiera verla.

Los ojos de Juanita se quedaron fijos en esa extraña versión de sí misma mientras ese ente desnudo y con colmillos sonreía y clavaba sus colmillos en la yugular de la víctima. Juanita se quedó sin respiración, con el grito todavía encallado en el pecho. Sintió la espalda empapada de sudor. Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Se oía el latido de su propio corazón y notaba un fuerte dolor en el pecho. Derrame cerebral, infarto, alguna de esas cosas o ninguna, pero empezaba a perder la conciencia y luchaba por permanecer despierta. Sabía que si se desmayaba, ellos la atraparían.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Quieres un poco de agua? —dijo la camarera, acercándose a la caja registradora—. Los jóvenes tenéis que tener más cuidado e ir más tranquilos con este calor.

Juanita se tambaleó y José se dio cuenta justo a tiempo para sujetarla y evitar que cayera al suelo.

—No tiene buen aspecto —dijo la mujer de la caja registradora mientras acudía rápidamente con un vaso de agua.

—Diría que o bien está preñada o colocada —dijo el cocinero con un gruñido, y volvió a concentrarse en la freidora.

Juanita se agarró a la camiseta de José mientras él la ayudaba a sentarse en el taburete del mostrador y a tomarse el agua.

—Tenemos que salir de aquí —dijo ella con voz ronca, mientras bebía el agua y se secaba el sudor que le caía desde las sienes.

—¿Puedes subir a la moto? —le preguntó José con expresión preocupada y sin dejar de mirar por la ventana hacia el sol poniente.

—¿Cuándo comiste por última vez, cariño? —preguntó la camarera mientras dejaba las bolsas con la comida en la barra.

—Eso es lo que le pasa —dijo José mientras tomaba las bolsas y ayudaba a bajar a Juanita del taburete—. Necesita ponerse algo en el estómago.

En cuanto José y Juanita estuvieron fuera y solos, ambos empezaron a hablar al mismo tiempo mientras se apresuraban hacia la motocicleta y ella tomaba las grasientas bolsas.

—Lo sé, lo sé, ha sido muy raro ahí dentro —dijo él, con los nervios en punta.

—¡No podía moverme, José! Estaba allí de pie, y entonces empecé a ver esas cosas horribles y la oscuridad empezaba a rodearme y yo me atraganté con...

—Sulfuro —dijo José, acabando la frase.

—¿Tú también lo viste? —Sujetó las bolsas contra su cintura en cuanto subió a la moto detrás de él.

—No lo vi, lo olí —dijo él, y accionó el pedal para encender la moto.

EL aire caliente le abofeteaba la cara mientras aceleraba todo lo que podía, pero con cuidado de ir a la velocidad adecuada para que Juanita pudiera sujetarse a su cintura con una mano. Ella llevaba las bolsas. Él manejaba el manillar. José no dejaba de hablar a gritos, para ser oído por encima del rugido del motor, intentando hacer razonable lo irracional. Ella le escuchaba, considerando todo lo que él decía, con la esperanza de que él tuviera razón, que lo que había sucedido en el bar era solamente una consecuencia de la conmoción de lo que había pasado la noche anterior. Corrían con el viento en una danza improvisada por la polvorienta carretera; la casa familiar era el santuario de destino. En cuanto cruzaron la puerta de entrada, se sintieron mejor.

Ya casi era de noche, y su olfato detectaba todos los olores que había en la casa y fuera de ella, pero las hamburguesas, las patatas fritas y los refrescos le tentaban seriamente. Por qué estaba tan hambriento era un tema que no tuvo tiempo de considerar. Rompieron las bolsas, esparcieron las patatas, se llenaron las bocas, y se miraron el uno al otro con alivio mientras se dejaban caer en las sillas de la cocina y comían.

—Estoy muerta de hambre —dijo ella con la boca llena de comida—. No sé por qué, pero lo estoy. Después de todo esto, tendría que tener ganas de vomitar.

—Lo sé. Es ridículo —dijo él mientras engullía una hamburguesa y cerraba los ojos—. Me comería una vaca.

Poco a poco, la tranquilidad volvió a ellos mientras comían de cualquier manera y se chupaban los dedos, disfrutando con el olor de la comida. Él se preguntó cómo habría sido conocerla en circunstancias diferentes, y se alegró de haber compartido tantas cosas con ella mientras se recuperaban de las sesiones amorosas en la cama. Resultaba extraño que ahora estuvieran tan bien conectados, que no necesitaran decirse gran cosa, sino que fueran capaces de comprenderse mutuamente a pesar de que hacía tan poco tiempo que se conocían. Era tan fácil hablar con ella. Era como si él pudiera contarle todos sus sueños —incluso los más locos acerca de tocar con un grupo de música— y saber que ella no se reiría de él. Se preguntaba cómo era posible que sucedieran cosas así, y se alegraba de que sucedieran. Y lo que era más importante, deseaba tener razón acerca de que lo que había sucedido en el bar tuviera que ver con el pasado y no con el futuro.

—Menos mal que no estás con un grupo de música; te echarían del grupo por comerte todas las ganancias de la entrada en los conciertos —dijo ella finalmente, sonriendo y mirándole mientras él devoraba la comida en un tiempo récord.

Él levantó la vista de la bolsa de la hamburguesa y sonrió. Sabía que ella charlaba simplemente para relajarse del anterior estado de nerviosismo.

—Eh, nunca echarían a su mejor batería —dijo él, mientras aporreaba la mesa con un ritmo.

—Eres bastante bueno en eso. Mmm... quizá se lo pensarían mejor y no te echarían.

—Antes practicaba durante horas, aporreaba todo lo que encontraba por la casa para mantenerme en forma —dijo él con una amplia sonrisa y sin dejar de dar golpes en la mesa para que la conversación continuara con esa ligereza: cualquier cosa valía para mantener el miedo a raya—. Miraba todos los grupos en la televisión y conseguía imitar lo que hacían el mismo día de verlo; me encanta la batería. Me aplicaba a ello durante horas hasta que me quedaba destrozado... sudando y golpeando en la mesa del café. Te asombraría saber hasta qué punto hay que estar en forma para tocar la batería. No es tan fácil como parece.

—Entrenabas durante horas —dijo ella con una leve sonrisa—. Ahora comprendo por qué tienes el cuerpo duro como el de un soldado, y no lo tienes blando como el de un artista. —Se rió y meneó la cabeza—. He experimentado la fuerza que da pasarse horas golpeando un mueble... sudando y golpeando, como tú dices.

Ambos rieron.

—Voy a tener que practicar un poco más esta noche —repuso él mientras daba otro mordisco a la hamburguesa y le guiñaba un ojo con mirada picara—. He comprado dos cajas. —Arqueó una ceja—. Esto nos tiene que durar hasta que se haga de día.

—Tío, deja de decir tonterías y come.

Con las rodillas del uno contra las del otro, poniéndose patatas fritas el uno en la boca del otro, mirando sin cesar de una a otra bolsa de la comida, se rieron como niños pequeños que acabaran de robar unos pasteles recién hechos. Finalmente, se sintieron saciados y se recostaron en las sillas con un gruñido de satisfacción.

—Tendríamos que haber hecho esto hace horas —dijo él, pasándose una mano por encima del estómago.

—Yo no dejaba de intentar que te levantas, pero no me hacías caso. —Ella se rió mientras sorbía con fuerza la coca-cola.

—Exactamente por eso es por lo que no podía levantarme —dijo él, guiñándole el ojo otra vez mientras se ponía en pie y recogía los papeles grasientos.

—¿Qué? —preguntó ella mientras jugueteaba con la pajita de la coca-cola y le miraba con una expresión totalmente desconcertada.

Él se encontraba de pie al lado de la papelera y sonreía mientras pensaba en una respuesta. En ese momento, vio una sombra por el rabillo del ojo. Su sonrisa desapareció. Ella depositó el vaso en la mesa y también dejó de sonreír.

—José, ¿qué sucede?

Él levantó una mano, husmeó y notó un ligero olor a sulfuro. Inmediatamente,

recorrió la habitación con la mirada buscando el rifle, lo localizó, fue hasta él y le quitó el pestillo de seguridad.

—He visto algo.

Ella se puso de pie rápidamente y casi tiró la silla al suelo.

—¿Qué ha sido? —preguntó en un susurro ronco y precipitado.

—No lo sé, pero ha pasado por la ventana. —Estaba de pie mirando hacia la ventana e, inmediatamente, retrocedió para que ella quedara detrás de su cuerpo.

Oyeron un golpe en el porche y ella se llevó la mano a la boca, silenciando un grito. Él levantó la mano y meneó la cabeza, suplicándole mentalmente que no chillara. Fuera lo que fuese, olía igual que esas cosas que les habían perseguido. El rancio olor de comida podrida y de sulfuro le hizo sentir náuseas. ¿Qué había fallado? El abuelo y la abuela habían dicho que la casa era segura. Se suponía que la medicina la protegía. El sudor le empapó la camiseta, que se le pegó al cuerpo. Pero además del miedo, sentía otra cosa por todo el cuerpo: algo letal e inspirado por la adrenalina.

—Voy a salir fuera —murmuró en voz baja.

Las pequeñas manos de ella se agarraron con fuerza a su camiseta.

—¡Oh, no, no vas a salir!

—No pienso quedarme aquí esperando a que entren a por nosotros. —José la miró con dureza—. El sol acaba de ponerse; nos quedan doce horas hasta el amanecer.

—¡Entonces podemos quedarnos aquí esas doce horas con las luces encendidas y sobrevivir! —susurró ella furiosamente con los dientes apretados—. Mi mamá dice que hay que rezar para echar a los demonios.

Oyeron otro golpe en el porche, y luego otro en el techo de la casa.

—¿De verdad crees eso? —preguntó él, soltándose de las manos de ella—. Tú quédate aquí y reza mientras yo salgo al porche y les reviento de un tiro.

Una especie de locura se había apoderado de él. Se apartó de Juanita y fue hasta la puerta. La abrió despacio pero del todo y apuntó con el arma hacia fuera. Ella se agachó detrás del sofá y se cubrió la cabeza. En cuanto él sacó la cabeza hacia fuera, un rostro horroroso con colmillos apareció ante su vista. Fue un acto de puro reflejo: apuntó al centro de la cabeza de la criatura y una sustancia pegajosa y verde manchó todo el porche. El olor de la sangre del demonio le penetró en la nariz y se sumó a esa sensación salvaje que sentía en todo el cuerpo y que no había conocido hasta ese momento.

Juanita soltó un chillido que se confundió con unos silbidos y unos bufidos procedentes de todos los lados de la casa. Él corrió hacia los escalones y saltó por encima de ellos hacia el patio. En cuanto tocó el suelo, se dio la vuelta y disparó a uno de los depredadores que se precipitaba contra él volando a la altura del pecho. Dos criaturas más recorrieron el techo de la casa y saltaron hacia él, con las garras extendidas. José hincó rápidamente una rodilla en el suelo, apretó el gatillo, pero el rifle no disparó. Él mantuvo la posición y le clavó la punta del fusil en el pecho a la

primera de las criaturas. Luego tiró con fuerza y golpeó a la otra con la culata del arma.

Estaba rodeado por nubes de una ceniza humeante, pero él se había convertido en puro movimiento. Esa cosa a la que había golpeado con el arma había caído pero estaba sólo inconsciente de forma temporal. ¡Necesitaba más munición!

José corrió a la puerta de entrada y la abrió de un golpe.

Oyó que esa cosa iba detrás de él y cruzaba la puerta. Con un cuchillo de cocina en cada mano, se los clavó en la piel del pecho, de un amarillo verdoso. Un hedor a humo y a sulfuro lo invadía todo. Oía que Juanita estaba gritando, pero no podía verla. Aunque sí podía olerla. Alargó la mano, la tomó del brazo y la empujó hacia la puerta trasera.

—Deja de resistirte; ¡esta casa está a punto de derrumbarse! —gritó él.

—¡No, en la oscuridad no, fuera no! —chilló ella.

Él no tenía tiempo de discutir, simplemente tiró de ella hasta que ella dejó de resistirse. Juanita miró hacia atrás y vio que a través de las ventanas todo el interior estaba negro a causa de esa invasión sobrenatural. Una sustancia negra rezumaba por las ventanas y por las rendijas de las paredes. José y Juanita atravesaron corriendo el patio hacia el viejo cuartucho. Cuando estuvieron dentro, José cerró la puerta.

—Ahora sí, empieza a rezar —dijo él mientras bajaba de la pared una de las ballestas y la cargaba con unas estacas plateadas. Inmediatamente, abrió la puerta por completo.

A la primera criatura que se materializó delante de él, le dio en el pecho. Cerró la puerta otra vez. Juanita se apretaba contra la pared del fondo y rezaba entre sollozos.

—¡Reza de verdad, amiga! —gritó José—. ¡Hazlo con autoridad, y aparta esta mierda de aquí! —Se dio la vuelta y miró a su alrededor con ojos salvajes—: ¡No en mi tierra! ¡No, en la casa de mi abuelo! ¡No, cuando estoy con mi mujer!

José se puso un cuchillo en el bolsillo trasero del pantalón y le dio una jarra con agua a Juanita, frenético.

—Apártate de las paredes; los tablones están muy sueltos. Cualquier ser que se acerque a ellos te puede arañar: ¡échale el agua y apártate de las paredes!

Ella asintió con la cabeza, el rostro surcado de lágrimas, y en cuanto uno de los demonios intentó introducir sus garras entre los tablones ella soltó un grito y tiró el agua contra la pared. Unos chillidos y unos silbidos horribles se juntaron con el olor a carne quemada y podrida.

—Continúa rezando en voz alta —le ordenó José, mientras levantaba la mirada hacia el techo: su nariz era un detector constante.

Volvió a cargar la ballesta, olió, apuntó y disparó. Atravesó el techo y un demonio cayó por el agujero del techo del cuartucho con un chillido y se incendió. La criatura, en el suelo, se volvió de repente e intentó agarrar a José por la pierna, pero el cuchillo terminó con el sufrimiento de esa criatura en cuanto José se lo clavó con fuerza.

—Empapa a este cabrón —le dijo a Juanita, que tenía la jarra con el agua contra

el pecho—. ¡Hazlo ahora!

Ella echó el agua sobre esa cosa sin moverse de donde estaba y sin dejar de sollozar. La atención de José se dirigió hacia las paredes, detectando, oliendo. Entonces, una voz amenazante se rió desde el otro lado de las paredes del cuarto.

—Eres uno de nosotros —siseó—. Vampiro. Primo lejano. Uno muy joven, pero tu nariz te delata. Amas la noche, igual que nosotros. Te hace más fuerte, igual que la hembra te hace perder el miedo. Volveremos en otro momento para terminar esto. Eres medio pariente nuestro. Quizá la próxima vez recibas un arañazo o una pequeña mordedura que te hagan perder el mal olor humano.

El sonido de unos tambores y de unos cláxones de coche llenaron el patio. Los faros alumbraron el cuarto desde el exterior. Cantos y voces, antorchas.

Lo que el demonio había dicho le heló la sangre a José. Tenía que ser mentira, porque él podía tocar la plata, podía estar dentro de un círculo de oración, soportaba la artemisa y el agua sagrada.

José abrió la puerta del cuarto de las herramientas y vio que un círculo de camionetas llenas de hombres y mujeres con las manos alzadas les rodeaba. Uno a uno, descendieron de los coches, vestidos con trajes de ceremonia. Los adornos llenos de plumas de las cabezas se agitaron al viento mientras atravesaban el patio y se colocaban en círculo bajo la luz de la luna. Escupiendo fuego al suelo, caminaban con un propósito fijo y ni siquiera miraron a José y a Juanita. Las mujeres depositaron un montón de ramas y hojas secas en el montón hasta que éste se encendió y empezó a escupir chispas con furia. José sujetó a Juanita contra él, y con la otra mano sujetaba una ballesta, a punto de disparar.

Su abuelo se detuvo en medio del círculo y fue el primero en hablar. Se dirigió a los guerreros que bailaban siguiendo primero la ceremonia de los creek y luego la de los navajos. Al final, miró a José y a Juanita.

—Ha llegado el momento de que os unáis al círculo —dijo el viejo en cuanto los tambores se callaron y los cantos remitieron—. Bajo la luz plateada de la luna, aprended cuál es vuestro verdadero destino, jóvenes guerreros... El clan del antiguo pájaro del trueno, dad un paso hacia delante.

Incapaz de moverse, José atrajo a Juanita hacia sí.

—Ella pertenece al clan de la lechuza y tiene unos ojos penetrantes que comprenden la oscuridad. Pero tú tienes que dar el paso hacia delante en primer lugar.

Un tanto reticente y no sin antes dirigir la mirada hacia el techo del cuarto para asegurarse de que no quedaba ninguna criatura que pudiera hacerle daño a Juanita, José dio unos pasos hasta que se colocó delante de su abuelo.

Una mano callosa le dio unas palmaditas afectuosas en la mejilla y su abuelo empezó a dibujar un círculo a su alrededor mientras le pasaba por el cuerpo unas plumas de águila y cantaba con el tono grave que él tan bien conocía.

Los tambores callaron en el mismo momento en que su abuelo se detuvo frente a él.

—Joven guerrero, han venido a por ti temprano, porque han detectado que tenían una oportunidad en cuando dejaste la casa para ir al pueblo, hijo. —Los ojos de su abuelo brillaban, llenos de lágrimas, a la luz de la luna—. La profería empieza... será difícil, pero hemos preparado un buen antídoto para ti.

El círculo se movió y las mujeres fueron a buscar a Juanita y la llevaron al lado de José, frente al gran fuego. Las chispas se levantaban con el aire como mariposas encendidas. El silencio creó una armonía natural y la fragante madera chisporroteaba y crujía mientras los coyotes aullaban en la distancia. El abuelo de José hizo un gesto a dos mujeres para que se acercaran; una de ella era la niñera de José. Las mujeres llevaban unos cuencos con un agua aceitosa en la cual el abuelo de José introdujo las plumas. Luego les salpicó con ellas en el pecho a ambos, como si exorcizara a los malos demonios.

—La leyenda es realidad; la realidad se convierte en leyenda. Sin una, la otra no puede existir. Volveremos en su momento, muchas lunas —dijo mientras unas flautas nativas llenaban el silencio que les rodeaba—. Hace ocho generaciones, cuando el búfalo era abundante y el lobo podía tomar forma humana y correr en manada bajo la luna llena, todo empezó en estas tierras.

Hizo una pausa y volvió a salpicar a José y a Juanita con el extraño líquido. José se tocó el pecho con la punta de los dedos. La sustancia empezaba a escocerle en la piel. Miró a Juanita, y ella tenía los párpados pesados. Instintivamente, alargó la mano y la sujetó en cuanto ella de repente se tambaleó. Se había sonrojado y se la veía débil. El olor de los ungüentos era fuerte, pero no pudo identificarlo. Solamente rezó para que no fuera ningún alucinógeno importante de la tribu, pero todo a su alrededor empezaba a hacerse borroso y sentía el cuerpo demasiado caliente. José se frotó los ojos con los puños: veía doble. Veía un aura fantasmal de un color blanco azulado alrededor de los cuerpos de los hombres y las mujeres del círculo, y la visión se le hacía borrosa por momentos. Parecía que unas formas transparentes de espíritus deambularan en medio de los vivos.

—Un guerrero joven, antepasado nuestro, salió a cazar a los mutantes... y durante la batalla sufrió el ataque de otra bestia.

El hombre viejo se calló y vertió más agua sobre José.

—Una bestia con dos colmillos. La que solamente puede vivir en las sombras de la noche. Pero el guerrero era fuerte y no murió por sus heridas.

El viejo empezó a cantar otra vez y los tambores acompañaron su danza alrededor del círculo. Luego se detuvo y volvió a mirar a la joven pareja.

—Tuvo muchos hijos, pero solamente uno vivió para pasar su semilla a la siguiente generación y a la siguiente. Todos los demás murieron por enfermedades en la sangre o fueron estériles... luego, a la octava generación, naciste tú. Al igual que tu antepasado, eres en parte rastreador, pero también estás hecho de la misma noche. Un día vas a dar caza a lo que casi destruyó a las generaciones por venir. Serás único, un hermano de sangre.

José apretó la mano con la que sujetaba la ballesta. Sentía la mente encendida, como el infierno en la tierra. Unas lágrimas calientes le picaban en los ojos. ¿Qué estaba diciendo su abuelo? Él era un vampiro, o parte, un no muerto. No se dio cuenta de que estaba caminando hacia atrás mientras negaba con la cabeza hasta que tropezó con uno de los viejos. Pero su abuelo continuó mirándole con paciencia y con un amor compasivo que le hicieron detenerse y tragar saliva con dificultad.

—Es un don —susurró su abuelo, mirándole a los ojos con su vieja mirada—. Puedes quedarte con los antiguos instrumentos de purificación —le dijo, señalando la estaca de plata que llevaba en la ballesta—. Entraste en un lugar guardado por el Gran Espíritu —añadió, señalando hacia el cuarto de las herramientas con las plumas—, y la luz del sol sonrío en tu cabello. No tengas miedo. Lo que has recibido de nuestros antepasados es lo mejor de la bestia, y te convierte en un guerrero fuerte: como el cazador que caza al oso y obtiene su fuerza. Es por eso que tú solo has sido capaz de defender esta casa de la invasión. Teníamos que verlo y comprobarlo antes de que se completara la profecía.

El viejo chamán hizo un gesto con las plumas y señaló a Juanita.

—Tus ojos también le guiarán. Tú ves en tus sueños y eres su alma gemela. Tú alimentas su hambre de carne y de sangre con un ritmo vivo... él te necesita, como tú le necesitas a él. Pero tú también tendrás que encontrar a su hermano de sangre con tus ojos nocturnos y hacer que se unan en un solo ser.

—Rider está muerto —susurró José—. Nunca vino a buscar su motocicleta. Ella no sabrá dónde encontrarle.

—Rider es el hermano de tu alma y está vivo —dijo despacio el abuelo de José—. Pronto le llevarás la motocicleta. Tú hermano de sangre es más joven que tú, pero tiene un espíritu más viejo, y no tiene los colmillos todavía, pero pronto los tendrá... Ella tiene que esperar junto a él hasta que esto suceda.

Juanita negó con la cabeza y retrocedió para tomar a José por el brazo.

—¡No voy a ir en busca de un vampiro yo sola!

—Tú tienes que guardar el lugar y el linaje para la llegada de la hembra guerrera, Neteru, que va a asesinarle igual que tú has asesinado a la bestia interior de mi nieto —dijo el viejo sin parpadear—. Ésa es la profecía.

—Él acudirá a ti y solamente confiará en ti hasta que le ataque la sed de sangre... —dijo la abuela de José en voz baja, poniendo una mano en el brazo de Juanita—. Pero José va a volver a por ti, cuando la profecía se haya completado. Eso no está en nuestras manos; los antepasados han hablado. Tus ojos serán cegados, pero pronto una segunda visión te revelará tu objetivo, niña. No tengas miedo de la sabiduría de los ancianos.

—No nos vamos a separar; eso es todo. En cuanto salga el sol, nos vamos. Voy a ir a la escuela de arte; ella va a ir a la universidad conmigo. No voy a pasar mi vida en medio de esta locura; ¡podéis olvidarlo!

José agarró a Juanita por la cintura y levantó la ballesta hacia las almas pacientes

que simplemente les observaban.

—Cuando aquello que está dentro salga al exterior —dijo su abuelo en un tono tranquilo, sereno—, os reuniréis. Tú has sido su primero, y has marcado su alma con amor puro. Ella ha sido tu primera, la primera que te ha visto como un verdadero guerrero. Eso ha marcado tu alma con un amor puro. La oscuridad no puede eclipsar un sol tan brillante.

—No me importa lo que digas; no vamos a separarnos para que él se vaya a cazar demonios solo y yo me quede en una misión absurda —chilló José, mirando a su abuelo e intentando mantenerse en pie.

—Yo no voy a dejarle —susurró Juanita, sujetándose con más fuerza a José y dándose cuenta de que perdía pie—. No voy a hacerlo.

—Cuando la luna llena llame al coyote y el demonio se convierta en ceniza —susurró su niñera—, entonces os volveréis a tener el uno al otro.

—Cuando el sol conduzca a tu hermano de sangre a bailar con los espíritus antiguos... sólo cuando entres en la oscuridad sin tener miedo, y una luz más brillante reluzca dentro de ella, conocerás la memoria de ese tiempo. —Su abuelo empezó a caminar en círculos, arrastrando las plumas por el suelo—. Está hecho.

Hicieron sonar los sonajeros; empezaron a tocar los tambores. Las flautas entonaron una melodía triste.

La voz de su abuelo parecía tan lejana. José se esforzó por mantenerse en pie. Se palpó la camiseta empapada y luchó por mantener la conciencia.

—Está en tus labios, Pájaro del trueno. Acepta la noche —murmuraban unas voces lejanas—. Luego te llenará la boca y los pulmones con una nueva vida y volverás a estar en casa.

La última cosa que recordó fue que estaba teniendo una pesadilla muy mala. Su madre le miraba con los brazos cruzados por encima del pecho. La luz del sol llenaba la habitación del apartamento. Deslumbrado, José levantó la mirada hasta ella y luego se cubrió los ojos de la luz del sol. El sabor a sulfuro, a hamburguesa, a carne muerta, se le había metido en la garganta y le provocaba náuseas. El olor de la artemisa y de humo se le había pegado a la ropa. José se sentó rápidamente en la cama. El olor a mujer era un recuerdo susurrante en su almohada.

—Ahora que has vuelto a casa, no te pases todo el día durmiendo, ¿me oyes, José?

Él se puso en pie. Los ojos, llenos de lágrimas, le picaban.

—Mamá, ¿cuánto tiempo he estado fuera?

—No hagas tus juegucitos conmigo y limpia el cuarto, por lo menos, mientras estoy en el trabajo. Llego tarde y no tengo tiempo para tus tonterías a primera hora de la mañana. —Caminó hasta la puerta con el bolso colgado del hombro. Se volvió hacia él una vez, y le miró—. No te olvides de mandar la solicitud para el curso de

formación, ¿me has oído?

En cuanto su madre se hubo marchado, José se quedó de pie muy, muy quieto, mirando la puerta. Oía los tambores en la cabeza; el cuaderno de dibujo parecía llamarle. Tenía una imagen clavada en la mente. Finalmente, había conseguido ver el rostro completo de la misteriosa mujer de sus sueños, pero no tenía ni la más remota idea de por qué.

—Niña, esta vez creí que eras real —susurró, y tragó saliva con dificultad. La saliva le sabía a lágrimas.

Juanita se despertó en el sofá sobresaltada al oír los gritos de su hermano pequeño. Se sentó despacio, se rascó la cabeza y miró el top rojo, recordando la fiesta a la que no había podido ir. La bofetada de su madre todavía le dolía, como una herida vieja, y Juanita se frotó el rostro mientras el bebé no dejaba de llorar. Cerró un momento los ojos y, por alguna razón que desconocía, las lágrimas le empaparon las pestañas. El sueño había sido tan vivido, tan horrible, y, a pesar de ello, tan maravilloso. Él por fin se había sacado el casco, el amante imaginario de sus sueños... y sus ojos eran de un intensísimo color castaño. Él la abrazaba con una inocencia dulce y con tanto amor...

Se tapó la boca para ahogar un sollozo y corrió escaleras arriba para ir en busca del niño que lloraba. Tomó en brazos a su hermano pequeño de la cuna en cuanto él alargó los brazos hacia ella, y le abrazó mientras lloraba con el rostro hundido en el suave y rizado pelo marrón.

—Tú serás mi héroe, ¿de acuerdo, cariño? —susurró—. El mío sólo viene a mí en sueños.

Epílogo

Arizona, en la actualidad

JOSÉ estaba sentado en la barandilla del porche de la casa de su abuelo, tenía la vista fija en el horizonte y su olfato captaba la fragancia de las flores silvestres arrastrada por el temprano viento del amanecer. El olor a Jack Daniel's se mezcló con el resto de las fragancias y ni siquiera necesitó mirar por encima del hombro para saber que Rider estaba cruzando la casa en dirección a él.

Había pasado mucho tiempo y, a pesar de ello, todavía encontraba un consuelo sutil al pensar que todo el equipo de Guardianes había sido formado cuerpo a cuerpo, y que cada uno de los veintiún miembros del equipo había abandonado algo muy apreciado para ofrecerse a sí mismo al mundo.

Guerreros. Una banda que se movía por el país durante el día, asesinos de demonios durante la noche. Ahora su arte consistía en llevar las armas ocultas. Hacía mucho tiempo que se habían terminado sus sueños de libertad, al igual que hacía mucho tiempo que su madre y sus abuelos habían muerto.

—Buenos días, compañero —dijo Rider, mientras le ofrecía una taza de café que llevaba en la mano.

—Gracias, tío. —José tomó el café y dejó que el aroma le llenara la nariz.

—Es lo mínimo que puedo hacer para el cambio de guardia. ¿Necesitas algo extra esta mañana? —preguntó Rider mientras se llevaba una mano al bolsillo trasero del pantalón, sacaba un frasco plateado y vertía un buen chorro de Jack Daniel's en su taza.

—No, estoy bien, tío —repuso José, sorbiendo el café sin apartar la vista del horizonte.

Rider se apoyó en una columna del porche y observó a José con expresión preocupada.

—Colega, has estado despierto toda la noche. Está amaneciendo. Toca cambio de guardia. Tienes que irte a la cama. Así es como funciona. Luego, mañana por la noche, algún otro se sentará y se joderá los nervios hasta el amanecer para que nosotros podamos descansar un poco y dormir con un ojo abierto, controlando a los recién llegados al grupo.

José miró a Rider de reojo.

—No tengo ganas de ir dentro; ¿te parece bien?

Rider levantó una mano y se llevó la taza al pecho.

—Mis disculpas. Culpa mía, como dicen. Soy un cascarrabias en este soleado y alegre día, debo decir.

—La casa está invadida de guerreros: esto es como un cuartel del ejército —dijo José, mientras pasaba las piernas por encima de la barandilla y vertía un poco de café al ponerse en pie—. No es así como acostumbraba a ser antes. Las estupideces me están destrozando los nervios.

—Vamos a dar un paseo y alejarnos para que no nos oigan, ¿de acuerdo?

—Estoy bien. Sólo necesito colocar bien la cabeza esta mañana, eso es todo.

Rider vertió un chorro de Jack Daniel's en la taza de José y luego cerró el frasco con una sonrisa cómplice.

—Es por eso que tenemos que dar un paseo. Tómate el café de la mañana y sígueme la corriente.

—No estoy de humor.

—Entonces vigíleme para que no te queme con un cigarrillo encendido mientras caminamos y charlamos.

José suspiró e hizo lo que su viejo amigo le pedía. De todas maneras, ¿qué sentido tenía discutir con el insufrible Jack Rider? No era posible disuadir a ese hombre con insultos y, con casi cincuenta años, quizá más, Jack Rider estaba oxidado como un clavo viejo. José empezó a caminar. Necesitaba espacio. Rider le siguió, un poco atrasado, se encendió un cigarrillo y se guardó el paquete en el pantalón. Luego alcanzó a José con pasos largos y desgarrados.

—Así que ella ha vuelto.

José dejó de caminar y se limitó a mirar a Rider unos momentos.

—Sí.

—El antiguo dormitorio te llama, pero ella es una guardiana nueva que se encuentra en la celda de confinamiento de los nuevos: no puede confraternizar hasta que sus poderes de visión estén en plena potencia, según la vidente de la casa, la inimitable Marlene Stone. Supongo que estás de muy mal humor, amigo mío, dado que Juanita tiene que ser sensata con sus experiencias hasta que su tercer ojo y sus poderes especiales como cazadora de demonios se hayan desarrollado por completo.

José volvió a caminar otra vez y dio un largo sorbo al café.

Rider se mantuvo a su lado, siguiendo el ritmo de su paso, que se aceleró.

—Y ahora la casa tiene dentro a un montón de cazadores de demonios que echan los mejores recuerdos de tu vida por la ventana.

José se detuvo. Rider le miró a los ojos sin pestañear.

—Sé lo que es eso —dijo Rider, y dio una larga calada al cigarrillo antes de sorber el café—. Pero mi alma gemela murió. Se convirtió en vampiro y vive en alguna parte de este lado del infierno, y yo tengo que manejarlo. Por el contrario, tú tienes a la tuya en tu casa, viva, y su memoria le está volviendo a marchas forzadas. —Dio otra calada y observó el brillante sol mientras hablaba en tono filosófico—. No permitas que el hecho de que ella deba completar su misión de traer hasta nosotros a

tu hermano sea un problema. ¿Por qué continuar con esa cosa machista? Lo principal es que tú fuiste el primero para ella, y sólo una mujer vidente podría haberle convertido en humo, haberle impedido ir tras Neteru antes de que ésta fuera lo bastante joven para manejarse con un hombre que tiene mucho de vampiro en las venas.

Rider levantó la vista del cigarrillo y miró con intensidad a José al darse cuenta de que éste no respondía.

—El demonio se convirtió en cenizas, hombre. Tú tuviste sus cenizas. El tipo cruzó y bailó con los espíritus antiguos y entró en la Luz. Tus habilidades aparecieron de una manera fantástica, y no tienes miedo a la oscuridad, como cuando eras un niño. Aprovecha la oportunidad. Da la bienvenida al cambio.

Rider inhaló con fuerza el aire fresco de la mañana y José apartó la mirada de él.

—Tú eres un sabueso como yo: huélelo. El cambio está en el aire.

José le miró por el rabillo del ojo.

—Eso fue hace diecisiete años. Han cambiado muchas cosas desde entonces. ¿Y? No somos las mismas personas que éramos.

—Quizá yo sea unos cuantos años mayor que tú, pero no permitas que este viejo tipo de Kentucky te engañe. El humo y la bebida no se han cargado mi olfato. —Rider le dedicó una sonrisa avergonzada—. ¿Qué fue lo que dijo el viejo? ¿Saborea tu recuerdo? —Rider gruñó y empezó a caminar de vuelta a la casa—. Si me lo preguntaras, te diría que estoy totalmente seguro de que el pájaro del trueno estará en mis labios esta mañana, hermano.

A la mierda con el destino del mundo; el suyo estaba destrozado. José se quedó de pie en el camino, de espaldas a Rider, negándose a que ese hermano mayor que él, ese guerrero guardián, le viera inhalar despacio la fragancia que conocía por sus sueños. Las fosas nasales le temblaron ligeramente al notar el olor de Juanita, procedente de la casa. Tiró la taza lejos. Se negaba a rendirse a esa conexión delirante. Ella se había despertado sintiendo un fuerte deseo por él y estaba húmeda. Él era capaz de distinguir eso de entre las miles de fragancias que le inundaban los sentidos, pero no había ningún otro olor que pudiera competir con el de ella en captar su atención.

La noche anterior había sido un enigma... el recuerdo de Juanita había vuelto como un acto de venganza, y su encuentro había sido caliente y hambriento, urgente, frenético, afuera entre las sombras de la noche. Pero ahora, de pie en el camino con la fría luz del día ante él, ¿qué era lo que eso significaba de verdad?

Su visión no había aparecido por completo; ella todavía se encontraba en el período de instrucción de la caza de demonios. Otro hombre había pasado muchos años con ella, ¿y cuántos otros amantes había tenido antes de eso? Los antepasados le habían robado el tiempo y la libertad, le habían robado aquello que hubiera debido ser. Y a pesar de ello, en los rincones más recónditos de su alma, sabía que no existía otro camino. Los demonios les hubieran perseguido a él y a Juanita y les habrían

matado si no hubieran escapado. Había sido su destino el llegar a este grupo de cazadores nocturnos: la fuerza de la unión para aquellos que compartían ese camino complicado y sagrado. La joven hembra Neteru, la cazadora de vampiros, se había convertido en su amiga, su carga y casi su amante. Y al igual que para el resto de soldados del grupo, su trabajo consistía en estar en la línea de defensa para que ella pudiera cazar.

La dulce fragancia procedente de la casa empezaba a hacer que le temblaran las manos. José introdujo una mano en el bolsillo y sacó las llaves de la furgoneta. Se marchó. Tenía la mañana libre. Pero el olor cada vez más fuerte le hizo levantar la mirada hacia el porche. Se quedó quieto, incapaz de moverse, al darse cuenta de que Juanita estaba en la puerta. El veraniego y blanco vestido de algodón se mecía por delante de sus bien torneadas piernas bajo la brisa de la mañana. Ella no dijo nada. Abrió la mosquitera de la puerta y caminó hacia él. A su paso dejaba una fragancia a violetas, a colonia de niño y a hembra.

—Hola —murmuró ella, mientras se recogía el largo pelo moreno sobre el hombro—. ¿Vas a la ciudad?

—Sí. Necesito dar una vuelta y tomar un poco el aire.

Ella bajó los escalones despacio. Las sandalias hicieron un ligero ruido.

—Te importa si voy contigo.

José se encogió de hombros y abrió la puerta del vehículo.

—Como quieras.

Ella subió al vehículo, a su lado, por la puerta del copiloto, y le puso una mano en el brazo.

—Anoche...

—Anoche fue anoche —dijo él mientras encendía el motor y ponía la marcha atrás.

—Tenemos que hablar —dijo ella finalmente, y le puso una mano encima de la de él, sobre el volante.

Viajaron hasta el pueblo en silencio. Bien. ¿Qué tenían que decir? Por lo menos, ella había quitado su mano de encima de la de él, pero todavía notaba la piel sensible allí donde la había puesto. En cuanto detuvo el coche en el aparcamiento, él apagó el motor con gesto enojado.

—De acuerdo, Nita —casi le gritó él—. Habla. Acabemos con esto.

—Anoche fue... el principio.

Él la miró con dureza y luego miró por la ventanilla del coche.

—Todavía estás enamorada de él. Ha pasado demasiado tiempo, la medicina del chamán tardó demasiado en agotarse, y yo me he apañado sin ti durante todo este tiempo. Estoy bien.

—Dime que lo de anoche no significó nada para ti —susurró.

El sonido de su voz le obligó a mirarla. Podía oler las lágrimas saladas y calientes antes de que hubieran aparecido.

—Dime qué significó —dijo ella, tragando saliva con dificultad—. Ha pasado todo ese tiempo y ahora...

—El tiempo ha pasado —dijo él, esforzándose por no olerla—. Eres una soldado. Yo soy un soldado. Tú te encontraste con otros y te enamoraste. Ya no somos niños.

—Entonces no has recuperado del todo la memoria —dijo ella, en un tono de voz bajo pero urgente.

—Mi memoria nunca se borró del todo —dijo él mientras observaba que el cuerpo de ella se había hecho incluso más voluptuoso con la edad, los ojos más densos y sensuales—. ¿Sabes cuánto tiempo estuve persiguiendo el recuerdo fantasma de tu olor? ¿De tu tacto... de tu voz? —Habló en tono agudo y le clavó los ojos con una expresión rota y furiosa—. Pero te fuiste con un gran vampiro, como si no fuera nada... como si ni siquiera...

—¡Basta! —gritó ella—. ¿No fue nada? Él no era un vampiro entonces. Se convirtió más tarde, y formaba parte de mi deber el mantenerle localizable. ¿Qué diablos crees que me condujo hacia él?

—El chamán...

—¡No! —gritó ella. Las lágrimas le brillaban en los ojos, pero no cayeron—. ¡Él tenía tus ojos! Tu voz, el seductor susurro de tu hermano. ¡Te he estado buscando con toda mi alma y casi encontré a tu doble! —Le pasó los dedos por el pelo y volvió la cabeza. Habló en tono más suave—: Igual que tú encontraste casi a mi doble, una y otra vez, hasta que me has encontrado a mí.

Un sentimiento de vergüenza le dejó sin palabras. Alargó una mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto suave, pero ella le apartó la mano.

—Cuando te vi en esa catedral —murmuró él—, y tú todavía no me reconociste, pensé que me llevaría la pistola a la cabeza.

Ella se volvió hacia él.

—Nos hemos visto acorralados en un terreno sagrado... Al principio no sabía que eras tú.

Él inhaló profundamente y esperó a que se le pasara un escalofrío.

—Pero tú estabas tan enojada conmigo —susurró él—. No dejabas de decir que yo te había dejado, y no fue eso lo que sucedió, y luego me apartaste de ti durante meses mientras viajábamos de vuelta hacia aquí... y durante un tiempo, incluso estando aquí, fue como si yo fuera un viejo amigo platónico.

Ella se llevó una mano ante la boca y respiró con fuerza para retener un sollozo. Bajó la cabeza lentamente y habló con el rostro dirigido a la ventana.

—Todo me fue volviendo en retazos de recuerdos. Lo único que recordaba era el dolor de que me hubieras abandonado, y yo no sabía qué era lo que había hecho mal.

—¿Sabes cómo me sentí cuando te vi otra vez? Ese sentimiento que me desgarraba las entrañas... era como si hubiera bajado del piso veinte en un ascensor sin ninguna parada. Sentí el estómago en la garganta.

Ella se dio la vuelta y le miró mientras se secaba el rostro.

—Tenías el pelo revuelto. Tus ojos tenían una expresión de pánico. Eso me lo hizo recordar todo, y yo estaba allí de pie en una catedral, armado... con los vampiros detrás, y lo único que yo deseaba era abrazarte... pero tú ni siquiera sabías quién era yo.

Ella alargó la mano y le tomó la mejilla. Él volvió la cabeza y le dio un fuerte beso en la mano.

—Y cada día, mientras esperaba que recordaras, perdía un trozo de mi alma. Cada día, cuando olía tu pelo recién lavado, o lo veía bajo la luz del sol... u oía tu risa, te veía moverte por la casa que compartimos ese día glorioso. Cada momento de esos yo perdía un trozo de alma. Cada vez que pasaba por delante de donde tú estabas, lo que se ha convertido en los barracones, y sabía que no podía tocarte, que no podía llevarte ni al lavabo ni a mi antiguo dormitorio... cada vez que eso sucedía, algo en mí moría. Nita. —Le acarició la cara con un dedo tembloroso—. ¿Tienes alguna idea del efecto que tiene en mí oír que te estás dando una ducha? Tengo que abandonar la casa literalmente.

—Lo recuerdo —susurró ella, acercándose a él y dándole un suave beso en la frente. Se apartó el pelo de la cara y le dio un beso en el puente de la nariz.

—Estaba tan enojado contigo —susurró él, cerrando los ojos.

—Lo sé —murmuró ella con los labios pegados a los de él.

—No quiero volver a sentir nunca este tipo de dolor —admitió él en voz baja, respondiendo al beso de ella y tomándola entre los brazos—. No, queriéndote como te quiero.

—Te lo juro, José, mi memoria ha vuelto por completo. Te amo tanto. No voy a volver a irme a ninguna parte.

Ella hizo el beso más intenso mientras recorría con las manos esos amplios hombros trabajados durante las disciplinadas rutinas de los entrenamientos, endurecidos por la guerra y fortalecidos por la edad y la experiencia. Los recuerdos se encendieron en ese contacto, quemándoles a ambos con una conciencia dulce y amarga de lo que les había sido robado. Él enredó los dedos en el pelo de ella, su lengua luchó con la de ella. Luego, de repente, él apartó los labios de los de ella y le pasó la mandíbula por el cuello hasta que llegó a la altura del oído para comunicarle un urgente mensaje.

—Sólo el olor de tu piel desnuda me saca de mí; puedo olerte en la casa, sé cuándo estás húmeda, sé cuando te mueves por ahí... ni siquiera puedo entrenar sin tenerte presente —dijo con las mandíbulas apretadas—. Tu sudor, lo huelo y necesito estar contigo. —Tomó sus labios otra vez y los castigó. Volvió a detenerse para continuar con su queja—: ¿Tienes idea de cuántas veces he conducido dando vueltas por Los Ángeles intentando encontrar tu fragancia en el aire de la noche? ¡Tendrías que saberlo! Luego, cuando te encontré, tú estabas con él y no me conociste.

La pasión de sus palabras la empujó a recorrerle la espalda con las manos. La necesidad de recuperar todo el tiempo pasado la obligó a atraerle hacia ella y a buscar

sus labios. No le importaba que los clientes de los bares pudieran pasar por allí y mirarles con una ceja arqueada. No le importaba que las ventanillas del coche se hubieran cubierto de vaho, ni que el aire acondicionado que funcionaba a toda potencia no consiguiera enfriar el vehículo. Tenía a su primera amante entre los brazos, los recuerdos, claros, el sabor de él era exquisito, y el pájaro del trueno en los labios.

—Ahora te reconozco, y no voy a olvidarlo nunca —dijo ella precipitadamente y con pasión, en un murmullo de sus labios contra la piel del cuello de él.

—No vuelvas a dejarme —susurró él casi sin respiración, aplastándola contra el asiento—. Ni siquiera para morirme. Especialmente eso. —La besó con fuerza, buscó su cuello y sus manos la cubrieron de placer en los pechos hasta que ella soltó una exclamación—. No olvides nunca cuánto te quiero ni cuánto tiempo he estado esperando a encontrarte otra vez.

Los dos estaban llorando, los besos interrumpiendo los sollozos de ambos... una densa y salada emulsión les bañaba las lenguas en la batalla, el aliento de ambos cargado de emoción.

—Llévame a algún lugar tranquilo para pasar el día, y te haré recordar todo lo que hemos olvidado —susurró ella, pasándole las manos por la espalda—. Déjame que te enseñe allí, durante todo el día, lo que tengo en la mente... después de casi veinte años de sueños pospuestos. —Le mordisqueó el cuello hasta que le provocó un profundo gemido—. Vamos a generar unos nuevos recuerdos.

Él se limitó a asentir con la cabeza, se apartó del beso y encendió el motor. Y se dirigió con ella, veloz, hacia ese motel sin nombre donde los recuerdos que siempre fueron los aguardaban.

Fin

EL REGALO

SUSAN SQUIRES

Londres, marzo de 1820

—¡RUFFORD lo ha hecho! La maldita diosa ha muerto. —El almirante Groton, a cargo del servicio de inteligencia del gobierno, mostró un pliego de hojas escritas con caligrafía masculina. Se encontraba de pie delante de unas grandes ventanas que daban a la calle Whitehall, poblada de las oficinas de los gobiernos más poderosos del mundo.

Un sentimiento de alivio invadió al comandante Vernon Davis Ware, Davie para los amigos íntimos. Había valido la pena cancelar la cita con la señorita Fairfield para escuchar esas palabras que eran tan bienvenidas. En su mente se formó una imagen de Asharti, de una belleza imposible, los ojos enrojecidos y mortíferos, sus pechos rozando su torso desnudo... No quería pensar en ella. Había borrado esas horribles semanas en El Golea durante las cuales él estuvo bajo el poder de ella a causa de los recuerdos. Ahora ella estaba muerta, y lo único que quería era tener una vida normal. Iba a hacerle la proposición a la señorita Emma Fairfield ese mismo día e iba a convertirse en un servidor del gobierno en algún aburrido puesto diplomático con una esposa inteligente y bonita, si ella le aceptaba. Y, si era la voluntad de Dios, tendría una familia.

—No creí que Rufford venciera —dijo Davie en voz baja—. ¿Se encuentra bien?

—¿Quién crees que ha escrito la carta? —El otro único ocupante de la habitación era el primer ministro de Inglaterra. La piel de las mejillas del canciller era fina como el papel y mostraba las manchas de la edad—. Rufford ha evitado un cataclismo mundial.

El almirante se aclaró la garganta y frunció el ceño. El rostro, bronceado de años de estar en el mar, mostraba unas profundas arrugas alrededor de los labios. Las preocupaciones no eran algo ajeno a él.

—El desastre todavía no ha sido evitado.

—Pero la mujer vampiro está muerta. —No era propio de un primer ministro el hacer pucheros, pero lo hizo.

El almirante suspiró.

—Recuerde, su señoría, que esos vampiros tienen algo en la sangre... ¿qué dijiste que era, Ware?

Davie se aclaró la garganta.

—No estoy seguro, señor. Lo único que conozco es el efecto que tiene, y el hecho

de que eso puede contagiarse por la sangre.

—Monstruos —dijo el canciller casi sin aliento—. Son monstruos.

—¿Todas las víctimas de la plaga son monstruos? —preguntó Davie, a pesar del hecho de que estaba cuestionando al primer ministro de Inglaterra—. Si el mundo se salva, será Rufford quien lo haya salvado.

—El tema es que pueden infectar a los seres humanos y convertirlos en vampiros, también —recordó el almirante a su superior—. Asharti armó un ejército con ellos. Todavía no nos hemos librado.

—Pero fíjese, Groton —protestó el canciller—. Dijiste que Rufford y otros... como él... estaban en una campaña para acabar con ese ejército. Si pueden matar a Asharti, seguro que podrán perseguir a los que se acaban de convertir. Tú dijiste que no eran tan fuertes al principio, ¿verdad, Ware?

—Sí, lo dije, pero continúan siendo más fuertes que los seres humanos. Y se extienden como una plaga. —Davie consiguió esbozar media sonrisa—. No me gustaría estar en el norte de África durante un tiempo.

El almirante se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, Rufford ha pedido la ayuda del gobierno británico. Y te ha requerido a ti en concreto.

Ahora fue Davie quien frunció el ceño. Sintió que se le retorció el estómago.

—¿Qué quieres decir? —Miró al uno y luego al otro. El canciller no respondió a su mirada sino que se dirigió a la ventana. La lluvia golpeaba los cristales con fuerza. Todos esos años le pesaban al canciller.

El almirante tuvo incluso más coraje. Le clavó una mirada de acero a Davie.

—Tenemos que ofrecer provisiones y equipo. Pero su campaña requerirá a alguien que pueda moverse durante el día para proveer la logística. Quiere a alguien que ya sepa lo que son.

—No. —Todas sus células se rebelaron contra el hecho de volver al norte de África—. Hoy voy a realizar una oferta de matrimonio.

—Nuestro futuro depende de cómo termine esta lucha, Ware. —La voz del canciller sonaba casi lejana. Juntó las manos a su espalda y miró hacia la calle de abajo—. No ha pedido ejércitos ni navíos. No solicitó a Wellington. Solamente te requirió a ti.

«¡Maldito Rufford!»

—Lo que suceda en el norte de África no es asunto nuestro. —No podía volver allí por muchas razones, por un lado por la señorita Fairfield y, por el otro, por los recuerdos de Asharti.

—¿De verdad? —El tono ácido del almirante cortó tajantemente las excusas de Davie—. ¿Y es por esto que solicitaste la forma más rápida de llevar a Rufford a Casablanca? Seguro que pensaste que las consecuencias eran importantes para Inglaterra, dado que gastamos todos los recursos para mandarle en lo que parecía una misión suicida. Él fue allí. Él venció. Y ahora pide nuestra ayuda, y también la tuya.

Davie cerró los ojos.

—Tendrás una caja llena de medallas incluso aunque decidas no ponértelas en los salones de Londres. —El canciller se volvió hacia Davie—. Después de Waterloo te uniste al cuerpo diplomático, así que has servido a tu país varias veces. Ésta es nuestra hora más crítica, no sólo como ingleses, sino como seres humanos. No nos falléis.

—¡Tenemos que saber qué es lo que está sucediendo allí, Ware! —El almirante se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Por supuesto, queremos envíos del campo de batalla, pero debemos mantener un ojo en Rufford y en los suyos también. ¿Crees que yo duermo bien por las noches sabiendo que existen monstruos entre nosotros? ¡A pesar de todo lo que tú dices acerca de que son víctimas, son inmortales, por Dios, o casi! Tienen una fuerza sobrenatural. Pueden desaparecer en el aire y beben la sangre de los seres humanos. Quizá lo peor de todo es que pueden controlar la mente. Y a pesar de su valor y de los servicios que ha realizado hasta la fecha, Ian Rufford es uno de ellos. ¡Necesitamos espías, Ware! ¿Cuáles son sus puntos vulnerables? ¿Quién les dirige? —Dio un paso hacia delante y clavó los ojos azules en los de Davie—. Hasta el momento, la única manera de dominar a uno de ellos ha sido con otro de ellos. Eso no es algo que me tranquilice, Ware.

Así que ellos querían ayudar a Rufford pero al mismo tiempo, espíarle. Bueno, Davie no quería nada de eso.

—No voy a volver allí —lo dijo en el tono de voz más neutro que le fue posible—. Rufford no necesita mi ayuda. Buenos días, caballeros. —Se dio la vuelta mientras los demás cruzaban miradas.

—Estaremos en contacto —le dijo el canciller antes de que saliera.

«¡Maldito Rufford!», volvió a pensar Davie mientras caminaba por la calle Whitehall. Se detuvo un momento en un pórtico con columnas del Almirantazgo. Casi no se había dado cuenta de que había dejado de llover. Miró al escuadrón de guardias a caballo que avanzaba por la calle.

Era muy importante detener a los seguidores de Asharti. Solamente Rufford y los suyos podían hacerlo. ¿Sabía seguro que Rufford no necesitaba su ayuda para realizar el trabajo? El hombre tenía razón en el fondo, aunque Asharti le había convertido en un monstruo que bebía sangre humana. Si confiaba lo suficiente en Davie como para pedirle ayuda... Davie respiró con fuerza el húmedo aire de marzo y lo dejó salir despacio. Recordó el momento de toma de decisión de Rufford, cuando había sabido que debía volver al norte de África para enfrentarse a Asharti... Davie había visto la desolación en los ojos de Rufford, el miedo, y la certeza. El sueño de Davie de conseguir una estabilidad se disolvió entre los recuerdos del tiempo que pasó en El Golea...

El Golea, 1819

No debía ir a buscarla. Él lo sabía, desde algún lugar muy profundo de sí mismo. El jazmín que colgaba de la pérgola inundaba la noche con una fragancia floral, pero no podía superar el olor de canela y de algo más, algo exótico y dulce, que ella despedía. Casi no podía verla en la oscuridad del patio de los barracones británicos. Las habitaciones de gruesas paredes que lo rodeaban estaban vacías en esos momentos. Ella había matado a la legación, les había chupado la sangre. Ellos, por lo menos, estaban en paz.

Sólo quedaba él. ¿Por qué le había dejado vivo? ¿Para que pudiera servirla, noche tras noche? Se tambaleó en el patio. No se veía ninguna luz en las ventanas de alrededor, aunque sus criaturas estaban allí, comiendo y bebiendo en la oscuridad. Oyó las voces que murmuraban. No tenía nada que temer de ellos. No se atrevían a molestarle. Eso se lo dejaban a ella. Sus genitales se endurecieron de deseo. Un sentimiento de asco le invadió. Ella ordenaba y su cuerpo obedecía.

Las estrellas iluminaban la noche con la luna plateada. Arriba, la delgada forma era una marca más oscura contra la noche. Aunque le estaba dando la espalda, ella sabía que él estaba allí. El cabello, pesado y oscuro, le caía por la espalda por encima del tejido transparente que casi no ocultaba sus curvas. El vestido parecía gris en la oscuridad, pero diría que en verdad era rojo.

Le tocó el hombro. Su piel estaba caliente, llena de energía. Ella se volvió. Su belleza le golpeó como un puñetazo, tal y como sucedía siempre. Sus ojos oscuros, marcados con khol, brillaban con un tono rojo. Cualquiera idea de escapar le abandonó. Se arrodilló con las piernas abiertas, como ella le pedía. Tenía una erección y estaba listo. Ella se inclinó hacia él y le tomó la cara entre las manos.

—Tengo una tarea para ti, mi hermosura —susurró ella—. Bueno, dos tareas.

Él llevó los labios hasta el pezón de ella y lo chupó por encima de la fina tela.

David parpadeó bajo las gotas de lluvia que se precipitaban contra el pavimento de piedra del patio del Almirantazgo. La vergüenza de esa época permanecía con él incluso a pesar de que los recuerdos se habían borrado. En la distancia de Londres y al cabo de tres meses, sabía que le habían permitido vivir para servir y sufrir. Solamente él sabía dónde estaba Rufford. Rufford era el único que tenía sangre antigua, el único que tenía la oportunidad de vencerla. David había traicionado a Rufford por ella. Tragó saliva y Whitehall se hizo borroso ante sus ojos: debía de ser a causa de la lluvia. Ella podía obtenerlo todo... información, servicios sexuales, cualquier cosa.

Davie apretó la mandíbula. Ella le había enviado con una letra hasta Inglaterra en la cual amenazaba todo aquello que Rufford amaba, sabiendo que eso atraería de vuelta al hombre al desierto del norte de África, hasta sus garras de nuevo. La habilidad de Davie de actuar como mensajero era lo único que le salvaba de Asharti.

¿Qué no le debía a Rufford a causa de esa traición?

Y él había jurado servir a su país. ¿Qué mayor necesidad podía haber nunca? No importaba que él estuviera sumido en una guerra entre lo que el mundo llamaba monstruos. La necesidad de normalidad que tenía después de esa época con Asharti no tenía importancia.

Se encorvó, con los ojos caídos: sabía qué era lo que iba a hacer. Una corriente de miedo le atravesó la espalda. Él había creído que le habían abandonado en medio de la maldita arena del desierto del norte de África para siempre. Se había equivocado.

Y ahora debía decepcionar a la mujer que amaba y arruinar toda oportunidad de obtener la felicidad.

Emma Fairfield se encontraba sentada en la sala donde tomaba el desayuno que daba al pequeño jardín trasero de Fairfield House, en Grosvenor Square. Era una habitación alegre, de paredes de un color amarillo pálido y muebles Chippendale, que contrastaba con la sombría lluvia del mes de marzo que se precipitaba contra las ventanas. Emma estaba arreglando unas rosas en un jarrón de cristal. Conseguía tener rosas durante la mayor parte del año en el solárium del cuarto piso, además de naranjos, y peonías que su tío le había traído de China. Él era un verdadero aventurero, era la oveja negra de la familia. Era un rebelde. ¿Era por eso que a ella siempre le había gustado? El ramo tenía muchos colores, algunas de las flores se habían abierto del todo y otras todavía eran capullos. Tonos cremosos se mezclaban con rojos intensos y rosas pálidos en una abundancia caótica.

—Creí que íbamos a tener una visita de ese joven tuyo —dijo su hermano mientras plegaba las páginas del London Mail. Les gustaba sentarse en esa habitación por la tarde, más que en las habitaciones más grandes y formales de la parte frontal de la casa. Su hermano tenía unos diez años más que ella. Nunca se había casado, y nunca lo haría.

—Puedes llamarle por su nombre, Richard —dijo ella con calma mientras cortaba un tallo con unas pequeñas tijeras de podar—. Conocemos a Davie Ware desde que éramos niños. Y no es mío. Uno no es propietario de un joven. Ni siquiera es joven.

—Tampoco lo eres tú, Emma. —Richard frunció las atractivas cejas y la miró por encima del periódico—. Te quedarás para vestir santos si no te andas con cuidado, niña.

—Tener tres décadas no es el fin del mundo, hermano.

—No es eso —dijo él—. Eres demasiado maniática.

—¿Se me ve vieja, querido? —le preguntó con una sonrisa.

Él dejó el periódico sobre el regazo. Llevaba una bata oriental de color rojo y negro y un par de babuchas que ahora descansaban cómodamente en un sofá otomano tapizado.

—Sabes que eres atractiva, Emma —dijo él con expresión severa—. El brillo de este cabello dorado apaga todo lo que hay en Londres. El azul de tus ojos se cotiza en

White como las flores del maíz, y cada vez hacen apuestas acerca de si vas a aceptar al último pretendiente. Lo cual no has hecho nunca. He conseguido un poni gracias a ti durante estas últimas cinco veces.

—¿Has apostado cien libras a que yo rechazaría esas ofertas? —Eso la desconcertó.

—Bueno, normalmente no me gustan las apuestas, pero... bueno, qué caray, Emma, rechazaste a un maldito duque, ¿no es verdad? No veía cómo podrías aceptar a ese último tonto que recitaba poesías todo el tiempo. Podía apostar, dado que era algo seguro.

—Richard —dijo ella en tono de amonestación. Pero tuvo que reprimir una sonrisa que ya se le dibujaba en los labios. Deseó que él no se hubiera dado cuenta. Luego se aclaró la garganta—. ¿Y cómo están las apuestas en este momento?

—Mitad y mitad —gruñó él—. Estaban tres contra uno hasta que bailaste cuatro veces con Ware en Almack.

—¿Y en qué has apostado tu dinero?

—Todavía no lo he apostado —dijo él en tono pensativo—, aunque quizá lo haga. Tú juegas con ellos. Te muestras siempre tan callada y tranquila que engañas a la gente. Pero yo te conozco: te gusta jugar.

—¡Todo este asunto es tan aburrido! —suspiró ella—. Admito que fue malo por mi parte actuar de forma interesada con ellos. Pero les gusta el juego.

—Pero es con los corazones de los hombres con lo que juegas, Emma. —Richard frunció las cejas rubias. Tenía la nariz recta de la familia. El color de sus ojos era un poco más agrisado que el de ella, pero poseía los mismos labios gruesos aunque ahora los tenía apretados con un gesto reprobatorio.

—Ellos no ponen su corazón, hermano, más bien los ojos ante la perspectiva de mi herencia.

Él volvió a gruñir.

—Gracias a Dios por tu fortuna, porque si no, no recibirías ninguna proposición en absoluto. Tienes un aire categórico, Emma; no se presta a equívocos. Algunos dicen que también tienes una lengua afilada. —Cerró el periódico con un gesto brusco—. Me gusta Ware. Quizá pueda prevenirle. Además, estoy cansado de ver cómo luchan por encontrar la palabra adecuada cada vez que vienen a pedirme permiso. Y siempre acaba en nada, en cualquier caso.

—No comprendo por qué te lo piden a ti antes de estar seguros de mí.

—Ellos están seguros de ti, Emma. ¿Y de quién es eso culpa? —Se encogió de hombros, abrió el periódico por otra página y se hundió detrás de él—. Esta vez voy a apostarme un poni.

—Yo no apostaría contra éste, hermano. —Colocó una rosa en el jarrón de cristal, tallado.

Las cejas de él aparecieron por detrás del periódico. Luego aparecieron sus ojos. Dejó el periódico a un lado y se levantó de la silla.

—¿Quieres decir...?

Esta vez ella no pudo reprimir una sonrisa, aunque por supuesto, fue más bien una mueca.

—Va a proponerme matrimonio, Richard. Dios sabe que noto que lo va a hacer, llegados a este punto. Y voy a aceptar. Así que, por favor, sé más amable con él de lo que lo fuiste con el poeta.

—¡Emma, Emma! —Se acercó a ella y le sujetó ambos hombros, a un brazo de distancia de él. Se le formó una arruga entre las cejas—. No permitas que mi insistencia te haga aceptarle si no le amas, Emma.

Ella levantó las cejas, y le miró con los ojos increíblemente emocionados. Para compensar, hizo su sonrisa más amplia.

—Pero le amo, Richard. Ésta es la sorpresa. No tenía ninguna intención de que esto sucediera. Él me recogió una vez que me caí de mi poni, y me echaba de su estanque de lilas cuando yo era una niña. Pero cuando volvió del norte de África... bueno, durante los años se ha convertido en un hombre, y en un hombre interesante por cierto. Ha estado en todas partes. Tiene ideas propias. —Se encogió de hombros—. Solamente es un soldado, pero tiene perspectivas en el cuerpo diplomático...

—Bueno, tú tienes dinero suficiente para él y para doce más. No te preocupes por eso.

—Sólo si tú no lo haces. No le hagas sentir pobre —le advirtió.

—Los Ware han estado en Warwickshire desde la Conquista. No tengo nada que decir acerca de su cuna. Podría preferir que no fuera el segundo hijo. Pero Rockhampton dice que va a intentar incorporar a Ware. Tiene un futuro brillante. —Frunció el ceño—. Suena como muchísimo trabajo para mí, pero parece que a Ware le gusta moverse en las filas diplomáticas.

—¿Has estado haciendo averiguaciones? —Qué tierno por su parte.

—Bueno —farfulló él—. Tú eres mi hermana. —Intentó adoptar un aire severo—. Es probable que él arrastre a su mujer a lugares poco civilizados. No me parece adecuado para ti. Sé que te imaginas como una rebelde, Emma, pero ¿estás preparada para encontrarte con unos bárbaros que ni siquiera saben comer a una hora civilizada?

—Me lo tomaré como una aventura, Richard, de verdad que lo haré —repuso con tono remilgado.

—Así que ya te has decidido. —Él asintió con la cabeza—. Ya lo pensé: me di cuenta de cómo le mirabas.

—Y ésa es la verdadera razón de que no hayas apostado en White —se rió ella.

—Bueno, no puedo decir que me guste tirar el dinero.

—¡Eres un provocador! Me has tomado el pelo para sacarme información.

Él la atrajo hacia sí y le dio un abrazo.

—Tú eres más importante para mí que cualquier apuesta, sin que importe lo que diga. Daré la bienvenida a tu David, Emma.

Ella le devolvió el abrazo. Era el mejor de los hermanos.

—Solamente espero que nos preocupemos el uno del otro tanto como tú y Damien.

Él la apartó de él y le sonrió con afecto.

—Eso sería mucho pedir.

El «amigo» de su hermano de tantos años era muchísimo más que eso.

—Será cosa tuya el tener un heredero. Siento mucho pasarte esa carga, Emma.

Ella volvió a sentarse y tomó una rosa. Era perfecta, tenía los pétalos de un terciopelo color rojo sangre y estaba medio abierta, como si simbolizara la promesa de una gloria completa. Tenía que colocarla en el centro del ramo.

—Vosotros dos sois un ejemplo maravilloso de constancia. Lo mínimo que yo puedo hacer es proporcionar un heredero.

—¿Más té, señorita? —Ella se dio la vuelta con un sobresalto y vio al viejo mayordomo, Jenkins, que sacaba la cabeza por la puerta. La rosa se le cayó de la mano, y al recogerla se pinchó con ella.

—¡Ay! —exclamó. La rosa cayó al suelo. Se apretó los dedos hasta que la sangre manó y lamió las gotitas que se le formaron en ellos. Tenía sabor a cobre.

Su hermano se sacó un pañuelo del bolsillo.

—Toma esto. Vas a mancharte el vestido.

—Te mancharé el pañuelo. —Pero lo tomó y se envolvió los dedos con él. La sangre manchó el tejido formando la forma de una flor. Jenkins la miró con expresión de pedir disculpas.

—Jenkins, un té estará bien. Y el comandante Ware dijo que llegaría tarde. Tráele aquí en cuanto llegue.

—Ware —saludó Richard, dándole la mano al mayor—. Me alegro de verte.

Emma se puso en pie. La sonrisa que iba a salirle desde el corazón le falló: él estaba pálido, y tenía la frente cubierta de sudor. Era un hombre atractivo, y ése era un hecho del que ella no se había dado cuenta hasta que le había visto dos meses antes. ¿Cómo era posible que nunca se hubiera dado cuenta de lo inteligentes y claros que eran sus ojos azules? Llevaba el cabello, de un rubio arenoso, peinado hacia atrás desde una frente amplia y despejada. Tenía la nariz recta y un poco larga, pero ése era un signo de carácter, lo cual era algo bueno, porque la barbilla no indicaba precisamente lo mismo. Tenía un mentón con un hoyuelo encantador. No se había dado cuenta de la firmeza de su cuello, ni de la forma de sus anchos hombros, hasta que él no había regresado. Y por supuesto, tampoco hasta ese momento no había adivinado la musculatura de sus muslos, debajo del pantalón. Sus ropas eran de un estilo conservador, pero estaban bien cortadas. Todos los militares iban a Weston a comprar la ropa. No llevaba hombreras, ni lazos de cuello intrincados y demasiado altos. Emma apostaba a que ese hombre se anticipaba al mundo. No era un gandul, su David.

Pero ahora era evidente que estaba inquieto. Saludó a su hermano con un gesto de cabeza.

—Fairfield.

Realizó una ligera reverencia y le tomó la mano a Emma. Ella notó la mano de él húmeda mientras se llevaba la de ella hasta los labios. A pesar de ello, el contacto con él le provocó la misma conmoción de siempre: se sintió más viva, vibrante y plenamente consciente de su presencia.

—Señorita Fairfield.

Ella sonrió por dentro al pensar que él se sentía así de nervioso porque iba a pedirle la mano.

—Bueno, bueno, debo marcharme. No te esperaba. Lo siento... —Richard cerró la puerta al salir.

La actitud descarada de su hermano pareció poner todavía más nervioso al comandante Ware. Y... ¿era arrepentimiento lo que mostraban sus ojos? Qué... extraño.

—¿No quieres sentarte? —Ella hizo una señal hacia una silla tapizada con unas rayas de un alegre color verde que desafiaban el día gris.

En lugar de sentarse, él continuó dando vueltas por la habitación como un animal enjaulado sin decir nada, solamente aclarándose la garganta de vez en cuando. ¿Tan poco seguro estaba de cuál iba a ser su respuesta? Ella permaneció sentada con tranquilidad, esperando a que la calma de ella apagara el nerviosismo de él.

Él se dio la vuelta y se acercó a ella.

—Señorita Fairfield —empezó, al cabo de un momento.

Ella levantó la mirada y sonrió.

—Creo que hace el tiempo suficiente que nos conocemos como para que me llames Emma.

—Sí, bueno... —Él se pasó un dedo por la parte interna del pañuelo de cuello. En ese momento, pareció flaquear—. Emma. —Pronunció su nombre en un tono de derrota. ¿Era eso adecuado en alguien que estaba a punto de pedir su mano? Él rechazó la comodidad de ese asiento y optó por sentarse en una silla Chippendale que parecía demasiado frágil para su volumen—. Sé que existen ciertas... expectativas acerca de nuestra relación. —Se aclaró la garganta, obviamente poco seguro de cómo continuar.

—¿Te refieres a la apuesta en White?

—¡No me digas que han hecho apuestas en White! —Pareció sorprendido.

Ella asintió con la cabeza, sincera, con una expresión de burla.

—Richard dice que lo están haciendo.

Él apretó los labios.

—Me gustaría ser libre para poder satisfacer esas expectativas —murmuró casi en tono demasiado bajo para que ella le oyera—. Pero... me marcho mañana.

Emma se sintió como si acabaran de abofetearla.

—¿A dónde? —farfulló.

Él la miró con ojos doloridos.

—Supongo que a Casablanca para empezar. Después de eso, no lo sé.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —consiguió preguntarle ella al cabo de un momento.

—Eso tampoco lo sé. —Él bajó la vista hasta las manos. Inhaló con fuerza como si tuviera que esforzarse por hablar—. No ha sido elección mía... —Hizo una pausa.

—Bueno, esperaré con ansia tu regreso —dijo ella, con cuidado, intentando captar la sinceridad de los sentimientos de él acerca del giro que habían dado las cosas. ¿Se sentía aliviado de escapar de esas expectativas? No parecía aliviado.

Él negó la cabeza en un gesto compulsivo.

—Todo va a estar cambiado para entonces. Una mujer como tú recibe propuestas de matrimonio cada semana.

—He conseguido resistirme a la tentación hasta este momento. —Ella no podía creer que le estuviera hablando con tanta claridad acerca de lo que sentía por él y sin saber si él correspondía a ese sentimiento.

—Podrían ser años... —Él se atragantó y se dio la vuelta.

¿Años? ¡¡Entonces, él sí estaba intentando apartarla!! ¿Es que él deseaba alejarse de ella? ¿Se había confundido y había creído que lo que él sentía era algo más que cierto cariño a causa de unos recuerdos infantiles? Tenía que saberlo.

—Por supuesto, una esposa te podría acompañar y ayudarte en tu misión.

Él dirigió la mirada hacia ella y sus ojos estaban tan llenos de nostalgia y de... pérdida, que ella sintió una punzada en el corazón. Él tragó saliva con dificultad. Entonces, adoptó una compostura inescrutable.

—África es demasiado peligrosa. Y si... lo peor... sucediera... una viuda sin haber sido una prometida... peor todavía, sola en una tierra extraña...

¿Él creía que iba a morir ahí? ¡Dios santo!

—Sería una proposición muy injusta en todos los sentidos —dijo él en tono agudo—. No, no existe ninguna obligación entre nosotros. Tú debes buscar tu propia felicidad. —Dio unos pasos inseguros hasta ella hasta que quedó delante de ella, alto, de pie. Despacio, se inclinó y la tomó de la mano con un gesto amable. Tenía las manos duras, las uñas bien cortadas. Olía a jabón y a agua de lavanda. Ella percibió con mayor claridad la musculatura de sus hombros. Casi no podía concentrarse a causa de la fuerte sensación que le provocaba el contacto con su piel.

—Siempre atesoraré los momentos que hemos pasado juntos.

¡Eso sonaba como un final!

—Yo esperaré tu regreso, y entonces... —Intentó decirlo en un tono alegre y decidido.

—No. —Él apretó los labios sobre los dedos de ella. El contacto le provocó un sentimiento de pérdida inminente—. Continúa con tu vida, Emma. No puedo prometerte nada.

Eso era todo, entonces...

Él se incorporó de repente y le soltó la mano. Él rostro de él empalideció.

—Tu servidor, señorita Fairfield.

Hizo un saludo cortés con la cabeza, dio media vuelta y cerró la puerta de la sala del desayuno al salir.

Emma se quedó mirando la puerta cerrada. Un montón de emociones se le mezclaban y chocaban en el pecho. Seguro... seguro que su expresión, si no sus palabras, mostraban que ella le importaba, que era solamente el deber lo que le alejaba... ¿Estaba equivocada acerca de eso?

La puerta se abrió y su hermano entró en la habitación.

—¿Emma? Me he tropezado con Ware. Parecía que acabara de presenciar la ejecución de un pariente próximo. ¿No le habrás rechazado, verdad, niña?

—No he tenido oportunidad —dijo ella, intentando que su voz sonara ligera.

—¿No te ha pedido que te cases con él? —Su hermano se mostró incrédulo.

—Parece que se marcha a África mañana. —Tomó una pieza de costura sin fijarse: le temblaban las manos—. Las expectativas de White no se verán satisfechas. —La voz se le quebró al pronunciar esta última frase. Se detestó a sí misma por esa falta de control.

—¡Oh, Emma! —Richard le puso una mano en el hombro—. Vaya momento para equivocarse con un pretendiente, justo cuando finalmente habías encontrado a uno que te gustaba. —Suspiró—. Habrá otros.

—Que me soportarán a causa de mi fortuna, sin duda —dijo ella con amargura—. Creí que Davie... bueno, que yo le gustaba tal y como yo era. Si no puedo conseguir eso, mejor que me quede soltera. No es un destino peor que la muerte. —Pero la soltería era humillante. También una boda con cualquiera que no fuera David le molestaba. ¿Qué tipo de misión diplomática tenía riesgo de muerte? Miró sus propias manos cosiendo en la pieza de costura como si pertenecieran a otra persona. Todo había cambiado.

En algún punto de su interior sintió que se formaba una tormenta, una tormenta que amenazaba con acabar con su cordura.

EL sol se puso detrás de los tenderetes de la kashba en Casablanca. Davie observó cómo se apagaba la luz desde la ventana del tercer piso de la habitación que había alquilado. Tenía el pecho inundado por el miedo. La noche les pertenecía a ellos. ¿Cómo iba a encontrar a Rufford en esa abarrotada ciudad?

Encendió una pequeña lámpara de aceite para combatir la incipiente oscuridad. El almirante le había ofrecido a Davie el cúter más rápido. Las provisiones habían sido desviadas por barco hasta Gibraltar y, de allí, enviadas a Casablanca. Whitehall estaba apartando cualquier impedimento para poder ofrecerle a Rufford todo lo que necesitara para la guerra que mantenía contra las fuerzas de la oscuridad.

Oscuridad contra oscuridad, monstruo contra monstruo. ¿Tenía alguna importancia quién ganara? Davie se hacía esa pregunta y se la contestaba a sí mismo una docena de veces al día.

Sí. Probablemente el mundo dependiera de que fuera la oscuridad de Rufford la que venciera.

A Davie le resultaba muy difícil ocuparse del mundo justo en ese momento. Hacía once días y, mmm..., cuatro horas y veinte minutos que había visto el rostro de Emma Fairfield, su expresión de incredulidad y, luego, de dolor. Esa mirada había permanecido en su memoria durante su viaje por mar, a pesar del olor a agua salada y a alquitrán. Ella lo había hecho todo excepto suplicarle que la llevara con él. Una mujer como Emma Fairfield no suplicaba. La necesidad de estar con ella se manifestaba en un dolor físico en el vientre.

Se acercó a la única ventana de la habitación, una única apertura en el grueso muro de ladrillo. Miró hacia la ciudad. Las luces se iban encendiendo a medida que la kashba se convertía en un mercado nocturno. Los chillidos de los monos y de los camellos, el olor a especias, a fruta y a carne pasada, se elevaba desde las calles abarrotadas de vendedores, compradores y, sin duda, gente mucho más peligrosa. No podía haberla traído a este caos y a este peligro.

—Has venido.

Davie se dio la vuelta y se encontró con Rufford, de pie en medio de las sombras de la habitación desnuda que contaba solamente con una estrecha cama y un armario. Inhaló con dificultad. Le pareció ver un brillo rojizo en los ojos de Rufford. Pero entonces ese hombre —si es que se le podía llamar así en esos días— dio un paso fuera de las sombras y sus ojos se vieron tan azules como Davie los recordaba. Rufford tenía unos hombros poderosos y un pelo rizado castaño que llevaba demasiado largo, recogido en la nuca con una cinta negra. La energía que emanaba de

su cuerpo parecía electrizar el aire. Davie reconoció el revelador olor a canela y a algo más, más dulce, y más tenue. Todos ellos poseían una variante de ese olor y mostraban cierta energía vibrante. La bestia era atractiva. Tanto que había atraído a Elizabeth Rochewell hasta el punto de que se casó con él, incluso a pesar de que sabía en qué se había convertido. Davie y Emma Fairfield se habían resistido al matrimonio. Davie todavía no podía creer que Rufford hubiera traído a su esposa hasta el peligro del norte de África.

—¿Cómo has entrado?

Rufford se encogió de hombros.

—Gracias por haber venido.

Ahora fue Davie quien se encogió de hombros.

—Se trata de prestar ayuda y todo eso. —Pero había estado pensando en la esposa de Rufford—. Me pregunto por qué no has hecho que tu esposa se encargue del tema de las provisiones. Ella era muy buena organizando expediciones, que yo recuerde.

—Mi esposa está haciendo exactamente eso para Khalenberg y Beatrix Lisse en Trípoli —dijo—. La tarea de exterminio se está llevando a cabo en distintos frentes. Urbano tiene Argelia.

¡Beatrix Lisse! ¡Por supuesto! La famosa cortesana siempre llevaba un perfume que recordaba vagamente a la canela. Tendría que haberse dado cuenta de que no se trataba en absoluto de perfume.

—¿Por qué no me has mandado a mí a Trípoli y has hecho que tu mujer se quedara a tu lado? —No pudo evitar preguntárselo. Se dio cuenta demasiado tarde de que quizá la esposa de Rufford le hubiera abandonado y el hombre no quisiera admitirlo.

Rufford sonrió con tristeza.

—Ella puede manejar a Khalenberg. Tú no puedes.

Davie se sintió provocado a responderle.

—¿Esa chiquilla?

—Ahora es de los nuestros —dijo Rufford—. Y tiene la sangre fuerte.

Eso sorprendió a Davie. ¿Elizábeth Rufford se había convertido en vampiro? Era un destino peor que la muerte. Rufford lo había creído así una vez, también. Lo que le salvaba era que él no había querido convertirse en un monstruo, había luchado contra ello, lo odiaba. Davie observó el rostro de Rufford. El viejo dolor lleno de tristeza que una vez había observado en él había desaparecido. Rufford parecía cansado pero... cómodo consigo mismo, confiado. ¿Había dejado de detestar el hecho de que era un monstruo? ¿Hasta tal punto que había convertido a su esposa en un monstruo también?

—Estaba muriéndose. —Fue como si le hubiera leído el pensamiento a Davie—. Mi sangre podía salvarla. ¿Qué querías que hiciera?

«La muerte es mejor que convertirse en un monstruo.» Eso era lo que provocaba el permitir que una mujer viniera con uno a un lugar peligroso. Gracias a Dios que él

no había sido tan débil como para haberle pedido a Emma que se casara con él. Davie sintió una punzada en el corazón. Probablemente, ahora nunca tendría a Emma Fairfield entre los brazos.

Pero él no estaba allí para juzgar a Rufford, ni para lamentar lo que hubiera podido ser con Emma. Estaba allí para realizar lo que era su deber y ayudar a exterminar al resto del ejército de Asharti; de otra forma, los seres humanos serían mantenidos como ganado por su sangre. Apartó el recuerdo de Emma de su cabeza.

—¿Cómo va la batalla?

Rufford no respondió. Apretó los labios dibujando una fina línea y apretó las mandíbulas.

—Necesitamos una casa segura para curarnos durante las horas del día. Tendremos que cambiar de lugar con frecuencia. Comida, ropa limpia; africana la mayoría, porque tenemos que obtenerla de la población local.

Davie asintió con la cabeza.

—¿Armas? He traído un arsenal de armas.

Rufford negó con la cabeza.

—No sirven. Quizá algún sable o alfanje.

—Hecho. ¿Vendas?

Rufford levantó los intensos ojos azules.

—No —dijo en tono dubitativo—; pero vamos a necesitar...

Davie no quería oír esa palabra.

—He estado pensando en eso —le interrumpió—. ¿Levantaría sospechas si solicitara donativos? Yo podría pagar muy bien.

Rufford negó con la cabeza.

—La ciudad ya está bastante asustada. Trae a cinco o a seis especímenes sanos a la casa cada tarde antes de que salgamos. Nosotros haremos el resto, y les dejaremos con el agradable recuerdo de haber pasado una noche de vino o de amor con dinero en los bolsillos que creerán haber ganado a los dados. Les daremos un mordisco a cada uno de tal forma que ninguno se lleve la peor parte.

Eso era. Él tenía que procurarles la sangre. Su rostro debió de haber mostrado la repulsión que sentía.

—Mira, Ware —dijo Rufford, en tono ronco—. No sé exactamente qué es lo que sabes de nosotros, a partir del tiempo que has pasado con ella. Asharti —estuvo a punto de atragantarse al pronunciar el nombre— no es un buen ejemplo de nuestra clase. Pero tienes que conocer nuestras normas.

Davie inhaló y asintió con la cabeza. Rufford también había sufrido en manos de ella.

Rufford se quedó quieto. La luz de la lámpara era la única y temblorosa defensa contra la oscuridad que había inundado la habitación. Rufford permanecía fuera del círculo de su luz y su rostro se percibía tenuemente entre las sombras.

—Tenemos un parásito en la sangre. Lo llamamos el Compañero. Nos da fuerza.

Podemos conducir a las mentes más débiles así como provocar recuerdos. Podemos teletransportarnos: apelar al poder del Compañero hasta que éste se manifiesta y salir de este tiempo y este espacio para reaparecer en el lugar que elijamos en un radio de unos cuantos kilómetros. Somos más fuertes que los humanos. El Compañero reconstruye a su huésped, más que transportarlo, así que curamos heridas y la vida se extiende... indefinidamente. —Habló en un tono de constatación.

¿Inmortal? El concepto resultaba demasiado grande para comprenderlo. Y a pesar de ello, Davie sabía, por el tiempo pasado con Asharti, hasta qué punto eran ciertos esos hechos increíbles. Tenía una experiencia de primera mano con la compulsión. Una mujer de cincuenta kilos que tenía una fuerza bruta que superaba en mucho a la suya. Y él había visto cómo Rufford se había curado el cuello roto después de que hubiera intentado suicidarse.

—No nos daña ni el ajo ni la árnica, ni ningún símbolo de ninguna religión. No dormimos en nuestra tierra. No hemos muerto y no nos convertimos ni en lobos ni en murciélagos. Todo eso son supersticiones.

—¿Cómo puedes vencer a los de tu... clase, si son esencialmente inmortales?

—Decapitación. Se debe separar por completo la cabeza del cuerpo, o si no sanaría.

Desagradable, pero por lo menos era una manera de matarles. Por eso Rufford quería las espadas.

—Nos dejarás eso a nosotros, por supuesto —continuó Rufford—. Fedeyah y yo...

—¡Fedeyah! ¿El segundo de Asharti?

Rufford asintió con la cabeza.

—Tenemos la responsabilidad de limpiar las tierras del este de las montañas del Atlas.

Davie se quedó con la boca abierta, horrorizado y sorprendido.

—¿Vosotros dos? ¿Para todo ese territorio? ¿Y uno de ellos siendo su sirviente? ¡Yo no me fiaría de él en ningún momento!

—Yo sí —dijo Rufford en voz baja—. Con mi vida. Cada noche. —Hizo un gesto que descartó el comentario de Davie y miró por la ventana. Fuera se había hecho de noche por completo—. Debo llegar. Van a encontrarse en Casablanca, lo cual significa que este lugar va a ser más peligroso antes de que pueda ser más seguro. Eso nos vuelve a traer a ti. —Se dio la vuelta y miró a Davie—. No salgas durante la noche. Quédate en la casa. No importa lo que oigas y no importa lo mucho que quieras salir. No nos toques nunca cuando estemos heridos. Examínate a ti en busca de heridas y véndatelas con cuidado antes de que te acerques a ninguno de nosotros. Una gota de nuestra sangre en la más pequeña de tus heridas o tragada por accidente te infectaría. O bien tendrías una muerte horrible o bien tendrías que inmunizarte del parásito ingiriendo grandes cantidades de sangre de vampiro y convirtiéndote en uno tú mismo. Y no es algo que tú desees, estoy seguro.

La mera idea de ello dejaba a Davie con la boca seca.

—Piensa en tu trabajo como si éste consistiera en levantar un hospital de campo en una zona peligrosa. —Rufford dio un paso atrás y se introdujo en las sombras. Pareció que una oscuridad más intensa le envolviera—. Empieza mañana y encuentra una casa. Deja aquí la dirección. Borra tus huellas. Están por todas partes.

Y se fue. Davie se preguntó dónde iban a encontrar él y Fedeyah cobijo mañana durante el día. Y se preguntó en qué se había metido. Nunca se había sentido tan débil, tan mortal. Se volvió hacia las ventanas. En alguna parte, en esa oscuridad, Rufford y Fedeyah entrarían en batalla esa noche con el resto del ejército de Asharti que iba a reunirse a la ciudad. Él no podía verles, pero estaban ahí. Se apartó de la ventana. Quizá ellos sí pudieran verle a él.

Emma Fairfield se encontraba de pie al lado de la fuente de Fairfield House. Estaba muy quieta. Las parejas danzaban marcando los pasos precisos y elegantes de un baile campestre. Las señoras sorbían su ponche mientras estudiaban sus tarjetas de baile. Las matronas llevaban turbantes y se veían mesas de whist y de pique en la habitación de juego. Tenía tan poco sentido que parecía irreal. Richard bailaba por cortesía con una mujer que no le importaba en absoluto. Él detestaba esa noche tanto como Emma, pero no tenía nada mejor que hacer dado que Damien se había ido a Northumberland. Richard hubiera ido con él en cualquier otro momento. Allí podían sentirse más libres. De hecho, Richard se había quedado en Londres sólo para apoyarla a ella y permitirle pasar una temporada tras otra en las que ella rechazaba todas las propuestas de matrimonio. Ella no podía ser tan egoísta como para permitir que eso continuara para siempre. Él levantó la vista hacia ella. Ella no hizo ninguna señal: parecía un esfuerzo demasiado grande. Richard se inclinó y habló con un hombre que se encontraba a su lado. El hombre, el joven Thurston, ¿no?, miró en dirección a ella y luego cruzó la habitación.

Emma respiró conscientemente. Había sido solamente por la insistencia de su hermano que ella había ido allí esa noche. De hecho, «insistencia» no era la palabra. «Aguijoneo» o «fastidio» eran más adecuadas. Al final había sido más fácil venir. Después de todo, lo único que tenía que hacer era permanecer de pie y observar. Pero era evidente que Richard tenía otras ideas.

—Señorita Fairfield. —Thurston hizo una rápida reverencia con la cabeza delante de ella. Llevaba el uniforme del Séptimo Húsar, que hacía juego con sus ojos azules. Demasiado latón dorado para su gusto—. ¿Me concede este baile?

Ella le miró. Tenía que decirle algo. ¿Qué era lo que se decía?

—No, gracias.

Él mostró una expresión de sorpresa.

—Eh... ¿quizá un poco de ponche?

Ella negó con la cabeza.

—No —susurró.

—Oh. —Su expresión de decepción hubiera resultado cómica en otro momento. Pero ella ya no reaccionaba ante esas absurdidades. Hacía diez días que no sonreía. Él miró hacia su hermano, que no dejaba de mover las cejas haciendo muecas amenazadoras. Thurston se volvió otra vez y se mordió el labio.

Ella le miró con calma, sin permitir que él viera la desesperación que tenía en el corazón. Nadie debía darse cuenta.

—Bueno, entonces, solamente... —Dio dos pasos hacia atrás, se dio la vuelta y se retiró, vencido. Ella vio que Richard suspiraba. No se movió, simplemente se quedó ahí, las manos unidas y quietas delante de su cuerpo. La música parecía profanar su estado de ánimo. Nunca debería haber cedido ante Richard.

Unas cuantas mujeres jóvenes se apresuraron hacia ella en el mismo momento en que la música terminó, abandonando a sus compañeros con una prisa poco adecuada.

—Usted es la señorita Fairfax —dijo, alzando la voz Chlorinda Belchersand. Emma conocía a Chlorinda hacía casi tanto tiempo como a Davie.

Esa idea le hizo perder la calma y le hizo soltar una exclamación de dolor. ¡Davie! ¡Oh, querido! Creía haber llorado todas las lágrimas que tenía cuando descubrió que él había cerrado todos sus asuntos y que había redactado su testamento. En ese momento fue cuando estuvo segura de que él no iba a volver nunca. Estaba buscando un pañuelo en el bolsito en el momento en que Chlorinda y Jane Campton llegaban corriendo.

—¿Dónde te has estado escondiendo durante estos diez días? —preguntó la señorita Campton, sin aliento—. ¿Has estado resfriada? Se te ve muy pálida.

Emma se secó los ojos con el pañuelo. Era más sencillo no decir nada que mentir.

—¿No son horribles los resfriados? —exclamó la señorita Belchersand, obviamente dispuesta a disculpar la no participación de Emma en la conversación—. Hace que a una le lloren los ojos durante días.

—Me han dicho que los ramos de flores se acumulaban en tu vestíbulo y que tú no querías ver a ninguno de los jóvenes que los habían traído. —Esto lo dijo la señorita Campton en un susurro confidencial.

—A mí me dijeron que te habrían hecho varias propuestas de matrimonio si hubieras estado en condiciones de recibir las —le reveló Chlorinda, para no ser menos.

—Bueno, podrá recibir las ahora que vuelve a estar bien.

Emma no podía imaginar una cosa que tuviera más probabilidades de mandarla a una casa de locos que una propuesta de matrimonio, o, por lo menos, toda propuesta de matrimonio excepto una. Recorrió la sala con la mirada mientras las parejas se formaban para el siguiente baile. No tenía ganas de escuchar su cháchara.

—Nadie sabe por quién apostar ahora que Ware se ha marchado —le dijo Chlorinda.

—La señorita Fairfield nunca habría aceptado a un segundo hijo sin ninguna

fortuna —repuso la señorita Campton en tono altivo—, y mucho menos uno vinculado al cuerpo diplomático. Todos esos destinos a lugares horribles.

—Bueno, ella no tenía por qué haber ido con él. Un esposo ausente es una situación muy conveniente, y la ausencia de uno que depende del dinero de una mucho más. Una siempre tiene el látigo en la mano, ¿no es así? —El tono de Chlorinda Belchersand era pícaro.

Emma dirigió la mirada despacio hacia las dos mujeres que ahora hablaban la una con la otra como si ella no estuviera presente. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta nunca de lo pequeños y desagradables que eran sus ojos?

—¿Bueno, quién crees que será? —preguntó la señorita Campton a la señorita Belchersand.

—No voy a aceptar ninguna propuesta de parte de estos seres estúpidos —interrumpió Emma. Eso había sido mucho más de lo que había dicho en esos diez días.

—Siempre has sido una rebelde, Emma —exclamó Chlorinda con una risita ahogada—. ¿Qué vas a hacer? No puedes vivir con ese hermano tuyo para siempre.

—Quizá me instale yo sola. —Levantó la barbilla.

—¡Eso no se hace! ¡Todo el mundo hablaría de ti! —exclamó la señorita Campton, horrorizada.

—Parece que todo el mundo habla de mí también ahora —señaló Emma—. Los hombres hacen apuestas acerca de los asuntos de mi corazón en White. ¿Así que por qué no tendría que rebelarme?

—Porque la sociedad castiga a los rebeldes —contestó Chlorinda, en un tono ahora realmente preocupado—. Tú has rechazado todas las ofertas y casi te estás quedando sola. Eso ya es bastante malo. Pero hay ciertos límites. Si te instalas sola, no te recibirán en ninguna parte. Si te retiras al campo, acabarás caminando por los páramos, vestirás de forma desastrada y morirás sola, solamente con una vieja ama de llaves que sabrá de tu fallecimiento.

—Tú has leído demasiadas novelas —dijo Emma en un tono frío.

—Nunca sabrás lo que es el contacto de un hombre —añadió Jane Campton, pensativa. ¡Qué inesperado! Emma sintió que la invadía una sensación física de anhelo. Ésa era una verdad muy cruda.

De repente, sintió ganas de chillarles a esas chicas estúpidas, de chillarle a Thurston, de chillarles a las matronas y a los músicos. Quería chillarles que ninguno de ellos tenía ningún sentido en su vida, sin amor, y que fingir que eso no importaba no engañaba a nadie. En lugar de ello, pasó por en medio de las dos mujeres y se acercó a Richard. Él se dio la vuelta, sorprendido.

—Me duele la cabeza y voy a llamar a un coche, y tú puedes acompañarme o no a casa, como gustes —dijo, con las mandíbulas apretadas. Si apretaba las mandíbulas, quizá consiguiera no chillar.

Richard arqueó las cejas.

—Voy a llamar al coche. —Se volvió hacia la condesa Lieven, con quien había estado conversando—. Para servirla, señora. El deber me llama.

Emma se dio la vuelta y salió con paso decidido de la sala sin mirar atrás. Por dentro se sentía hervir. Davie le había hecho eso. Estaba segura de que él la amaba. Lo había visto escrito en el rostro, en esa expresión de pérdida, esa tarde en Fairfield House. Él había ido allí a proponerle matrimonio, pero había experimentado un sentido del deber y de protección que le habían obligado a marcharse a Casablanca sin ella.

Toda la ciudad se le había hecho insoportable y ella no sabía si llorar o si gritar de enojo por lo injusto que era todo. ¿Dónde estaba la calma de la que se jactaba? Perdida. Y no sabía cómo recuperarla.

CASI había llegado el amanecer. Davie esperaba en la oscuridad de la diminuta casa pintada de blanco. Las ventanas estaban cubiertas con telas negras. Rufford y Fedeyah llegarían pronto.

Podía marcharse. El alijo de armas debía trasladarse y debía realizarse la provisión de comida. Luego, llevaría hasta allí a unos cuantos hombres y mujeres jóvenes para Rufford y Fedeyah, para cuando se despertaran. Les sacarían un poco de sangre a cada uno, mientras los donantes sonreirían semiconscientes, y la guardarían en dos bolsas de piel. Cuando más la necesitaban era cuando llegaban, heridos, justo después del amanecer. Davie nunca les había visto volver de una noche de batalla, pero había visto los resultados de la batalla. La ciudad vibraba de miedo. Ese mismo día se habían encontrado doce cuerpos decapitados en un callejón. ¡Doce! El número de seguidores de Asharti que se encontraban en la ciudad no había dejado de crecer, y no eran tan discretos como Rufford y Fedeyah. Los cuerpos muertos y sin sangre llamaban la atención incluso en esa ciudad en la cual los pobres morían por las calles cada día. Los ciudadanos se marchaban si tenían medios para hacerlo. Davie temía que el pánico provocara el éxodo de la población de la metrópolis africana hacia el desierto y que murieran bajo el sol o que zarparan hacia Gibraltar en alguna barca poco segura que les dejaría a merced del agua y de los vientos.

Con el paso de los días, cada vez se había quedado un rato más mientras el sol se ponía, tentado de quedarse. «La curiosidad mata al gato.» Posiblemente tuviera un sentido literal en ese momento. ¿Quién sabía en qué tipo de monstruos se convertían Rufford y Fedeyah después de una noche de matanza? Ellos nunca le dejaban entrar en la habitación donde dormían. Cuando él volvía al final de la tarde, les encontraba sentados en la casa con los restos de la sangre que él les había traído esparcida por encima de la mesa, haciendo planes para la noche. Esa campaña le estaba haciendo pagar un precio muy alto a Rufford. La triste determinación de ese hombre se había ido convirtiendo poco a poco en un abatimiento que era palpable. ¿Y Fedeyah? Davie nunca había confiado en ese árabe y no era capaz de leer en su rostro. Fedeyah cumplía las órdenes de Rufford, igual que Davie, aunque el inglés parecía ser mil años más joven que el árabe.

Davie sentía que estaba haciendo demasiado poco, que estaba protegido de aquello que les pesaba tanto en el alma a ellos. Por lo menos, podía presenciar el coste que eso suponía. Así que se sentaba, callado, mientras la tela que cubría las ventanas se iba aclarando. Dejó el afilado alfanje sobre sus rodillas, encendió una vela nueva y esperó.

No se sorprendió al percibir los dos remolinos en la oscuridad. Otras veces había visto teletransportarse a unos vampiros. Pero se sorprendió al ver a las figuras que se materializaron desde la oscuridad sobre el suelo de terracota. Estaban llenos de heridas, se veían huesos y tripas, y todo hablaba de muerte. Se puso en pie de un salto. Rufford dio un solo paso hacia delante. Las suaves botas de piel estaban empapadas de sangre. Iba desnudo excepto por un trozo de tela que llevaba alrededor de la cadera y las botas. Davie había estado en la guerra de la península. Había visto heridas y muertos en abundancia, pero nada tan desagradable como lo de Rufford. Parecía que un animal le hubiera clavado unas garras de quince centímetros. Tenía una herida abierta en el hombro que dejaba los ligamentos al descubierto; se le veían los huesos del pecho; se veían los intestinos en la herida del vientre; el muslo mostraba capas de músculos.

Rufford cayó al suelo.

Davie corrió hasta él.

—¡Rufford! —Fedeyah se dejó caer de rodillas. Él también estaba herido, pero no como Rufford.

—Apártate de nosotros —le advirtió Fedeyah en un inglés con mucho acento—. ¡La sangre!

Davie se detuvo y tragó saliva. Las heridas de Fedeyah ya estaban empezando a cerrarse. Las de Rufford no parecían seguir la misma evolución. La herida que Davie le veía en la espalda todavía sangraba. El suelo, sucio, estaba manchado de sangre.

—¿Puede morir? —preguntó Davie.

—No —repuso Fedeyah casi sin aliento—. Pero beber sangre le puede dar fuerza y evitarle dolor.

—Bien, bien. —Davie observó la habitación—. Sangre. —Ahí estaba, encima de la mesa de madera. Corrió a tomar los sacos de piel para el agua. Cuando se dio la vuelta, Fedeyah se encontraba tumbado en el suelo, semiconsciente. En esos momentos sus heridas sanaban visiblemente.

Davie inhaló con fuerza. Muy bien. Ahora dependía de él. Levantó las manos hasta situarlas a la luz de la vela y se las observó de un lado y de otro para ver si tenía algún corte o algún rasguño. Nada. Podía hacerlo. Se arrodilló al lado de Rufford. La pálida piel sajona de ese hombre era una rareza en esa tierra de sol y de arena. Davie respiró profundamente y le dio la vuelta a Rufford sujetándole por los hombros. Las manos le quedaron pegajosas por la sangre. Se colocó al hombre desnudo encima del regazo sin mirarle el vientre ni las heridas que tenía en el cuello y en el pecho. Le sujetó la cabeza y le llevó la boquilla de la bota de agua entre los labios. La sangre, densa y casi coagulada, le rezumó por las comisuras de los labios, pero por fin Rufford se atragantó y tragó. Casi inconsciente, chupó con ansia.

«Dios de los cielos, ¿qué estoy haciendo?» Quizá se consumiría en el infierno, pero Davie no iba a dejar que un hombre sufriera. Cuando Rufford hubo tomado todo el contenido de la cantimplora, Davie la dejó en el suelo, tomó otra y se la acercó a

Fedeyah. David ayudó al árabe a incorporarse sobre un codo y le dio de beber. Fedeyah lo levantó encima de los labios y apretó: la sangre le cayó en la boca. Tenía el pelo, oscuro, lleno de suciedad y de sangre. Mientras Davie le observaba, una herida en la cabeza se le cerró y se le curó. Fedeyah se apoyó en un arcón de madera y descansó, respirando con dificultad.

Davie se volvió hacia Rufford. En esos momentos la herida del vientre estaba casi curada y ya no se veían los intestinos. Se pasó uno de los brazos de Rufford por encima de los hombros y lo llevó hasta una de las camas, una sencilla estructura de madera cuyo somier eran unas cuerdas entrelazadas que soportaban el colchón. Fedeyah subió con dificultad a la otra cama.

—No teníais fuerza para llegar hasta donde estaba la sangre —dijo Davie casi sin aliento.

—No importa —repuso Rufford. Un corte que tenía en la sien se le curó y desapareció dejándole una marca de un rosa claro en la piel—. Me hubiera curado en un momento u otro.

—Si te hubieras debilitado durante toda la noche, sí hubiera importado. Parece que esta noche ha sido casi la última.

—Cada vez más. —La voz de Rufford era débil—. Consiguen sus propios refuerzos.

Davie miró a Fedeyah, que parecía estar quedándose dormido.

—Tú te has llevado lo peor —le dijo a Rufford.

—Tengo la sangre de un Antiguo. Soy más fuerte. Es cosa mía protegerle.

—Pues parece que ellos lo saben. Van a por ti.

Rufford asintió con la cabeza.

—Se ha corrido la voz. Ya no tenemos que buscarles. Ellos vienen a nuestro encuentro.

A Davie le parecía que toda esta campaña no tenía esperanza.

—¿Podéis cambiar el rumbo de las cosas solamente vosotros dos?

—Beatrix mandó la noticia a todas las ciudades, incluso al mismo monasterio de Mirso. Van a venir. Algunos a Trípoli, Argelia y a aquí. Tenemos que aguantar hasta que lleguen.

—Entonces, espero que lleguen pronto.

—Yo estoy más preocupado por Trípoli.

Ajá. Estaba preocupado por su esposa. Davie no podía imaginarse el tener a la mujer a quien amaba en una situación como ésa. Apartó la mirada, recordando a Emma. La veía en la habitación del desayuno de la casa de Grosvenor Square. La habitación estaba iluminada con la agradable luz del sol inglés. Su piel era clara y rosada. Nunca más volvería a verla.

—¿La señorita Fairfield?

Davie le miró. ¡Ese hombre podía leer la mente!

—No —dijo Rufford, con una ligera sonrisa—. Pero no es difícil adivinar tus

pensamientos. Siento haberte hecho dejar a alguien a quien amas.

—¿Cómo has sabido que era la señorita Fairfield?

—Los dos lo teníais escrito en la cara el día en que me casé con Beth. ¿Se lo dijiste?

Davie negó con la cabeza.

—Iba a proponérselo cuando Whitehall llamó.

—¿Así que no fuiste adelante con ello?

Davie volvió a negar con la cabeza.

—No podía hacer que se sintiera... obligada, dadas las circunstancias.

—Probablemente fue una decisión sabia. Una chica con agallas. Se puso de lado de Beth en un momento en que nadie más lo hizo.

Davie sonrió. No era posible que Emma no le gustara a alguien. Apartó la mirada para que Rufford no viera su debilidad.

—Ella era la mejor esperanza que yo tenía de... tener una vida normal. Después de... ya sabes. Después de... ella.

—Me gustan los ingleses —dijo ella. Se encontraban en los aposentos del anterior embajador inglés, en los barracones de El Golea. Ella estaba tumbada en la amplia cama de nogal inglés que tenía unas tallas y unas incrustaciones de una magnificencia rococó. Tenía el cuerpo cubierto con unas telas casi transparentes. Su densa mata de cabello se esparcía por encima del cubrecama de terciopelo. Llevaba las uñas y los labios pintados de oro. También los pezones tenían ese tono y se había maquillado los ojos con khol. Llevaba un gran collar de oro entretejido que mostraba cientos de pequeños discos también de oro, y cada uno de ellos tenía una pequeña joya incrustada. En la muñeca llevaba un brazalete igual que el collar. Cada vez que se movía, tintineaban.

Era la mujer más hermosa que él había visto nunca, y él nunca había tenido más miedo de nadie. Se encontraba arrodillado en las frías baldosas del suelo y tenía la cabeza inclinada. Iba desnudo, como siempre, y tenía las rodillas abiertas, lo cual dejaba sus partes más vulnerables expuestas a ella. Ella ni siquiera le permitía llevar un trozo de tela para cubrirse los genitales. Estaba duro, aunque la erección no era completa. Tenía dos marcas redondas en la piel, encima de las dos arterias que iban desde su pelvis hasta sus muslos. Ése era uno de los lugares favoritos de ella para alimentarse. Le hacía afeitarse y lavarse cada día, y le azotaba casi con la misma frecuencia con unas anchas tiras de cuero. A ella le gustaban las marcas frescas hechas con el cuero, pero no quería que tuvieran sangre: si él estaba demasiado herido, perdería la fuerza necesaria para servirla. Él había quedado embotado bajo el horror de la coacción. Mostrar repugnancia por los hábitos de ella era un lujo que no se le permitía a un esclavo. Los tiempos en que él había sido el comandante Vernon Davis Ware, ayudante de lord Wembertin, se habían convertido en un sueño

lejano.

—Ven, inglés —susurró ella, haciéndole señas con una larga uña dorada. Sus ojos adquirieron un tono rojizo. Él notó la familiar tensión en los testículos, la pulsación en el pene que indicaba una erección plena. Ella era capaz de mantenerle duro toda la noche, y lo hacía. Él subió a la cama y se tumbó a su lado, con la polla dura. Él le acarició un pezón con el dedo pulgar, porque eso era lo que ella quería. Ella daba las órdenes, aunque no hablara, y él obedecía. Le besó la parte superior del pecho. Ella le pasó las largas uñas por el pelo, por encima de las marcas de la espalda y por las nalgas. Luego le hizo levantar la barbilla con un dedo mientras le agarraba la polla con la otra mano. El cuello de él quedó expuesto para ella. Él vio el brillo de los colmillos en la oscuridad y sintió ese dolor agudo. Ella sorbió sólo un poco, un prelude para excitarse mientras se frotaba contra él y le tiraba de la polla. La sensación resultaba atroz, pero él no se corría. Ella casi nunca le permitía eyacular. Le gustaba mantenerle ansioso y en carne viva. Apartó los colmillos del cuello de él con un movimiento brusco y se tumbó sobre las almohadas. Quería que él la lamiera.

Abrió las piernas y él se arrodilló entre ellas. Ella subió las caderas. Él le apartó el vello con la lengua y saboreó su almizcle mientras le pasaba la lengua hacia arriba y hacia abajo por encima del punto de placer, conduciéndola hasta el orgasmo. A medida que la excitación de ella creció, le sujetó la cabeza contra su pelvis y empujó la entrepierna contra él sin dejar de gemir. Entonces empezó a mover las caderas y él le chupó el pequeño botón, cada vez con más fuerza, provocándole las sensaciones más fuertes. Cuando, por fin, ella no pudo aguantarlo más, gritó y se dejó caer. Los ojos pasaron de rojos a un negro absoluto.

—Me gustas, inglés —dijo ella. Ella hablaba muchos idiomas y lo hacía, como si los eligiera de forma aleatoria. Él la entendía cuando hablaba en francés, árabe, latín o griego, pero se perdía cuando empezaba a hablar en ese idioma gutural que sonaba como alemán o ruso, pero que no lo era—. Pero me parece que me has estado ocultando secretos.

El miedo atenazó a Davie. ¿Qué tipo de secretos podía tener un ayudante de un embajador incompetente en un lugar perdido de Dios como El Golea que ella pudiera querer? Él se colocó a su lado otra vez. ¿Debía suplicar perdón? ¿Debía decir algo?

Ella arqueó la espalda. Él había sido bien entrenado. Se inclinó y le chupó un pezón. El polvo dorado tenía un sabor amargo y metálico.

—Esclavo, me han dicho que un inglés llegó aquí desde el desierto hace unos cuantos meses. Tenía las marcas en su cuerpo. —Señaló las marcas gemelas que Davie tenía en la parte interna del brazo—. ¿Recuerdas a ese hombre, esclavo?

—Sí, diosa —repuso él sin apartar los labios del pezón, que se había puesto duro. Ella estaría lista para su polla muy pronto. Ella hablaba de Rufford. Ahora sabía cómo Rufford se había hecho esas heridas. Comprendía el dolor que había en los

ojos de ese hombre y por qué decía que él se había convertido en su propia peor pesadilla.

—¿Dónde está él ahora, esclavo? —susurró ella. Pobre diablo. ¿No había sufrido suficiente Rufford?

—Se ha marchado. —Eso era. Eso podía decírselo. Eso no podía hacerle daño a Rufford.

La obligación le atenazó y la polla se le puso dolorosamente dura.

—¡Eso lo sé! —ladró ella—. ¿Adonde?

David dejó escapar un gemido. Los testículos estaban tan subidos que le parecían a punto de estallar. Parecía que la polla fuera a sacar lava encendida y no pudiera.

—A Inglaterra.

Ella no podía llegar hasta Rufford allí. ¡Cómo deseaba él estar en Inglaterra con Rufford! Él se inclinó y la besó. Eso era lo que ella deseaba. Sus labios eran suaves, pero él sabía que ocultaban unos colmillos que esa misma noche iban a morder y a chupar. Ella le introdujo la lengua en la boca y volvió a levantar las caderas. Él se apartó y se colocó entre sus muslos. Le dolía la polla mientras, tembloroso, la penetraba.

—¿Adonde de Inglaterra? —preguntó ella en un siseo.

Él le sujetó las caderas alzadas y la embistió con fuerza, metiendo la polla en el sitio donde tenía que estar. Era una sensación insoportable para él. Ella todavía la quería más dura. No estaba complacida. Él se deslizaba dentro y fuera. ¿Adonde? Ella quería saber adonde. Él no podía decírselo. Fingiría que no lo sabía, incluso para sí mismo, y así no se lo diría. Agonizaba por soltar la polla.

—¿Adonde? —Ahora ella tenía los ojos totalmente enrojecidos.

Stanbridge. Rufford dijo que iba a irse a casa, a Stanbridge. No pudo evitar que ese pensamiento acudiera a su mente. ¡No! No debería haberlo recordado. Le embestía con fuerza y ella se contorsionaba contra él. Se mordió el labio hasta que le sangró y ella le lamió la sangre del labio. Eso le hizo sacar los caninos. Le pincharon en la carótida, en el otro lado. Ella se sujetó a él y chupó mientras él le clavaba la polla. Notó que su vientre se contraía alrededor de él por el orgasmo. La sensación en la polla estaba más allá del placer y más cercana al dolor.

Al fin, ella se recostó en la cama, respirando con dificultad, y le permitió salir. Tenía la polla en carne viva, y todavía le vibraba de las sensaciones.

—Me he distraído —dijo ella—. ¿Por dónde íbamos?

Sus ojos habían dejado de tener un tono borgoña y ahora habían adoptado un brillo carmín.

Él luchó contra la palabra que se le formaba en la mente y que pujaba por ser pronunciada. Se apartó, pero ella le sujetó por la nuca y, con una fuerza increíble, le hizo darse la vuelta para mirarle a la cara.

—Sé que lo sabes —le dijo en un susurro que pareció penetrarle en la mente.

—¡Stanbridge! —gritó él, y se dejó caer al lado de ella. ¡Traidor! Se le llenaron

los ojos de lágrimas.

—Eso está mejor —le tranquilizó Asharti, acariciándole el pelo—. Estoy sorprendida de que todavía te quede tanta resistencia. Te irás mañana a Inglaterra con una carta.

Él levantó la cabeza. ¿Irse? Reprimió la súbita esperanza que, seguramente, sus ojos iban a delatar. ¿Dejarla? Su traición le había ganado la libertad. La culpa le inundó.

—Pero primero, esta noche, debes ser castigado por tu resistencia.

Davie parpadeó mientras el olor a sangre y la pequeña casa volvían a su conciencia. Apartó la mente de El Golea antes de soltar el castigo. Pero no era posible que Asharti se desvaneciera por mucho tiempo. Estaba condenado a revivir eso una y otra vez, quizá para el resto de su vida.

Rufford agarró a Davie del brazo.

—Está muerta. La he visto morir.

Davie cerró los ojos.

—¿Lo está? A mí me parece bastante viva.

Rufford respiró con fuerza y se sentó. Tenía el cuerpo cubierto de unas cicatrices que estaban desapareciendo con rapidez. Pero Davie también veía las cicatrices más antiguas, las que había visto cuando Rufford le había sacado del desierto de El Golea, unos círculos iguales en la garganta y en la entrepierna, en la parte interior de los brazos, así como unos desgarrones irregulares en los pectorales y en los muslos, y la señal de un látigo en los hombros. Se las habían hecho antes de que él consiguiera tener el poder de auto-curación. Se decía que él sabía lo que significaba servir a Asharti.

—Existe la vida y... el amor después de Asharti. Mírame a mí, Ware. —Sus ojos eran unos lagos azules llenos de dolor y de determinación.

Davie reprimió una risa amarga.

—¿Estás seguro? Todavía estamos intentando sobrevivir a su despedida, y no estoy seguro de que tú puedas aguantar mucho más.

—Aguantaré. Tengo que hacerlo.

«Me iré a Northumberland —pensó Emma—. Seguro que las cosas serán mejor en Birchwood.»

Tiró los guantes encima del tocador. Todavía se sentía agitada por haber dejado Bedford House por un enojo. Flora, su sirvienta, le desabotonó el corpiño y le desató las faldas. Dejó que éstas cayeran a sus pies. Flora la ayudó a quitarse el corpiño y le desató el corsé sin decir nada.

—Puedes irte, Flora. —Emma se sacó el vestido por la cabeza y se puso el

camisón de dormir que Flora le había dejado.

Las cosas no estarían mejor en el campo.

El amor no llegaba todos los días. Pero contra todo pronóstico, Emma había encontrado el amor. Amaba a Davie. Probablemente hacía años que le amaba. Por eso nunca había confundido la atracción infantil por un hombre con uniforme ni por un rostro atractivo con el amor de verdad, y por eso había podido rechazar a duques y a poetas ante las apuestas en White. Y porque había encontrado el amor, no estaba satisfecha de ser una solterona. Quería sentir otra vez la emoción que sintió cuando Davie la sujetó por los hombros o cuando le tocó la mano con los labios. Mucho más. Quería a Davie en la cama, y que le hiciera el amor, y quería tenerlo a su lado en la mesa, durante el desayuno, planificando el día. Quería compartir su vida, y darle placer y comodidad de todas las maneras que una mujer podía hacerlo. Quería hacerse vieja y sabia a su lado.

Subió a la gran cama del dormitorio reservado para la señora de Fairfield House. El fuego crepitaba en la chimenea y su calor combatía los caprichosos vientos de marzo.

Lo peor de todo era que Chlorinda y la señorita Campton la creían una rebelde por estar dispuesta a convertirse en una solterona si no podía tener el amor. No, lo peor era que era ella quien se creía una rebelde. ¿Qué había hecho, aparte de rechazar unas cuantas ofertas de matrimonio que le desagradaban y, de vez en cuando, hablar de forma demasiado directa para ser convencional? ¿Qué clase de rebelión era ésa? Eso no le había costado nada. ¿Y qué pasaba si ella se instalaba en una casa por su cuenta para que Richard se pudiera retirar a Northumberland con Damien? ¿Sería eso algo rebelde? Difícilmente.

No, la rebeldía sería plantarlo todo para ir en busca del hombre a quien amaba.

Se incorporó en el asiento. La habitación parecía expandirse y contraerse a su alrededor, todo había cambiado. La mente se le disparaba en mil direcciones distintas. ¿Por qué no? ¿Qué le importaban a ella el peligro o las penalidades?

Pero ¿y si él no la amaba? Volvió a pensar en ese día en la habitación del desayuno y en la dolorosa conversación que mantuvieron. Él la amaba. Estaba segura de ello. El deber se había interpuesto entre ellos. ¿Y qué? Ella podía ayudarle a cumplir su deber. Eso era lo que hacían las personas que se amaban.

El problema de ser una mujer era que ésta tenía que esperar a que el hombre le diera lo que deseaba. Una no podía provocarlo por sí misma.

Pero ¿por qué? Davie no creyó que pudiera pedirle que sacrificara su cómoda vida. Pero eso era exactamente lo que ella quería hacer. Quería hacer la rebelión de verdad.

Eso supondría un coste. Ella abandonaría todo lo que conocía, incluido Richard. Nunca más la recibirían en los círculos sociales educados. Según Davie, era peligroso. A lo mejor Davie se enojaría. Probablemente se enojara. Ella podía morir con él.

¿Y cuál sería el coste si no lo intentaba? Una árida decadencia en una vida carente y arrepentida. Eso era lo que le esperaba si en este momento se retiraba y no tomaba ningún curso de acción.

Los planes se le formaban una y otra vez en la cabeza. ¿Podía hacerlo? ¿Cómo podía hacerlo una mujer de buena cuna, dejarlo todo e irse a Casablanca? Con dinero, por supuesto. Con un compañero, no, con dos. ¿Dónde conseguirlos? No debía decírselo a Richard hasta que se hubiera marchado. Él no lo entendería. Pero Damien la ayudaría. Él siempre se ablandaba con ella, y estaba interesado en que ella se apartara de Richard. Además, Damien creía en el amor verdadero.

Él se enfrentaría a la cólera de Richard. Un pasaje en un paquebote. ¿Podría encontrar a Davie en Casablanca? Seguramente en la embajada sabrían dónde se encontraba. A no ser que lo peor ya hubiera sucedido. Pero no quería pensar en eso. Lo primero que haría por la mañana sería escribir a Damien.

DAVIE caminaba a pasos largos por las polvorientas calles de Casablanca con unas botas de piel, un chaleco sobre el torso desnudo y un pantalón suelto de beréber. No era que nadie fuera a confundirle con uno de ellos. La piel blanca estaba bronceada y llevaba el pelo claro oculto bajo un pañuelo, pero los ojos claros le traicionaban. El sable que le colgaba del cinturón le chocaba contra el muslo. La ciudad resultaría insoportablemente cálida a no ser por el aire marino que la recorría. El sol caía sin piedad incluso en abril. Detrás de él, dos portadores a quienes había contratado esa misma mañana, transportaban una caja de madera llena de sables y un enorme paquete lleno de comida, saquitos de piel llenos de sangre y ropa limpia. No tenían ni idea de qué era lo que llevaban, y él tenía cuidado de no contratar dos veces a los mismos. Solamente escogía entre aquellos que se encontraban sentados al sol para asegurarse de que no eran vampiros, por si acaso el olor a canela estuviera oculto por el aroma de las especias o de ubre de camello.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba haciendo eso? Toda la vida. A Rufford y a Fedeyah les debía parecer todavía más tiempo. Ahora, Davie se quedaba cada amanecer hasta que llegaban para asegurarse de que podían tomar la sangre que necesitaban para sanar. El precio que esa campaña les hacía pagar era horrible. Pero no cabía la posibilidad de arrepentirse. Si a los humanos se les criaba para obtener su sangre y los vampiros se multiplicaban de forma indiscriminada, ambas razas se extinguirían por completo.

Tocó con los dedos el mensaje del almirante Groton en el cual exigía un informe completo de la situación de Casablanca y de los planes de Rufford para coordinar los esfuerzos contra las tropas de Asharti. Davie no creía que quisiera que Whitehall interfiriera en la acción de Rufford, ni ahora ni en el futuro. Rufford era un hombre con moral. Davie sonrió para sí mismo. Nunca había pensado que diría eso de un monstruo. Pero era más de lo que podía decir de Whitehall en esos momentos. Confiaba más en dejar el destino de la humanidad en manos de Rufford que en las del almirante ni en las del primer ministro.

¡Canela! Davie se dio la vuelta rápidamente y escrutó la pequeña calle ventosa repleta de brillantes telas que se secaban al sol y llena de niños que se reían al pasar corriendo por el suelo empedrado. No pudo ver a nadie sospechoso. ¡Señor! Empezaba a ponerse nervioso. Despició a los portadores, desempacó los bultos y luego se aventuró fuera para recorrer la ciudad en busca del refugio para el día siguiente. Finalmente, cuando hubo terminado el trabajo, volvió a la casa que había dejado al amanecer para vigilar a los vampiros guerreros que dormían para recuperar

fuerzas.

Se deslizó al interior de la oscura casa. Últimamente llegaban tan agotados que dormían como muertos. Sonrió ante esa idea. Ellos no estaban muertos. Los vampiros estaban muy vivos. Atravesó en silencio la puerta delantera, y vio que la mesa todavía estaba repleta con los restos de la comida. Se dirigió hacia los dormitorios oscuros.

No tenía ningún motivo para sentir que había ningún problema. El olor a canela podía provenir de Rufford y de Fedeyah. La presencia que notó podía ser la de ellos. Pero no lo era.

¡Allí! El viento hizo volar la tela de la ventana y permitió que entrara la luz suficiente para que se reflejara en algo metálico. Davie no se paró a pensar. La espada silbó al sacarla de la funda. La sombra, un negro más profundo entre las sombras, se volvió para encararse con él. Los otros dos se removieron entre sueños. Él levantó la espalda, no muy seguro del blanco. El metal se le hundió en un costado del cuerpo y gruñó al sentir el dolor. Rufford se levantó. La espada que le habían clavado a un costado le fue arrancada. La sombra se estaba moviendo hacia la izquierda, hacia Rufford, con la espada en alto. ¡La garganta de Rufford! Davie se precipitó hacia delante blandiendo el sable con ambas manos. Dio varios golpes. Sintió un líquido caliente en la cara y en el pecho. Apartó la espada e intentó encontrar un espacio para volver a propinar un golpe. Rufford luchaba contra el intruso. No podía arriesgarse a herir a Rufford. Algo cayó al suelo con un ruido sordo. La espada del vampiro resonó por el suelo. Fedeyah se agachó, luchando contra otro atacante. Davie se dio la vuelta hacia el agresor de Fedeyah, pero Rufford, que se movía demasiado rápido para Davie, llegó allí antes que él. ¿Se limitó Rufford a sujetar la cabeza del intruso con ambas manos y a tirar? Davie debía de estar equivocado. Ahora empezaba a sentirse mareado. Era oscuro. Se dejó caer de rodillas.

Rufford dio la espalda a las figuras oscuras que se encontraban tumbadas en el suelo y arrastró a Davie hasta la habitación de delante de la casa. Fedeyah encendió una vela. Davie bajó la vista y se dio cuenta de que su ancho pantalón estaba empapado de la sangre que le manaba de la herida en el costado. La sangre le cubría el pecho y el chaleco de piel, también.

—Te ha pillado bien —dijo Rufford, haciéndole sentar en una silla. Davie estiró el cuello para mirar la habitación a sus espaldas, ahora tenuemente iluminada por el brillo de la vela que se encontraba a su lado. Había un cuerpo claramente visible. Pero no se veía la cabeza.

—Casi le cortaste la cabeza. —Rufford se arrodilló al lado de Davie para examinarle la herida—. Me has salvado.

—Es difícil decapitar con una espada —observó Fedeyah mientras cortaba un trapo limpio en tiras—. Tienes fuerza.

—Rufford tuvo que terminar el trabajo —dijo Davie con las mandíbulas apretadas a causa del dolor.

Fedeyah examinó la herida.

—Es una herida limpia. No ha tocado ningún punto vital.

Rufford tocó la sangre que cubría el torso de Davie. Levantó la mirada con ojos conmocionados.

—Parte de esta sangre no es tuya. —Le apartó el chaleco. Davie miró hacia abajo. La mancha de sangre le cruzaba el pecho en diagonal e inundaba la herida abierta en el costado.

—Debe de ser de él... —Davie miró a Rufford mientras comprendía lo que eso significaba. Sangre de vampiro. En su herida—. Dios mío. —Miró alrededor, desesperado—. ¡Agua! ¡Limpiadla!

Rufford se enderezó y le puso una mano en el hombro para que no se moviera de la silla.

—Demasiado tarde.

Davie se hundió: era hombre muerto.

En ese momento, en lo único que pudo pensar fue en Emma. Se dio cuenta de que en alguna parte dentro de él había estado albergando la esperanza de que podría sobrevivir a esa pesadilla y volver con Emma. Ahora ella nunca sabría por qué se había marchado ni cuánto la amaba. Recordó su dulce rostro, su expresión ansiosa y preocupada a causa de él que le decía de la única forma permitida cuánto le quería. La vio de niña, sujetándose la falda para meterse en el lago de lilas en persecución de una rana. Cuando él tenía diecisiete años y ella nueve, él parecía mucho mayor y más sabio que ella. Notó que se le formaba una temblorosa sonrisa en los labios. Entonces no sabía nada de ella, y ahora que lo sabía, nunca conseguiría decirle lo maravillosa que era.

—Supongo que vamos a tener que conseguirte otro suministrador —consiguió decir.

Rufford le miró con el ceño fruncido. De repente, Rufford se apartó con un gesto brusco y empezó a caminar por la habitación con gesto furioso y las manos unidas a la espalda. Los nudillos se le pusieron blancos. Davie notó que el costado le ardía y parpadeó, esforzándose por controlarlo, pero se le metía en las venas. Fedeyah se puso de pie a su lado y le miró con compasión.

—¿Cuánto... cuánto tiempo? —preguntó Davie.

—Unos cuantos días. Una semana. No es una muerte agradable —señaló Fedeyah. Miró a Rufford.

—Entonces... será mejor que me dejéis. —Davie tenía dificultades en respirar—. Os dibujaré un mapa... para que lleguéis a la próxima... casa.

Rufford se pasó las manos por el pelo. Eso hizo que se le soltara el lazo con que se lo había recogido y el cabello le cayó sobre los hombros.

—¡Mierda, Fedeyah, no podemos hacerle esto!

Fedeyah asintió con la cabeza, pensativo.

—Recuerdo que pensé esto mismo contigo una vez.

Rufford se acercó a Davie y se quedó a su lado de pie. Su expresión era sombría.

—Tengo la sangre de un Antiguo en las venas. Mi sangre te puede proporcionar inmunidad a través del Compañero y este elemento empezará a funcionar deprisa.

Davie miró a su alrededor, intentando comprender.

—¿Convertirme... en un vampiro?

Rufford asintió con la cabeza y apretó las mandíbulas.

—Creí que el tema era... erradicar... a los vampiros. —Davie se preguntó si la sonrisa que se le había dibujado era irónica.

—Lo entendiste mal. —La mirada de Rufford era dura—. Tanto Fedeyah como yo somos vampiros los dos. El tema consiste en detener a aquellos que quieren destruir el equilibrio del mundo.

—No quiero... ser un monstruo. —¿Dónde estaban esas valientes palabras que le dijo al primer ministro acerca de que los vampiros eran víctimas y no monstruos? Ahora le parecían ingenuas. No, ahora que se encontraba con la realidad cara a cara, se dio cuenta de que prefería estar muerto que convertirse en un bebedor de sangre.

Rufford asintió con la cabeza.

—Lo sé. Yo sentí lo mismo. Pero no tiene por qué ser así. No conoces la alegría de... de ser uno con el Compañero. Puede ser... algo bueno. En todos los sentidos de la palabra.

—No me parece... muy bueno... ahora. —La sensación de quemazón le estaba apagando la visión. Sentía la cabeza ligera, fuera por la pérdida de sangre o por la infección—. Creo que estoy empeorando.

—Podría obligarte. —La voz de Rufford le chirrió en los oídos.

—No lo harás. —Confiaba en la compasión de Rufford.

Rufford frunció el ceño y Davie supo que no estaba equivocado con él.

—Podrías utilizar al Compañero para hacer el bien en el mundo. Si yo te convirtiera, serías fuerte. Podríamos utilizar esa ayuda.

Ajá. Ahora jugaba con su sentido del deber. Un hombre listo, Rufford. ¿Le debía Davie al mundo incluso convertirse en un monstruo? ¿Y si ellos ganaban, por muy poco probable que pareciera en ese momento? Él se quedaría con la vida eterna y bebería sangre humana.

Y a pesar de ello... ¿dejaría que Rufford y Fedeyah pagaran el precio mientras él escapaba hacía la muerte después de pasar unos cuantos días de dolor? Empezaba a tener las ideas confusas. De repente, se sentía como un desertor, al traicionar a Rufford otra vez.

—Yo... no lo sé. —Parecía que Rufford le miraba desde una gran distancia. ¿Podía abandonarles ahora que las cosas estaban en su momento más difícil?—. Dame tu palabra de que me matarás si ganamos.

—Si todavía lo deseas, lo haré. Te doy mi palabra.

Davie parpadeó. ¿Era sincero Rufford? ¿Cuándo no lo había sido?

—Hazlo.

Estaba a punto de convertirse en un monstruo.
Entonces el túnel se cerró y no vio nada.

Estaba atado, con las piernas y los brazos abiertos, en la cama del embajador. Ashare se cernía sobre él como una pesadilla: sus ojos tenían un brillo rojizo. Él estaba desnudo. El zumo del melón que ella tomaba le goteaba sobre el pecho, que subía y bajaba rápidamente con su respiración. El dolor en la entrepierna era casi insoportable. Se debatió con las ligaduras, pero no había forma de escapar. Ella se había ocupado de él toda la noche y le había hecho sentir una necesidad dolorosa, utilizándole para su propio placer sin permitirle soltar el fuego que le quemaba por dentro. Le hizo heridas y se las lamió. ¿Cuánto más podría él soportar?

No era que no lo mereciera. Ella le estaba castigando por ocultarle información. Él merecía el castigo por traicionar a Rufford. Sentía el pene latándole sobre el vientre. Soltó un gruñido, a pesar de que detestaba ofrecerle esa satisfacción.

—¿Has aprendido la lección? —susurró ella, inclinándose sobre su oído.

—Sí —dijo él sin aliento—. Sí.

—No estoy segura. —Ella hizo un mohín y tiró la piel del melón al suelo—. Y debo asegurarme mucho antes de enviarte al mundo. Debes saber lo que te espera si me desobedeces.

El latido de su polla subió de intensidad. Ella empezaba a acariciarle.

—¡Dios, ten piedad! —suplicó él, sin aliento.

Ella soltó una sonrisa profunda que le sacudió los pechos.

—No, mi perro. Debes suplicarme piedad a mí. Yo soy tu diosa, y no tu mezquino dios cristiano. —Aumentó el ritmo de la mano arriba y debajo de la polla. Todo el rato sus ojos despedían un brillo rojo—. Suplícame compasión.

Davie casi no podía respirar. El fuego parecía estarle consumiendo por dentro. A pesar de todo, dudaba. Ella podía hacerle suplicar. Pero no lo consiguió. Ella quería que él se humillara por sí mismo, ¡maldita fuera! Pero ¿de qué servía el orgullo si él podía consumirse presa de las llamas en cualquier momento?

—Diosa... —Inhaló con dificultad—. Ten piedad de mí.

Ella se inclinó hacia delante y le rozó los labios con los suyos.

—No —dijo en voz baja, y le clavó los colmillos en el cuello.

Se estaba quemando. Volvió la cabeza de un lado a otro, intentando escapar de las llamas. Oyó unos gemidos y unas voces.

—Rufford, él te necesita.

—Casi estoy curado.

—No puede esperar.

Ése era Fedeyah. Davie abrió los ojos. Estaba tumbado en una cama en una

habitación oscura, desnudo, igual que en su sueño, sólo que no estaba atado. Y no era la gran cama estilo Tudor del embajador sino un simple colchón sobre una cama de madera. Las sábanas empapadas de sudor estaban enredadas alrededor de su cuerpo. Davie miró alrededor, esperando ver a Asharti esperándole en la esquina de la cama para torturarlo, pero solamente vio la silueta de Rufford en la puerta. El vampiro iba desnudo hasta la cintura. Tenía el torso cubierto de heridas medio curadas.

—Agua —pidió Davie.

Rufford se sentó en el extremo de la cama.

—No es agua lo que necesitas. —Tomó un cuchillo largo de la mesilla de noche y, con calma, se cortó la muñeca. La sangre manó de la herida. Davie la olió. Sintió que una parte de él se revitalizaba y quería gritar de alegría. ¿Qué era eso que sentía tan... lleno de vida?

Rufford se dio la vuelta y sujetó la cabeza de Davie mientras le acercaba la muñeca sangrante a los labios.

—Rápido, chupa antes de que la herida se cierre.

Un sentimiento de repulsión le invadió. Pero una parte dentro de él exclamó: «¡Sí!». Acercó los labios y chupó. La sangre sabía a cobre y la sentía fluir con vida por sus venas. Chupó con ansias de esa herida y una sensación de bienestar le inundó. La quemazón en las venas disminuyó, pero la herida se cerró demasiado pronto. Tuvo que reprimir la necesidad de pedirle a Rufford que se la volviera a abrir.

Pareció que Rufford le leía el pensamiento.

—Dentro de una o dos horas, cuando haya descansado. —La verdad era que Rufford tenía un aspecto horrible. Se le veían unas oscuras ojeras debajo de los ojos y las heridas se le curaban despacio. ¿Había agotado sus fuerzas para que Davie pudiera enfrentarse a la infección? Davie se llevó una mano hasta la frente, sudorosa, y se apartó unos mechones de pelo empapados de sudor. El miedo del sueño todavía le atenazaba.

—Gracias —dijo, con voz ronca—. No estoy seguro de que darte las gracias sea suficiente para lo que has hecho.

Rufford se encogió de hombros.

—Me estoy reforzando. Utilizo mi sangre de forma estratégica. Deberías darle las gracias a Fedeyah. Él te ha estado cuidando.

Fedeyah gruñó, asintiendo.

—¿Comida?

Sí, ahora podía comer. Asintió con la cabeza.

—Creo que has cruzado la frontera —observó Rufford, de pie.

—¿Cuánto tiempo hace? —Ésta era la primera vez que Davie mostraba un cierto interés. Le parecía haber estado soñando con Asharti y quemándose por dentro desde siempre.

—Dos días. Hubiera sido más rápido, pero estas noches me han hecho pagar un precio alto.

—¿Cómo está?

—La gente está abandonando la ciudad. La gente tiene pánico y está acaparando los víveres. Más enemigos están llegando, la mayoría son recién convertidos, pero actúan juntos. Es difícil.

—Lo que quiere decir es que la sangre corre por las calles.

Fedeyah le ofreció un cuenco. Davie olió los dátiles y el queso de cabra, así como el olor del jabón usado para limpiar la ropa y el ligero olor del aceite rancio en el fondo de una ánfora no utilizada que había en la esquina. Oyó el rumor de las ratas y la llamada de un imán a lo lejos. Los sentidos le inundaban de información.

Rufford se encogió de hombros e intentó parecer seguro de sí mismo.

—Los refuerzos van a llegar pronto.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Davie. De repente, se dio cuenta de lo fuerte que se sentía, de lo... completo. ¿Era ésta la alegría de que le había hablado Rufford? ¡Dios, tenía una parte a la que le gustaba ser un monstruo! La reprimió: no, no le gustaba. Se había sacrificado por la causa de la humanidad. Sufriría siendo una pesadilla para poder luchar contra la pesadilla mayor. Era un destino peor que la muerte. Su opinión sobre eso no había cambiado. Pero era un precio que estaba dispuesto a pagar, por lo menos durante un tiempo. Tanto si le mataban durante la batalla o si ganaban, Rufford le mataría.

—Pronto te daré sangre con tanta frecuencia como pueda. Y hay ciertas cosas que tienes que aprender.

Teletransportarse, pensó David. Alimentarse. Se estremeció y no se sintió muy seguro de si era horror o éxtasis lo que le corría por la espalda.

—Tengo que decirte otra cosa. El Compañero, con su voluntad de vida, nos da... las sensaciones más intensas y de todo tipo. —Rufford sonrió, levantó las cejas y se encogió de hombros—. Hace que las relaciones entre hombre y mujer... bueno, la frase «los placeres de la carne» toma un significado nuevo. —Suspiró. ¿Echaba de menos a su esposa?—. No te sorprendas por la potencia y la frecuencia de tus erecciones, especialmente al principio. Más adelante tendrás un mayor control.

Todo eso sonaba parecido a Asharti. Su fantasma parecía estar presente en la habitación, riendo con sus carcajadas de contralto. Ella necesitaba saciarse constantemente, sin tener en cuenta el coste en los demás. Una premonición horrible le sobrevino.

—Dime que no voy a ser como ella.

Rufford rió.

—No. No lo serás. Y cómo desearía haber tenido a alguien que me contara esto cuando ella me convirtió.

Todo había cambiado excepto una cosa. Él había perdido a Emma. Ahora estaba separado de ella no sólo por la distancia sino por su misma naturaleza.

—Sólo espero que Emma no sepa nunca en qué me he convertido. No podría soportar su repulsión.

Rufford le miró un momento.

—No me parece una mujer frágil. A Beth le gustó. Y a Beth no le gustan el tipo de mujeres que se ponen histéricas.

—No estoy hablando de una consideración de tipo social. Hay mucho más en juego, Rufford.

—Bueno, tú la conoces mejor que yo.

—Me alegra saber que se encuentra a salvo en su casa. Me pregunto cómo puedes soportar el poner en peligro a tu mujer.

—No fue elección mía —dijo Rufford con suavidad—. Las mujeres tienen sus propias opiniones, especialmente Beth. Y en una relación, debes tratar sus deseos de la misma forma que a los tuyos, o las perderás.

¿Consejos sobre mujeres por parte de un vampiro? El mismo que había convertido a su amada en un vampiro, además.

—Descansa —le ordenó Rufford—. Dentro de una hora podré darte más sangre.

Emma Fairfield saltó al muelle desde el jabeque que la había traído durante la última etapa del viaje desde Gibraltar. Le pareció extraño sentir tierra firme bajo los pies. Hacía tres semanas que se había marchado de Portsmouth. No había sido un viaje tan rápido como hubiera querido, pero el capitán del paquebote en el que había comprado el pasaje para ella y para sus tres compañeros se había enterado de malas acciones y de agitación política en Casablanca y llevó a sus pasajeros a Gibraltar. Emma tardó varios días en encontrar al mercader turco que llevaba el cargamento a Marruecos y que aceptó a llevarla. Una vez en Gibraltar, envió a las dos mujeres de vuelta a casa bajo la protección del señor Stubbs. Solamente había necesitado su compañía para conseguir un pasaje, dado que ningún capitán de barco respetable hubiera considerado la posibilidad de llevar a una señorita sola a bordo. Por suerte, el capitán turco no tenía ese tipo de reparos.

Durante el viaje había conseguido no dejarse atrapar por las dudas acerca de lo que estaba haciendo. Había tenido demasiado trabajo en tranquilizar a sus inquietas compañeras durante el primer tramo del viaje y luego, en Gibraltar, había encontrado demasiadas cosas nuevas e interesantes. La necesidad de tener que sobornar al capitán turco y de conseguir guardaespaldas para el segundo tramo del viaje no le había dejado tiempo de pensar demasiado.

Y ahora estaba aquí, donde debía estar Davie.

Se sorprendió al ver que solamente había tres barcos en el puerto y muy poca gente en el muelle. Por lo que ella sabía de puertos, éstos siempre estaban repletos de trabajadores, pasajeros y marineros. Pero los que se veían allí parecían moverse apresurados, como empujados por el pánico. La ciudad se extendía hacia arriba, las casas de adobe encaladas de blanco subían colina arriba. Las palmeras se mecían bajo el caluroso viento de abril y las buganvillas debían desplegar todo su color aunque, a

la luz del anochecer, resultaba difícil de ver.

Emma tragó saliva. Una multitud de ideas le pasaron por la cabeza en esos momentos: de repente le pareció que encontrar a Davie le sería mucho más difícil de lo que había imaginado. Él le había dicho que al principio estaría en Casablanca, pero eso no significaba que ahora estuviera todavía allí, después de seis semanas.

Bueno, no tenía ningún sentido lamentarse antes de tiempo. Lo primero era conseguir un techo bajo el que protegerse. Persiguió a un coche que acababa de dejar su carga meneó la cabeza y se lamentó cuando ella le pidió que la llevara al hotel Prince. La dejó sin ninguna contemplación a ella y a su baúl delante de un edificio moderno de estilo georgiano, de donde una fila de ingleses salía a la calle en esos momentos.

—¿Usted, el del coche! —Un hombre mayor se acercó al conductor—. Al puerto. Me han dicho que acaba de llegar un barco.

—Ese coche es mío —protestó con voz chillona una voluminosa mujer con un turbante adornado con plumas de avestruz. Unas cuantas personas más se acercaron al tumulto. Emma buscó al portero y, al no ver a ninguno, levantó el baúl por una de las asas y lo arrastró hacia el interior del edificio.

Dentro reinaba el caos. El recepcionista uniformado que se encontraba tras el mostrador estaba discutiendo con varias personas. Los equipajes se amontonaban por todas partes y los clientes, la mayoría hombres, con sus pañuelos mal colocados, iban arriba y abajo sin un propósito evidente, contribuyendo al caos.

—Disculpe —gritó Emma al hombre de recepción en cuanto un grupo de personas que le rodeaba se alejó de repente, abriendo un hueco—. ¿Tiene habitación?

—¿Habitación? —El hombre frunció el ceño—. Todo el mundo se está marchando.

—¿Por qué? —preguntó Emma. Unas cuantas personas la miraron, asombradas.

—La embajada está evacuando a todo el mundo —le explicó el recepcionista.

—Las calles están inundadas de sangre —explicó una mujer corpulenta.

—Es el fin del mundo, tal y como lo imaginamos —dijo un caballero de largo mostacho blanco.

—Este lugar no es adecuado para la gente civilizada.

—Hay asesinatos todas las noches.

—Se les saca la sangre a las personas.

La multitud dejó paso a un grupo de personas que, al oír estas palabras, dejaron caer los equipajes al suelo y corrieron hacia la puerta.

Emma se quedó pálida. Davie había dicho que eso era peligroso, pero encontrarse con una ciudad presa del pánico la conmocionó. Él tenía que estar ahí. Pero si la embajada había evacuado, ¿cómo le encontraría? Intentó mantener la entereza y pensar con rapidez: que fueran los demás quienes entraran en pánico. Ella tenía un propósito. Tenía que encontrar a Davie.

El recepcionista miró a su alrededor con expresión conmocionada al ver que el

grupo de personas que había a su alrededor salía corriendo hacia la puerta. «Bien», pensó Emma. Tomó la llave de la habitación 106. Eso debía de ser en el primer piso. Arrastró el baúl escaleras arriba. No se quedó mucho rato en la habitación: al cabo de un momento atravesó el vestíbulo, prácticamente vacío, y se introdujo en el corazón de la ciudad.

La poca gente que quedaba en la ciudad se apresuraba con paquetes a la espalda o pollos bajo el brazo o carros llenos de alfombras y muebles y ollas, cualquier cosa que tuvieran. Emma sintió que el pánico le penetraba en el alma. Intentó detener a varias personas para preguntarles si habían visto a un inglés alto y rubio, pero todos se la sacaron de encima y continuaron su camino.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. ¿Había recorrido todo ese largo camino solamente para encontrarse con una ciudad que la rechazaba, presa del pánico? De repente, se encontró en un mercado al aire libre rodeado de arcos de piedra de estilo románico. La mayoría de tenderetes habían sido abandonados con sus mercancías y algunos de ellos habían sido descaradamente saqueados. En otros, los artículos se encontraban rotos y esparcidos por el suelo. Los ecos de los gritos inundaban el espacio a su alrededor. Se dio la vuelta y, en el puerto, vio que un barco levantaba el ancla e izaba las velas ondeantes. Sólo un barco se quedó. La retirada le estaba siendo cortada en esos momentos en que le fallaba la voluntad. Un hombre de mala dentadura le dirigió una sonrisa lasciva y le dijo algo ininteligible mientras la agarraba del brazo. Ella se deshizo de él y corrió hasta el centro del mercado para esconderse debajo de unas telas que colgaban de uno de los tenderetes.

Agachada debajo de los tejidos, intentó recuperar la respiración. Poco a poco, se tranquilizó. Levantó la vista. Eran albornoces. Se podía cubrir el pelo con ellos. Tiró de uno que parecía el más pequeño y se lo puso. Bueno, eso estaba mejor. Miró hacia el tenderete de al lado. Unas telas tensadas sobre unos bastidores de madera se apilaban pulcramente contra la mesa. Vio que había carboncillo. Era el tenderete de un artista...

Emma tuvo una idea. Fue hasta el tenderete: carboncillo... telas, y un cuchillo.

Muy bien. Si pudiera encontrar clavos y un martillo... Tenía un plan.

Se deslizaban por las calles desiertas en silencio, los sentidos atentos a la noche, en busca de aquellos que les estaban esperando. Ahora Davie era capaz de ver con claridad en la noche. Ya no se extrañaba de que ni Fedeyah ni Rufford necesitaran velas. Hacía casi una semana que cazaba con ellos. Rufford había insistido en que les sirviera como refuerzo, dado que hacía tan poco que le habían convertido, pero eso no hacía que las batallas fueran menos horribles, ni que el horror por su nueva condición le pareciera menor. Se preguntó si Rufford y Fedeyah mantenían todavía la cordura.

Todo había cambiado durante la última semana. Davie podía invocar al

Compañero y utilizar su poder para teletransportarse o para dirigir a una mente más débil. La fuerza que tenía le asombraba y le consternaba, al igual que las quemaduras que el sol le producía en la piel y en los ojos. Todo ello eran signos de que había dejado de ser humano. Y la necesidad sexual era tan intensa que se había convertido en un tormento durante esos últimos días. Se aferraba a la afirmación de Rufford acerca de que no sería como Asharti, pero, íntimamente, tenía sus dudas. ¿Quién sabía en quién se convertiría cuando la necesidad de sangre o de satisfacción sexual le atenazara? Cada vez que la imagen de Asharti se hacía demasiado presente, se forzaba a visualizar la imagen de Emma para que el amor que había visto en sus ojos la última vez que se vieron hiciera desaparecer el recuerdo del látigo y los colmillos de Asharti. Pero las imágenes de Emma no le hacían desaparecer las erecciones. Más bien al contrario. Pensar en la repulsión que ella sentiría ante su nueva naturaleza le provocaba un vacío en el estómago, aunque no contrarrestaba el poder que su imagen ejercía en su cuerpo.

Quizá lo peor de todo fuera la euforia que parecía desbordarle algunas veces. ¿Cómo podía sentirse tan vivo, tan completo, cuando era una criatura de la noche y de la pesadilla? ¿Ardería en el infierno a causa de lo que había recibido de Rufford?

—Vamos a tener problemas para alimentarnos ahora que todo el mundo abandona la ciudad —dijo Rufford mientras recorrían un callejón ventoso en dirección a una amplia calle flanqueada de jacarandaes.

Davie continuaba prefiriendo beber sangre de la copa que Rufford o Fedeyah llenaban con la sangre de un donante. No podía soportar la idea de utilizar su poder para alargar los colmillos y clavárselos en la garganta a un ser vivo.

Tenían problemas para alimentarse desde que Davie no podía conseguir la sangre durante las horas de luz. Se escondían allí donde podían; los últimos días había sido más fácil por la cantidad de casas que habían sido abandonadas. Intentaban alimentarse antes de que el conflicto nocturno comenzara, pero muchas veces la batalla les asaltaba antes de que estuvieran listos, tantos seguidores de Asharti como había por todas partes. Y después de la batalla no estaban en condiciones de buscar lo que necesitaban. La última noche habían pasado sin nada. Sin sangre, ¿cómo iban a mantener la fortaleza?

Rufford se apoyó de espaldas contra una pared del bulevar y miró alrededor. De repente se enderezó.

—¿Bueno, Ware, tienes algún pariente llamado Davie?

Davie se sobresaltó.

—Es Vernon Davis Ware —dijo en voz baja—. Mi familia y mis amigos más viejos me llamaban Davie.

¿Por qué Rufford sentía curiosidad ahora?

Rufford se limitó a señalar. Davie miró hacia la oscuridad. En un edificio que había al otro lado del callejón, en una de las esquinas del cruce, había un lienzo colgado donde habían escrito con carboncillo o con algo parecido: «Davie Ware.

Estoy en el hotel Prince».

Davie cruzó el callejón, como hipnotizado. ¿Quién había en Casablanca que le conocía como Davie? ¿Y qué era lo que había clavado con el clavo que sujetaba el lienzo?

¡Dios! Era un mechón de cabello rubio atado con un trozo de cuerda.

Se volvió hacia Rufford.

—¡La señorita Fairfield!

El olor a canela inundó el callejón.

—Vienen —dijo Fedeyah. Davie desenfundó la espada. ¡Mierda!

—Vete al hotel Prince —dijo Rufford con la mandíbula apretada.

—No voy a dejaros a los dos solos contra ellos. —Las sombras empezaban a penetrar en el bulevar.

—¡Piensa, tío! Ahora no la puedes dejar sola en Casablanca.

Davie contó. ¿Eran ocho? Sintió un retortijón en el vientre. Rufford tenía razón, pero su deber estaba ahí.

—¿Por qué ha venido? —se preguntó.

—¿No lo sabes? —Rufford le sonrió con picardía e hizo un gesto con la cabeza—. Eres un capullo con suerte. Lárgate de aquí.

—Cuatro contra uno —le advirtió Davie.

—Nos las hemos visto peores. —Al ver que Davie continuaba dudando, Rufford arqueó las cejas—. Tengo sangre de los Antiguos en las venas, tío.

Davie inhaló el aire de la noche, cargado de jazmín y denso de canela.

—Volveré tan pronto como pueda.

—No nos encontrarás. Utilizaremos el hotel como casa. —Rufford desenfundó la espada mientras observaba la calle—. Protégela. Nos vemos al amanecer.

Davie se marchó corriendo por los muelles.

EMMA estaba sentada, en silencio por primera vez en muchos días, y miraba hacia la noche a través del pequeño balcón. No era que no estuviera asustada. Lo estaba. Pero no había nada más que pudiera hacer. Esa tarde había colocado las pancartas por toda la ciudad mientras las hordas de gente abandonaban la ciudad. El puerto estaba vacío. El último barco había zarpado con la marea de última hora de la tarde. Desde donde se encontraba veía varios fuegos en la ciudad, pero ahora los saqueos parecían más esporádicos. Había reunido lámparas de varias habitaciones para asegurarse de que tenía suficiente aceite y había cerrado la puerta con llave. Iba a quedarse allí sentada durante todo el día y la noche con una lámpara encendida a modo de faro hasta que Davie fuera a buscarla. No tenía intención de pensar en lo enojado que él estaría de que ella estuviera allí, ni en que quizá él no estuviera en la ciudad. Todo su sentido común le decía que eso iba a ir mal. Así que decidió no hacer caso al sentido común.

El hotel estaba en silencio. Los gritos en la ciudad eran cada vez más distantes. Por eso oyó con claridad los pasos de las botas que subían de dos en dos las escaleras desde el vestíbulo. Sintió que el corazón le daba un vuelco. Iban a violarla y a asesinarla en los próximos minutos o...

Emma miró hacia la puerta. Davie la atravesó como si fuera de papel a pesar de que estaba cerrada con llave.

—¡Davie! —Corrió hacia él sin pensar, sintiendo que el alivio la inundaba.

La puerta quedó colgando de las bisagras. Él la recibió con un abrazo que parecía que podía romperle las costillas, pero no le importaba.

—¡Emma! —exclamó él con los labios contra su cabello—. Emma, ¿qué estás haciendo aquí? Éste no es sitio para una mujer. —Pero el tono reprobatorio de esas palabras quedó atrapado entre su cabello. Su aliento era cálido. Él solamente llevaba una camisa con el cuello abierto, un pantalón y unas botas. Hacía varios días que no se afeitaba, pero eso no le hacía parecer más descuidado, solamente un poco más maltrecho y más masculino de lo que ella recordaba. Nunca le había visto sin chaleco y abrigo. La dureza de su cuerpo debajo de la camisa y el fuerte olor a canela se combinaron para inundarle los sentidos.

Pero le había hecho una pregunta. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Ella no había pensado en qué iba a decirle. Él la apartó de su cuerpo y la miró con ojos hambrientos. Le recorrió el cuerpo con la mirada y se detuvo al llegar a la altura del cabello.

—Oh —dijo ella en tono de disculpa, meneando la cabeza, ahora llena de cortos

rizos rubios—. Me corté todo el pelo para hacer las pancartas.

Davie le sonrió.

—Me gusta. —Pero su sonrisa desapareció—. Oh, Emma, esto es demasiado peligroso. No deberías haber venido.

Ella no podía evitarlo.

—Yo... no podía quedarme sentada en casa esperando y dejarte ante... fuera lo que fuera con lo que te enfrentarás. Y no te atrevas a decirme que solamente soy una mujer y que no puedo ayudar. —Sintió que una rabia extraña le llenaba el pecho. ¿Por qué sentía rabia? ¿A causa de que él se pusiera en peligro? ¿A causa de que él no le hubiera propuesto matrimonio? ¿De que no hubiera tenido el valor de que sus convicciones...?

Se contuvo.

—Si no me amas, comandante Vernon Davis Ware, dímelo claramente y me iré a casa. Pero si me amas, nos pertenecemos el uno al otro y las circunstancias no importan. No seré una carga para ti. Me quedaré fuera de tu camino. Pero puedo ayudarte, sé que puedo.

Él la miró con una expresión tan intensa en los ojos que ella se sintió desfallecer. Él parecía tan... vivo. Le resultaba magnético, incluso hipnótico. ¿Era así de atractivo la última vez que le había visto? Debía de ser el ambiente de peligro lo que le hacía vibrar con esa energía.

—Ésta no es una misión diplomática, Emma. Es una guerra.

—Muchas mujeres siguen a los tambores. —Tragó con dificultad—. Trabajaré en el hospital con vuestros heridos. He sido voluntaria en el hospital de Londres, ya lo sabes. O cocinaré, o lavaré para tus hombres. No soy orgullosa, Davie, y no soy delicada.

Él le acariciaba los brazos desde los hombros hasta los codos, como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo: tenía la mirada errática por la habitación.

—Emma, Emma, no lo comprendes.

Ella se sintió más segura de sí misma.

—Debes decirme que no me amas si quieres que me marche.

—Sabes perfectamente que te amo —le dijo en un tono casi cortante—. Si no, no habrías venido hasta aquí... —Pareció que intentaba reunir fuerzas—. Tu reputación... ¿tienes algún compañero? ¿Tu hermano?

—Contraté a dos mujeres y a un oficial retirado como escolta. —Él pareció aliviado. Bueno, más valía que se enterara de lo peor—. Les despedí en Gibraltar. ¿Cómo podía traerles aquí con todos esos rumores acerca de las calles llenas de sangre? —En esos momentos, la inquietud le hizo fruncir el ceño—. Me importa un bledo mi reputación, Davie. Te amo. Te vendaré las heridas, y cambiaré mis joyas por pollos para tu caldo. No puedo quedarme en casa yendo a fiestas en las cuales lo peor que uno puede imaginarse es que lady Jersey está otra vez con el hijo de alguien. Y no pienses que voy a amar a otra persona que no seas tú. Dijiste cosas absurdas ese

día en Grosvenor Square. Si no quieres estar conmigo, me iré a París o a Viena y me instalaré por mi cuenta y moriré sin conocer las alegrías del matrimonio. No pienso aceptar una unión sin amor con un duque o con un poeta.

Él sonrió con tristeza y suspiró. Luego le acarició la mejilla con el dedo índice.

—Mi valiente y rebelde Emma. Siempre has tenido más valor que diez chicas juntas.

Ella deseó que él la abrazara otra vez. De hecho, deseó que hiciera más que eso. Deseaba cruzar una frontera a partir de la cual no hubiera marcha atrás. A pesar de sus valientes palabras, necesitaba colocar Inglaterra, su casa y las pequeñas preocupaciones sociales en algún lugar fuera de su alcance, descartar cualquier riesgo de volver a casa con el rabo entre las piernas si algo salía mal. Ese día en Casablanca se había dado cuenta de que todo podía ir muy mal. Deseaba dejar a la persona que era atrás por completo. Le pasó una mano por la nuca y la atrajo hacia sí. Él parecía... bueno, asustado. Ella le acarició los labios con los suyos, casi sin creer que podría mostrarse así de atrevida. ¡Verdaderamente, era una rebelde!

—Emma —dijo él con los labios contra los de ella—. No sabes... lo que puedo... hacer.

—Sí, lo sé, Davie —repuso ella en un tono de confianza mayor del que verdaderamente sentía—. Por lo menos sé qué es lo que me gustaría que hicieras. —Para subrayar esa afirmación, pasó una mano por debajo del cuello abierto de la camisa de él. Tenía la piel de la nuca sudorosa a causa del calor de Casablanca—. Nos amamos. Vas a enseñarme cómo amarte. —Ella iba a ofrecer su virginidad para cruzar esa frontera. Lo único que tenía que hacer era convencerle.

—Debes guardarte para tu lecho de boda. —Él respiraba con dificultad. Ella le abrazó y sintió la sorprendente dureza debajo de los pantalones contra su cadera. ¡Él la deseaba!

—Éste puede ser mi lecho de boda —dijo ella casi sin aliento, señalando la cama que había en el dormitorio de la suite—. Cuando encontremos a alguien que pueda realizar la ceremonia, lo haremos oficial. —Ella se dio cuenta de que él se sentía dividido por un conflicto. Era entrañable que él estuviera tan preocupado por ella que intentara reprimir su deseo físico. Pero ella no iba a permitir que lo hiciera—. Si me deseas, tómate —le desafió—. Pero ahora no voy a darme a la ligera. Va a ser nuestra promesa.

Mil ideas contradictorias inundaron la mente de Davie. Esa cosa en su sangre le gritaba desde las venas, pulsante de vida y de intensidad sexual hasta tal punto que le embotaba las ideas. Sacudió la cabeza como para aclarársela. No podía hacer el amor con Emma. ¿Quién sabía lo que sería capaz de hacer en las agonías de la pasión? Y tampoco podía casarse con ella. Ella no sabía que era un monstruo. No podía dejar que ella se quedara en Casablanca, donde el horror acechaba por las calles. Él estaría

muerto pronto o, si sobrevivía a esa terrible campaña bélica, viviría para siempre. Ninguna de las dos cosas era buena para Emma.

Y a pesar de ello... ella necesitaba la protección del matrimonio, por lo menos por el nombre. No podía dejarla ir a alguna ciudad del extranjero sola, para que acabara siendo la víctima de cualquier delincuente que se encontrara. Si ella llevaba su nombre, podría escribir a Charles. La familia de Davie la cuidaría. Entonces ella podría volver a casa, a la comodidad de Inglaterra y de su propia familia, por lo menos. Inventaría alguna historia para explicar por qué había abandonado a sus acompañantes. Pensaría en alguna cosa.

Muy bien. Encontraría a alguien que les casara, si sobrevivía a esa noche. Tragó saliva e intentó respirar mientras la abrazaba.

—Soy tuyo —le susurró—. Mientras viva. Mi nombre va a ser tu protección, y todo lo que yo tenga.

—Para bien y para mal, hasta que la muerte nos separe —recitó ella.

Él tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Entonces, ámame.

Esa cosa que llevaba en la sangre gritó su consentimiento, pero eso era demasiado peligroso. No podía ceder a la pasión: se apartó bruscamente de ella y se dirigió con torpeza hasta las puertas que se abrían al balcón. Se apoyó en la pared.

—No me atrevo a consumir nuestra promesa de matrimonio —dijo con voz atragantada.

Ella se mostró aturdida y herida por un momento, pero entonces dijo como para sí misma:

—No te vas a ir con tanta facilidad —dijo ella en tono reprobatorio pero deliberadamente más ligero que el de él—. Prácticamente me has prometido una noche de amor, y te lo reclamo.

Él le respondió con brusquedad:

—No soy bueno para ti —le dijo, con las mandíbulas apretadas.

—Tú nunca me harías daño —repuso ella, esforzándose por sonreír.

—No querría hacértelo. —Ahora tenía una mirada salvaje—. Pero la gente como yo, bueno, hacen daño a la gente como tú. Lo sé. Yo antes era como tú. Alguien... me hizo daño.

Ella frunció el ceño.

—¿Te hizo daño físicamente?

Él asintió con la cabeza con un gesto brusco y se aclaró la garganta.

—Tú no creerías que eso es posible, lo sé, que una mujer haga daño a un hombre. Pero lo es. —Casi se atragantó al pronunciar esas palabras.

—¿Una mujer te hizo daño mientras te hacía el amor? —Su tono fue de incredulidad.

Él tragó saliva y apartó la mirada.

—Sí.

Ella tardó un momento en digerir esa afirmación. Finalmente, dijo:

—Sea lo que sea lo que te haya sucedido en esta tierra olvidada, tú sigues siendo tú. Eres un hombre bueno, Davie. Y me amas. Confío en ti. —Se acercó hasta él y le puso una mano en la espalda tensa. Inhaló con fuerza y le puso la otra mano en la cadera. Sentir el contacto de la mano de ella a través del tejido fue como recibir una descarga eléctrica directamente en la entrepierna—. Y sea lo que sea lo que te haya sucedido antes de ahora, necesitas a una mujer que te ame y que quiera darse a ti. —Él se dio la vuelta, inseguro. Ella sonrió—. Creo que cumplo los requisitos.

Dulce y generosa Emma. Esa naturaleza generosa y su valentía le conmovían. No podía permitir que ella creyera que no quería hacer el amor con ella.

—¡Oh, Dios, Emma! Te deseo como... como no he deseado nada ni a nadie nunca.

—Entonces tómame, porque yo te deseo de la misma forma. —El tono de su voz era tranquilo, aunque él se daba cuenta de que el corazón le latía desbocado. La maldición que llevaba dentro se encendió. No podía resistirse a ella. Pero podía resistir a esa cosa que llevaba en la sangre. Le haría el amor dulcemente a Emma y le ofrecería cierta noche de bodas por si acaso él ya estuviera muerto al día siguiente y ella tuviera que convertirse en una viuda sumida en la tristeza.

Levantó a Emma del suelo como si no pesara nada y la llevó al dormitorio. Sentir el fuerte pecho de él contra sus pechos le provocó un estremecimiento. ¡Por fin! Fuera lo que fuese lo que le hubiera sucedido en el pasado, ella sabía que podía sanarle, con el tiempo.

—Mantendré el control, Emma, te lo prometo —le dijo mientras la dejaba encima de la cama y empezaba a quitarse la camisa.

La pequeña habitación tenía una luz tenue. Sólo la luz de las lámparas de la sala de estar proyectaba cierto reflejo a través de la puerta. El torso pálido y musculoso de él la dejó casi sin respiración. Tenía el pecho cubierto de un vello rizado y claro. Sus pezones eran suaves. Emma se pasó la lengua por los labios pensando en qué sensación tendría cuando se los lamiera. Él se sentó a su lado, se sacó las botas y empezó a desabrocharse el pantalón. Luego se detuvo, tragó saliva una vez y bajó la cabeza.

—Lo siento. Esto no debería ser un asunto precipitado.

—Entonces, ¿me ayudarás a desvestirme?

Los pantalones de él, parcialmente desabrochados, se abrían sobre su vientre ocultando justamente aquello que ella más deseaba ver. Tragó saliva.

Él la ayudó a desvestirse. Le quitó las agujas del vestido una a una como si fuera un ritual precioso y le desabrochó la camisa, el ligero corsé y tiró de las mangas hasta que ella se quedó con la camisola. Ella se sentó y se quitó las medias mientras le miraba a él quitarse el pantalón y el calzoncillo con mucha menos ceremonia. Él se

dio la vuelta, pero no antes de que ella hubiera visto el miembro erecto que se erguía desde el vello un poco más oscuro que el cabello. Era mucho más grande que el de las estatuas que ella había visto. Bueno, eso era bastante... intrigante. ¿Podía caberle todo eso dentro? Quiso tocarlo, examinarlo, y esa idea, a su vez, le provocó una corriente entre las piernas y una sensación de estar... mojada.

Le recorrió las nalgas prietas con la mirada, los muslos fuertes, los músculos de la espalda que trabajaban mientras él doblaba su pantalón. Tenía los hombros anchos, un momento, ¿qué eran esas marcas? Emma le espió bajo esa luz tenue. Cicatrices. Unas profundas marcas de unas heridas que habían sanado sin que les hubieran aplicado puntos.

Todo eso que le había dicho de que le habían hecho daño se hizo real. Alguien le había hecho daño de una forma terrible, a propósito, una vez. ¿Había querido decir él que había sido una mujer quien le hizo eso? Lo único que Emma fue capaz de pensar fue que quería eliminar esa herida. Ella no tenía experiencia en el amor, nunca había visto a ningún hombre en el estado en que se encontraba él ahora. Pero ella era una rebelde, ¿no era así? Dejaría a un lado los remilgos virginales e intentaría darle placer, mostrarle que el amor podía ser generoso y dulce.

Davie le dio la espalda, avergonzado de la fuerte erección que, seguro, tenía que asombrarla. Dios sabe que había tenido tantas erecciones durante la última semana que debería haberse acostumbrado a ello. Pero la idea de hacerle el amor a Emma le había despertado una necesidad que era casi dolorosa de tan intensa. Ese tipo de erecciones solamente las había tenido con... ella, y nunca por propia voluntad. No quería pensar en ello.

Tenía problemas para pensar. No debería hacer el amor con Emma. Tenía el deber de reprimirse. Ella no debía ofrecer su virginidad. Él no podía casarse con ella dado que estaría muerto en cuestión de días de una forma o de otra. Tenía que mandarla a casa. ¿Cómo? Los barcos habían abandonado el puerto. Pero ella tenía que estar casada, ¿no era cierto? No podía volver a casa después de haber viajado sola y sin escolta y sin la protección de su nombre, incluso aunque él estuviera muerto. ¿Sola, en Viena o en París? Impensable. ¿Qué hacer? ¿Podía mantener el control? Ella no tenía que saber nunca que él era un vampiro. Él no tenía que hacerle daño. La respiración se le hizo ronca. ¿Cómo había podido permitir que ella le convenciera hasta llegar a ese punto, él desnudo y lleno de deseo, incapaz de pensar con claridad mientras ella esperaba sentada en la cama, detrás de él, solamente con una camisola encima, los pezones claramente visibles, y ese cabello brillante en la oscuridad? Olía el deseo almizclado de ella, casi sentía la pulsación de la sangre de ella en las venas. Cerró los ojos y supo que estaba perdido.

Iba a hacerle el amor, y a pesar de que no había tomado sangre en dos noches, conseguiría controlar sus necesidades y le ofrecería solamente ternura y un lento

deleite para esa primera experiencia sexual. Encontraría la fuerza para hacerlo. No tenía otra alternativa.

No dejó el pantalón en el suelo sino que se lo apretó contra la entrepierna y se volvió hacia ella; sentía la polla indomable que pulsaba con insistencia contra el tejido. Se quedó sin respiración. Ella se había quitado la camisola y estaba sentada, desnuda, en el borde de la cama mirándole con una tímida sonrisa. Tenía los pechos tan llenos como él los había imaginado, las piernas largas y bien formadas, y allí, entre los muslos, había la delicada mata de vello rizado y rubio que tanto le atraía.

Ella alargó una mano hacia él. Él no pudo evitar ir hasta ella. Cuando estuvo de pie ante ella, ella le quitó el pantalón con suavidad y lo dejó caer al suelo.

—¿Querías privarme de disfrutar de ti por completo? —susurró.

Incluso en la oscuridad, él vio que ella se había ruborizado. Pero entonces, ella reunió valor y alargó la mano para acariciarle la polla, con suavidad, tocándole la parte interna, pasándole el pulgar por la punta. Él creyó que iba a desmayarse.

—Es tan suave, tan sedosa —se maravilló ella—, y, a pesar de ello, está tan dura.

—Yo... me alegro... de que te guste. —¿Qué se le podía decir a una mujer que admiraba por primera vez una polla? Especialmente en un momento en que uno tenía trabajo para no tumbarla de espaldas en la cama y clavarle dicha polla en ese pequeño nido de vello rizado. Ella le tomó los testículos y los levantó con suavidad. Estaban tan hinchados y eran tan pesados que le llenaban la mano.

—He oído decir que son muy sensibles. ¿Te hace sentir incómodo esto?

Él tuvo que respirar dos veces para ser capaz de responder.

—No.

—Están duros como si tuvieran dos piedras dentro.

—Así también los noto yo. —Eso era suficiente. No podía soportar ninguna otra suave exploración por parte de ella, tan distintas de... No. No iba a pensar en ella. Había llegado el momento de que Emma sintiera placer. Y él sabía qué complacía a una mujer. Le habían enseñado. Tenía que... agradecerse a ella. Tomó a Emma entre los brazos, la colocó en el centro de la cama y se tumbó a su lado. Tenía que enseñarle despacio. Ella podía asustarse si le preguntaba si quería que la lamiera o, peor, si le pedía que le lamiera a él. Y además estaba el hecho de que ella era una virgen. Quizá ella sintiera tanto dolor cuando él rompiera su barrera que no fuera capaz de sentir ningún placer. Eso significaba que él tenía que controlarse incluso durante más tiempo. Ella tenía que recibir placer primero.

Él le acarició la frente con los labios. Su polla reposaba, dura y excitada, contra el muslo suave y blanco de ella. Él deseó que no pulsara contra ella, pero no podía hacer nada. Notó la sangre en las arterias de ella debajo de la mandíbula. Apartó todo pensamiento sobre sangre de la cabeza y le puso los labios sobre los de ella, que se abrieron para él con facilidad. La habían besado antes. Algún día querría saber quién lo había hecho. Le lamió la parte interior de los labios y luego le acarició la lengua con la suya. Ella devolvió esa caricia, y emitió un ligero sonido al apretar sus pechos

contra el pecho de él. Sus pezones, ahora dos capullos duros, parecieron quemarle la piel. Le pasó una mano por la espalda hasta las nalgas y se las apretó con suavidad. Ella le imitó e hizo lo mismo con él. Los dedos de ella parecían encender fuego en todo su cuerpo, él nunca había sentido con tanta intensidad las sensaciones de hacer el amor. ¡El aroma de ella era tan intrincado y tan rico! Notaba el olor del carboncillo que había utilizado para escribir las pancartas, las especias del mercado donde había estado, el almizcle de su deseo, y por debajo de todo, su propio olor. Y su sangre estaba tan viva. Pero no podía pensar en eso.

Ahora tenía que conducirla lenta e inexorablemente hasta el placer. La hizo tumbar de espaldas y le chupó primero un pezón y luego el otro. Ella emitió un ligero gemido de placer y arqueó la espalda en busca de sus besos. ¡Qué criatura tan sensual era! Mientras le chupaba los pezones, sus manos le exploraban el cuerpo, la suavidad de la cadera, el vientre tenso, y luego el vello rizado. Ella abrió las piernas para que él tuviera un acceso más fácil. Ese dulce acto de ofrecerse le conmovió. Deslizó un dedo entre los labios y sintió el fluido del deseo de ella. El botón del placer ya estaba hinchado. Ella aguantó la respiración al notar su tacto.

—¡Oh, Davie! —Pero no se apartó.

Él deslizó el dedo entre los labios de la vagina y le introdujo el dedo corazón en el apretado pasaje. Sintió la sangre pulsando contra su mano. Empujó hacia el fondo y notó la barrera del himen. Pero sí, estaba parcialmente roto. Gracias a su infancia poco femenina subiendo árboles y montando a ponis. Probablemente se le hubiera roto hacía mucho tiempo. Eso haría que esa noche fuera más fácil para ella.

Él volvió a dirigir la atención a sus labios y la besó largamente y con pasión mientras le acariciaba con los dedos el clítoris, cada vez más protuberante. Ella, en un gesto instintivo, frotó los pezones contra los de él buscando nuevas sensaciones. Dios, si tuviera tiempo suficiente, se lo enseñaría todo. Una mujer como ella debería tener la experiencia completa de hacer el amor, y hacerlo a menudo. Con él. Ella ahora contenía una exclamación, contra sus labios. Él volvió a bajar los labios hasta su pezón y ella le acarició la membrana húmeda. Él pensó que ella estaba cerca. No debía mantenerla tan cerca del fin durante demasiado tiempo, porque si no quizá ella no llegara al clímax. Él detuvo todo movimiento y contuvo el aliento durante un largo momento; luego, cuando ella volvió a mover las caderas buscando sensaciones nuevas, él redobló sus esfuerzos. Ella arqueó la espalda hacia él casi al instante y gritó y gritó mientras él la chupaba y la acariciaba. Continuó estimulándola hasta que ella empezó a moverse con brusquedad, sin ningún control, y luego cayó en sus brazos, respirando con dificultad, el pulso en el cuello acelerado y provocándole. El Compañero le tentó, pero él apretó las mandíbulas y se negó.

Era excitante haber visto su orgasmo. Ella había llegado a él con mucha naturalidad. Él se quedó allí tumbado, con ella entre los brazos, mientras la respiración de ella volvía a acompasarse. Estaba casi seguro de que podía ofrecerle otro orgasmo si esperaba un momento antes de penetrarla. Ella abrió los ojos: los

tenía encendidos de deseo.

—Eso ha sido maravilloso. ¿Es esto lo que las mujeres casadas hacen?

—Siempre que quieren.

—Yo lo querré a menudo. —Entonces pareció consciente de sí misma—. Yo había creído... que esto habría sucedido con... con tu...

—¿Mi polla? —Sonrió—. Así es. Y también de otras maneras.

—Bueno, entonces, creo que quiero tu... polla.

Esa palabra pronunciada con sus labios, susurrándosela al oído mientras ella le acariciaba el órgano en cuestión, le provocó una exquisita tortura en la entrepierna. Ella volvió a frotarle la punta, y esta vez el claro líquido de la excitación de él hizo que el dedo se deslizara sobre la piel.

—Dios, Emma —dijo él, casi atragantándose. Se incorporó un poco y le abrió las rodillas. Luego se arrodilló entre ellas. Pareció que todo su cuerpo estaba vibrante de deseo. La deseaba, la deseaba... la deseaba. Que Dios le ayudara a correrse deprisa a pesar de las llamas que amenazaban con consumir toda su capacidad de control. Se sujetó un poco por encima de ella y se colocó en la entrada de su tensa vagina.

—Esto puede resultarte incómodo —lo dijo en un tono urgente. Ella no quería reprimirse como tampoco quería él.

Él presionó y la penetró. Ella estaba tan tensa alrededor de él. Un poco más allá... encontró lo que quedaba de su barrera. Él empujó. Ella contuvo el aliento al sentir que él la llenaba. Eso fue todo. Luego él salió casi hasta la entrada y volvió a empujar. Esta vez ella levantó las caderas y él perdió la contención. Empezó a deslizarse hacia dentro y hacia fuera mientras la empujaba contra él y le mostraba el ritmo que les daba placer a los dos. Dios, ¿sería capaz de esperar a que ella llegara al clímax? Sintió que la sangre le rugía en las venas. La vagina de ella se contraía contra su dura polla. Emma, eso era para Emma, no para él. Ella reprimió un grito y su respiración se aceleró.

Él la hizo incorporarse y la apretó contra él mientras se arrodillaba en la cama. Empezó a moverla hacia arriba y hacia abajo sobre su polla con una fuerza renovada. Ella echó el cuello hacia atrás, enfrente de él, y a cada caricia emitió un sonido suave. No, él no pensaba dar respuesta a esa sangre que le llamaba en la garganta de ella. No le haría lo que le habían hecho a él.

Entonces ella se estremeció y emitió unos leves gritos mientras sus músculos se contraían alrededor de él y le mojaban la polla. Él explotó. El mundo se tornó rojo. Él expulsó su alma fuera en una corriente de lava al tiempo que la oscuridad amenazaba con apagar su visión.

Parpadeó mientras la habitación volvía a mostrarse a su vista. ¿Qué clase de orgasmo era ése? Se había sentido como si se hubiera... ¿Transformado? ¿Cómo si hubiera renacido? Pero había conseguido no tomar la sangre de ella. Un mundo nuevo se abrió para él: era capaz de resistirse a la necesidad. Había sido una relación sexual, extraordinaria, pero normal después de todo.

Emma le estaba mirando con una expresión tierna en los ojos.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó él.

—He sentido solamente una punzada. Nada comparado con lo que ha venido después. Sabes —dijo ella, pensativa—, la primera vez ha sido muy bueno, pero la última vez, contigo dentro, ha sido más completo. ¿Dijiste que hay otras maneras?

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Muchas otras maneras.

—Quiero conocerlas. ¿Cuántas veces podemos hacerlo?

—No lo sé —repuso él con una carcajada—. Muchas veces.

—Bien —contestó ella, acurrucándose contra él.

—Quizá no lo podamos hacer de forma indefinida de una tirada —corrigió él—. Después de unas cuantas veces tendremos que descansar. Pero siempre nos quedará mañana.

¡Rufford! Rufford y Fedeyah iban a volver al amanecer. Si es que habían sobrevivido a esa noche. Ellos habían estado cumpliendo con su deber y habían sufrido mientras él había estado entreteniéndose con Emma. Se incorporó y se apoyó en un codo. Cuando llegaran, estarían heridos y sangrientos, y sanarían demasiado rápido. Tenía que mantener apartada a Emma de eso y que no supiera que lo que la protegía de los monstruos era otro monstruo. Ella nunca tenía que saber lo que él era.

Pero primero, dejaría que ella le mostrara cuántas veces quería que le hiciera el amor esa noche.

—Vamos a recibir unas visitas al amanecer —le dijo él, mirándola con ternura. Se sentía muy triste de que esa noche tuviera que llegar a su fin. Habían hecho el amor hasta quedar exhaustos. Ella justo acababa de despertarse después de unas cuantas horas de sueño, y él la atrajo hacia su pecho. No había manera de detener el tiempo, a pesar de todo—. Necesitan un lugar donde recuperarse de sus batallas. Mi... mi trabajo ha sido cuidarles, y debo ir a hacerlo cuando lleguen. Y mañana por la noche estaré con ellos, luchando.

Ella también se incorporó y se apoyó en un codo. Tenía los labios hinchados de tanto besarse, y las mejillas y los pechos todavía estaban enrojecidos.

—Por supuesto. Puedo ayudarlos. Puedo cuidar a tus compatriotas, y a ti, no lo quiera Dios, si llega la necesidad.

—Ellos tienen sus hábitos. No puedes hacer nada. —Odiaba tener que rechazar su oferta.

Ella le miró de una forma extraña y se sentó en la cama.

—Vernon Davis Ware, si piensas que he venido hasta Casablanca, me he casado contigo, que es justo lo que acabo de hacer excepto por el ministerio de Dios, para permitir que me mantengas a distancia, tendrás que replanteártelo de nuevo. Cualquier asunto que tú tengas es asunto mío. ¿Lo has comprendido?

Lo comprendió. Pero por supuesto ella no tenía ni idea de en qué se había metido. Cuando el amanecer se acercara, la encerraría en la habitación de al lado para protegerla del conocimiento de con quién se había casado, por poco que fuera el tiempo que durara ese matrimonio. Al pensar eso, pareció que una ráfaga de viento invernal le entrara en el alma, sombría e inhóspita. Y lo que era más preocupante, no habría ningún pequeño fuego que se encendiera en ese paisaje helado y que le hiciera sentir que la sangre es la vida.

6

«¿CÓMO se atreve? —pensó Emma mientras luchaba con el pomo de la puerta—. ¡Me ha encerrado!»

Se dio media vuelta y apoyó la espalda contra la puerta. Había entrado en esa habitación por insistencia de él, a causa de la cerradura rota. Allí estaba ahora, vestida con ropas de trabajo y unas botas hasta media caña, lista para bajar y ayudarle a él y a sus amigos, y ahora él intentaba protegerla de la fealdad de la vida. No estaba dispuesta a aceptarlo.

Se apartó de la puerta y fue hasta el balcón. El sol se estaba levantando por detrás de la ciudad, y formaba un halo por encima del puerto, ahora vacío de barcos. «Ya lo veremos.» —Se subió a la silla de madera y desde ahí pasó a la pared lateral del balcón—. «No mires hacia abajo. La distancia no tiene más de un metro. No es más que un salto.»

Aguantó la respiración y saltó, tambaleándose a lo largo de la pared del balcón hacia la primera habitación hasta que pudo sujetarse al toldo roto y descender por él. Atravesó rápidamente la puerta rota. Ahora tenía que encontrar a su presa. ¿A qué parte de esa casa habría ido si fuera ella quien regresara de la batalla? Probablemente había cuarenta habitaciones en ella. No, no habría ido a ninguna habitación. Estaría en la cocina.

Bajó con prudencia la enorme escalera, luego se dirigió hacia detrás del vestíbulo. Les oyó antes de verles.

—Dios, Rufford, si no llegan pronto los refuerzos... —Davie parecía preocupado.

—Vendrán... —Era una voz cansada de barítono que ella reconoció. Ella había asistido a su boda con Ruth Rochewell. ¿Ian Rufford estaba allí con Davie?

—Fedeyah, siéntate. Bébeteste esto. —Davie en su tono más imperativo.

—¡Basta! Queda tan poca. —Un acento árabe—. Guarda un poco para Rufford y para ti.

Ella se deslizó en silencio hasta la puerta abierta de donde procedían las voces.

—Iré a buscar más. —Esto lo dijo Davie, pero no estaba seguro. Ella lo notó en su tono de voz.

—No puedes salir a la luz del día. —El señor Rufford respiraba con dificultad—. Te quemarás.

—La ciudad está vacía, sólo están ellos —dijo el árabe—. A no ser que Alá provea, tenemos que pasar sin eso.

Emma espió por la puerta. Davie estaba de pie delante del señor Rufford, quien se encontraba tumbado en una de las largas mesas de madera del centro de la cocina.

Tenía la cabeza del señor Rufford sujeta con uno de sus brazos y le estaba ayudando a beber de una copa. El señor Rufford tenía los labios manchados de rojo, igual que todo lo demás. Había sangre por todas partes. Unas heridas terribles se veían a través de los desgarrones de la ropa que todavía llevaba puesta. Ante la lumbre de una chimenea llena de botes se encontraba sentado un hombre árabe de ojos tristes que también estaba herido. Todo el lugar olía a sangre. Una sensación de conmoción y de repulsión la inundó.

—No tendría que haberos dejado solos contra ellos —dijo Davie, en un tono lleno de culpa.

El señor Rufford se incorporó y miró a su alrededor. ¿Cómo podía respirar?

—Entre, mi querida señora Fairfield —dijo en un tono ronco de voz.

Davie se dio la vuelta de inmediato. El árabe levantó la mirada. Ella suspiró y dio un paso hacia delante.

—¡Señorita Fairfield! ¡Vuelva a su habitación! —gritó Davie. Dejó a Rufford en la mesa, se acercó a Emma y la sujetó por los hombros.

—¿Señorita Fairfield? ¿Vuelva a su habitación? Tal y como recuerdas, comandante Ware, tan pronto como encuentres a un ministro de Dios, seré Emma Ware. Y cuando acepté tu propuesta de compartir la vida contigo te dije que lo compartiría todo, tanto si te gusta como si no. —Miró a los otros hombres. Estaba a punto de preguntar cómo podía ayudarles cuando una herida que el señor Rufford tenía en la frente se cerró antes sus ojos. Reprimió una exclamación de asombro. ¿Qué estaba sucediendo allí? Davie intentó que se diera la vuelta y que saliera de la habitación, pero ella se deshizo de él. Miró al árabe: una cicatriz rosada que tenía en el rostro desapareció lentamente de su mejilla.

—¿Qué es lo que sois? —le susurró al señor Rufford, ignorando las protestas de Davie.

—No se lo digas —le advirtió Davie.

—No somos como usted, señorita Fairfield —dijo el señor Rufford mientras se apoyaba con un codo—. Ya no. —Una herida de espada que tenía en el pecho empezaba a cerrarse.

Ella tragó saliva con dificultad y se esforzó por respirar.

—Ya lo veo. —Se volvió hacia Davie—. Será mejor que me lo digas.

Él apartó la mirada, avergonzado.

—Quizá sería más fácil si se lo dijera yo, señorita Fairfield. Me sentiré más fuerte en un momento. —El señor Rufford volvió a tumbarse, visiblemente exhausto.

Ahora ella quería saber. Davie estaba apoyado en el marco de la ventana con expresión vencida. Ella miró al árabe.

—Dígamelo usted.

El árabe miró a Davie.

—Tenemos una cosa en la sangre, señorita. Eso nos ha cambiado.

—¿En qué? —Ella atravesó la habitación y fue hasta él, despacio—. ¿En qué os

cambia?

—Somos fuertes. Podemos curarnos y vivir mucho. La luz del sol nos hace daño. Podemos movernos sin ser vistos.

Davie se apartó de la ventana. Tenía una expresión fiera en el rostro.

—No creo que le estés haciendo justicia, Fedeyah. Es una enfermedad, Emma. Somos vampiros. Somos inmortales a no ser que nos decapiten, y bebemos sangre humana. No hay forma de evitarlo. Y Fedeyah ha olvidado mencionar el hecho de que podemos influir en las mentes más débiles.

¿Eran vampiros? Esa palabra despertó ecos en su memoria, unos ecos con unas horribles vibraciones.

—Dios de los cielos —continuó Davie, negando con la cabeza— ¡ni siquiera podemos suicidarnos! Rufford lo sabe; lo ha intentado bastantes veces. Somos monstruos, Emma, una vez nos hemos infectado. Monstruos. —Esa última palabra fue pronunciada con tal desconsuelo que ella sintió que el corazón le daba un vuelco.

Se quedó de pie, parpadeando como una estúpida, preguntándose qué hacer, qué pensar. Vampiros, sangre humana, inmortalidad. Y Davie, su Davie, ¿estaba condenado a eso? Miró a Rufford, que parecía solamente medio consciente mientras sus heridas se curaban lentamente. La mancha roja que tenía en la comisura de los labios era sangre humana. ¿Cómo estaba siendo capaz de pensar en ello con tanta calma?

—¿A quién habéis matado esta noche? —Fue como si hubiera sido otra persona quien hiciera la pregunta.

—A otros de nuestra clase, convertidos por una mujer maligna. No es agradable. —Davie tenía una mueca en los labios.

Decapitación. Estaba convencida de que no era agradable.

—Quieren dominar el mundo —dijo el árabe. Su tono se hizo increíblemente triste—. Ellos crean más vampiros.

Eso destruiría el equilibrio. Nosotros hacemos la yihad contra ellos.

—¿El equilibrio? ¿Qué equilibrio?

—Nosotros no matamos a los seres humanos para conseguir la sangre —explicó Fedeyah—. No creamos a más de nuestro tipo. Existen reglas. Reglas que ellos no siguen.

—Y estas reglas no aprueban un matrimonio con una mujer que no es como vosotros, ¿verdad? —Se volvió hacia Davie. La rabia se le arremolinaba en el vientre, incontrolable. Davie bebía sangre humana e iba a vivir para siempre a no ser que fuera asesinado de alguna forma horrible luchando en una guerra contra monstruos como él—. Tú sabías esto la noche pasada. Y me dejaste creer que podíamos ser felices juntos. —Las lágrimas le manaron de ninguna parte.

—Vuelve a tu habitación, señorita Fairfield —dijo Davie. El tono de su voz era distante. Se dio la vuelta hacia la ventana.

Ella se dio la vuelta y corrió por el pasillo hacia su habitación. La maldita puerta

estaba cerrada con llave, así que fue a la primera habitación y empujó la puerta hasta el quicio, por absurdo que fuera eso. No podía impedir la entrada a las criaturas que estaban abajo. Con la fuerza que tenían podían empujar una puerta abierta y una puerta cerrada con llave. Recordó cómo Davie se había precipitado hasta la habitación. Se tiró sobre la cama, llorando, porque toda su inocencia se había perdido, al igual que todo su futuro, y en el mundo había monstruos, uno de los cuales era Davie.

Se despertó sintiéndose drogada y somnolienta. Había llegado el crepúsculo. El cielo, fuera de la ventana, tenía un color púrpura que rozaba el índigo. Alguien llamaba a la puerta.

—¿Señorita Fairfield?

«Uno de los monstruos —pensó, abatida—. El señor Rufford.»

—Adelante. —¿Qué importaba?

Él empujó la puerta con gesto brioso. Estaba aseado, afeitado, y no había sangre a la vista. Llevaba una camisa abierta en el cuello, un pantalón negro y unas botas de montar que le llegaban a la rodilla. El pelo, marrón y rizado, estaba sujeto con un lazo, igual que lo había llevado en Saint James cuando se casó con la señorita Rochewell. Ajá. Emma pensó en eso.

Él hizo una pequeña reverencia.

—¿Se encuentra bien? Pensé que quizá tendría hambre. —Ella se apoyó en un codo y vio que él traía una bandeja con asado, rábanos, algunos rabanitos pequeños y tomates, además de un trozo de pan. Estaba hambrienta. ¿Cómo era posible que su cuerpo traicionara de esa forma sus emociones? Sin esperar respuesta, él depositó la bandeja en la mesa que había al lado de la cama. Ella se sentó y se tocó el pelo.

—Tiene buen aspecto. —Él dudó, como si creyera que debía marcharse pero quisiera quedarse.

Ella no quería que se fuera, decidió. Con la conmoción que había sufrido en la cocina, no había sabido qué preguntar. Ahora sí lo sabía.

—¿No quiere sentarse? —le preguntó ella, haciendo un gesto hacia una silla.

Él dudó un momento y luego se sentó.

A Emma le bullía la cabeza. Volvió a pensar en la boda.

—La señorita Rochewell, quiero decir la señora Rufford... —Frunció el ceño—. ¿Dónde está ahora?

—Sirve a la causa en Trípoli. —La mueca de sus labios decía que eso no le gustaba. Eso era interesante, pero a Beth Rufford le habían permitido servir a la causa.

—¿Ella lo sabía?

Los ojos de él tenían una mirada penetrante.

—¿Cuando se casó conmigo? Sí. Una muestra de su valor.

¿La señorita Rochewell había aceptado que el señor Rufford fuera un vampiro? ¿Cómo había podido hacerlo? A pesar de todo... Emma repasó todo lo que sabía. Beber sangre humana: malo, pero mientras no mataran... ¿Cómo podía estar pensando eso? Fuertes: eso estaba bien. Dirigir a la gente en contra de su voluntad: mal otra vez, pero un hombre bueno podía contenerse, ¿no era así? Se le ocurrió pensar que la compulsión era una de las maneras en que una mujer podía hacer daño a un hombre durante el sexo. Se preguntó cómo Davie habría sido infectado y si eso había tenido algo que ver con la mujer maligna que creaba vampiros. Y la cosa más importante que Emma deseaba, quizá solamente pudiera responderla ese hombre que se encontraba sentado delante de ella y que se había casado con una mujer mortal.

—¿Cómo... cómo lleva ella el hecho de que ella sea mortal y usted no? —En resumen, se reducía a eso.

El señor Rufford inhaló con fuerza.

—No necesita llevarlo de ninguna forma. Ella tampoco es mortal, ya.

Emma abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Como he dicho, tiene coraje. —Él parecía cariñoso y orgulloso. Ella le dirigió una mirada aguda—. Beth y yo aceptamos ser lo que somos. Más que aceptarlo. No lo puedo explicar. Quizá el comandante Ware también lo acepte algún día. Lo espero. Le prometí que le mataría si él me lo pedía. Espero que no tenga que mantener esa promesa. —El señor Rufford se puso en pie—. Coma. Recupere fuerzas. Tenemos que irnos pronto. La yihad nos llama.

—¡Espere! ¿Cómo... cómo se infecta uno? ¿Cómo se infectó Davie?

—Hay que ingerir la sangre de uno de nosotros, o la sangre tiene que penetrar en el cuerpo a través de una herida. El señor Ware vino a servir a nuestra causa aquí en Casablanca como humano. Fue algo increíble pedírselo, pero necesitábamos a alguien que pudiera salir a la luz del día. Él se infectó mientras nos defendía a Fedeyah y a mí.

—¿Cómo... se hizo las heridas que vi en su cuerpo? —Se sintió enrojecer.

—Asharti. —El señor Rufford apretó los labios—. Ella formó al ejército contra el que luchamos. Todos hemos sufrido en sus manos. —Hizo un rápido saludo con la cabeza: las confidencias habían llegado a su fin—. Quédese esta noche. Las calles no son seguras. —Salió en silencio.

Emma tomó el plato y con gesto distraído mordisqueó el rábano. Davie pensaba que era un monstruo. Pero Rufford, no. Él amaba a su esposa. Ellos habían aceptado... más que aceptado, que eran vampiros. ¿Qué quería decir eso?

Emma tomó una porción de asado y la mojó en salsa de rábanos. ¿En qué otra parte podía uno conseguir un asado y salsa de rábanos si no en un hotel inglés, incluso aunque uno estuviera en la otra punta del mundo? Los ingleses siempre seguían siendo quienes eran allá donde iban. Quizá era un defecto. Pero en ello había una verdad. ¿No seguía uno siendo el mismo por lejano que fuera su destino? En su corazón, ¿eran Davie y ella distintos a como eran ayer? La señorita Rufford se había

unido a su marido a pesar de conocer la verdad acerca de él. El señor Rufford debió de haberla convertido en vampiro a pesar de esas reglas, o de lo que fueran, y la amaba, y... ¿Y qué?

Y eso lo cambiaba todo.

Emma contempló las paredes encaladas de blanco de la habitación, que habían adquirido un tono carmesí con la última luz del sol. Tenía una extraña conciencia de cómo sus pulmones inhalaban y exhalaban el aire, y de los latidos de su corazón. La decisión que vibraba en su mente exigiendo ser tomada le atemorizaba.

Ella había pensado que era una rebelde porque se había negado a casarse con alguien a quien no amaba. La verdadera rebelión era algo más profundo que eso. Había pensado que era valiente al haber seguido a Davie hasta Casablanca, pero no sabía qué significaba ser valiente. Ahora tenía que averiguar de qué material estaba hecha. Se encontraba en el límite más extremo de esa experiencia y, a pesar de ello, todavía había que dar otro paso. Ella había deseado cruzar alguna frontera que cortara los lazos con la rutinaria vida en Inglaterra al ofrecer su virginidad. Ahora sabía que esa frontera no era suficiente.

El cielo se aclaraba al otro lado de la ventana de la cocina del hotel. Emma estaba preparada para el regreso de los guerreros. ¿Podría enfrentarse a la clase de heridas que había visto la mañana del día anterior? ¿Podría soportar el ver a Davie herido? No había tiempo para esos pensamientos ahora. Había preparado comida caliente, un succulento guisado de cordero. Había cortado unas toallas del hotel para conseguir vendas, aunque no estaba segura de que fueran útiles. Había una cosa que sabía que necesitarían y que no tenía: sangre.

O quizá sí.

Se oyó un ruido en el vestíbulo. ¿Saqueadores? El hotel había estado vacío todo el día. O quizá era Davie que volvía. Tomó un cuchillo de carnicero y corrió hasta la parte delantera de la casa.

Un hombre andrajoso se encontraba arrodillado delante de otros dos hombres. Lloraba e imploraba en árabe. Ella no comprendía las palabras, pero sí comprendió su expresión de horror. Sabía que su vida pendía de un hilo. Un olor a canela llenaba el aire. Era evidente que había intentado refugiarse en el hotel, sin éxito. Cuando Emma apareció, los dos perseguidores se dieron la vuelta. El más alto le dirigió una sonrisa malévolamente y la saludó. Los dos intrusos tenían un brillo avaricioso en la mirada. El más corpulento de los dos volvió a girarse ante el hombre que lloraba. El que se encontraba más cerca de ella, dio dos pasos. Los ojos se le tiñeron de rojo. No había otra forma de explicarlo. Y la sonrisa de su rostro mostró, en ese momento, unos colmillos que se hicieron más grandes. El pánico la invadió. ¡Tenía que huir!

Pero no lo hizo. Caminó hacia delante a pesar de que sabía que no debía hacerlo. A pesar de que tenía miedo. Luchó contra el impulso, pero continuó dando un paso

tras otro, con el pecho agitado a causa de una resistencia inútil, hasta que notó el aliento caliente y hediondo en la cara. Detrás de su enemigo se oyó un chillido muy humano y luego un sonido burbujeante y horrible. Pensó que iba a desmayarse, porque notó una oscuridad que bullía a su alrededor. Rezó para desmayarse. Por encima de ella, Davie chilló como un loco mientras acuchillaba a su atacante.

Todavía aturdida, Emma vio que Davie estaba herido en una docena de puntos. Y allí estaba el señor Rufford. ¿Cómo era posible que todavía se tuviera en pie? Pero allí estaban, luchando contra los dos atacantes. En el suelo, al lado de la puerta, se encontraba el hombre harapiento con la garganta cortada. La escena que se formó ante ella parecía irreal de tan horrorosa. Emma oyó gruñir a Davie al recibir una cuchillada, y un chillido de Rufford al fallar una estocada. Notó la salpicadura de un líquido caliente y parpadeó, incrédula, ante una cabeza que pasó rodando.

Había terminado. El vestíbulo parecía lleno de cuerpos despedazados. Davie se dejó caer sobre las rodillas en medio de la sangre. El señor Rufford se tambaleaba, pero fue a ayudarlo. La oscuridad se disipó y Fedeyah apareció. Ella ya estaba más allá de la sorpresa.

Fedeyah fue a ayudarla.

—Tenemos ratas en la casa —observó—. Eso hace cuarenta. —Ella vio que todavía tenía el cuchillo de carnicero en la mano. Lo oyó caer al suelo.

¿Era esto? ¿Era esto con lo que se habían estado enfrentando cada noche?

El señor Rufford pasó uno de los brazos de Davie por encima de sus hombros.

—A las cocinas.

Emma les siguió, todavía parpadeando. Entraron con paso débil en la cocina, llena del olor de las especias del guisado de cordero y con las pilas de vendajes que había preparado. Fedeyah se sentó en la lumbre. El señor Rufford izó a Davie hasta la enorme mesa de madera y luego se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra una de las patas de la mesa. Davie no se movía.

—¿Qué, qué puedo hacer por vosotros? —preguntó ella con voz débil. Los vendajes que había preparado parecían ridículos.

—Sangre —dijo el señor Rufford casi sin aliento.

Ella sintió que la sangre le desaparecía del rostro.

—No, no. —Rufford negó con la cabeza con gesto vigoroso—. No de la tuya. Del hombre muerto que está al lado de la puerta. Debe ser sangre de un humano.

Ella tragó saliva. Muy bien. Tomó un cuenco de cerámica pintado con unos intrincados diseños y se volvió para dirigirse al vestíbulo. Mantuvo la mente controlada, concentrada. «Un paso. Otro paso. Uno más. Observar la habitación. Localizar al hombre andrajoso. ¿Estaría todavía sangrando la herida de su garganta? Sí. Un paso. Otro paso. Uno más. Arrodiíllate. Aguanta el cuenco. Mantén la mente en blanco. No mires esos ojos opacos. No hagas caso al estómago.» La sangre solamente goteaba. «Mira el cuenco. No está lleno. Examina la habitación. Hay sangre por todas partes. ¿Es suficiente? Ponte de pie. Espera a que la habitación se detenga. Un paso.

Otro paso. Uno más. Cuidado con el cuenco.»

Cayó de rodillas en el pasillo y vomitó sobre las baldosas del suelo. Pero no tiró el precioso contenido del cuenco. Luego se puso en pie, insegura. «Ve a la cocina. Arrodíllate delante del señor Rufford.»

—¿Es suficiente?

Vio la respuesta en los ojos de él.

—Dásela a Fedeyah y a Ware. Yo me las arreglaré.

Ése era el momento.

—Yo me encargo del señor Ware —susurró, ofreciéndole el cuenco al señor Rufford.

Él la miró con los ojos exhaustos, pero con una leve sonrisa. Asintió, tomó el cuenco y bebió la mitad. El color ceniciento de su piel desapareció.

—Le dije que era un tipo con suerte.

Ella se mordió el labio y miró a Davie.

—Eso no es tener suerte.

—A pesar de ello, sí podemos ganarle a esa marea.

—Espero que tengas razón. —Le llevó el cuenco a Fedeyah, que se bebió el resto. Tanto él como el señor Rufford estaban sanando rápidamente.

—¿Cómo... cómo hago esto? ¿Debo hacerme un corte? —Deseó tener el valor necesario para hacerlo.

Para su sorpresa, el señor Rufford se puso en pie y miró a su alrededor. Luego levantó a Davie de la mesa, se cargó su peso muerto en la espalda y se dirigió tambaleándose hacia una pequeña despensa, fuera de la cocina principal. Allí dejó a Davie encima de unos sacos de harina.

—Con cuidado —dijo el señor Rufford—. Túmbate a su lado. Él sabrá qué hacer. —Y salió de la habitación.

Emma miró a su alrededor y vio una vela y un pedernal. Encendió la vela y cerró la puerta. El olor a harina y a grano seco era menos fuerte que el olor a canela y a sangre que procedía de Davie. Tragó saliva. «No es el momento de perder el coraje de tus convicciones.» Davie la necesitaba. Y si lo que él necesitaba no se encontraba en la línea de zurcir pañuelos y atender a cenas sociales, bueno, eso era justo de lo que había escapado en Londres.

Intentó no mirarle las heridas mientras se tumbaba. Sólo tenía una conciencia parcial de que él estaba lleno de cortes y heridas por la mayor parte de su cuerpo. Tenía la ropa destrozada. «Se curará —se dijo a sí misma—. Igual que Rufford y que Fedeyah.» Se apretó contra el costado de él y sintió el calor de su cuerpo. Se apartó el pelo de la frente. Tenía un corte en la mejilla que no parecía estar sanando en absoluto, y otro en el hombro, visible a través de la camisa rota.

—Davie —susurró. Los párpados de él vibraron—. Davie, despierta y toma lo que necesitas.

Los ojos azules se abrieron y se esforzaron por enfocar la visión. Luego se volvió

hacia ella.

—No deberías estar aquí, Emma —susurró—. No tendrías que haber visto...

—Aquí es exactamente donde debo estar —le corrigió ella. Intentó mantener el miedo a raya al ver que los ojos de él se tintaban de rojo.

—No —exclamó él con un sollozo estrangulado. Sus ojos volvieron a ser azules. Apretó la mandíbula—. Soy una bestia, Emma.

Ella llevó una mano hasta su barbilla y con suavidad le obligó a volver el rostro hacia ella.

—Tú eres mi Davie. Yo soy tu Emma. Nada ha cambiado. Te quiero, Vernon Davis Ware. Y no voy a abandonarte solamente porque eres inmortal y fuerte. O por la sangre. La señorita Rochewell no abandonó a Rufford.

—Tú no sabes...

—Sí lo sé. Seguro que no hay nada que pueda ser peor que lo de esta noche.

—Un mortal, un no mortal... —Negó con la cabeza con gesto débil.

Ella dejó eso para más tarde, simplemente le levantó la barbilla y le ofreció la garganta.

Los ojos de él empezaron a brillar con un tono rojizo.

—No puedo tomarla de ti... —dijo en un sollozo desesperado.

—No vas a tomarla, mi amor. Yo te la doy. Es muy distinto. —Ella le acarició la línea de la mandíbula y los ojos de él adquirieron un color completamente rojo. ¿Iba a gruñir, al igual que habían hecho los del vestíbulo? ¿Le cortaría la garganta?

En lugar de eso, él la besó, con suavidad. Los labios de él le acariciaron la barbilla, y el cuello.

—No te merezco —murmuró. Luego le dio un beso en la garganta. Ella se obligó a relajar los hombros y echó la cabeza hacia atrás, esperando. Pero él continuó besándola con tanta suavidad, con tanta ternura, que ella empezó a sentirse húmeda entre los muslos. Se acordó del día anterior, haciendo el amor durante el día, el dulce placer que la atravesó una y otra vez bajo el tacto de Davie. Y cuando los puntos gemelos de dolor finalmente aparecieron, se le mezclaron con la sensación de hacer el amor. Davie le llenaba todos los sentidos, incluso el dolor. Gimió y él la apretó contra su cuerpo y empezó a chupar a ritmo constante.

—Ahhh, Davie, Davie —murmuró ella, mientras le sujetaba la cabeza contra su garganta. El dolor había desaparecido. Lo único que le quedaba era la sensación de ser uno con él, de estar poseída. El latido de su corazón servía para impulsarle la sangre hasta la boca de él. La arteria de su garganta se abría para él. Sus caderas empezaron a moverse como por cuenta propia y los dos se mecían juntos. Y luego le sobrevino una sensación de... distancia, como si se encontrara flotando lejos de la marea de ese apasionado intercambio. Se relajó entre sus brazos.

En cuanto ella se hubo relajado, él se apartó bruscamente con un grito.

—Emma, Emma, ¿he tomado demasiada? Dios, ¿qué es lo que he hecho?

Ella le miró con ojos somnolientos.

—No. Ha sido... excitante.

Ella se dio cuenta de que la herida en la garganta de él se había cerrado. Eso le hizo despertar rápidamente. Se sacudió el letargo del cuerpo y le examinó mientras él estaba encima de ella. Si no se ponía en marcha, sería demasiado tarde. Pero no, la herida del hombro todavía estaba abierta y manaba sangre. Ella se apoyó sobre un codo y le empujó para que se tumbara de espaldas. Él pareció sorprendido. Entonces ella bajó la cabeza, le apartó la camisa destrozada e, inhalando con fuerza solamente una vez para reunir valor, le lamió la herida.

Su sangre tenía un sabor cobrizo, denso. No era desagradable. Volvió a lamer, sólo para asegurarse de que tomaba suficiente. La herida se cerró bajo sus labios.

Él la sujetó por los hombros y la miró con fiereza.

—¿Qué has hecho? —gritó.

Ella le miró con calma, con una calma mayor de lo que se esperaría de alguien a quien el corazón le latía de esa manera.

—He cumplido una promesa. Para bien o para mal.

—¡No tienes ni idea! —Se incorporó. Gracias a la fortaleza que la sangre de ella le había procurado, las heridas se le estaban cerrando con rapidez—. Vas a morir si no consigues la inmunidad de la sangre de un vampiro...

—Qué suerte que tengo de conocer a un vampiro. No vas a permitir que las reglas se interpongan con mi inmunidad, ¿verdad, Davie?

—Emma. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Probablemente yo muera esta noche, Emma. No podemos hacerles frente. Esta noche hemos matado a cuarenta y a pesar de ello continúan viniendo y viniendo. Te quedarás sola y tendrás una muerte horrible.

—Los dos podemos morir esta noche, Davie. O cualquier otra noche. Uno no puede conocer el futuro.

—No sabes en qué te has metido. No puedes saberlo.

—Quizá ninguno de los dos lo sepa. —Ella sonrió con expresión arrepentida—. Pero nos enfrentaremos juntos a ello.

Él la sujetó con fuerza y la zarandeó, y luego le dio un apasionado abrazo. Ella se daba cuenta de que él intentaba reprimir los sollozos que le salían del pecho. Ahí. Eso estaba mejor.

—Yo quería protegerte.

—Haz todo lo que puedas, Davie. Te permito que me protejas de todo menos de ti.

—Nunca deseé esto para ti.

—Y lo que yo deseo, ¿es que no cuenta? Somos un equipo. —Ahora fue ella quien se apartó de él y le mantuvo un poco alejado de ella—. Un equipo, y somos iguales.

—¡Qué mujer! —Él casi se rió, aunque tenía las mejillas húmedas.

—¿Lo ves? —Sonrió—. Tú tampoco sabías en qué te metías conmigo. —Se calló

un momento al notar que una sensación de quemazón le corría por las venas—. Quizá el señor Rufford no apruebe lo que hemos hecho. Y tú tienes que darme la inmunidad. No puedes flaquear ahora que hay tanto en juego. —De repente, cosas que ella no había previsto aparecieron de improviso. Sintió que abría mucho los ojos. Ahora era ella quien se sentía enferma y que era una carga para él.

Él se levantó y la ayudó a levantarse de los sacos de harina. Sus labios dibujaban una mueca de tristeza.

—Vamos a ver si Rufford intenta fastidiarnos. Vamos a ver cómo les va a él y a Fedeyah. Esta noche no han tomado sangre.

Ella le siguió llevando la vela en la mano.

—Sí han tomado sangre. Yo llené un cuenco con la del hombre del vestíbulo, el que no era un vampiro. O con lo que quedaba de él.

Él se volvió y la miró con sorpresa.

—¿Tú...?

—Me las apañé. —No le dijo que había vomitado.

Él soltó una carcajada y la tomó de la mano. Rufford estaba sentado en la mesa delante de la lumbre, comiendo en un cuenco el guisado. Fedeyah estaba sirviendo vino. Le dio a Davie un vaso. Sus heridas eran poco más que cicatrices.

—¿Señorita Fairfield? —preguntó Fedeyah, mostrándole un vaso lleno de vino—. Parece pálida.

—Gracias —asintió ella.

—Necesita sangre, Rufford —dijo Davie, sin más preámbulo. Su voz sonó con un tono frío.

—Pensé que la necesitaría —repuso Rufford—. Un guisado excelente, señorita Fairfield. No estamos acostumbrados a tanto arte en la cocina. ¿O debo llamarte señora Ware?

—Eso puede esperar hasta que encontremos a un ministro cristiano —contestó ella, sintiéndose tímida de repente. La habitación parecía moverse de manera extraña por los extremos de su campo de visión.

El señor Rufford la miró.

—Llévala arriba para que pueda ponerse cómoda, Ware.

—Tengo intención de darle lo que necesita. —Davie lo dijo como una amenaza, como una promesa. Emma sonrió. Lo había decidido.

—Mi sangre hará el trabajo más deprisa. Te mandaré una copa más tarde. Entre nosotros podremos reunir la cantidad suficiente para que su proceso sea más fácil de lo que lo fue el tuyo.

—Mi sangre es suya —dijo Fedeyah desde algún lugar lejano.

Emma sintió que le temblaban las piernas y que el fuego crecía y le alcanzaba el corazón. Quería darles las gracias, disculparse por ser un problema para ellos... pero no pudo mover los labios. Entonces Davie la tomó en sus brazos. Sintió el corazón de él latir contra sus pechos.

Noche. ¡Bendita noche! La luz de la luna entraba, brillante, a través de las contraventanas abiertas al aire de la noche. ¡Estaba viva! Tocó la lana de una bata roja en que la habían envuelto. Notaba cada uno de los hilos del tejido. El olor a jazmín entraba por la ventana. ¿Cómo era posible que nunca se hubiera dado cuenta de lo bien que olía el jazmín? La alegría de la vida le corría por las venas... sentía... más de lo que había sentido nunca en su vida. ¿Dónde estaba Davie? Tenía que decirle lo maravillosamente bien que se sentía.

Oyó unos ruidos en la calle de abajo. Apartó el cubrecama. Cuánto tiempo llevaba allí tumbada. Recordaba que Davie había estado sentado con ella, que le había hecho beber la sangre densa y con sabor a cobre procedente de su muñeca o que había sido enviada por Rufford o Fedeyah. El dolor había sido horrible, pero Davie estuvo allí en todo momento para tranquilizarla.

Se inclinó por la ventana. En la calle de abajo se encontraban Davie, Rufford y Fedeyah, las espaldas juntas, los sables desenfundados, y, en semicírculo, a su alrededor, había... ¿qué? ¿Cincuenta? ¿Cien? Ojos rojos brillaban por todas partes. Ella ahogó un grito.

—¿Una retirada estratégica, Ware? —susurró Rufford. Pero ella le oyó con claridad.

—¿De qué serviría? —repuso Davie, con decisión fría.

—Muy bien. La última resistencia contra el caos empieza aquí. —Rufford se enderezó.

«Dios, Dios, si tal y como soy ahora todavía puedo rezarte, por favor, ¡ayúdales!», pensó Emma.

Pero a la mierda con todo. No pensaba dejárselo todo a Dios. Sintió que la fuerza la invadía. No volvería a quedarse aturdida como la noche anterior en el vestíbulo mientras ellos luchaban por sus vidas. Salió de la habitación y corrió escaleras abajo. El vestíbulo había sido despejado de cuerpos. Sus pies desnudos caminaron sobre las frías baldosas. Encima de la chimenea del vestíbulo había un muestrario de espadas. Esa noche no tocaba un cuchillo de carnicero. Si Davie iba a morir en algún acto de sacrificio y deber, no importaba lo fútil que fuera, también lo haría ella.

Tuvo un momento de duda al alargar la mano hacia la pesada arma. Ella era sólo una mujer. Pero aguantó la espada con facilidad. ¡Era fuerte! No se detuvo a preguntarse nada. La bata roja que llevaba era una túnica del lugar, ricamente bordada en las costuras, y era mucho mejor que un vestido inglés para moverse. Levantó la espada y corrió hacia la calle. No tenía habilidad con esas armas. Pero ése no era el tema, ¿no era así?

Los tres hombres que se encontraban de pie en semicírculo contra esas hordas miraron hacia atrás. Rufford sonrió. Fedeyah se tocó la frente una vez. Y Davie, a punto de protestar, cerró la boca con firmeza para no decir nada. Ella ocupó su sitio al lado de él.

Él la miró con tanto amor en los ojos que esa cosa que ella llevaba dentro manó y expresó alegría. La vida parecía rezumarle por las venas. Pero no había tiempo de decírselo. Un movimiento le hizo mirar hacia sus enemigos. La pared de ojos rojos avanzó. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué estaban allí? Lo que ellos querían estaba claro. Querían que ellos cuatro estuvieran muertos. Fedeyah y Rufford se apartaron un poco para tener espacio para blandir las espadas.

—La decapitación es la única forma —susurró Davie, con una mirada dura—. Es difícil. Apunta al cuello. Yo los remataré.

Emma tragó saliva. ¿Matar a gente? ¿Lo había pensado bien? ¿Incluso a criaturas como ésas? Pero ¿qué otra opción tenía?

En ese momento, un hombre pesado que se encontraba en el centro dejó escapar un ulular chillón, y la línea se rompió formando un caos de cuerpos a la carga. Ahí estaba, la última resistencia contra el caos.

Emma sujetaba la espada con las dos manos. Davie se puso delante de ella, dando golpes. Un cuerpo se propulsó al aire desde un costado. Emma apuntó con la espada, asustada. El cuerpo quedó empalado en ella, obligando a Emma a soltarla. Ella soltó un chillido de horror. Pero entonces la criatura se puso en pie y le lanzó una estocada. Una herida se le abrió en el hombro y ella sujetó la empuñadura de la espada, que sobresalía del pecho de la criatura, y tiró. Davie cortó el cuello del vampiro. Ella no creyó que sucediera nada, pero la criatura cayó al suelo. Ella agarró la espada con las dos manos y le cortó el cuello a un chico que se acercaba, incluso a pesar de que un sentimiento de horror la inundaba. La hoja tropezó con algo. Una terrible herida se abrió, pero el chico levantó la espada. Davie cortó a otros tres que descendían en ese momento. Las sombras cayeron en cascada detrás de ellos: había demasiados. Rufford luchaba como un demonio castigador. ¡Demasiados!

En el centro del tumulto se expandió una vertiginosa oscuridad que oscureció incluso a las figuras más cercanas. Emma empujó al chico vampiro de ojos brillantes, cuya herida no dejaba de manar sangre, contra la multitud. La oscuridad les rodeaba por todas partes. ¿No había visto antes esa extraña oscuridad? Un alfanje hirió a Davie, y otro de los vampiros le estaba retorciendo la cabeza. Emma golpeó esos brazos que le sujetaban con furia. El atacante cayó, aullando. Notó que una mano la sujetaba por el hombro y se dio la vuelta: otro joven, casi adolescente, le silbó amenazadoramente mientras blandía un cuchillo y Emma se apartó de él.

El tiempo se ralentizaba a medida que los combatientes de ambos bandos empezaban a darse cuenta de que algo sucedía. Parecía que la oscuridad se filtrara en la tierra y, en su lugar, de pie entre los atacantes y todavía quietos como estatuas, se vieron quizá unos veinte hombres y mujeres, algunos de ellos vestidos como monjes y otros vestidos con ricos atuendos propios de varias naciones. La quietud no duró más que un momento. Empezaron a moverse con una rapidez mayor que la que el ojo podía captar, castigando a las hordas. Y sus ojos brillaban, rojos.

—¿Cómo aguantasteis? —preguntó un hombre alto con un exuberante mostacho. Emma estaba sentada en una esquina, justo detrás de Ian Rufford, y tenía la esperanza de que no le prestaran atención. El poder que se percibía en toda la habitación era intimidante. La energía vibraba en distintas notas y tonos. Davie había hecho subir a varios de los recién llegados para que se bañaran y se vistieran, pero quizá quince de los victoriosos se encontraban reunidos alrededor del enorme comedor y mostraban cada uno un particular desaliño. Las heridas estaban curadas y ahora estaban disfrutando de un refrigerio; las mejores reservas de las bodegas eran saboreados por monjes y por nobles con igual deleite—. Debe de haber sido la sangre del Antiguo que corre por vuestras venas.

—No hubiéramos resistido esta noche si no hubierais llegado —dijo Rufford, frunciendo el ceño mientras clavaba la vista en el fondo del vaso.

Emma reconoció a una impresionante mujer de pelo negro como el azabache que estaba sirviendo otra copa de vino a Rufford: Beatrix Lisse, condesa de Lente y la admiración de los círculos sociales masculinos de Londres. Resultaba desconcertante, no, más bien apabullante descubrir que ella había sido un vampiro durante todo ese tiempo.

—¿Por qué estás tan ansioso, Rufford? —preguntó la condesa—. El ejército de Asharti está destruido.

—Aquí —gruñó él—, pero todavía queda Trípoli.

—Ahh —dijo ella, comprendiendo—. John nos ha enviado noticias. Trípoli está segura. Tu Beth está bien.

Rufford se relajó.

—Esperábamos encontrarnos con dos. Y nos encontramos con que sois cuatro —observó la condesa, mirando a Emma.

Quizá la nueva tipología de Davie no había sido apreciada por los vampiros recién convertidos, dado que habían dedicado bastantes esfuerzos en erradicar a todo un ejército de ellos. Emma intentó pensar qué podía hacer al respecto, pero tenía problemas en concentrarse en la conversación que se mantenía a su alrededor. Pensamientos acerca de Davie no dejaban de pasarle por la cabeza y le hacían sentir con especial fuerza el punto entre las piernas. Parecía que la corriente de vida que le corría por las venas le traía imágenes de Davie desnudo y excitado. Deseó que volviera. Pero quizá eso sólo lo empeorara.

—Es irónico, ¿no es así, Beatrix? —preguntó Rufford, jugando con la copa—. Cuatro vampiros convertidos, dos de ellos por Asharti, han sido lo único que se ha interpuesto entre el ejército de Asharti y el éxito. —Y dirigiéndose a Emma en tono confidencial—: La condesa fue mi instructora en cómo ser un vampiro. —Y volviendo a dirigirse a Beatrix, añadió—: No te importó utilizar a vampiros convertidos cuando era la única manera que tenías de matar a Asharti, ¿no es verdad?

—Has dado en el clavo —asintió ella.

—Y yo llamé a Ware. Él vino, sabiendo exactamente a qué se enfrentaba. Nos

mantuvo aprovisionados y se ocupó de la logística casi durante dos meses.

—Un hombre valiente. —A pesar de ello, había un tono de recelo en su voz. Emma se dio cuenta de que varios de los demás estaban escuchando.

—Se infectó por salvarme la vida, Beatrix —dijo Rufford, en un tono duro—. No podía dejarle morir, igual que Fedeyah no pudo dejarme morir a mí.

—¿Y usted? —le preguntó la condesa a Emma, con una dulzura que ocultaba un poder todavía más peligroso—. ¿Qué le hizo recorrer el camino desde Inglaterra hasta un lugar como Casablanca?

Emma levantó la barbilla.

—Vine a ayudar al comandante Ware.

—Ella y yo estábamos prometidos. —Davie bajaba por la escalera principal, aseado y vestido. La chaqueta no le caía del todo bien. Probablemente la había tomado prestada de uno de los clientes del hotel que había huido. Pero para ella, él nunca había tenido mejor aspecto, nunca había tenido un aspecto más inglés, nunca le había parecido más suyo. Ahora reconocía la vibrante intensidad que el Compañero otorgaba. El hecho de que Davie mintiera para defender su imagen resultaba entrañable—. Ella ha sacrificado tantas cosas como cualquiera de nosotros por la causa. Yo la convertí en vampiro. Cúlrame a mí.

Emma se puso de pie. No podía dejar que Davie asumiera la responsabilidad de esto. Lo tenía en la cabeza.

—No, no lo hizo, condesa. Yo no pude reunir suficiente sangre humana para ellos tres. Así que le di mi sangre. —Davie se acercó y le puso un brazo sobre los hombros. Ella le sonrió y reunió valor al ver su actitud. Él estaba orgulloso de ella. Se dirigió a la condesa—: Y luego le lamí las heridas. No podía permitir que su condición de vampiro se interpusiera entre nosotros. En resumen, lo hice por amor. Y usted no lo comprenderá, pero es la verdad.

La condesa miró un momento a Rufford, insegura.

—Es verdad —señaló él—. Por supuesto, tú nunca has convertido a nadie por amor. John Staunton, conde de Langley, por ejemplo. Bueno, yo apostaría a que siempre ha sido un vampiro...

Beatrix Lisse levantó las manos.

—¡Ahh! No puedo perseguir como un policía al verdadero amor. Los comandantes deben acostumbrarse a ello. —Se sirvió vino en su copa, con el ceño fruncido—. Estos puestos en el extranjero nunca están dotados de champán.

Davie se sentó al lado de Emma. Los demás empezaron a decidir que se desplegarían por la ciudad para asegurarse que los que hubieran quedado rezagados de los ejércitos de Asharti ya no estuvieran. Davie tomó a Emma de la mano y ese gesto tuvo el efecto de mandarle una descarga eléctrica por todo el cuerpo, igual que había sucedido en la habitación del desayuno de Fairfield House, pero ahora aumentado cien veces.

—No tienes ninguna obligación, Emma —murmuró Davie. Bajó la mirada hasta

las manos de ambos, juntas, incapaz de encontrarse con sus ojos—. Sé que tener al Compañero en la sangre te debe parecer... una violación. Si quieres echarte atrás...

—¿Una violación? —Ella frunció el ceño. ¿Significaba eso que era él quién quería echarse atrás justo ahora que podían estar juntos para siempre? ¿Debería ella liberarle de su promesa y dejarle tiempo para decidir?

No, al carajo con todo eso. ¿Qué tenía de bueno el ser una rebelde si una no podía decir la verdad y exigir la verdad a cambio sin que importaran las consecuencias? Ella sabía qué era lo que él sentía si él pudiera mirarla a los ojos. Diplomático o no, él no podría ocultar lo que sentía por ella. Por eso ahora no quería mirarla, porque sabía que sus ojos le delataban. Emma le levantó la barbilla.

Lo que vio en sus ojos era tan complejo que necesitó un momento para interpretarlo. Él había levantado un muro. Él creía que había adoptado una expresión tranquila e ilegible. Pero por debajo de ella había una añoranza tal que no había muro que pudiera ocultarla.

Ella sonrió.

—¿Puedes llamar violación a esta vida que sentimos, a esta sensación de totalidad? ¿Yo lo llamo un regalo?

—El regalo tiene unos cuantos inconvenientes —dijo él, tragando saliva.

Ella sonrió y se encogió ligeramente de hombros.

—También la vida es así.

Él se aclaró la garganta.

—¿Significa... significa eso...?

—Significa que no tengo ninguna intención de liberarte de tu promesa, Davie Ware. Significa que quiero saber qué significará esta sensación cuando me encuentre en la cama desnuda contigo, con tus labios en mi cuerpo y tu polla entre mis muslos. He sido incapaz de pensar en nada más durante la última hora. ¿Estoy siendo suficientemente clara al respecto?

Él se sonrojó y rió, fuera por incomodidad por su lenguaje o por simpatía con sus deseos. Ella no estaba segura. En ese momento, ambos se dieron cuenta de que a su alrededor se había hecho el silencio y se volvieron.

Los demás les estaban mirando, algunos de ellos con una clara expresión divertida en los ojos. Emma sintió que toda su rebeldía desaparecía y se ruborizó violentamente.

Davie se puso en pie mientras le daba un apretón en la mano para darle confianza.

—Yo... yo necesito un favor —anunció a todo el mundo y a nadie en concreto.

—Te estamos dejando con vida —dijo el adusto vampiro del mostacho.

—Antes no hubiera considerado esto un favor —repuso Davie. Miró a Emma y ella le devolvió una mirada cálida. Luego miró a Rufford—. Te libero de tu juramento, ya lo sabes.

—Pensé que lo harías —dijo Rufford en tono irónico—. Me alegro de que no se necesiten mis servicios.

—Sí... bueno —continuó Davie, observando la habitación—. Me pregunto si vosotros, monjes del monasterio de Mirso sois... sois sacerdotes o si podéis llevar a cabo el rito del matrimonio. La señorita Fairfield y yo hemos hecho los juramentos... de forma no oficial, pero nos gustaría consagrarlos.

Un hombre bajito vestido con una sencilla túnica de lana negra se puso en pie.

—Puedes decir que somos expertos en juramentos. Yo llevaré a cabo ese rito.

—Hermano Flavio, ¿lo aprobarán los altos cargos? Las reglas dicen que debemos vivir uno en cada ciudad. Eso no permite contraer matrimonio. —El vampiro del mostacho frunció el ceño.

El hermano Flavio bajó la cabeza.

—Me pregunto si esa regla es la razón por la que no nacen niños, Delanus. Estos dos son lo bastante jóvenes y pueden traer niños preciosos. —Desvió la mirada de Rufford hasta la condesa y luego miró a Emma y a Davie—. Tenemos varias parejas aquí. No creo que quieran vivir cada uno en una ciudad distinta. —Se acercó a Davie y a Emma. Tuvo que levantar la cabeza para mirar a Davie a la cara. La observó durante un largo rato y luego dirigió la atención hacia Emma. Ella no pudo evitar ruborizarse, pero mantuvo la cabeza alta y le miró directamente a los ojos.

—Arrodillaos —dijo.

Davie tomó un cojín de una de las sillas y se arrodilló encima de él, al lado de Emma. Se le veía radiante. Y ella supo que antes de haber cruzado esa frontera sólo había estado viva a medias. Su espíritu era tan fuerte, ahora, y amaba a Davie de una manera espiritual que era mucho más grande de lo que se hubiera podido imaginar antes, además de que le amaba de una manera muy profana.

El hermano Flavio hizo una señal a Rufford y a la condesa, que se pusieron cada uno a un lado de la pareja.

—Vosotros dos seréis los testigos, los que habéis partido antes.

—Vuestra sangre os llama el uno al otro, la vida llama a la vida —recitó el hermano Flavio—. ¿Darás respuesta a tu sangre, comandante Ware?

—Sí —dijo Davie en tono firme y con esa voz de barítono que a ella tanto le gustaba.

—Su sangre llama a tu sangre, señorita Fairfield. ¿Responderás a esa llamada?

—Sí —repuso ella, pensando en lo lejos que quedaban ahora las salas de Inglaterra.

—Entonces, por todos los años que existan, el Compañero morará en el interior de vosotros, y seréis el uno para el otro.

Fue como un canto, una vibración de energía en las venas que entonaba una melodía para ella.

—Ahora estáis unidos.

El círculo que se había hecho alrededor de ellos rompió en aplausos. Sonaron unos silbidos.

—¡Aquí, aquí!

—¡Un brindis!

—¡Ware, idiota, bésala!

Davie se inclinó hacia delante. Le brillaban los ojos, no con un tono rojo sino azul.

—Para siempre —murmuró, y simplemente le rozó los labios.

—Para siempre —susurró ella, y le sujetó la cabeza para darle un beso intenso. Unas sensaciones indescriptibles la inundaron y supo que dedicar toda la vida a ello valía la pena.

—¡Eh, chico! —se rió Rufford mientras le daba unas palmaditas a Davie en la espalda—. Id arriba para hacer ese tipo de cosas. Mis virginales ojos no pueden ver semejantes muestras de pasión.

Davie se levantó y le dio la mano a Emma para que le siguiera. La atrajo hacia su costado y sintió que ella encajaba bien ahí. El calor del cuerpo de él hizo que ella sintiera que le hervía la sangre.

—Como deseas.

Asintió a Rufford con un gesto rápido y llevó a Emma hacia las escaleras. Cuando llegó a ellas, se detuvo.

—Considero terminado mi deber, Rufford. Éste no es lugar para mi esposa. Tendrás que limpiar tú los restos de todo esto.

Davie acababa de renunciar a su deber por Emma. Era el último regalo que podía hacerle. Emma vio que Rufford sonreía.

—Te recomiendo el Nuevo Mundo —dijo él—. Hay mucho espacio ahí.

Fuera, el sol empezaba a salir. Ella lo supo, incluso a pesar de que las cortinas de su dormitorio estaban cerradas, al igual que las contraventanas. El mundo parecía nuevo. Tenían todo el día por delante para hacer el amor.

Tenían una eternidad de días para ello.

Fin

EL OLVIDADO

RONDA THOMPSON

Con amor para Joanie, Teresa y Cerril. Nos hemos reído mucho juntas, amigas. Ah, y qué diablos, también a Gerry, que nos juntó a todas.

Blackthorn Manor, Inglaterra, 1821

LADY Anne Baldwin tenía una reputación. Y no una buena reputación, o, mejor dicho, demasiado buena. Se decía que era amable y dulce, de buenos modales, y dócil como un cordero casi siempre. Ella se había esforzado durante toda la vida por ser una niña complaciente con su tía y con su tío, quienes se encontraron de repente con la carga de mantener a una niña huérfana a pesar de que habían planificado no tener hijos propios.

Pero a veces, Anne no tenía ganas de ser buena. Esa noche era uno de esos momentos. Se había escapado de la casa de campo en medio de la noche para cabalgar con su caballo por los páramos. Eso era una cosa que le habían prohibido estrictamente desde la infancia.

Cabalgar a medianoche, en sí, no era tan atractivo, no lo era porque Blackthorn Manor, en Yorkshire, era un lugar bastante aislado y ella dudaba que encontrara a nadie... pero quizá sí encontrara alguna cosa interesante.

Corría el rumor de que los lobos todavía recorrían los bosques poco densos que rodeaban Blackthorn Manor. La noche era peligrosa. Y era la expectativa de enfrentarse a ello lo que hacía que el corazón de Anne latiera más deprisa y que la sangre le corriera por las venas. El pelo indomable era signo de su rebeldía. Anne se aburría consigo misma, así que imaginaba que los demás la encontraban igual de aburrida.

Nadie había ido a visitarla desde que se había instalado en la casa de campo. Dentro de tres meses iba a cumplir veintiún años y no había ninguna oferta de matrimonio sobre la mesa. Anne pensaba que eso era a causa de que era aburrida. Pero juró que cambiaría eso... por lo menos por una noche.

La cuadra estaba oscura y vacía. Anne no había pensado en llevar una vela o una linterna. Ser mala era algo nuevo para ella, si no, se dijo, no se hubiera tomado el tiempo necesario para vestirse con las ropas de montar, las medias y las botas adecuadas, ni se habría recogido el pelo. Hubiera salido a escondidas de la casa con el pelo suelto y vestida solamente con la camisa de dormir. El hecho de no haberlo hecho así la hacía sentirse decepcionada consigo misma.

Tormenta, su yegua, asustó a Anne al querer saludarla con un golpe de hocico.

—Silencio —susurró Anne—. No debes despertar al mozo de cuadra. Vamos a tener una aventura.

Unas bridas estaban colgadas de un gancho al lado de la caballeriza. A pesar de la oscuridad, Anne no tuvo ningún problema en encontrarlas y en colocárselas a *Tormenta* por la cabeza. La silla sería más difícil. Tendría que ir al cuarto de los arreos y probablemente haría ruido y despertaría a alguien. ¿Se atrevía a montar sin silla? Hacerlo así significaba montar a horcajadas.

Una vez, cuando tenía doce años, le dijo a su mozo de cuadra, Barton, que quería montar a horcajadas como un hombre. Barton casi se cayó de la montura de la conmoción. Él le dijo que una señorita no debía recibir a un caballo entre las piernas, le dijo que no era decente. Pero ésa era una noche para empresas valientes y Anne decidió que montaría sin silla. Luego decidió que lo haría con el pelo suelto y que llevaría solamente la ropa interior.

Levantó las manos y se quitó las horquillas del pelo. La densa mata de cabello le cayó sobre los hombros. Emocionada, pensó en desabrocharse los botones de la modesta chaqueta de montar. Se preguntó si quitarse la ropa no sería llevar un poco demasiado lejos la rebelión y luego se dio cuenta de que ésa era una duda sensata y tomó la determinación de no tener ninguna más esa noche.

Se quitó la camisa, temblando a causa del frío aire de la noche. Tanteando en la oscuridad, encontró un banco, se subió las enaguas y puso un pie sobre el banco. Se quitó las botas y se bajó una de las delicadas medias por la pierna.

Se encontraba en proceso de quitarse la otra media cuando tuvo la primera sensación extraña. La de que alguien la estaba mirando. Se le puso la piel de gallina. Miró a su alrededor, en el oscuro y vacío establo. *Tormenta* bufó y dio algunas patadas contra el suelo, inquieta, en su caballeriza, como si la yegua también notara que algo pasaba.

—¿Hay alguien ahí? —susurró.

No hubo respuesta.

—Tranquila, chica —tranquilizó al caballo. Anne sospechaba que el caballo había notado su propia intranquilidad y que simplemente reaccionaba a ello. Miró alrededor otra vez pero no vio nada... pero, un momento, sí vio algo. Delante de las caballerizas vio unos ojos brillantes.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué era eso? ¿Un animal salvaje? Pero no podía serlo, a no ser que estuviera subido encima de algo, porque esos ojos no estaban cerca del suelo sino mucho más arriba. Se encendió un pedernal y la pequeña llama se movió hasta el extremo de un cigarrillo y aunque eso fue un momento demasiado breve para poder distinguir las facciones, por lo menos reveló que la presencia era la de un ser humano.

—¿Eres un ladrón de caballos?

Anne había aguantado la respiración y ahora soltó un suspiro de alivio.

—Me has asustado —dijo. Fuera quien fuese ese hombre, no reconoció su voz—. ¿Quién eres?

Él no respondió; en lugar de eso, Anne sintió que sus ojos se movían a su

alrededor. Anne sabía que eso era imposible. Seguramente él no podía verla mejor a ella que ella a él.

—Soy el nuevo encargado de los establos —repuso él, finalmente.

Ella había oído mencionar a su tío que buscaría a un hombre nuevo para dirigir ese establo enorme. Aunque las ovejas eran lo que mejor podían tener dado el terreno, el tío Theodore tenía debilidad por los caballos y se enorgullecía de tener los mejores. ¿Debía presentarse al nuevo encargado del establo? La educación así lo dictaba, pero ¿la delataría? Anne sabía que sus tutores, el conde y la condesa, considerarían inexcusable el comportamiento de esa noche. Incluso podrían llegar a prohibirle que se acercara al establo y que montara. ¿Qué importaba si mentía? Él no podía verla.

—Soy lady Anne, eh, la doncella —dijo—. Pensé en dar un paseo nocturno a caballo.

—¿Solamente vestida con la piel y la seda?

Sintió que se le ruborizaban las mejillas. ¿Cómo era posible que él supiera que solamente llevaba la ropa interior? Debió de haber oído sus movimientos y, de alguna manera, habría deducido que se estaba desvistiendo.

—Tomé prestado el vestido de montar de la señorita, pero luego cambié de opinión.

—No hablas como una sirvienta.

Caray, era tan torpe en engañar como lo era en ser mala. Anne tendría que haber imitado el acento cockney que tenían la mayoría de sirvientes. Él hablaba con un acento distinto, también. Pronunciaba una «erre» muy marcada. ¿Escocés?

—La señorita siempre me dice que tengo modales de alta cuna, a pesar de que no lo soy —explicó.

Anne se sintió otra vez intranquila por el hecho de que él supiera que solamente llevaba la ropa interior. Teniéndolo todo en cuenta, debía abandonar sus planes en ese momento.

—He cambiado de opinión acerca del paseo nocturno —dijo—. Voy a recoger mis cosas y me voy.

La punta encendida del cigarrillo cayó al suelo y desapareció al cabo de un segundo, Anne pensó que debajo de la bota.

—No hace falta ir... sin.

¿Qué quería decir con eso? Anne tanteó en la oscuridad en busca de las ropas que se había quitado. Cuando volvió a incorporarse, notó que él estaba a su espalda. El calor de él le penetró el cuerpo, frío. Él le apartó el cabello del hombro.

—Tu amante se sentirá profundamente decepcionado.

La familiaridad que mostraba con ella la sorprendió, o quizá ésa era la razón de que se quedara allí clavada.

—No me importa —consiguió decir, sin aliento.

Con una gran suavidad, los labios de él le rozaron el lateral del cuello.

—Entonces, a mí tampoco me importa.

Ella sintió un escalofrío en la espalda. Conmocionada, Anne dejó caer la ropa que había recogido. El cuerpo de él era duro... por todas partes. Era más alto que ella; eso podía notarlo. Más alto. Más grande. Más fuerte.

—Insisto en que me dejes en este mismo instante —le advirtió—. No soy el tipo de... —Anne se interrumpió inmediatamente. Acababa de decirle que era una sirvienta, no le había corregido cuando él había dado por entendido que iba a encontrarse con su amante. Le había mentado. ¿Qué iba a hacer ahora?

—¿Tienes idea de lo dulce que es tu olor?

La profundidad de su voz le erizó el fino vello de los brazos. Anne nunca había oído una voz como esa. Profunda pero suave, musical. Anne tragó saliva, pero, de nuevo, no se opuso. No estaba segura de si estaba hipnotizada o helada de miedo. Las manos de él se detuvieron justo debajo de la redondez de sus pechos. Al cabo de un segundo se los tomó con firmeza. Anne aguantó la respiración. Ningún hombre se había atrevido a tocarla de forma íntima antes. Volvió la cabeza para protestar, pero él tomó sus labios antes de que pudiera pronunciar ni una palabra. Mientras la boca de él tomaba la suya, ella notó su olor, y le pareció algo casi tan físico como su tacto.

Era un olor a tierra, almizclado, masculino, fascinante. Ese olor provocó que se le llenara la cabeza de imágenes de cuerpos desnudos entrelazados entre sábanas, de piel cubierta de sudor, de susurros. Gimió con suavidad contra los labios de él y, sin romper el contacto, se volvió hacia él. Los labios de él se apretaban contra los suyos hasta que ella los abrió.

Anne nunca había sentido la lengua de un hombre dentro de la boca, y si alguien le hubiera contado que los hombres deseaban hacer eso, le habría parecido algo repulsivo. Pero no era repulsivo. La lenta invasión de él la dejaba sin respiración. Él tenía un sabor a menta con cierto aroma de tabaco. Ese olor le confundió la mente mientras los labios de él trabajaban contra los suyos y le despertó unas sensaciones que ella nunca había sentido antes. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué no podía apartarle? ¿O morderle, o hacer cualquier cosa para librarse de él? ¿Por qué no quería hacerlo?

—Por favor —susurró.

—¿Por favor, qué? ¿Qué haga esto? —Dejó de besarla y acercó la boca caliente a la oreja de ella y empezó a mordisqueársela. Le acarició los pezones con los pulgares y ella sintió una descarga eléctrica hasta su centro de mujer. Sintió que le temblaban las rodillas bajo las enaguas. Sentía dolor en puntos en los que sabía que no debía sentirlo. Nada de esto tenía que estar pasando.

El pecado había cobrado forma en su cuadra y Anne estaba permitiendo que éste dirigiera sus actos. Había querido algo especial esa noche, pero no había imaginado esto. Sacudió la cabeza, intentando aclararse la mente. Era como si él le hubiera echado un maleficio y ella no pudiera liberarse de él. Pero tenía que hacerlo.

—Te tomas muchas libertades —consiguió decir, y gracias a Dios, su voz ahora

sonó más fuerte.

—Me tomo lo que puedo tomar —replicó él—. Tomo lo que tú me das, y yo te daré a cambio todo lo que desees.

Anne necesitó más fortaleza de la que tenía para dar un paso hacia atrás y apartarse de él. Él le quitó las manos de los pechos, que todavía le cosquilleaban a causa de su tacto.

—¿Y qué tienes tú para darme? —preguntó ella, en un tono demasiado altanero para ser el de una doncella. Era, de hecho, un tono que Anne nunca utilizaba. No era el tipo de persona que se mostraba por encima de los sirvientes.

El hombre alargó la mano y volvió a atraerla entre sus brazos.

—Lo suficiente para satisfacer a una pequeña ladrona que sale a medianoche para acudir a una cita con su amante.

Él apretó sus caderas contra ella y ella, inocente o no, supo lo que él le ofrecía. También comprendió que lo que le ofrecía era mucho. Criada por una noche y ya había sido asaltada y besada por primera vez en su vida, la habían tocado en lugares donde ningún otro hombre se habría atrevido a tocarla, y le habían prometido una cosa que no tenía ni idea de si alguna mujer podría querer. Por lo menos, Anne creía saber lo que él le ofrecía.

—¿Qué es lo que piensas ofrecerme, otra vez? —preguntó, levantando la mirada hacia él, aunque fue incapaz de distinguir ni una de las facciones de su rostro.

Él se inclinó hacia ella.

—Un placer que está más allá de tus fantasías más salvajes. Tú querías cabalgar a medianoche. Te voy a hacer cabalgar de una forma que nunca vas a olvidar.

Anne tragó saliva y se sintió avergonzada al darse cuenta del ruido que había hecho al hacerlo. Ningún otro hombre se había atrevido a hablarle de esa forma.

—Eres arrogante —dijo.

—Solamente tengo confianza en mí —repuso él—. Hay un excelente colchón de paja arriba. —Le acarició el cuello con los labios y ella se estremeció—. Ven conmigo.

Anne había llevado demasiado lejos eso de ser mala. Pero le costaba pensar cuando él estaba tan cerca de ella, cuando olía ese aroma que la aturdía, cuando él le susurraba esas cosas al oído. Se dio cuenta de que quería subir con él. Fuera lo que fuese lo que él le estuviera haciendo, deseaba más. Pero Anne no era una sirvienta, en verdad, era una joven decente y estaba a punto de cometer un error que podía arruinar el resto de su vida. Encontró el sentido común suficiente para apartarle de un empujón y dar un paso hacia atrás.

—Debo volver a la casa. Quizá alguna otra sirvienta pase por aquí dentro de poco y puedes intentarlo con ella.

Él la tomó entre los brazos.

—No quiero a ninguna otra. Ninguna podría ser tan bonita como tú lo eres para mí. Ni oler de forma tan dulce, ni tener tan buen sabor, ni encender mi deseo como

ninguna otra mujer lo ha encendido antes.

Anne había recibido halagos de los hombres, pero nunca de forma tan directa. Era evidente que ese hombre estaba intentando seducirla. Y estaba funcionando. Estaba muy cerca de rendirse. Su voluntad, a menudo demasiado fuerte para su propio bien, parecía disolverse entre los brazos de él. Eso era ridículo, y había llevado el juego demasiado lejos.

—Si no te apartas y permites que me marche, voy a gritar —le dijo.

El hombre se apartó con tanta brusquedad que ella se quedó temblando por la ausencia de su calor. Sus ojos se habían acostumbrado un poco a la oscuridad y empezaba a distinguir su camisa blanca. Parecía estar apoyado contra una de las caballerizas.

—No hace falta que grites. En ningún momento he intentado retenerte contra tu voluntad. Creí que buscabas un poco de diversión. Sólo intentaba ofrecértela.

Alguna cosa en su gesto perezoso, en su tranquilidad, en esos momentos en que ella tenía los nervios destrozados y los sentidos más despiertos de lo que los había tenido en toda su vida, intranquilizó enormemente a Anne.

—Eres muy complaciente —contestó ella, y sintió unos celos irracionales. ¿Celos de sí misma? Estaba confusa y necesitaba escapar de ese demonio y de su olor que la aturdiría.

Con un gesto rápido, Anne se agachó y recogió sus cosas.

—Ocúpate del caballo —ordenó de forma automática, y entonces se dio cuenta de que su tono había sido el de alguien acostumbrado a dar órdenes y a que éstas fueran acatadas—. Por favor, quiero decir —añadió—. Le he puesto las bridas.

Los dientes de él brillaron en la oscuridad.

—Me ocuparé del caballo —dijo—. Y quizá alguna otra noche me ocupe de ti, también.

Ella quiso discutir el asunto con él, pero Anne ya había dicho demasiado en su presencia. Quizá él no reconociera su rostro a la luz del día, pero si continuaba hablando con él, sí reconocería su voz.

Deseaba tanto salir de allí que, manteniendo la cabeza alta como si esa última afirmación suya no la hubiera afectado, Anne empezó a alejarse lentamente por la oscura cuadra. Entonces notó los ojos de él que la observaban. Incluso eso fue casi una caricia. Buen Dios, ¿quién era ese hombre que podía confundir la cabeza de una mujer de tal forma solamente con el sonido de su voz, el tacto de sus labios y su extraño olor? Tuvo lástima de las pobres jóvenes que seguramente se cruzarían en su camino en los días por venir... ¿era «lástima» la palabra correcta?

Anne consiguió llegar hasta la puerta sin caer y salió apresuradamente. Necesitaba aclararse la cabeza con el aire fresco. Sintió un cosquilleo en la nuca y supo que él la estaba observando incluso en esos momentos. La tentación de volverse y de mirarle a la luz de la luna casi pudo con ella. Si veía los rasgos de su cara, entonces él podría ver los de ella.

A la mañana siguiente, Anne fingiría que nunca se había encontrado con ese hombre que casi la había seducido esa noche. Fingiría que no había sentido sus labios contra los suyos, el tacto de sus dedos sobre su piel, que no había oído esa voz profunda. Esa noche se dijo la primera mentira. Anne supuso que al día siguiente probaría de primera mano qué era actuar.

ANNE se encontró con él a la mañana siguiente, temprano. Tenía los ojos hinchados a causa de la falta de sueño. Había permanecido demasiado tiempo pensando en él una vez hubo llegado a la seguridad de la cama. También tenía los labios hinchados y sabía cuál era la causa. Se encontraba sumida en sus pensamientos mientras tomaba el desayuno en silencio con su tía y su tío cuando un desconocido entró en la habitación. Anne no había visto nunca a ese hombre, pero lo reconoció al instante.

Se le dilataron las fosas nasales, el corazón le dio un vuelco y se le erizó el vello de la nuca. El hombre, sin mirar hacia donde se encontraba ella, pasó a su lado en dirección a su tío.

—¿Me ha hecho llamar, señor?

Su tío se limpió los labios con una servilleta.

—Sí. Creo que debería conocer a mi sobrina. Ella frecuenta los establos mucho más que la condesa y a mí me parece bien; y dado que así lo hace, les voy a presentar. Debe usted saber quién es y cómo debe tratarla cuando ella vaya a la cuadra para montar.

El nuevo encargado inclinó la cabeza. Tenía el pelo oscuro, negro como una noche sin luna. Le caía hasta los hombros y se le rizaba alrededor del cuello. Tenía las pestañas igual de oscuras, y Anne no pudo verle los ojos hasta que él miró en su dirección. Cuando lo hizo, se quedó sin respiración. Fijó en ella unos ojos azules y fríos y Anne fue incapaz de pensar en nada. Él la miró y ella le miró sin poder evitarlo.

Poco a poco, el resto de los rasgos de su cara cobró forma. Unos pómulos altos, una mandíbula marcada y unas hendiduras alrededor de los labios... parecía una boca tallada con una buena mano a pesar de que ninguna otra parte de su cuerpo denotaba ninguna ternura. Era un hombre grande, y ancho, y hermoso. Y, por un momento, a Anne le pareció que le había visto en alguna otra parte a pesar de que sabía que no era posible.

—Mi sobrina, lady Anne Baldwin. —La voz de su tío consiguió penetrar la bruma que le inundaba la cabeza—. Lady Anne, éste es nuestro nuevo encargado de establos, Merrick.

—Milady —dijo con voz suave el encargado de los establos.

Anne sabía que debía responder. No podía pronunciar su nombre. Resultaba demasiado íntimo.

—¿Señor...? —Se le apagó la voz.

Él no apartó los ojos de ella.

—Simplemente Merrick. No tengo apellido. He nacido en el lado equivocado de la sábana. Puede llamarme por el nombre que me han dado.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, pero se negó a llamarle por su nombre.

—Voy a decirle lo mismo que les digo a los que trabajan para mí —interrumpió su tío—. Debe usted tratar a mi sobrina con el mayor de los respetos. Ella dedica demasiado tiempo montando su caballo y merodeando por los establos a pesar de que sabe que su tía y yo no aprobamos exactamente su afición a estas cosas. Se lo permitimos aquí, en el campo, porque no es muy importante. Pero dado que usted está al cargo de los establos, espero de usted que la vigile y que, por supuesto, lo haga con la máxima distancia posible de ella.

—¡Tío! —Anne se sentía incómoda por esas instrucciones y por la forma directa de darlas a pesar de su presencia.

Él levantó una mano.

—Un hombre debe saber cuál es su lugar, Anne. A veces hay que decirle a un hombre cuál es su lugar para que no lo olvide.

—De verdad, querido —intervino tía Claire, agitada—, ¿tienes que incomodar a la niña por la mañana tan temprano? Estoy segura de que nuestro nuevo encargado conoce perfectamente cuál es su lugar, ¿no es así, Merrick?

Con cierta reticencia, el encargado de los establos desvió la intensa mirada de Anne y miró a su tía.

—Me he encontrado lo bastante a menudo en esa situación como para saber cuál es, señora —repuso.

—Interesante. —La mirada de tía Claire le recorrió arriba y abajo lentamente—. Es curioso que tengáis un nombre inglés y un acento escocés.

—Mi madre era escocesa —explicó él—. Crecí escuchándola, así que es natural que hable como hablaba ella. Fuera quien fuese mi padre, le pidió que me pusiera un nombre inglés. No su nombre, fuera el que fuese, sino un nombre cristiano e inglés.

—Eso es todo, Merrick —interrumpió el tío de Anne, despidiendo al hombre—. Mi sobrina sale a cabalgar todas las mañanas a las diez en punto. Su montura es la yegua zaina de la caballeriza cinco. Asegúrese de que el caballo esté preparado para lady Anne.

Anne no podía montar esa mañana. Eso estaba fuera de cuestión. Necesitaba tiempo para recuperar la compostura.

—No voy a montar esta mañana —dijo, tartamudeando—: yo... no me encuentro muy bien —explicó a su tía y a su tío, quienes se mostraron sorprendidos por esa afirmación.

—Me gustaría hablar con su sirvienta.

—¿Qué? —Anne miró al nuevo encargado de los establos.

—Su sirvienta —repitió él—. Me gustaría hablar con ella.

—¿La vieja Berta? —Tía Claire frunció el ceño—. ¿Por qué motivo tendría usted que hablar con ella? Ni siquiera se enteraría de la mitad de lo que tenga que decirle.

Se está quedando bastante sorda a causa de la edad.

El nuevo encargado del establo no pareció sorprendido. Lo sabía. Anne sospechaba que lo había sabido desde el principio. Pero ¿cómo era posible? ¿No podía haberla visto la noche anterior? Ella no pudo verle en la oscuridad.

—No importa, entonces —dijo él—. Di por entendido que la señorita se llevaría a su sirvienta a cabalgar con ella y quería preguntarle a la mujer qué caballo iba a usar, pero si la mujer es vieja...

—Usted va a cabalgar con mi sobrina —dijo su tío—. Por lo menos hasta que pueda encontrar a un mozo de cuadra adecuado. Su antiguo mozo ya no está con nosotros. Cabalgue con lady Anne, pero a una distancia adecuada de ella, por supuesto.

—Por supuesto —dijo él, y Anne detectó un ligero tono de sarcasmo a pesar de la frialdad con que lo dijo. Él era un sirviente, pero eso no le gustaba. No le gustaba en absoluto.

—¿Es eso todo, señor? —preguntó él a su tío.

—Puede retirarse —contestó tío Theodore, volviendo a concentrarse en su desayuno—. No olvide mis instrucciones respecto a la potranca gris.

El encargado del establo se dio la vuelta para salir. Anne tenía curiosidad por todo lo que sucedía en los establos y la potranca gris era una de sus favoritas, aunque ese caballo pertenecía a su tío.

—¿Qué pasa con la potranca gris?

Merrick, como ella tendría que llamarle, dudó un momento y miró a su abuelo.

—No es asunto de ella —dijo el tío—. Váyase ahora y ocúpese de sus asuntos, de mis asuntos, mejor dicho —añadió, riendo un poco.

El buen humor del tío Theodore no consiguió hacer que Merrick sonriera, y Anne se encontró preguntándose qué aspecto tendría ese hombre si lo hiciera. ¿Le endulzaría eso las facciones del rostro? Merrick abandonó la habitación y ella se quedó mirando en dirección por dónde él había salido hasta que notó la mirada de su tía. Anne se ruborizó y rápidamente volvió a prestar atención al desayuno.

—Es muy atractivo, tu nuevo encargado de establos, querido —comentó tía Anne—. No estoy segura de que haya sido una elección acertada dado que tenemos a una mujer joven y bonita bajo nuestro techo. Sería como poner a un zorro para que vigilara a las gallinas.

Anne se sintió un poco preocupada de que su tía se hubiera referido a Blackthorn Manor como si ésta perteneciera a los tutores de Anne. Esa casa había sido propiedad de la madre de Anne, y Blackthorn Manor, al igual que la importante herencia por línea materna, pasaría a ser propiedad de Anne cuando cumpliera veintiún años. A pesar de ello, no dijo nada. Anne estaba segura de que había sido un descuido.

Tío Theodore había heredado el título del padre de Anne, pero su padre había sido un conde desnudo, en el sentido de que no había tenido ninguna propiedad vinculada a su título. Había sido la madre de Anne quien se había casado con alguien de clase

inferior. Una unión por amor. Dado que ella no tenía ningún hermano ni ningún pariente masculino vivo por parte de madre, el hijo de Anne, si tenía uno, algún día heredaría el título de marqués.

Tío Theodore hizo un gesto con la mano.

—Mientras las gallinas se comporten, lo mismo hará el zorro. —Levantó la mirada e intercambió con su mujer una de esas miradas especiales que Anne no podía descifrar.

¿Era una advertencia? Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Anne continuaba sintiendo curiosidad por la potranca y pensó que su tío se mostraría más hablador ahora que el encargado de los establos se había marchado.

—¿Qué planes tienes para la potranca? —intentó de nuevo.

—No es una conversación adecuada para una joven señorita —dijo él con el ceño fruncido—. No es asunto tuyo, sobrina.

—Sí, tío —repuso Anne, obediente, aunque el hecho de que él se negara a hablar del asunto todavía aumentó más su curiosidad. Quizá ella se había precipitado en decidir que se iba a quedar en la casa esa mañana. El encargado de los establos seguro que sabía el plan que su tío tenía para la potranca gris. Si ella se lo preguntaba, él tendría que decírselo, ¿no era así?

—¿Me disculpáis? —pidió—. Quizá si descanso un poco esta mañana, me hará sentir un poco mejor.

—Sí, ve y tumbate un rato —le dijo su tía, dándole unas palmaditas en la mano con gesto ausente, una reacción automática y poco sentida.

Ella intentó no sentir resentimiento. Su tía y su tío se habían convertido en sus tutores después de que sus padres contrajeran una fiebre a bordo de un barco y murieran, dejándola huérfana a la edad de diez años. Pero ella nunca se había vuelto a sentir verdaderamente querida, no de la forma en que sus padres la querían. Su tía y su tío estaban con Anne en Blackthorn Manor cuando la noticia de su muerte llegó. Simplemente, ya no se marcharon de allí.

Su padre y su tío eran hermanos. No había nadie más que pudiera acoger a Anne, y quizá, si lo hubiera habido, ella hubiera sabido, por lo menos, que su tía y su tío habían elegido criarla porque habían querido, no porque tenían que hacerlo. Anne se excusó, se levantó de la mesa y subió.

La vieja Berta se había dormido en una silla y roncaba suavemente. El hábito de salir a cabalgar ya se había instalado. Ella no podía evitar para siempre al encargado del establo. Además, quería preguntarle acerca de la potranca y cuáles eran los planes de su tío para ese caballo.

Merrick olió el dulce olor de lady Anne antes de verla. Él tenía un don con el olfato y con la vista. Siempre lo había tenido, pero obviamente no había sido capaz de saber qué pensaba la señorita porque su aparición le había sorprendido. Se encontraba

de pie delante de la caballeriza de la potranca gris y pensaba que su nuevo señor era un ignorante que no se merecía los buenos caballos que tenía. Se volvió y vio a lady Anne a la entrada de la cuadra. Iba vestida para montar.

—¿Ha cambiado de opinión?

Era una pregunta que podía tener dos significados y la forma en que ella se ruborizó de inmediato, él se dio cuenta de que tenía el ingenio agudo.

—Sí, he decidido que voy a montar esta mañana —declaró ella, entrando en la penumbra de la cuadra—. ¿Quiere ponerle la silla a mi caballo?

—Por eso es por lo que estoy aquí. —Él se apartó de la potranca gris—. Para atender a sus necesidades.

Ella se ruborizó todavía más.

—No hay necesidad de que esto resulte incómodo. Cometió un error ayer por la noche que los dos tenemos que olvidar y continuar adelante.

Merrick hizo una pausa ante la caballeriza de la yegua. Levantó una ceja.

—¿Yo cometí una falta? No lo habría hecho si usted no me hubiera mentido.

Pero eso, en sí mismo, era una mentira. Aunque Merrick hubiera sabido que ella era la sobrina de su señor, eso no le hubiera detenido. Ella era la mujer más hermosa que había visto nunca. Merrick no había reaccionado antes con tanta fuerza ante una mujer, fuera una sirvienta o una señorita de alta cuna. Encontraba a lady Anne Baldwin absolutamente irresistible.

Tenía el cabello del color del sirope de arce y cuando lo llevaba suelto, como la otra noche, le caía en cascada hasta la fina cintura. Sus ojos eran de un cálido tono marrón. Tenía las pestañas largas y gruesas, y la piel de un pálido tono cremoso. Algunos encontrarían que tenía una boca demasiado generosa, pero a Merrick le gustaban sus labios gruesos y sensuales. Su cuerpo era el sueño de cualquier hombre. Él no era del agrado de la señorita, pero eso no impedía que él la deseara.

—Estuvo mal por mi parte mentir —admitió ella, mordiéndose el labio inferior—. Tenía miedo de que usted pudiera decirles a mi tío y a mi tía lo que yo estaba haciendo y sabía que ellos no estarían contentos de saberlo. Creí que me prohibirían acercarme a la cuadra y montar a caballo.

A juzgar por lo que sabía de su tía y de su tío, Merrick se imaginaba que ellos no se sentirían contentos de conocer los actos de ella de la noche pasada, y por supuesto, tampoco de conocer los suyos.

—Entonces puede ser nuestro pequeño secreto. —Le puso las riendas a la yegua, abrió la caballeriza y la condujo fuera. Miró a lady Anne y se dio cuenta de que ella había levantado un poco la cabeza.

—Yo creo que eso es más una ventaja para usted que para mí.

Merrick reprimió el deseo de levantar la vista al cielo y se detuvo delante de ella.

—No soy tan ignorante como para no saberlo. No hay ninguna necesidad de amenazarme.

Anne no había tenido ninguna intención de hacerlo. Siempre se había enorgullecido de ser amable con los demás, incluso con aquellos de condición inferior, incluso con quienes la sociedad consideraba desfavorecidos. ¿Por qué ahora estaba intentando poner en su sitio a ese hombre? Le recorrió el cuerpo con la mirada y supo la respuesta. Era un hombre peligroso. Ser mala no era tan difícil, después de todo. Uno sólo necesitaba el incentivo correcto. Y el incentivo correcto se encontraba de pie delante de ella en esos momentos, y la miraba con unos ojos azules de expresión rebelde.

—Yo no soy como ellos —insistió ella—. No soy una esnob.

Él le recorrió el cuerpo con la mirada, de arriba abajo.

—Sí, lo es —repuso—. Pero todavía no lo sabe.

Ella le observó mientras él conducía a *Tormenta* hacia la habitación de los arreos y la ataba. Anne estaba pensando en qué decirle cuando él pasó por su lado, caminó hasta el extremo de la cuadra y sacó a su semental negro de su caballeriza. Ella no había visto a ese caballo antes y por un momento olvidó su enojo con el nuevo encargado de los establos.

—Es precioso —dijo sin aliento.

A Anne le encantaban los caballos y se consideraba una buena entendida en ellos. Ese semental estaba hecho para correr. Tenía la cabeza pequeña, el cuello, grueso y la larga crin y la cola estaban bien cuidadas.

—Es un buen caballo —asintió Merrick, deteniéndose delante de Anne para que ella pudiera acariciar la sedosa piel del caballo—. Pero no tiene pedigrí. Lo tengo desde que era un potro y lo he criado yo. No conozco su linaje, al igual que no conozco el mío. Los dos somos bastardos, supongo.

Anne arqueó una ceja.

—¿Lo siente él tanto como usted?

Los ojos azules de él adoptaron una repentina expresión de sorpresa, como si no hubiera esperado que ella pudiera ser intuitiva. Entonces se encogió de hombros.

—No —respondió—. Porque él no conoce la diferencia. Supongo que tiene esa bendición.

Al darse cuenta de que el tema de su nacimiento era un asunto doloroso, Anne no hizo ningún otro comentario. Se dedicó a observarle mientras él se ocupaba de ensillar a la yegua y al semental negro. Merrick se movía con una gracia que pocos hombres, incluso entre la nobleza, poseían. Un pantalón negro se le ceñía a las caderas y a los músculos de las piernas de una forma que rayaba la vulgaridad. Llevaba una camisa blanca, basta pero limpia, abierta en el cuello, tan abierta, de hecho, que ella vio una parte de su pecho bronceado y cubierto de un fino vello negro y rizado. Por alguna razón, eso le pareció indecente. O quizá era su propia reacción ante él lo que no era adecuado.

La ausencia de brillo en sus botas altas hasta la rodilla le recordó que él pertenecía a la clase trabajadora y que no disponía de ninguna ayuda de cámara para

que se las limpiara cada noche. Cuando entró en la casa mientras desayunaban llevaba el pelo suelto, pero ahora lo llevaba atado con una cinta negra y eso acentuaba los rasgos afilados de su rostro y resaltaba más sus brillantes ojos azules. En ese momento, ella tuvo que admitir que nunca había visto a un hombre más atractivo que él.

Solamente el hecho de mirarle le hacía sentir cosquillas en el estómago, le aceleraba el pulso de la sangre en las venas y le dificultaba respirar a un ritmo acompasado. Oh, sí, él era peligroso. Anne tendría que cuidarse cuando estuviera cerca de él, y ella nunca había tenido que hacer eso antes.

—Voy a ayudarla a subir —dijo Merry, y se dio cuenta de que ella continuaba mirándole aunque los caballos ya estaban ensillados.

Anne intentó no ruborizarse y dio la vuelta a *Tormenta* para colocarse donde él la estaba esperando. Cuando vio que la yegua llevaba una silla para montar de lado, Anne frunció el ceño. Le recordó que en su aventura de la otra noche no había podido montar a horcajadas como un hombre. Pero en cuanto sintió las manos de Merrick que la sujetaban por la cintura, se quedó con la mente en blanco. Notó su calidez incluso a través del traje de montar. Él la izó hasta la silla como si no pesara nada. Él levantó la mirada hasta ella por un momento y ambos se miraron. Anne tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para mirar en otra dirección.

Nerviosa, condujo a su caballo alrededor del gran semental y hacia fuera, al sombrío día. Anne se alegró de notar el aire frío que la hacía reaccionar. Deseó que a Merrick no le hubieran asignado la tarea de escoltarla durante sus paseos a caballo. Temía que nada bueno podía salir si los dos pasaban mucho tiempo juntos.

MIENTRAS intentaba concentrarse en el paseo a caballo y olvidarse de su escolta, Anne tomó un camino familiar, que corría por el lado norte de la casa a través de los campos. El profundo olor a tierra y el aire limpio siempre le habían hecho sentir mejor. Anne era una chica que disfrutaba del campo, aunque podía desenvolverse bastante bien en la ciudad.

—¿Cuáles son los planes de mi tío para la potranca? —preguntó en voz alta, suponiendo que Merrick la seguía a una distancia prudente, tal y como le habían dicho que hiciera.

—Me parece recordar que su tío dijo que no era asunto suyo.

Se volvió y se encontró a Merrick detrás de ella. No le sorprendió darse cuenta de que él no había seguido las instrucciones de su tío. Anne sospechaba que Merrick no seguía las instrucciones de nadie excepto las suyas propias.

—Tal y como mi tío dijo, me gustan los caballos y el establo. La potranca gris tiene una línea excelente. ¿No irá a venderla, verdad?

Merrick esbozó una ligera sonrisa.

—Está en celo. Quiere cruzarla y hacerla criar.

Anne se dio cuenta de por qué su tío no había querido hablar del tema con ella. Esas cosas no se hablaban delante de una señorita. Nunca le habían dejado acercarse al establo en esas ocasiones. Parecía que el nuevo encargado de los establos disfrutaba en decir algo que la pudiera incomodar. No pensaba darle la satisfacción de verla ruborizarse otra vez.

—¿Con qué semental? —preguntó ella—. Espero que no sea con *Ascot*, el enorme alazán. Tiene los huesos demasiado grandes. Un potro suyo sería demasiado grande para que la potranca pudiera dar a luz. Yo personalmente elegiría a *Sombra*, el semental de color carbón. Es más pequeño, y el color sería el adecuado, creo.

Merrick no contestó y ella miró hacia él. Continuaba mostrando esa sonrisa que la incomodaba y que no podía dejar de mirar, pero en sus ojos vio una expresión de respeto.

—Es exactamente lo que yo pienso —dijo él—. Su tío no me parece que sea un hombre que pueda apreciar mis consejos, así que no se lo voy a decir.

—Pero tenéis ese derecho, ¿no es verdad? —preguntó Anne—. El de aconsejarle en ese tipo de asuntos. Creí que ésa era la razón para la que os contrató; para que llevarais sus establos.

Él se rió, desplegando los blanquísimos dientes otra vez.

—Él me ha contratado para poder decir que tiene lo mejor. Le gusta lo mejor a su

tío. A su tía también, me doy cuenta.

Ahora acababa de traspasar sus límites. Anne se irritó. Su tía y su tío siempre querían lo mejor de todo, pero ése no era el tema.

—Éste no es un tema con el que esté familiarizado, y debería contenerse y no pretender que lo está —le increpó Anne—. ¿Y no se supone que tiene que cabalgar a una distancia prudente de mí?

La sonrisa desapareció de los labios de él.

—Cuando me haya familiarizado con el camino, cabalgaré a una distancia prudente de usted, mi señora. Si ése es su deseo —añadió, como si el tema pudiera ser puesto en cuestión.

—¿Por qué no debería serlo? —preguntó Anne, a la defensiva.

—No he dicho que no debería serlo —replicó él.

—Lo ha insinuado —repuso ella con enojo—. No debe usted creer que me conoce ni que sabe qué o qué no prefiero simplemente porque cometió un error ayer por la noche.

Él arqueó una ceja oscura.

—¿Está diciendo que usted no cometió ninguno? Quizá no le importe el hecho de haberme dado una idea equivocada.

La habilidad que él tenía de confundirla hizo que Anne sintiera un enojo que no era habitual en ella. En lugar de discutir con él, dirigió la atención al camino, clavó los talones en los flancos de *Tormenta* y salió corriendo. Anne dejó que *Tormenta* tomara la iniciativa, ya que ambos conocían el camino. Merrick se colocó a su lado al cabo de un momento.

Tormenta era rápida, pero Anne dudaba de que corriera más que el negro. El semental era más grande y más fuerte. Anne, sin embargo, era más ligera en la silla. Volvía a sentir una urgencia de rebelarse, de dejar el campo abierto y de adentrarse volando en terreno boscoso.

Anne supuso que eso no sería un acto considerado, el obligar a un hombre a que la siguiera en una carrera alocada por un camino con el que él no estaba familiarizado, pero sospechaba que podía dejarle atrás con suficiente facilidad. Tenía que ponerle en su sitio... aunque ella no acostumbraba a tener en cuenta los «lugares» que correspondían a los demás ni a poner a alguien «en su sitio».

Quizá lo único que quería era exhibirse. Anne pocas veces había tenido la oportunidad de mostrar su habilidad en montar. Los caminos a Londres, Rotten Row y demás, resultaban sosos para su talento. Un tronco había caído en medio del camino en el bosque y tanto ella como la yegua lo saltaron con facilidad. Anne continuó adentrándose en el bosque sin dejar de ser consciente de que el encargado de los establos y el semental iban casi tocando la grupa de *Tormenta*.

De repente, el camino se ensanchó y Merrick se colocó a su lado. Más adelante el camino volvía a estrecharse y ella no podía permitir que él se colocara por delante. Entonces resultaría que sería él quien dirigiría la carrera y ella quien le seguiría. Anne

aceleró a *Tormenta*.

Merrick soltó un juramento y cedió un poco las riendas para darle mayor libertad al semental. El animal se precipitó hacia delante con tanta agilidad que Anne notó que caía. Su yegua no podía igualar la velocidad del semental. Exactamente como Anne había intentado evitar, Merrick se colocó delante en cuanto el camino se estrechó y ella se vio obligada a seguirle a él en lugar de dirigirle.

El camino se ensanchó de nuevo y se encontraron en un páramo. Él aminoró el paso del caballo y cuando ella llegó a su lado, Merrick alargó la mano y agarró la silla de Anne. Ella se asustó tanto que se debatió contra él y estuvo a punto de caerse al suelo. Notó que un brazo fuerte la rodeaba por la cintura y él hizo detener al semental con una gran facilidad. Merrick dejó a Anne en el suelo y desmontó inmediatamente.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó por segunda vez en el poco espacio de tiempo que hacía que había estado en su compañía.

Él soltó las riendas de las bridas del semental y la apartó para que se colocara a distancia del excitado animal.

—Estoy haciendo mi trabajo —repuso, cortante, Merrick—. Me aseguro de que no se rompe usted ese bonito cuello mientras intenta hacerme una demostración y colocarme en el lugar que me corresponde.

—Soy una jinete excelente —se defendió Anne—. Creí que se habría dado cuenta de ello.

Merrick bajó la mirada hasta ella. Por un momento, sus ojos azules mostraron una expresión más dulce.

—Me he dado cuenta —dijo—. Pero no permitiré que se haga usted daño en mi primer día de trabajo sólo porque quiera usted impresionarme.

Dado que ya había admitido más o menos que estaba intentando impresionarle, Anne no vio ninguna razón para negarlo.

—¿Le he impresionado? —le preguntó.

Una sonrisa se dibujó en esos labios sensuales.

—Es usted una jinete muy hábil —admitió él—. Tiene una postura encantadora. Me hubiera puesto más difícil la carrera de no haber sido por la silla de lado. Pesa más.

Anne miró a su caballo; la yegua se había detenido en el mismo momento en que el jinete ya no tenía las riendas para conducirla.

—Odio esa silla —admitió Anne, y anunció con actitud valiente—: Me gustaría montar a horcajadas, como un hombre.

Esperaba que esa declaración le escandalizara. Incluso el viejo Barton se había mostrado escandalizado cuando ella le había anunciado lo mismo a la edad de doce años. Merrick se limitó a encogerse de hombros.

—Entonces, ¿por qué no lo hace?

Por supuesto, él no podía comprenderlo. Anne le instruiría sobre ese tema.

—No se considera decente que una señorita... cabalgue de esta manera —le informó—. Mi tía y mi tío nunca lo permitirían.

Merrick echó un vistazo al claro.

—Yo no veo ni a su tío ni a su tía por aquí.

Anne estuvo peligrosamente cerca de sonreír. Qué simple debía de ser la vida de él comparada con la suya. Ella le envidió en ese mismo momento. Anne había pasado una gran parte de su vida cumpliendo todas las normas de la sociedad para complacer a su tío y a su tía. Para ganarse su amor.

—Mi viejo capataz, Barton, casi se murió del susto cuando le sugerí lo mismo a la edad de doce años. —Recordar a Barton le hizo saltar las lágrimas. Anne le había apreciado mucho—. Murió hace un mes. Lo echo de menos.

Merrick le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a levantar la vista hasta él. Anne vio en sus ojos una expresión tan tierna que casi le derritió el corazón. Eso la tomó desprevenida y le recordó el poder que él había tenido sobre ella la otra noche. Anne se apartó y luchó contra las lágrimas.

—Debe usted pensar que soy una tonta —dijo, caminando hacia *Tormenta* para tomar las riendas de la yegua.

—No sé lo que pienso —oyó que le decía a sus espaldas—. Y normalmente lo sé inmediatamente.

Anne decidió en ese mismo instante que debía aplastar esos sentimientos tan poco adecuados que sentía por un hombre a quien casi no conocía. Sería mucho más fácil si fueran simplemente amigos. Inspiró con fuerza y se volvió para encararse con Merrick.

—¿Podemos empezar de nuevo? —le preguntó—. Me siento como si hubiéramos empezado con mal pie el uno con el otro.

Por alguna razón, esa sugerencia le hizo sonreír. No una sonrisa de verdad, sino más bien una insinuación de sonrisa.

—¿Cree usted que me puede castrar con una propuesta de amistad? ¿Cree que esto me hará olvidar mi sensación con usted, su olor, y el sabor de su boca?

Anne sintió que se le incendiaban las mejillas y que una corriente de fuego le recorría todo el cuerpo. Anne no había conocido nunca a un hombre a quien no pudiera domesticar con una muestra de buenas maneras y una oferta de amistad. Pero tuvo la sensación de que éste era un hombre distinto a los que había conocido hasta ese momento.

—Me parece que tiene usted una impresión equivocada de mí.

Él se acercó a ella con aire relajado.

—En eso se equivoca. Creo que la conozco mejor de lo que se conoce usted a sí misma.

Anne levantó la mirada hacia él intentando mostrar la misma calma que él acostumbraba a mostrar en presencia de ella.

—¿Y eso qué significa?

Los ojos de él volvieron a adoptar una expresión dulce y Anne pensó que solamente esa expresión era más peligrosa que el olor que le había notado la noche anterior en el establo.

—Usted desea ser alguien que no es. Comprendo eso perfectamente. Quiere usted cosas que no puede tener. Eso también lo comprendo. Usted quiere montar a su caballo a horcajadas como un hombre, a medianoche, vestida solamente con su ropa interior. ¿De qué está usted escapando, lady Anne? ¿O es que escapa con la esperanza de encontrar eso que falta en su vida?

El hombre no tenía ningún derecho de hacerle esas preguntas tan personales. No tenía derecho a dar por entendido tantas cosas sobre ella. Y, maldita sea, no tenía derecho a conocerla mejor de lo que ella se conocía a sí misma, tal y como decía. Esa intimidad entre ellos debía terminar.

—Deseo volver ahora —dijo, tensa. Se dio la vuelta para montar a su caballo. Merrick se puso a su espalda al instante. Las manos de él la sujetaron por la cintura.

—Todavía no —dijo—. No hasta que por lo menos uno de los dos consiga algo que desea.

ANNE se dio la vuelta para encararse con él y estuvo a punto de chocar de tan cerca que estaban el uno del otro. Recorrió con la mirada el vello negro que aparecía, incitante, por el cuello abierto de la camisa, los anchos hombros, las oscuras patillas en las mejillas, los ojos helados, pero no, no tenían una expresión fría. Habían vuelto a adoptar una expresión cálida. Bajó los ojos hasta los labios de él, y éstos se entreabrieron como si lo hubiera hecho adrede. ¿Iba a volver a besarla? ¿Era eso algo que él deseaba? ¿Importaba qué deseaba ella? ¿O deseaba ella lo mismo?

Él levantó una mano y estuvo a punto de tocarle el cabello, pero rápidamente la apartó.

—Usted quería montar a horcajadas como un hombre, y hoy lo va a hacer.

Merrick le dio la espalda y caminó hasta el semental. Desensilló el caballo mientras ella intentaba recuperarse de la fuerte impresión que le provocaba su cercanía: sentía un cosquilleo en los labios, como anticipando un beso que no había llegado.

—¿Va a hacerlo esta vez, verdad? —le preguntó ella mientras transportaba la silla hasta la montura de ella y la dejaba en el suelo—. No me gustaría tomarme todas estas molestias sólo para que se ponga tensa y escape como hizo la otra noche.

Sus ojos habían adoptado una expresión provocadora, pero a Anne no le pareció divertido. Haberse quedado la noche pasada era algo que estaba fuera de cuestión. Era imposible decir qué hubiera sucedido si ella no hubiera recuperado el sentido común y no hubiera corrido hacia la seguridad de la casa. Tampoco sabía cuántas veces se preguntaría qué habría pasado exactamente entre ellos si no se hubiera escapado como hizo.

—Cabalaré a horcajadas —le aseguró.

Él no hizo ningún comentario. Desensilló a *Tormenta* y luego ensilló a la yegua con la ligera silla inglesa que usaba con el semental. Merrick ajustó los estribos y se volvió hacia ella.

—Arriba.

Anne bajó la mirada hacia la falda.

—Me gustaría tener un pantalón de hombre. Y unas botas altas como las que lleva usted.

Él se llevó una mano hasta el corazón.

—No podría soportar una visión como ésa. Tiene usted unas piernas encantadoras, señorita.

Ella intentó no ruborizarse otra vez. ¿Merrick le había visto las piernas? ¿Cómo

era posible que él lo hubiera visto todo cuando ella no había sido capaz de ver más que su silueta en la oscuridad? No era posible que lo hubiera visto, se dijo.

—No estoy segura de cómo hacerlo. —Anne intentó cambiar el tema de la conversación. Sólo que el tema volvió a hacerse evidente en cuanto bajó la mirada otra vez hasta la falda del traje de montar.

Merrick la hizo acercarse con un gesto de cabeza.

—Vamos, yo la ayudaré, luego usted tendrá que averiguar cómo hacer el resto.

—¿Y no va usted a decirles nada a mi tío ni a mi tía de esto? —Ella quería que se lo confirmara.

—Tiene mi palabra.

Por alguna razón, Anne le creyó: se sintió segura de que podría confiar en su palabra. Por qué, no tenía ni idea. Quizá ese hombre de verdad le hubiera echado un maleficio. Le permitió que la ayudara a montar. Para poder sentarse a horcajadas en la silla tuvo que subirse la falda por encima de las rodillas. Tuvo la sensación de que los tobillos enfundados en las medias quedaban desnudos bajo los ojos de él, pero tenía la esperanza de que él no estuviera mirando. Lo estaba.

—Muy bonitos —dijo—. Tal y como los recordaba.

Sin hacerle caso, Anne espoleó a *Tormenta* para que avanzara; al principio se sintió extraña a horcajadas sobre el caballo, pero sólo necesitó que el caballo diera unos cuantos pasos para sentirse más valiente y animar a la yegua para que se pusiera al trote. La sensación era extraña, por decir lo mínimo. Anne decidió que galopar quizá le resultara menos inquietante y al cabo de un momento lo estaba haciendo; se dio cuenta de inmediato de lo cruel que era obligar a las mujeres a montar de lado.

Sintió una libertad tan absoluta que se rió a carcajadas. Miró hacia atrás y vio a Merrick que cabalgaba sin silla detrás de ella. Parecía un bárbaro, y ella sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

—¿Bueno, qué le parece? —preguntó a gritos Merrick, acercándose rápidamente a ella.

—Es fantástico —contestó ella levantando la voz—. Así es como debe montarse un caballo. Nunca más voy a querer montar de lado.

—¿Y qué me dice de cabalgar en ropa interior, sin silla, a medianoche, a través de los páramos? ¿Todavía es usted lo suficientemente valiente para hacerlo?

Anne hizo bajar la velocidad de su montura. ¿Merrick se estaba burlando de ella?

—No con escolta —le aseguró ella.

Él sonrió por toda respuesta. Justo durante el desayuno, Anne se había preguntado qué aspecto tendría él al sonreír y decidió que hubiera sido mejor no saberlo. Tenía una sonrisa que deshacía un témpano.

—¿Lo haría usted si tuviera un pantalón de hombre y unas botas?

Ella levantó una ceja.

—¿Y dónde podría conseguirlos?

Él se encogió de hombros.

—Yo podría conseguírselos. El chico que limpia los establos, Brennan, no es mucho más grande que usted.

Lo que Merrick decía era verdad. El chico de los establos tenía solamente diez años pero era alto para la edad que tenía. Y Anne suponía que todavía tenía los pies pequeños. ¿Se atrevería? La otra noche había querido atreverse, pero se había demostrado que lo de la otra noche había sido un error, y tenía la sensación de que encontrarse con el encargado de los establos a medianoche otra vez para dar un paseo nocturno sería otro error.

—¿Puedo ir sola?

Él negó con la cabeza, agitando su cabello oscuro.

—No puedo permitirlo. Puede ir si me permite que vaya con usted, para vigilarla.

Esa sugerencia la molestó. Aunque su tía y su tío no eran unas personas especialmente afectuosas con ella, sí se habían asegurado de que Anne estuviera bien acompañada durante toda su vida. Ella quería tener la libertad de cabalgar sola.

—No necesito que nadie me vigile —dijo—. Soy una mujer mayor y, tal como usted mismo dijo, una jinete experta.

Merrick se inclinó hacia delante y se rascó la barbilla.

—¿Ha cabalgado alguna vez sin silla?

Anne frunció el ceño.

—No, pero...

—Cuando yo crea que usted sabe lo que hace, entonces podrá ir sola y tener sus secretos.

Anne no era una persona desconfiada por naturaleza. Pero ya no era tan inocente como lo era el día anterior.

—¿Y por qué lo hace? —le preguntó.

Él la miró y le guiñó un ojo.

—Para verla en pantalón, por supuesto.

Ella no tenía ni idea de si le estaba tomando el pelo. Teniendo en cuenta lo que había pasado entre ellos la noche anterior, pensó que debía preguntarle:

—¿No va a intentar nada parecido a lo de la otra noche, verdad?

Merrick se encogió de hombros.

—Probablemente, sí. Forma parte de mi naturaleza el violar a toda mujer joven que se cruza en mi camino de noche. —La expresión de su rostro era absolutamente seria.

—Entonces debo rehusar.

La expresión seria de él desapareció y ella se sorprendió al verle reír a carcajadas. A Anne no le gustaba que se rieran de ella.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó con gesto estirado.

Él la adelantó y detuvo al caballo. Anne hizo lo mismo.

—La otra noche yo no sabía quién era usted. Hoy sí lo sé. Eso lo cambia todo, nena.

Anne no hizo caso de la ligera punzada que sintió en el orgullo.

—Usted dijo que no lo olvidaría —le recordó ella.

Él la miró con ojos encendidos.

—Oh, por supuesto que no. Pero una sirvienta que sale para encontrarse con su amante y una señorita que sólo quiere dar un paseo a caballo a medianoche son dos cosas distintas. Usted puede estar tranquila conmigo... creo.

Fue esa última apostilla lo que puso nerviosa a Anne. Pero esa inquietud se vio superada por la oportunidad de hacer algo que hacía tiempo que deseaba hacer. Era una oportunidad que quizá nunca volvería a presentarse.

—De acuerdo —dijo—. Nos encontraremos a medianoche en la cuadra. Traiga la ropa.

Merrick no pudo evitar preguntarse si había perdido el sentido común. Hacer una oferta, mantener secretos, acercarse demasiado a una mujer a quien no tenía ningún derecho de acercarse. Lady Anne era una señorita decente. Él era un bastardo, un encargado de establos que ganaba lo suficiente para mantener a una chica normal, pero no a una gran señorita como la sobrina de su jefe. No es que Merrick pensara en casarse con la tentadora lady Anne, pero por supuesto que estaba pensando en acostarse con ella.

Tenía la ropa, se la había pagado con una moneda al chico y le había hecho prometer que no preguntaría para qué necesitaba la ropa el nuevo encargado de los establos. Tenía a los caballos ensillados y a punto. Lo tenía todo, excepto la cabeza en su sitio. Casi deseaba que ella no acudiera. Sería mejor para los dos si ella recuperaba el sentido común y decidía que él no era el hombre adecuado para confiarle ni sus secretos ni su virtud. Probablemente tendría razón si pensaba eso, aunque él siempre había intentado ser un hombre de palabra.

Merrick tenía poco en la vida a parte de su palabra y su habilidad con los caballos. Recordaba haber dado su palabra a otra mujer. A su madre, en el lecho de muerte. Ella le había pedido que no indagara en su pasado, que no soñara con cosas que estaban más allá de su alcance. Y Merrick se lo había prometido.

Ahora iba detrás de las faldas de una mujer a quien no debería perseguir. Merrick y lady Anne eran distintos como el día y la noche. Merrick era, de hecho, distinto a cualquier otro hombre. Tenía ciertas habilidades que ni siquiera su madre conocía. Tenía sus propios secretos a pesar de que no deseaba aceptar en qué era distinto. No comprendía sus dones ni por qué le habían sido dados. No estaba seguro de que fueran dones. Quizá eran una maldición.

Aunque la cabeza le decía que sería mejor que lady Anne no apareciera esa noche, Merrick vigilaba la puerta esperando a que apareciera. Él la había atraído hacia él y al hacerlo se había echado atrás con respecto a la palabra que le había dado a su madre. Deseaba todo aquello que le había prometido no desear. En su fuero

interno le molestaba que su sangre fuera de cierta manera azul, pero que corriera roja por sus venas como el hombre normal que era.

Su madre, Dios la guardara, se había llevado el nombre de su padre a la tumba. Fuera quien fuese ese hombre, Merrick se sentía muy resentido con él. ¿Cómo era posible que un hombre tratara a un niño como si fuera un sucio secreto? ¿Tratarle como si fuera un error que se ignora con facilidad y luego se olvida? Mientras el hombre estuvo vivo, se aseguró de que Merrick y su madre estuvieran suficientemente provistos, pero después de su muerte era como si hubiera querido que su secreto fuera enterrado con él. Merrick era solamente un joven en ese momento, y su madre se vio obligada a trabajar en cualquier trabajo que pudiera encontrar para poder mantenerse. Suponía que eso no le hacía distinto a cualquier otro, pero se preguntaba si mientras su madre y él pasaban hambre y penurias no habría algún hijo legítimo de ese hombre que nadara en la riqueza.

Los caballos siempre habían sido algo muy natural para Merrick. Reconocía a un buen caballo en cuanto lo veía. Sabía qué yegua había que emparejar con un semental para conseguir un caballo mejor. Sabía ocuparse de los animales, limpiarlos, montarlos. Se había labrado un nombre en su profesión, a pesar de que no era la mejor profesión que un hombre podía desear, y a pesar de que su nombre era solamente un nombre de pila. Y a pesar de todo, había aprendido a sentirse satisfecho... hasta la otra noche.

Notó el olor de lady Anne antes de que ella llegara a la cuadra. ¿Por qué tenía que oler de esa forma, tan dulce y agradable? ¿Por qué tenía que ser su tacto como el de la seda bajo sus manos callosas? ¿Por qué tenía su sabor que ser como el del vino, cálido, húmedo y perturbador? ¿Por qué tenía que confiar en la palabra de él cuando todo su cuerpo cobraba vida de puro deseo por ella?

—Merrick —susurró ella en la oscuridad, y solamente oír su nombre pronunciado por ella le provocó un gemido.

—Aquí —dijo él, y tuvo que aclararse la garganta.

—¿Tiene la ropa?

—En la habitación de los aperos —repuso él—. La he puesto encima de su silla de montar. Las botas están en el suelo, al lado.

—¿Se quedará aquí mientras me cambio?

Ella todavía desconfiaba de él. Lo cual era sabio además de atractivo.

—A no ser que necesite usted mi ayuda —contestó él.

—No la necesitaré —le aseguró ella.

—Apresúrese, entonces. No tenemos toda la noche.

Al cabo de un momento, su oído, anormalmente fino, le torturó con todos los sonidos que ella emitía mientras se desvestía. El susurro de la tela contra la piel. Esas imágenes empezaron a cobrar forma en su mente. Deseaba verla a la luz de la luna. Ver su hermoso rostro iluminado por la risa, como lo había visto mientras montaba a horcajadas antes. ¿Por qué una mujer así no estaba prometida? ¿Eran los hombres

ciegos? Ella era todo lo que él quería que fuera una mujer y todo aquello que él no podía tener.

—Estoy preparada.

Perdido en sus pensamientos, Merrick no había oído que ella se acercaba. Vio su silueta en la oscuridad. Si quería, si la miraba el tiempo necesario y con la atención suficiente, podría distinguir sus rasgos claramente, pero tenían que salir de la cuadra.

—Voy a ayudarla a subir. Desensillaremos a la yegua cuando nos hayamos alejado de la casa, y la enseñaré a cabalgar a pelo.

Ella movió sus suaves curvas de mujer y arrastró su aroma por entre los caballos hasta llegar a su lado. En el momento en que las manos de él la sujetaron por la cintura, él deseó enseñarle mucho más que simplemente montar a pelo. Sus labios habían sido inocentes la otra noche: exuberantes y maduros y él pensó que quizá nunca la hubieran besado. Por lo menos, no de la forma adecuada.

Él la izó con facilidad y ella se colocó en la silla. Merrick caminó alrededor del caballo de ella y montó a su caballo negro. Como dos ladrones, salieron en silencio de la cuadra y solamente se atrevieron a aumentar el ritmo cuando se encontraron a cierta distancia de la casa.

Llegaron al páramo de nuevo, y Merrick detuvo a su caballo negro, desmontó y se acercó a lady Anne para ayudarla. Ella bajó hacia sus brazos, quizá con mayor facilidad de lo que hubiera sido sensato, y luego se quedó de pie delante de él, mirándole. La luz de la luna le bañaba las hermosas facciones con una suave luz blanca. Sus ojos relucían y el pelo le caía por la espalda casi hasta las caderas. Él sentía que le dolía el cuerpo sólo al mirarla. Le dolía como nunca antes le había dolido. La deseaba como nunca antes había deseado.

—Es usted tan hermosa —le dijo, mirándola—. Usted deja a un hombre sin cerebro y le hace olvidar todas las promesas.

La sonrisa que los labios llenos de ella dibujaban desapareció. Ella le miró a los ojos y él creyó ver en ellos la misma hambre que él sentía, en esos cálidos ojos marrones. Entonces ella meneó la cabeza como para aclarársela.

—Me dio usted su palabra. ¿Fui una inconsciente de creerle?

Así parecía. Merrick nunca había sido sutil acerca de sus deseos.

—Quiero besarla otra vez.

Incluso en la oscuridad, él se dio cuenta de que las mejillas de ella enrojecían.

—Entonces voy a pedirle que me lleve de nuevo a la cuadra y que terminemos con esta locura.

Él estaba de acuerdo, pero el deseo de conocerla de forma más íntima le impidió decírselo ni hacer aquello que sabía que era lo mejor.

—¿Por qué cree usted que es una locura hacer algo con lo que uno sueña, Anne?

Anne esperaba que, o bien intentara besarla, o bien la llevara de vuelta a la

cuadra. Se sorprendió de que, en lugar de hacer alguna de esas dos cosas, le planteara esa respuesta y que pareciera realmente interesado en obtener una respuesta. Ella no estaba acostumbrada a que nadie se interesara por sus emociones. No estaba acostumbrada a que nadie se interesara de verdad por ella. Oh, le gustaba engañarse a sí misma diciéndose que tanto su tía como su tío tenían, simplemente, dificultad en expresar sus emociones, pero sabía que no era eso. Y de alguna manera, se culpaba a sí misma de no ser digna de amor.

—¿Qué importa que aprenda a cabalgar a horcajadas o a pelo? —dijo, encogiéndose de hombros—. Son temas de los que no puedo hablar con nadie. Y son habilidades que no puedo mostrar a nadie. Tampoco son logros de los que mi tía o mi tío se sentirían orgullosos.

Los cálidos brazos de él la rodearon por los hombros.

—¿No ha hecho usted nada solamente para sí misma? ¿Sólo porque le complace, y al infierno con todos los demás?

Nada excepto cabalgar, y por supuesto que se sabía que a una señorita le gustaba una buena excursión, aunque pocas admitirían tener un interés en todo aquello que le interesaba a Anne. Eran los hombres quienes amaban esas cosas, también, pero hasta ese momento, ella no había conocido a ninguno que creyera que iba a comprender su amor por ellas.

—Sería distinto si fuera un hombre —le explicó—. Y por el hecho de ser una mujer debo ser complaciente. Debo ser amable y considerada con los demás. Debo desear todo lo que las mujeres de mi clase quieren. Soñar en hacer o en ser alguien distinto de lo que se espera es una locura.

Él la atrajo hacia sí.

—Nunca es una locura tener sueños propios. Para algunos de nosotros, eso es lo único que podemos tener. ¿Y por qué parece usted enojada con su vida si a mí me parece que lo tiene usted todo?

—No todo —le contradijo ella, y entonces se dio cuenta de que le estaba revelando demasiadas cosas acerca de sí misma. Qué patético sería que le dijera que no tenía la única cosa que más quería en la vida. Ser amada. Por sí misma—. Pero parezco frívola y desagradecida —añadió, bajando la vista—. Debe usted comprender que lo único que de verdad se espera de mí es que consiga un buen matrimonio. Que sea complaciente para que un hombre quiera casarse conmigo. Es cosa de la mujer hacer que la vida de su esposo sea cómoda. Criar a sus hijos y llevar la casa. Por lo menos así es para las mujeres de mi clase. —De forma extraña, los tutores de Anne no la habían presionado para que se casara, no habían parecido preocupados por la falta de pretendientes a pesar de que Anne tenía casi veintiún años.

Merrick la soltó de repente y le dio la espalda.

—Comprendo lo que dice. Supongo que las mujeres de mi clase solamente pueden aspirar a traer al mundo a bastardos de la clase a la que pertenece usted y esperar a que él no muera y las abandone con los niños y que tengan que apañárselas

por sí mismos.

Anne se dio cuenta de que había sido poco sensible. Debía de parecerle una boba absoluta, quejándose por su vida privilegiada.

—Lo siento —susurró ella—. ¿Es eso lo que le sucedió a su madre?

Él le dio la espalda.

—No hemos venido aquí a hablar de mí. Creí que habíamos venido para que usted se atreviera a hacer lo que desea hacer. Si no tiene valor para hacerlo, volvamos. Algunos no podemos pasarnos el día durmiendo después de haber estado despiertos hasta demasiado tarde la noche anterior.

Ella le había herido. Le había despertado un sentimiento de resentimiento. Anne no había querido hacer ninguna de esas dos cosas. Pero él tenía razón: le habían dado la oportunidad de hacer algo solamente para sí misma. Merrick le había ofrecido esa oportunidad, y por mal que eso estuviera, no podía evitar acercarse a él y quererle por ello.

—De acuerdo —dijo ella—. Ya basta de hablar de temas que ninguno de nosotros puede controlar. Dígame qué tengo que hacer.

Merrick la miró durante un largo momento y Anne tuvo miedo de que hubiera cambiado de opinión. Entonces él suspiró y pasó por su lado para desensillar a *Tormenta*. Cuando hubo dejado la silla y la manta en el suelo, se subió con facilidad a la grupa de la yegua.

Anne le observó mientras él hacía dar un círculo al caballo. Primero hizo que el caballo se pusiera al paso, luego al trote y luego al galope. Mirarle hizo que Anne se sintiera extraña otra vez: le dolía el cuerpo y se sentía enfebrecida, como si se hubiera puesto enferma. Sin tener en cuenta su linaje, Merrick, que no tenía apellido, era alguien digno de ver. Otra vez, Anne no pudo evitar sentir que le había visto alguna otra vez. Quizá en sueños.

Tormenta a veces era terca, pero Merrick la dirigía mucho mejor de lo que Anne lo había hecho nunca, y el caballo parecía notar que él era un hombre que no iba a aceptar tonterías por su parte. Anne se preguntó si él manejaba a todas las hembras de la misma forma.

—¿Está lista para intentarlo ahora?

—Sí —respondió Anne—. Pero me parece que usted lo hace parecer más sencillo de lo que es.

Él hizo detener a la yegua al lado de Anne, pasó una pierna por encima de la grupa del caballo y saltó al suelo con facilidad.

—Lo hará bien —le aseguró—. Lo hará bien porque es una cosa que quiere usted hacer. Quizá es algo que tenga que hacer.

La represión y el ser una mujer nacida en un mundo de hombres eran cosas que iban juntas. Anne estaba acostumbrada a reprimir sus deseos, sus sueños, incluso sus pensamientos. Nunca había conocido a un hombre que animara a una mujer a ser atrevida. Era un cambio refrescante para ella.

—Yo la auparé, dado que no tiene estribos —dijo él, y se inclinó para juntar las manos y ofrecerle un punto de apoyo para el pie.

Anne le colocó una mano en el hombro y notó sus bien formados músculos bajo la camisa. Puso un pie calzado con una bota en las manos de él y él la izó con facilidad hasta la grupa desnuda del caballo.

—Recuerde que tiene que sujetarse con las piernas —le dijo él, y ella intentó no sonrojarse bajo la luz de la luna.

Hablar de piernas y de apretar algo con ellas era un tema considerado vulgar en presencia de una dama. Anne recordó que llevaba puesta ropa de hombre y decidió que esa noche ni ella era una señorita ni Merrick era un caballero. Asintió con la cabeza y tomó las riendas.

Anne empezó despacio, acostumbrándose a la sensación del caballo debajo de ella sin la silla. Hizo que *Tormenta* caminara en círculos unas cuantas veces hasta que se sintió lo bastante confiada para hacerla poner al trote. El ritmo desigual estuvo a punto de tirarla, así que Anne hizo que la yegua tomara un galope suave.

—Aprende con rapidez —le dijo Merrick, levantando la voz—. Lo está haciendo bien.

Concentrada en mantenerse sentada, Anne gritó:

—¿Podemos ir a los páramos? ¿Cabalgar por ellos a pelo y a la luz de la luna tal y como yo había soñado que haría? —Le miró.

Él negó con la cabeza.

—No esta noche, nena. Necesita usted practicar un poco más antes de atreverse a eso.

¿Quién se enteraría si Anne tenía el coraje de huir de la casa otra vez y escapar con el nuevo encargado de los establos? Podía recuperar el sentido común en cualquier momento. Volver a sus viejos hábitos de ser buena y pura y totalmente aburrida. Era posible que su tía decidiera de repente que el campo era demasiado tranquilo para ella y hacer que todos prepararan las maletas y se fueran a Londres. Quizá esa noche era la única oportunidad que Anne tenía de llevar a cabo su sueño.

—Voy a ir —decidió—. Quédese aquí, si quiere. De hecho, vuelva a la cuadra, así, si me descubren o sucede algo, no le responsabilizarán de ello.

Después de haberle dado las órdenes, Anne hizo dar la vuelta a *Tormenta* hacia el camino que conducía hasta los páramos.

—Vuelva aquí, Anne —le ordenó Merrick—. Le he dicho que todavía no está preparada.

Anne estuvo a punto de obedecer simplemente por cuestión de hábito. La necesidad de rebelarse se había arraigado en ella y no estaba segura de si quería contenerse. ¿Y quién era él para darle órdenes, de todas maneras? Merrick no se lo diría a nadie, ya que esa noche la había ayudado a hacerlo. No, a no ser que quisiera perder su posición.

Dado que ella ya le conocía bastante mejor de lo que debería, Anne no pensaba

que fuera descabellado que él fuera detrás de ella y la hiciera bajar del lomo del caballo a la fuerza. Anne hizo que el animal se pusiera al galope. Detrás de ella, oyó que Merrick soltaba un juramento en voz alta.

El camino fue fácil de seguir gracias a la brillante luz de la luna que caía desde arriba... al menos hasta que se adentrara en los bosques. Oyó el ruido de los cascos detrás de ella y supo que Merrick la estaba siguiendo. Anne también supo que él la alcanzaría rápidamente si continuaba por el camino. En un segundo de decisión, hizo salir a *Tormenta* del camino.

Dado que Anne tenía un buen sentido de la orientación, pensó que podía llegar con facilidad a los páramos. Lo que no esperaba era la dificultad de conducir a un caballo a través del denso follaje y por los troncos que había en el camino y que veía demasiado tarde. Saltar a caballo era mucho más difícil cuando el caballo no tenía estribos. Anne perdió el equilibrio y cayó al suelo.

La caída le sacudió todo el cuerpo. Se quedó sin respiración, y cuando fue capaz de volver a respirar, se sentó e intentó detectar si se había hecho alguna herida. Movié las piernas hacia delante y hacia atrás, y también los brazos: no tenía nada roto. Tal y como le habían enseñado, *Tormenta* se detuvo en cuanto notó que no había nadie que la condujera por las riendas. Anne se levantó despacio del suelo y notó que todavía le dolía el trasero mientras se dirigía hacia la yegua.

De repente, *Tormenta* levantó la cabeza. La yegua relinchó, giró los ojos y salió disparada a través del bosque como si la persiguiera un ejército de demonios. Anne quiso llorar. Tenía que haberle hecho caso a Merrick. Él había tenido razón. Ella no estaba preparada para hacer lo que había hecho. Ahora estaba sin montura, perdida en el bosque y sola. ¿O no lo estaba?

Se le erizaron los pelos de la nuca. Tuvo la sensación de que estaba siendo observada. ¿Qué era lo que había asustado a *Tormenta*? Ese caballo no se asustaba con facilidad. Anne miró a su alrededor y se dio cuenta de que la noche era mucho más negra si los árboles tapaban la luz de la luna. Tenía dificultades en distinguir las formas. Además, no sabía encontrar la dirección. ¿Dónde estaba el camino? Si iba en esa dirección, seguro que se encontraría con Merrick que iba en su busca.

Dio un paso, pero vio un movimiento por el rabillo del ojo y se dio la vuelta rápidamente. Forzó la vista entre las sombras. Otra forma se unió a la primera. Y luego otra. Lobos. Se le heló la sangre en las venas. Así que la leyenda era cierta. Todavía había lobos que vagabundeaban por ciertas partes de Inglaterra.

Anne no se atrevía a apartar los ojos de la quietud de las sombras, preguntándose cuánto tiempo más permanecerían quietas. Necesitaba un arma. Miró hacia abajo e intentó distinguir la forma de una rama, de una roca, de cualquier cosa que pudiera utilizar para defenderse. Levantó la mirada y se dio cuenta de que una de las sombras se había acercado. Anne tragó saliva con dificultad.

—No se mueva.

Esa instrucción no fue más que un susurro, e inmediatamente sintió el calor de

Merrick a sus espaldas. Las piernas casi le fallaron de alivio. Una sombra se acercó más. Unos ojos brillaban en la oscuridad. Pareció que el corazón se le atragantaba en la garganta. Merrick se colocó delante de ella, bloqueando el peligro y protegiéndola de su propia locura, quizá con su vida.

Las sombras continuaron moviéndose hasta que estuvieron rodeados. Aterrorizada, Anne pasó un brazo alrededor de la cintura de Merrick y apretó el rostro contra su espalda. Oía el corazón latiéndole en el pecho, fuerte, constante, pero no deprisa, como le latía a ella en ese momento. El silencio tenía eco a su alrededor; luego, suave, bajo, oyó un gruñido. No procedía de las bestias de la noche sino del hombre que estaba de pie delante de ella.

Se le puso la piel de gallina. Anne no sabía si soltarse de la cintura de Merrick y correr o sujetarse a él con más fuerza. Cerró los ojos y rezó. Cuánto tiempo llevaba agarrada a él, no lo sabía. Le parecía una eternidad.

—Todo va bien ahora, nena. Se han ido.

Anne abrió los ojos, aunque la oscuridad que les rodeaba hacía que pareciera que todavía los tuviera cerrados. No vio nada entre las sombras, pero eso no significaba que no hubiera nada allí.

—¿Está seguro? —susurró ella—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé —respondió él, volviéndose hacia ella—. Se han ido y se han llevado su olor con ellos. Sólo sentían curiosidad, de momento. Curiosidad por saber qué tipo de tonta camina por el bosque durante la noche.

Cierto sentimiento de vergüenza se le mezcló con el miedo. Él tenía razón: era una tonta. Quizá el día anterior había pensado de sí misma que era aburrida, pero no había pensado que era alocada hasta esa noche.

—Lo siento. Tiene usted razón —admitió—. No debería haber ido yo sola. Ha sido una tontería peligrosa.

Él no respondió y cuando ella levantó la mirada hasta él, Anne se quedó sin respiración. Su sombra se levantaba alta y negra en medio de la noche, pero sus ojos brillaban igual que los de las bestias del bosque.

—Sus ojos —susurró ella—. Brillan en la oscuridad igual que los ojos de un animal.

Él apartó la mirada de ella, como si quisiera protegerla de esa visión. Anne recordó el prolongado gruñido que él había emitido mientras ella se sujetaba a su cintura muerta de miedo. Y su olor, el mismo que le olía ahora. El olor que vencía al miedo y a la confusión y que le atraía a él a pesar de que el sentido común decía que debía escapar. Había algo muy extraño en Merrick. Pero quizá era sólo la histeria lo que le hacía sentirse así.

—¿Merrick? —susurró—. ¿Quién es usted? Quiero decir, realmente.

ÉSA era una pregunta que Merrick se había hecho muchas veces en el pasado. ¿Quién o qué? Sabía que era distinto de otros hombres. No comprendía por qué. Había sido capaz de leer los pensamientos de los lobos o, mejor dicho, de sentir lo que ellos estaban sintiendo. Él les había ordenado que se fueran y ellos se habían ido, sin duda tan asustados ante un ser humano desconocido como un humano lo estaría si conociera la verdad acerca de él.

—Sólo soy un hombre como cualquier otro —mintió—. Simplemente tengo algunas extrañas habilidades.

Una de sus habilidades le permitía ver la expresión de ella en la oscuridad. Por un momento, ella había tenido miedo de él; ahora tenía el ceño fruncido y la asaltó una curiosidad natural.

—¿Qué tipo de habilidades?

El camino que Merrick estaba transitando era peligroso. No debería haberle dicho tanto como le había dicho. Y a pesar de todo quería decírselo. ¿Por qué? Ya era bastante malo que tantas cosas se interpusieran entre ellos. Su clase social en la vida. ¿Por qué quería él hacer esa distancia más grande? Quizá para poner distancia entre ellos. Quizá simplemente para ver cuál era la reacción de ella.

—Puedo ver en la oscuridad —respondió—. Ver su cara. La otra noche en la cuadra, la veía con tanta claridad como con la luz del día, de pie, en ropa interior, mientras se bajaba las medias por sus piernas bien formadas. Su camisola tenía una rosa de seda roja cosida delante.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida. Dio un paso atrás, inconsciente, y Merrick intentó no hacer caso de cuánto le afectó eso.

—¿Cómo es posible que sepa eso? —preguntó ella—. ¿Cómo pudo ver con tanta claridad en medio de la oscuridad? Es imposible.

Él deseaba que fuera imposible. Merrick sintió que ella se apartaba de él. Incluso a pesar de que la razón le decía que eso era imposible, había empezado a tener miedo de él de forma consciente. Eso era lo que él quería, poner distancia entre ellos. Pero no le resultaba agradable, no parecía que fuera lo que quisiera. No, si era honesto consigo mismo, tenía que admitir que la quería volver a sentirla entre sus brazos. Quería hacer más que besarla.

Quizá fue un acto inconsciente por su parte, pero supo, por la ligera dilatación de las fosas nasales, por cómo sus ojos adoptaron una expresión de pesadez, que ella notaba el olor. El olor que hacía que las mujeres se sintieran atraídas hacia él. Merrick sabía que eso no estaba bien. Lo sabía, pero todos sus instintos querían seducir a lady

Anne Baldwin. Quería que ella le deseara tanto como él la deseaba a ella. Quería olvidar sus extraños dones y el abismo que les separaba. Quería que ella también se olvidara.

Lentamente, él se inclinó hacia delante y le tomó los labios entreabiertos. Eran tan dulces como los recordaba y respondieron mejor de lo que lo habían hecho en la cuadra. Él ya no era un extraño para ella, lo cual parecía actuar en su favor. Ella gimió suavemente mientras él le recorría el labio inferior con la lengua. Ella abrió un poco más los labios y él apretó su boca contra la de ella, explorando, saboreando y seduciendo.

Anne se apretó contra él y él la atrajo hacia sí, sintiendo la suavidad de sus curvas contra su cuerpo. Tomó sus pechos, y sintió que se le encendía la sangre al notar que ella no se apartaba. Ella aguantó la respiración mientras él le acariciaba el pezón con el pulgar por encima de la tela de la camisa. Él la quería desnuda. Quería tocar su piel.

Merrick la empujó contra el tronco de un grueso árbol. La besó en el cuello, desató los lazos de la camisa hasta que ésta se abrió y pudo introducir la mano dentro. Su conciencia le susurraba que eso no era lo mismo que la noche anterior en la cuadra. Ahora él sabía quién era ella. Sabía que era inocente. Y, a pesar de ello, no podía contenerse.

Anne sabía que debía detenerle. Tenía la mente nublada de pasión. Una pasión que no había sentido nunca antes. ¿Qué era lo que ese hombre tenía a lo que ella no podía resistirse? Quizá era una combinación de todo lo que era él. Sus labios moviéndose contra los suyos, su mano contra su pecho, que la excitaba más allá del sentido común. Ella podía incluso olvidarse de la rugosidad del árbol que se apretaba contra su espalda si él continuaba besándola... tocándola.

La boca de él se movió hacia su cuello, y le mordisqueó la piel con suavidad antes de continuar bajando y apartarle la camisa. Sintió la humedad de su boca contra su pezón, incluso a través de la piel de la camisa y notó que una corriente le atravesaba el cuerpo. Anne enroscó los dedos en su largo cabello y tuvo que recordarse que tenía que respirar.

—¿Sabes lo hermosa que eres? —susurró él, los labios contra su piel—. ¿Cuán perfecta en todos los aspectos?

Anne no se había sentido hermosa nunca. Por supuesto, los hombres le habían dicho que lo era, pero ninguno la había hecho sentir hermosa. En su fuero interno, Anne sabía que ansiaba el contacto de Merrick tanto a causa del afecto que le habían negado de niña. Él le daba lo que le había sido negado y, a su vez, ella no quería negarle nada a él. Pero, a pesar de que eso parecía adecuado, Anne sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos era incorrecto.

Resistirle a él se hizo más difícil cuando él tomó su pezón con la boca y lo

succionó con suavidad. Ella le clavó las uñas en el cuero cabelludo y sintió que las piernas le fallaban. El punto entre las piernas se le humedeció. Le dolía allí, le dolía como si su cuerpo necesitara algo que su mente no podía comprender.

Anne se hundió más profundamente en la niebla de su deseo. Esa boca cálida volvió a trepar por su garganta; al cabo de un momento, él la estaba besando. Él introdujo la lengua dentro de la boca de ella y ella respondió de la misma manera. Entonces fue cuando notó sus dientes. Eran más largos de lo que tenían que ser... casi como colmillos.

Ella abrió los ojos y le dio la impresión de que él parecía diferente. Sus facciones se veían borrosas. Intentó librarse de él, pero él la sujetaba con fuerza contra el árbol. El cuerpo de él se apretaba contra el de ella, y ella sintió su erección de deseo por ella. Entonces, aunque ella no hubiera podido asegurarlo, le pareció que él emitía un gruñido.

—Merrick —susurró—. Me estás asustando.

La boca de él estaba en el cuello de ella otra vez. Ella notó la aguda punzada de esos dientes, y en ese preciso instante, él se apartó bruscamente de ella. Le dio la espalda y, entonces, desapareció en el bosque. Anne se quedó perpleja en medio de la oscuridad. El corazón le latía con fuerza en el pecho. La había dejado sola.

Oyó el aullido de un lobo en la distancia y Anne contuvo el aliento. Con gestos torpes, intentó recomponerse la camisa y cerrarse el cuello de la misma. Luego, despacio, se dejó caer en el suelo. ¿Dónde estaba Merrick? ¿Y por qué la había dejado sola en la oscuridad?

De repente, se oyó el crujido de una rama y Anne se sobresaltó. Una figura alta apareció en medio de las sombras. Ahora Merrick estaba delante de ella, y la miraba.

—Ven, Anne —le dijo—. Permíteme que te conduzca hasta *Pecado*.

—¿*Pecado*? —susurró ella.

—El semental. Te llevo a casa.

Por un instante sintió que no podía confiar en él. La vista se le había acostumbrado a la oscuridad y vio que él tenía una mano tendida hacia ella. ¿Qué era lo que había sucedido un momento antes? ¿Se había imaginado ella que él tenía un aspecto distinto? Había sentido miedo. Quizá su miedo se lo había provocado.

—Anne, dame la mano —le dijo Merrick en tono convincente y con suavidad.

Ella deslizó la mano en la suya, más grande. Eran las manos de un trabajador, pero le habían parecido de seda contra su piel hacía sólo un momento. Él la hizo poner en pie. Anne se tambaleó un poco, se sentía mareada, no muy bien.

—¿Qué me está pasando? —le preguntó—. ¿Por qué respondo a ti de la forma en que lo hago, y qué quieres de mí, Merrick?

Él no dijo nada en un primer momento. Quizá no conocía la respuesta. Luego, le dijo:

—Ahora mismo quiero llevarte a casa. Quiero que estés a salvo.

«¿A salvo de los lobos o a salvo de él?», se preguntó Anne. Debería irse a casa.

Debía irse y volver a la vida segura y aburrida que conocía antes de haberle besado en la cuadra. A un extraño. A un hombre que trabajaba para su tío. A un hombre que no tenía miedo de mostrar su afecto. A un hombre que le decía que era hermosa.

Merrick la llevó con él a través del bosque. El camino no estaba, en realidad, tan lejos, y se tropezaron con él enseguida, asustando al semental negro que les esperaba. Merrick habló al animal con suavidad y éste se calmó. Merrick subió a la silla y aupó a Anne para sentarla delante de él.

—¿Y *Tormenta*?

Anne consiguió salir del estado de confusión y pudo hacerle la pregunta.

—¿Y la silla y la manta que dejamos en el suelo?

—Supongo que *Tormenta* habrá vuelto a la cuadra. Si no está allí cuando lleguemos, iré a buscarla. También iré a buscar la silla.

Él iba a proteger a Anne. A borrar los errores de esa noche. Posiblemente, le había salvado la vida antes. Merrick, con sus extrañas habilidades y ese olor que todavía la afectaba. Él hubiera podido aprovecharse de ella en el bosque. Anne estaba completamente segura de que ella le hubiera permitido que la sedujera por completo. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Y habían sido sólo imaginaciones que sus rasgos se habían hecho borrosos por un momento, que parecieron deformados, y que tenía los dientes como colmillos?

Por supuesto que habían sido imaginaciones. Los lobos la habían asustado y ella todavía estaba bajo ese efecto. Sentía los fuertes muslos de él amoldados a sus costados. Anne necesitaba distraerse. Él mantenía el caballo al paso y ella supuso que lo hacía pensando en su bienestar, pero ese paso lento solamente prolongaba la tortura que suponía estar presionada contra él.

—¿Por qué llamas *Pecado* a tu caballo? —le preguntó.

—Porque es negro como el pecado.

Entre ellos se volvió a imponer el silencio. El calor del cuerpo de Merrick le penetraba por la espalda a través de la chaqueta de montar y ella se preguntó cómo sería sentir su piel desnuda contra la suya.

—Parece rápido, tu caballo —dijo, de repente.

—Sí —respondió él, y ella notó su aliento contra su oído, lo que le provocó un escalofrío—. Él más rápido que he visto nunca.

—¿Le haces correr en las carreras? Yo lo haría, si fuera mío, quiero decir, y por supuesto si yo fuera un hombre.

—Le hago correr —respondió él—. Generalmente en pequeñas carreras en el campo, y solamente si el premio es grande. Al caballo le encanta correr. Le gusta la competición.

El caballo no parecía en absoluto ansioso por volver al establo en ese momento. Anne ni siquiera estaba segura de que se estuvieran dirigiendo en la dirección adecuada ahora que lo pensaba.

—Merrick, ¿sabes adonde vamos? —le preguntó—. No creo que éste sea el

camino hacia la casa.

—Sé adonde vamos —le aseguró él.

Al cabo de unos momentos, dejaron atrás la protección de los árboles. Merrick apresuró el paso del semental y Anne contuvo la respiración. Delante de ellos, el suelo sin hierba y quebrado, se extendía el páramo. La luz de la luna caía sobre él y la tierra que se extendía ante ellos parecía extrañamente hermosa.

—¿Estás preparada, Anne? —le preguntó Merrick al oído.

Ahora supo por qué él la había llevado allí. Sintió alegría en el corazón por el hecho de que él supiera lo importante que eso era para ella: vivir este sueño.

—Estoy preparada —susurró ella.

—Sujétate con fuerza.

Él le clavó las rodillas al caballo y salieron disparados bajo la luz de la luna.

Eso no era exactamente igual al sueño de Anne de cabalgar con ropa interior, sola, y a pelo, pero era mejor. Mejor porque compartía ese momento con Merrick. Él se rió con ella, y ella supo que él estaba compartiendo su alegría. Él la comprendía como ningún hombre la había comprendido antes. Y él tenía razón. Todo el mundo debería tener un sueño, incluso un sueño pequeño como ése.

ANNE se reía a carcajadas de la pura alegría que sentía al cabalgar a través de los páramos a la luz de la luna, de notar el viento en el pelo, a Merrick a su espalda y sus brazos alrededor de su cuerpo, sujetándola firmemente delante de él. Él tenía razón. Nunca había montado un caballo tan rápido como ese semental. Los cascos de *Pecado* resonaban por la tierra agrietada, levantando trozos de tierra a su paso.

—¿Quieres ir más deprisa? —Él se inclinó hacia delante para preguntárselo.

—Oh, sí —dijo ella sin aliento; inmediatamente ambos se inclinaron hacia delante y el semental salió disparado.

Anne notaba que la sangre le corría con furia por las venas. Cerró los ojos y se limitó a vivir ese momento: a sentir al poderoso caballo de paso seguro debajo de ella, a sentir el viento en el rostro y el fuerte latido del corazón de un hombre en su espalda. No quería que terminara nunca, pero por supuesto, tenía que hacerlo.

Merrick hizo que el semental bajara la velocidad. El aliento de *Pecado* se condensaba en el aire, y el caballo relinchó, protestando. Merrick conocía bien al caballo. Al semental le encantaba correr.

—Hay una feria en el condado, no muy lejos de Blackthorn Manor, la semana que viene —le dijo a Merrick—. Deberías hacer correr a *Pecado* allí.

—¿Y tú vendrás a vernos correr?

A Anne le encantaban las ferias rurales, a pesar de que su tía y su tío las encontraban aburridas.

—Si mi tía y mi tío me llevan —respondió—. Normalmente no les gustan ese tipo de cosas. Mi tía preferiría ir a un baile en Londres.

—¿Y tú, Anne? ¿Qué prefieres tú?

Él había hecho detener al semental. La luz de la luna bañaba la tierra alrededor de ellos con una luz suave y ella volvió a maravillarse de que un paisaje tan áspero pudiera ser hermoso.

—Prefiero las ferias —contestó con sinceridad—. Aunque mi tía dice que es malgastar el tiempo. No hay caballeros elegantes en una feria que se puedan sentir atraídos por mí. Allí no hay nada que ella pueda aprobar. No hay mercado de matrimonio.

Merrick le puso la mata de pelo, ahora enredado, sobre uno de sus hombros. Sentir el roce de los dedos de él en el cuello la hizo estremecer.

—¿Por qué no te has casado, Anne? ¿Es que los caballeros de Londres son todos ciegos y sordos?

Ella solamente podía ser sincera con él.

—Soy aburrida.

Él se rió, y su aliento cálido le acarició el oído.

—¿Tú, aburrida? ¿Una mujer que se escapa de la casa por la noche y se desnuda hasta quedarse en ropa interior para poder montar a un caballo por los páramos? ¿Una mujer que se aventura en el bosque sola y que se enfrenta a los lobos? ¿Una mujer...

—Normalmente no hago estas cosas —le interrumpió Anne, volviéndose para poder verle la cara—. Me estoy rebelando. Estoy segura de que se me pasará.

—¿Ah, sí?

De repente, la boca de él estaba casi tocando sus labios. ¿La había llevado hasta allí para terminar de seducirla? Algo perverso dentro de ella le decía que si era así, quizá eso no fuera una mala cosa. La carrera a caballo le había calentado la sangre. Esa noche quizá fuera lo único que pudieran tener juntos. Anne sabía que su rebelión no podía durar. En algún momento debía recuperar el sentido común y volver a su aburrida y predecible vida... pero quizá no inmediatamente.

La señorita quería que la besara. Merrick estuvo tentado de hacerlo. Tentado casi hasta más allá de su control. Pero esa noche le había sucedido algo realmente extraño. En el bosque, mientras la había estado besando, tocándola, deseándola como nunca antes había deseado a una mujer, algo se le había removido por dentro. Algo extraño le había invadido. Había estado a punto de consumirle... fuera eso lo que fuese.

Su deseo por ella se había convertido en algo animal. Sus pensamientos se habían vuelto inconexos, como si se le escaparan. Como si se estuviera transformando en otra cosa. Por un momento tuvo verdadero miedo de hacerle daño a Anne. Ese miedo fue lo que se impuso al deseo que sentía por ella y que le obligó a apartarse, a desaparecer el tiempo suficiente para recomponerse de lo que le estaba sucediendo, fuera eso lo que fuese.

Ahora ella le estaba tentado a perder el control de nuevo. En el pasado, mujeres de la clase social de Anne se habían acercado a él, habían aparecido a hurtadillas en el establo donde él estaba trabajando en medio de la noche. Habían querido divertirse con él, y Merrick las había utilizado, suponía, para satisfacer el deseo de venganza contra esa clase social que tenía clavada en el corazón. Pero Anne no era como esas mujeres. Lo que sentía por ella no era lo mismo. Y lo que ella le hacía sentir no era parecido a nada que hubiera sentido antes.

Él disfrutaba de la alegría de ella. Su inocencia era como un bálsamo sobre su alma hastiada. Lo que quería de ella no era solamente unos cuantos momentos robados en la noche. Tenía mucho miedo de lo que quería de ella. Era todo aquello que le había prometido a su madre que rechazaría.

—Si yo fuera un caballero, te llevaría a la feria —le dijo, mientras le apartaba un mechón de pelo del hermoso rostro—. Te llevaría en una bonita calesa y me gustaría que te vieran conmigo. Llevaría una prenda tuya en mi brazo mientras cabalgara a

Pecado.

Ella le sonrió a la luz de la luna y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Pero no soy un caballero, Anne. No debes olvidarlo.

La dulce sonrisa de ella se desvaneció. A la luz de la luna, vio que se le ruborizaban las mejillas.

—Tú eres mejor que muchos que conoces —le dijo con suavidad—. Si no, no me advertirías que no perdiera la cabeza. No me recordarías cuál es mi lugar, y el tuyo.

Eso era algo muy ajeno a su carácter. Merrick nunca había tenido escrúpulos de tomar lo que se le ofrecía, y a veces se había sentido secretamente resentido de que le tomaran como a un buen semental y no como a un hombre. Él había pensado que Anne era diferente, pero ¿lo era? Quizá ella pensara lo mismo de él. Una diversión en su vida tan ordenada. Solamente una parte de su rebelión. Entonces, ¿debía sentir alguna culpa por seducirla? ¿Por divertirse con ella igual como ella se divertiría con él?

Ella le miró con sus ojos grandes e inocentes. Dulces como los ojos de una paloma. No, no estaba equivocado con ella, a pesar de que deseaba creer que lo estaba.

—Tú quieres más de lo que puedo darte, Anne. Más de lo que un hombre como yo podrá darte nunca. Ahora te llevaré a casa.

Por un momento, los ojos de ella, que le miraban, brillaron como si tuviera los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es demasiado querer eso? —susurró ella—. ¿Ser amada?

¿Era eso lo que ella quería de él? Merrick tenía dificultad en creerlo. Era más que probable que ella estuviera simplemente confundida acerca de lo que era el amor. No era que él mismo lo supiera. Él nunca se había enamorado antes de una mujer. Por supuesto, sabía lo que era ser rechazado. Quería evitar eso con ella.

—Estoy convencido de que eres amada, Anne. Tu tía y tu tío...

—Tienen problemas en mostrar su afecto por mí —le interrumpió ella. Anne hizo un esfuerzo por contener las lágrimas—. He hecho todo lo que he podido para ganarme sus corazones, pero siento que he fallado. Me pregunto si la falta está en mí. Si hay alguna cosa en mí que no sea merecedora de amor.

¿Era eso lo que ella pensaba? ¿Cómo era posible que alguien no amara a Anne? Era buena y dulce, y hermosa, y él había sabido eso de ella casi de forma instintiva. Había sabido que ella era lo opuesto a él. Quizá por eso la encontraba irresistible. Ella suponía todo aquello que él no era. Ella tenía todo aquello que él no tenía. Pero, al final, quizá fueran más iguales de lo que le parecía. Ambos deseaban aquello que, aparentemente, no podían tener.

—No hay nada de eso en ti, Anne —le dijo él—. Quizá ellos no te merezcan. —Igual que él.

Merrick dirigió al semental hacia Blackthorn Manor. Anne se acomodó en la silla delante de Merrick. Cabalgaron en silencio. Él saboreó la sensación de tenerla contra

su cuerpo, de sentir su dulce olor. Ése era un momento en el tiempo en que nada les separaba, a pesar de que al día siguiente todo volvería al lugar donde debía estar. Anne en la enorme casa. Él en los establos. Ella era una señorita a la espera de recibir todo aquello que se merecía de la vida, todo sería suyo con el tiempo. Y él... Bueno, Merrick ni siquiera estaba seguro de qué era. Era un hombre del cual lady Anne Baldwin debía mantenerse apartada. Eso sí lo sabía.

La feria en Devonshire era un espectáculo impresionante. Puestos de mercaderes, compra y venta de caballos y de ovejas, e incluso algún que otro espectáculo ambulante. Anne se abrió paso a través de la multitud a paso lento para que su amada Bertha pudiera seguirla. Su tía y su tío caminaban delante de ella, e iban vestidos como si fuera a asistir a un importante baile más que a una feria de campo. Anne se había decidido por un vestido sencillo, un modesto sombrero y uno de sus chales más viejos. No quería destacar entre la multitud.

Tenía demasiadas emociones contenidas para hacer el papel de gran señorita ese día. Desde que ella y Merrick se habían escapado en la oscuridad, ella no se había acercado a los establos. Estaba asustada, lo admitía. Asustada de sus sentimientos hacia Merrick. Nada bueno podía salir de eso, pero saberlo no parecía evitar que deseara estar con él.

Merrick estaba allí ese día. Se había marchado al salir el sol, y había aconsejado a su tío que apostara el dinero en él y en su semental en las carreras. Si no fuera por la perspectiva de hacer dinero en las apuestas, dudaba que su tío y su tía hubieran querido ir a la feria.

Una mujer que leía el futuro llamó a Anne al pasar por su lado.

—Ven y déjame que te lea el futuro, buena señorita.

Divertida, Anne se detuvo ante el puesto de brillantes colores. La pitonisa llevaba los ojos muy pintados. Llevaba una capucha sobre la cabeza y un anillo en cada dedo de la mano. Anne introdujo la mano en el bolso y sacó una moneda.

—Esto es lo único que tengo —le dijo, lo cual no era del todo cierto, pero era todo lo que podía dar por la tontería de que le dijeran el futuro.

La mujer tomó la moneda y le agarró la mano. Observó la palma de la mano de Anne.

—Tienes una larga línea de la vida —le dijo—. Pero veo problemas más adelante, en el futuro.

Anne suponía que la mayoría de la gente podía esperar tener problemas de un tipo u otro en el futuro. Se limitó a sonreír a la mujer.

—Hay un hombre —le dijo la mujer, levantando la mirada hacia Anne con sus largas pestañas. La mujer volvió a bajar la cabeza, y de repente le soltó la mano. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y se había puesto pálida a pesar de que era de piel morena—. Ve con cuidado con el lobo que hay en tus establos —le susurró—.

Mantente lejos de él o vas a hacer que su maldición caiga sobre ambos.

Anne, perpleja, miró a la mujer.

—¿Perdón?

—Vete ahora —le ordenó la mujer—. No puedo hacer más que avisarte.

Anne se sintió estafada, por decirlo de forma suave. No había lobos en su establo, y esperaba que le diría que iba a conocer a un hombre especial y que tendría un futuro brillante. Eso era lo que una mujer quería oír. De repente, Anne se preguntó si el lobo al cual la mujer se refería sería, de hecho, un hombre a quien debía evitar.

—¿Este lobo que hay en mi establo es un hombre o una bestia? —le preguntó a la mujer.

La pitonisa se estremeció.

—Es ambas cosas —contestó. Luego se levantó y desapareció entre la muchedumbre.

A Anne se le puso la piel de gallina y se cubrió con el chal.

—Ah, está aquí, lady Anne. —Bertha llegó bufando a su lado—. La perdí en medio de la gente y por un momento me he sentido muy preocupada.

Todavía preocupada, Anne alargó la mano y le dio un apretón a su sirvienta en el brazo.

—Estoy bien. Me he parado para que me leyeran el futuro.

Bertha se burló.

—Eso ha sido malgastar una moneda. Supongo que ella le dice que pronto va a conocer a un guapo joven y que van a tener un futuro feliz juntos. Ese tipo de gente siempre le dicen a una lo que quiere oír.

Las palabras de Bertha solamente consiguieron inquietar más a Anne. Lo mismo había pensado ella. Un movimiento, más adelante, entre los vendedores y los que actuaban, le llamó la atención. Los caballos levantaban la tierra del suelo con los cascos: las carreras de caballos estaban a punto de empezar.

—Venga, lady Anne —le dijo Bertha—. Sus tíos deben de estar preguntándose qué se ha hecho de nosotras. Vamos a ver la carrera con ellos y a tomar una agradable comida.

La sirvienta de Anne nunca se perdía una comida, lo cual era obvio, viendo su figura redonda. Bertha se apresuró con Anne por la calle hasta el prado donde se iba a celebrar la carrera. Anne no pudo evitar mirar hacia atrás, en dirección a donde se encontraba la pitonisa. La mujer estaba de pie y la miraba. Anne se volvió a dar la vuelta rápidamente.

Anne vio que su tía y su tío estaban sentados encima de una manta tendida en el suelo. Millicent, la sirvienta personal de su tía, había venido con ellos y estaba transportando cosas de la calesa para que su tía estuviera cómoda. La mujer se arrodilló en la manta para desempacar la comida.

—Aquí estáis —dijo tía Claire al ver a Anne—. Ven y siéntate, Anne. Estamos muertos de hambre.

Complaciente como siempre, Anne se apresuró hasta la manta y se sentó.

—No puedo daros suficientemente las gracias por haberme traído hoy aquí, tío Theodore y tía Clarie. Sé que a los dos os parecen aburridas estas ferias, pero yo me lo estoy pasando muy bien.

Con expresión distraída, su tía alargó una mano y le dio unas palmadas en la cabeza.

—Me gustaría que un evento social te pusiera ese brillo en los ojos y ese rubor en las mejillas como lo hace esta basta feria. Quizá no estés hecha para llevar una vida como esposa en sociedad. No es extraño que ningún caballero adecuado haya pedido tu mano, Anne. Tienes unos gustos extraños para ser una joven de buena cuna. Debes de haber heredado esto por parte de tu madre.

Anne bajó la mirada hasta las manos, juntas.

—Siento ser una decepción para ti, querida tía —dijo—. Me esforzaré en el intento de atraer la atención de un soltero adecuado cuando vayamos a Londres la próxima vez.

—Deja en paz a la chica —intervino su tío—. Queremos que sea feliz con su futuro marido, ¿no es verdad, esposa?

Su tía volvió a darle unas palmadas.

—Por supuesto que sí. Tomate tu tiempo, Anne. No hay prisa.

La actitud de tía Claire era verdaderamente extraña. La mayoría de madres estaban tan desesperadas para encontrar parejas adecuadas para sus hijas que no se podía hablar de otra cosa a partir del momento en que la chica era lo bastante mayor para contraer matrimonio. Dado que sus tíos mostraban poco afecto por ella, Anne sospechaba que se alegrarían mucho de librarse de ella. Quizá era porque había intentado con tanto ahínco ganarse su amor que no la consideraban una carga tan pesada.

—Debo intentarlo más —admitió—. Voy a cumplir veintiún años pronto, y se me va a considerar prácticamente una solterona.

—Hemos pensado que nos quedaremos en el campo hasta después de tu cumpleaños —dijo su tío con voz aguda—. Creemos que lo pasarías mejor si puedes montar tu caballo y correr al aire libre, tal y como te gusta hacer.

Anne estaba sorprendida. Todavía faltaban tres meses para su cumpleaños. No se imaginaba a su tía pasando ese lapso de tiempo lejos de las fiestas y los amigos de Londres. Anne, de hecho, había creído que sus tutores celebrarían un baile de cumpleaños. Sería una oportunidad para atraer a los pretendientes.

—Qué amable por vuestra parte —dijo ella, sincera—. Sí prefiero el campo al ajetreo de Londres, pero sé que los dos preferís estar en la ciudad.

—Es tu cumpleaños —dijo su tía, olvidándose de darle unas palmadas esta vez—. Queremos que lo disfrutes tanto como sea posible.

Anne sintió que un sentimiento de ternura hacia su tía y su tío la invadía. Suponía que a veces les juzgaba mal. Simplemente porque no tuvieran facilidad en mostrar el

afecto no significaba que no se preocuparan por ella.

—Me haría muy feliz pasar mi cumpleaños en el campo.

—Entonces está decidido —dijo su tía, mirando la comida que la sirvienta les había colocado delante—. Vamos a comer antes de que los caballos empiecen a levantar más tierra y nos arruinen la comida.

Se pusieron a comer. Anne se dio cuenta de que no tenía apetito. Estaba nerviosa. Quizá por Merrick y por el semental negro. Quizá por el encuentro con la pitonisa. Nadie pareció darse cuenta de lo poco que comía Anne. Su tía y su tío estaban muy ocupados hablando del último chismorreo de Londres.

—Dos de ellos están casados ahora —dijo tía Claire—. Algunos dicen que les permiten frecuentar los círculos sociales a causa de su parentesco con la viuda. A mí me parece vergonzoso. Me alegro de que Anne no se haya dejado camelar por ese Jackson Lupus igual que todas las mujeres a las que mira.

La atención de Anne se desvió hasta su tía. Hablaba de los hermanos Lupus. Los salvajes Lupus de Londres, como algunos los llamaban. De repente, se dio cuenta de algo que la impresionó como si le hubieran dado un puñetazo.

—Lupus —susurró.

—¿Qué, querida? —preguntó su tía.

Anne, anonadada por haberse dado cuenta de a quién le recordaba Merrick, se limitó a negar con la cabeza y no contestó. Merrick era la misma imagen de Jackson Lupus, sólo que él tenía el pelo oscuro en lugar de rubio, y unos ojos claros en lugar de oscuros. No era extraño que hubiera tenido la sensación de que le conocía cuando le encontró en la sala comedor.

Qué extraño que ellos dos se parecieran tanto, por lo menos en los rasgos faciales y en la estatura. Automáticamente dirigió la mirada hacia el prado donde los caballos se estaban colocando en línea. No podía ver por encima de la multitud, así que se puso en pie y se protegió los ojos del sol.

Unos hombres altos le tapaban la vista a Anne.

—No puedo ver nada —les dijo a su tía y a su tío—. Voy a ir un poco más adelante.

—Bertha, ve con ella —ordenó su tía—. Se va a quedar boquiabierta mirando y no se va a dar cuenta si alguien le roba el monedero.

La sirvienta, que todavía estaba ocupada comiendo, rezongó, dejó el plato a un lado y se puso de pie.

—Me he hecho demasiado vieja para ir detrás de ella —se quejó.

Anne no esperó a Bertha. Se apresuró y se metió entre la multitud, ansiosa por ver a Merrick. No hizo caso de los empujones que tuvo que dar a la gente para abrirse paso. Llegó delante de todo de la muchedumbre y observó a los jinetes que preparaban a los caballos para la carrera. Merrick ya estaba sentado encima de su semental negro: los dos juntos eran una visión formidable. Ambos eran oscuros y ambos eran magníficos.

Anne se quedó sin aliento observando a Merrick que hizo pasar a su semental por delante de los demás jinetes, pavoneándose. Merrick llevaba el pelo recogido detrás, lo cual dejaba al descubierto su impresionante atractivo. Llevaba una camisa blanca abierta en el cuello, arrugada, que parecía fuera de lugar entre la gente del campo más sencilla. Llevaba un pantalón de montar negro y había limpiado las botas, que brillaban vivamente. Ella no había visto nunca a un hombre más guapo. Aparte del resto de los hermanos Lupus.

Por supuesto, todos ellos eran guapos. Jackson era un buen amigo suyo. Se habían conocido fuera el año pasado. Él se había casado con una mujer de quien algunos afirmaban que era una bruja, pero a Anne le gustó Lucinda desde el mismo momento en que la conoció. Por Dios, Merrick se parecía a Jackson. Se parecía tanto que podía ser su hermano.

Debía hablarle a Merrick de ese extraño parecido con Jackson Lupus. Quizá eso diera respuesta a algunas de las preguntas que Merrick tenía acerca de su padre. Pero, por otro lado, eso supondría un problema para los hermanos Lupus, y Dios lo sabía, ya tenían bastantes preocupaciones por el momento.

Anne no sabía qué hacer con esas repentinas sospechas. Valoraba la amistad que tenía con Jackson, le encontraba divertido y agradable y no creía ninguna de las cosas que a menudo se rumoreaban de él. Pero Merrick encontraría consuelo si finalmente sabía cuál era su origen, si es que sus sospechas se confirmaban. ¿Cómo no podían hacerlo? Merrick tenía que ser un Lupus, eso era todo.

«Ten cuidado con el lobo que hay en tu establo.» El aviso de la pitonisa le vino a la mente de repente. No el lobo, sino el lupus. Merrick era un hijo ilegítimo, pero seguro que era un Lupus. Anne estaba ansiosa por decirle que había resuelto el misterio de quién había sido su padre.

Los jinetes se pusieron en línea delante de ella. Los caballos cabeceaban y pisaban con fuerza el suelo, ansiosos por lanzarse a la carrera. Detrás de ella oyó que los hombres hacían sus apuestas. Merrick era el favorito: la mayoría apostaba a favor del nuevo hombre del conde.

También oyó rumores entre las mujeres que había alrededor: susurraban discretamente acerca del atractivo y la excelente forma física del nuevo encargado de los establos; esos rumores la pusieron tensa.

—Imagino que lady Baldwin pasa más tiempo del normal con los caballos de su esposo estos días —bromeaba una de las mujeres—. He oído decir que le gusta que sus amantes sean jóvenes y varoniles.

—Entonces, éste no le habrá decepcionado. —Otra de las mujeres se rió—. Supongo que ese hombre estará acostumbrado a servir a las mujeres de sus jefes, igual que un buen semental.

Las mujeres se rieron y Anne se apartó de esa charla para que se le pasara el malestar que empezaba a sentir en el estómago. Se había dado cuenta de cómo su tía había mirado a Merrick esa primera mañana en el comedor. Vio que le evaluaba con

la mirada. Anne no le había dado mucha importancia, aparte de pensar que era un tipo de hombre que llamaba la atención de una mujer, fuera o no joven. Seguro que su tía no le había abordado en los establos, dado que ya estaba madura para tener aventuras.

De repente, los celos la inundaron. No tenía ningún derecho a sentir esa emoción. No tenía ningún derecho a sospechar que su tía había hecho otra cosa aparte de apreciar el atractivo de él, que había actuado en interés propio. Entonces Anne recordó la advertencia de su tío, de que las gallinas tenían que comportarse de forma adecuada. ¿Lo había dicho más para su esposa que para Anne?

«Tonterías», se reprendió a sí misma. Nunca había sentido celos por un hombre y no le gustó esa emoción. Eso provocaba que una pensara de forma irracional. Para tranquilizar esa repentina preocupación, miró a su alrededor para encontrar a su tía y a su tío, que se habían unido al público de la carrera. Se encontraban a unos metros de distancia, y su tía estaba observando a Merrick mientras éste ejercitaba al caballo y su tío hacía sus apuestas.

Merrick, como si notara la mirada de tía Claire, miró en dirección a la mujer, le aguantó la mirada unos momentos y luego apartó la vista, seguramente en busca de un objeto de atención más bonito y joven. Sus ojos aterrizaron en Anne. Ella intentó mirar hacia otra parte, pero no pudo. Era curioso, nunca había sentido ese cosquilleo en el estómago ni el pulso acelerado cuando Jackson la había mirado. Tan parecidos y, a pesar de ello, tan distintos.

Sonó una trompeta y Merrick apartó la mirada; ahora su interés estaba centrado en la carrera. Anne se había ruborizado cuando él había mantenido la mirada en ella y ahora miró a su alrededor, incómoda. Su tía la estaba mirando con una expresión de desaprobación que era evidente por el ceño fruncido que mostraba. Anne se negó a sentirse avergonzada ahora que había sabido del gusto de su tía por los hombres más jóvenes. Era evidente que era correcto que ella se comportara mal, pero no para Anne. Levantó la barbilla en un gesto de desafío que consiguió que su tía la mirara con expresión de sorpresa.

Se oyó un disparo y Anne dirigió la atención a la carrera. Los caballos y los jinetes salieron disparados hacia delante y la multitud rompió en gritos de ánimo. Cómo le hubiera gustado formar parte de esa carrera. Montar a una velocidad vertiginosa a través del prado, el cabello ondulante al viento, a horcajadas y controlando a su caballo. Se vio absorbida por la actividad y gritó con la multitud cuando Merrick empezó a sacar ventaja a los demás corredores.

Terminó casi antes de que hubiera empezado. Merrick se erigió en ganador con gran facilidad, y casi toda la multitud se precipitó hacia delante para felicitarle. Anne no podía hacer algo así. No hubiera sido correcto, pero por un momento deseó encontrarse entre aquellos que rodeaban a Merrick. Deseaba lanzarse en sus brazos y besarle.

De repente se sintió culpable de sus propios sentimientos. Miró hacia atrás, hacia su tía y su tío, esperando que no hubieran sido testigos de su entusiasmo durante la

carrera. Ellos no estaban prestándole ninguna atención, sino que parecieran estar manteniendo una acalorada discusión. Anne supuso que tenía algo que ver con Merrick. Volvió a mirar hacia atrás, hacia el encargado de los establos y se dio cuenta de que él también estaba concentrado en su tía y en su tío.

Era absurdo, pero si Anne no hubiera sido una persona sensata, hubiera creído que Merrick estaba escuchando la conversación de sus tíos. No era posible que él oyera lo que ellos discutían a la distancia que se encontraba, por no mencionar los gritos y las palmadas a la espalda que le daban los que estaban a su alrededor. Pero en ese momento, él miró a Anne y ella le pareció que sus ojos tenían cierta expresión de alarma en lugar de su habitual expresión de orgullo.

Al cabo de un momento le distrajeron al ofrecerle el premio de la carrera. Y de repente, su tía y su tío se colocaron al lado de Anne.

—Vámonos a casa ahora, Anne —le dijo su tía—. Creo que ya has tenido bastantes excitaciones por hoy.

La expresión de desaprobación todavía se podía apreciar en los labios apretados de su tía. En condiciones normales, Anne se habría sentido muy mal por haber dado el más mínimo motivo de disgusto a su tía o a su tío. Pero ese día, eso le parecía menos importante. De todas formas, caminó complaciente al lado de ellos y volvieron al carruaje.

Merrick también volvería a casa, pero dudaba que fuera con ellos. Parecía que le gustaba hacer las cosas por su cuenta. Era un lobo solitario. Un Lupus, en realidad, recordó. ¿Le hablaría de sus sospechas? ¿Resolvería eso algo, o simplemente provocaría más problemas?

MERRICK intentaba convencerse de que no era asunto suyo por enésima vez desde que había vuelto a la casa. Él era un sirviente, nada más. No era cosa suya interferir en la vida de Anne y, a pesar de ello, la conversación que había oído entre lord y lady Baldwin le preocupaba. ¿Debía decirle a Anne lo que había oído, y le creería ella si lo hacía?

Merrick caminó por la oscuridad de los establos, acosado por la indecisión. Nunca se había visto involucrado en este tipo de asuntos anteriormente. Pero en esos momentos ya se había involucrado, lo quisiera o no. Malditas fueran sus capacidades de oído y todo lo extraño que había en él: a veces era una maldición.

Pero había que advertir a Anne. A él le importaba demasiado para ver cómo la engañaban. Ahora hacía una semana que ella no se acercaba por los establos. Había sido afortunado, puesto que él había estado emparejando a la potranca y el tío de Anne no quería que ella fuera testigo de ello. A pesar de todo, se inquietaba al no verla. Eso le había hecho darse cuenta de cuan enamorado de ella estaba. Lo cual le hizo poco bien.

A pesar de que ya era última hora de la tarde, Merrick pensó que era mejor hablar inmediatamente con Anne. Sabía cuál de las habitaciones de arriba era la de ella. La semana pasada la había visto una o dos veces mirando desde la ventana hacia fuera. Merrick tenía intención de tirar una piedra contra la ventana para llamar su atención, pero se tropezó con ella mientras se dirigía fuera del establo.

—Dios —exclamó ella, sin respiración—. Me has asustado de muerte. ¿Qué haces escabulléndote a estas horas de la noche?

Ella también le había asustado a él.

—¿Qué haces escabulléndote a estas horas de la noche? —le repitió él una vez más.

—Tengo que hablar contigo —repuso ella—, en privado. Así que me pareció que era mejor esperar a que todo el mundo se hubiera ido a la cama.

A pesar de que sentía curiosidad por el motivo que Anne tenía por ir a buscarle, su preocupación por lo que había oído era lo principal para él.

—Yo también tengo que hablar contigo. Hoy he oído una cosa que deberías saber.

—¿Has oído una cosa? —Ella frunció el ceño—. ¿Que me concierne a mí?

Estaban de pie en la entrada de los establos, a plena vista de la casa si alguien miraba o si se encontraba levantado a esa hora tardía. Merrick la tomó del brazo y la empujó hacia dentro.

—He oído a tu tía y a tu tío discutir en la feria.

Anne le miró con una expresión de extrañeza.

—¿Cómo pudiste oírles? Por lo que vi, no te encontrabas a una distancia desde la cual pudieras hablar ni oír a mis tíos esta tarde.

No iban a entrar en detalles acerca de sus habilidades auditivas. Ya le había contado muchas cosas acerca de sus extraños dones.

—Les oí —insistió él—. Y estaban discutiendo acerca de ti.

A pesar de que ella se mostraba claramente confundida acerca de cómo había podido oír él la conversación entre su tía y su tío, una llama de interés se encendió en esos hermosos ojos.

—¿Discutían acerca de mí?

—Sí —respondió él—. Tú tía estaba preocupada por nosotros dos. Por como nos miramos el uno al otro. Dijo que habían hecho todo lo que habían podido para que tú no encontraras a ningún hombre aceptable y que no pensaba cometer el error de permitirte estar con uno que no lo era.

—¿Qué? —Anne negó con la cabeza—. Esto no tiene ningún sentido. No es que ellos no quieren que me case, es que nadie conveniente ha pedido mi mano.

—Anne. —Merrick la sujetó por los hombros—. Me imagino que han preguntado por ello muchos más de lo que tú sabes. Tú eres encantadora. Y dulce. Ellos no quieren que te cases porque si no te has casado a los veintiún años, tu herencia quedará bajo su control. Ellos quieren tu fortuna, Anne.

Ella dio un paso hacia atrás, como si acabaran de darle un puñetazo.

—Eso no es cierto. Yo recibiré mi herencia cuando tenga veintiún años. Hace tiempo que eso se sabe.

Merrick tuvo que hacérselo comprender:

—Solamente si estás casada, Anne. Les he oído decirlo. Si no es así, ellos tendrán el control de tu herencia hasta que tú tengas veinticinco años, y en esos momentos imagino que la herencia será tuya tanto si estás casada como si no. Apuesto a que ellos se la habrán gastado para entonces, o la habrán bloqueado de tal forma que tú no podrás conseguirla.

Ella parecía anonadada.

—Pero es mi herencia —insistió—. Nunca me dijeron que estuviera estipulada la condición del matrimonio.

Anne no quería creerle, y Merrick se dio cuenta. Continuaba atada a la esperanza de que su tía y su tío la quisieran más de lo que sus actos mostraban.

—No quieren que lo sepas. Tienen muchísimas deudas. Oí que tu tía lo decía mientras discutía con tu tío, a pesar de que hablaban en voz baja. Incluso el techo que tienen sobre su cabeza pertenecería algún día a tu marido. Ellos lo van a perder todo si tú te casas, Anne.

La duda todavía nublaba los ojos de Anne. Era difícil para ella confiar en la palabra de un extraño por encima de lo que ella deseaba creer acerca de su tío y de su tía.

—No tengo ningún deseo de hacerte daño, Anne —dijo él—. Si no quieres creerme, entonces no lo hagas. Por lo menos te he dicho lo que he oído y tengo la conciencia tranquila.

Ahora que había cumplido con su deber, pensó que debía dar media vuelta y volver arriba, donde dormía, antes de caer en la tentación de tomarla entre los brazos. Merrick recordó que ella había ido allí para decirle algo.

—¿Qué es lo que querías decirme?

Todavía con una expresión de extrañeza en el rostro, Anne se mordisqueó el labio inferior.

—Yo... no es nada. No es asunto mío, igual que todo esto no es asunto tuyo. No importa.

Él la había herido, tanto si había querido hacerlo como si no. A pesar de que hacía tiempo que Anne sospechaba que su tía y su tío no la amaban, el hecho de que le dijeran que lo único que ella significaba para ellos era un medio para conseguir un fin, para obtener sus deseos más egoístas, la había herido profundamente.

Merrick comprendía el dolor que suponía no ser querido. Quizá ella necesitara reposar lo que él le había dicho para poder aceptarlo, para que aceptara que él no tenía ningún motivo para mentirle. Había empezado a darse media vuelta para alejarse de ella cuando su fino oído captó un ligero crujido de una ramita, y el susurro de unas zapatillas sobre las piedrecitas del camino desde la casa hasta el establo.

—Alguien viene —le dijo—. Será mejor que te escondas hasta que sepamos quién es y qué quiere.

Anne pareció despertar de un sueño y miró a su alrededor.

—No oigo nada.

—Silencio —le advirtió Merrick otra vez. La tomó del brazo y la condujo hacia una caballeriza vacía—. Escóndete aquí y no salgas hasta que se haya ido, sea quien sea.

—Pero —empezó a protestar... Merrick no se lo permitió. Con suavidad, la empujó hacia dentro de la caballeriza con la esperanza de que se quedara quieta. No hacía ninguna falta que le encontraran con ella a solas a esas horas de la noche.

Al cabo de un momento, una figura apareció en la entrada de los establos. Merrick no se sorprendió de esa visita. Era la tía de Anne. La mujer le había estado persiguiendo desde la mañana en que fueron presentados. Él ya estaba acostumbrado a ese tipo de visitas de las mujeres de sus anteriores jefes. Merrick se sentía divertido, habitualmente, por ese interés, pero no esa noche, y no de esa mujer en especial.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —preguntó.

Ella se acercó a él, pavoneándose.

—Espero que sí. Hoy me di cuenta de una cosa que me inquietó y pensé que debía aclarar el asunto. No me ha parecido adecuado involucrar a mi esposo.

—Me lo imagino —dijo Merrick en tono seco.

—Tiene que ver con lady Anne —continuó la mujer—. Temo que ella se sienta

atraída por usted. Y de que usted pueda aprovecharse de su inocencia.

—¿Ah, sí?

La mujer se acercó más a él. La tía de Anne no era una mujer poco atractiva, pero era lo bastante mayor como para poder ser, casi, la madre de Merrick. Y la mueca que mostraba habitualmente había hecho más profundas las arrugas en el entrecejo y alrededor de sus labios.

—Me he dado cuenta de la manera en que la mira usted... y de la manera en que ella le mira. Anne es una hermosa joven y no dudo que la encuentre usted de su gusto, pero no permitiré que se divierta con ella.

Merrick se apoyó con gesto relajado contra la pared de la caballeriza donde se escondía Anne.

—La honra que quiera usted protegerla.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que incluso una chica sensata como Anne puede dar un mal paso a causa de un rostro atractivo. Y estoy segura de que está usted acostumbrado a que las mujeres se lancen a sus brazos, Merrick. No hace falta, a pesar de ello, que vaya tras sus faldas cuando tiene usted otra opción.

Aunque él sabía cuál iba a ser la respuesta de ella, Merrick le preguntó:

—¿Qué opción es ésta?

Ella alargó la mano repentinamente hacia él y sus dedos dibujaron un camino en el pecho de él, con gesto perezoso.

—Yo, por supuesto —respondió—. Desflorar a una inocente es una cosa, tener una relación con una mujer experimentada es otra. Mi esposo me aburre y lo ha hecho desde que llevábamos una semana de casados.

Merrick no quería que esa mujer le tocara, pero Anne tenía que convencerse de que su tía y su tío no defendían sus mejores intereses, aunque ella deseara creer lo contrario.

—¿Está usted preocupada de que yo pueda arruinar a lady Anne antes de que pueda usted casarla?

—No sea tonto —repuso la mujer, cortante—. Si le soy sincera, simplemente me ha parecido que ella me pisaba un poco el territorio. Considero que todo lo que hay en esta propiedad es mío... usted incluido. —La mujer inclinó la cabeza hacia un lado—. Ahora que lo dice, no es una mala idea. ¿Sabe?, preferiría que Anne no se casara. Sería un beneficio para mí si no lo hiciera.

Merrick sabía que cada una de las palabras que esa mujer estaba pronunciando destrozaba el corazón de Anne, pero quizá Anne era demasiado inocente para su propio bien.

—¿Así que ahora me está usted pidiendo que la desflore para que ella no pueda casarse con un caballero adecuado de su misma clase social?

—Es una posibilidad —repuso la mujer—. Pero primero, quiero mi parte de usted. ¿Llegamos a un acuerdo?

Él sujetó la mano de la mujer antes de que ésta la continuara subiendo por su pecho.

—No. No llegamos a un acuerdo. Yo no le pertenezco como para que me dé órdenes. Yo no le pertenezco como si fuera un caballo de la cuadra de su esposo. No tengo ningún deseo de acostarme con usted, señora.

El rostro de ella, que quizá una vez fue hermoso pero que ahora era amargo, se ruborizó.

—¿Me está rechazando?

—Yo no tengo muchas cosas, pero imagino que el decidir quién me gusta y quién no me gusta es una de ellas —le aseguró—. Vuelva a la casa y vaya a buscar lo que necesita en su esposo.

La mujer se quedó boquiabierta.

—Es Anne, ¿verdad? Solamente la desea a ella.

Merrick pensó en la respuesta.

—Anne me importa. No voy a perjudicarla de la manera en que usted pretende que lo haga, y por supuesto, no voy a hacerlo para que salga usted ganando.

—¿Cómo sabe usted que yo saldría ganando? —La mujer le miró con perspicacia—. ¿Y por qué se preocupa, si puede usted obtener lo que desea? A no ser... —De repente, soltó una carcajada—. Oh, vaya, está enamorado de ella.

¿Lo estaba? Merrick nunca había estado enamorado antes. Sólo sabía que quería proteger a Anne. Quería que ella fuera feliz.

—Debe irse —le dijo a la mujer.

Anne ya había oído todo lo que tenía que oír.

—Pobre tonto —se rió la mujer—. Incluso Anne sabe cuál es su lugar en la vida, y el suyo. No crea que es usted el primero en recibir un golpe. Hemos tenido que apartar a los pretendientes a golpes, aunque Anne no sabe nada de eso. Yo prefiero que se mantenga apartada. Que crea que no es lo suficientemente interesante para despertar el interés de un hombre. Por lo menos, durante un tiempo más.

—Puedo contarle lo que acaba de decirme a mí —dijo Merrick.

La señora arqueó una ceja.

—No se atreverá. Y ella no le creería de todas formas. Anne ve lo mejor en nosotros y siempre lo ha hecho. Sufre este tipo de maldición, supongo. Pobrecita, tan necesitada de amor.

Merrick sintió que le hervía la sangre de furia.

—¿Cómo es posible que no la ame usted? —No había tenido intención de decir eso en voz alta.

Lady Baldwin se irguió:

—Yo he cumplido mi deber con Anne. Yo no quise tener hijos. Ni siquiera me gustan los niños, pero mi esposo me convenció que aceptar a Anne y criarla tendría su recompensa. No pienso permitir que mi recompensa me sea arrebatada. Y creo que su tiempo aquí ha llegado a su fin. No quiere usted cooperar, así que me encargaré de

que le despidan. Simplemente le diré a mi esposo que no solamente ha intentado usted llevar a Anne a la cama, sino que también me ha hecho proposiciones a mí. Empaquete sus cosas. Se irá mañana por la mañana.

Después de haberle hecho esa advertencia, lady Baldwin se dio la vuelta y salió precipitadamente del establo. Merrick esperó un momento para asegurarse de que se había marchado. Abrió la caballeriza detrás de él y entró. Encontró a Anne enroscada en el suelo cubierto de paja. A Merrick se le partió el corazón. Se agachó a su lado y la acarició con suavidad.

Anne levantó la mirada: tenía el rostro lleno de lágrimas.

—No quería creerte. Estoy tan ciega con mis propias esperanzas a veces. Me siento como una tonta. ¿Te alegra eso?

En algún otro momento, Merrick suponía que le habría hecho sentir cierto placer el exponer el engaño de su tía, el romper una familia, una familia de clase alta. Pero Merrick no sentía ningún placer en ver las lágrimas de Anne. Le llegaban al corazón.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

Él esperaba que ella se volviera contra él, y él lo habría comprendido, pero en lugar de eso, ella se cubrió el rostro con las manos y se inclinó contra su cuerpo.

—¿Qué voy a hacer?

Merrick la sujetó por los hombros y la obligó a sentarse.

—Mírame, Anne. Tienes que casarte. Y cuanto antes, mejor.

Ella le miró, aturdida.

—¿Casarme? ¿Con quién?

—Con quien sea —insistió Merrick—. Y entonces los dos podéis escaparos a Gretna Green. Puedes casarte antes de que tu tía y tu tío te lo impidan.

Anne se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Es imposible. En primer lugar tengo que ir a Londres y encontrar a alguien, y luego convencerle de que se case conmigo. Mi tía y mi tío no me van a dejar ir sin ellos. No puedo ir sola. No puedo hacer todo ese camino sin algún tipo de protección. Hay ladrones en las carreteras. No es seguro.

A Merrick le iban a despedir al día siguiente, de todas formas.

—Puedo llevarte a Londres, Anne. Ahora mismo, esta noche. Puedo protegerte.

Los grandes ojos de paloma se levantaron hasta él. Alargó una mano y le tocó la mejilla con un gesto de cariño.

—¿Por qué lo harías? ¿Por qué te preocupas por mí, Merrick?

¿Sí, por qué? Él nunca había metido la nariz en asuntos que no le incumbían hasta ese momento. Pero Anne era asunto suyo.

—Sé lo que es sentir que uno no significa nada para nadie. Pero tú no eres nada, Anne. No voy a permitir que te hagan sentir así.

A pesar de que tenía el corazón roto, Anne lo sintió latir con vida en ese momento. Nunca nadie se había preocupado por ella como Merrick parecía hacerlo. Él animaba sus esperanzas y sus sueños. Él la había protegido cuando ella había

necesitado protección, y le había descubierto el engaño de su tía y de su tío cuando ella había sido demasiado inocente para verlo por sí misma. Anne no podía pensar en ningún caballero de Londres con quien quisiera casarse. Pero sí conocía a un hombre que la hacía sentir como ningún otro hombre lo había hecho nunca, y como ningún otro hombre lo haría.

—Cásate conmigo, Merrick —susurró.

Él la miró un momento, asombrado.

—No, Anne —dijo con suavidad—. Tú no puedes casarte conmigo. Ya lo sabes.

—Sí puedo —le contradijo ella—. Podemos escaparnos juntos esta noche, tal y como has dicho. Podemos irnos a Gretna Green.

Merrick negó con la cabeza.

—No sabes lo que estás diciendo, Anne. Estás preocupada, y no puedes pensar con claridad.

Anne sabía exactamente qué quería, quizá por primera vez en su vida. Amaba a Merrick. Cómo o cuándo o por qué no parecía importarle en ese momento. Pero sabía que él se preocupaba por ella, suponiendo, por supuesto, que no la amaba. Pero ella ya estaba acostumbrada a ello. Tenía que conseguir que él deseara casarse con ella por algún motivo que le resultara provechoso a él. Ahora, tristemente, comprendía ese tipo de cosas.

—Estás amargado a causa de lo que la vida te ha negado —le dijo—. ¿Qué mejor venganza que casarte para obtenerlo? Todo lo que yo tengo va a ser tuyo. No vas a tener que dormir nunca más en un establo, Merrick.

Él negó con la cabeza otra vez, pero Anne se dio cuenta de que estaba pensando en lo que acababa de decirle. Que estaba considerando su oferta.

—Si todo lo que tú tienes va a acabar perteneciendo a un hombre de todas formas, ¿por qué no dejas que acabe en manos de tu tío? —razonó él.

Anne no quería mentirle acerca de eso.

—Estoy enojada —admitió—. Y dolida. He pasado toda mi vida bailando al son que ellos tocaban con la esperanza de obtener su aprobación, su amor. Estipularemos acuerdos, si te casas conmigo.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo cuáles?

—Mi independencia —respondió ella—. Tengo intención de hacer lo que me plazca.

—¿Y qué esperarías de mí?

Mirándole a los ojos, deseó decirle que esperararía que la amara, pero Anne había aprendido la lección sobre el amor. Ahora sabía que eso no era una cosa que alguien pudiera arrancarle a otra. Era una cosa que se daba de forma voluntaria, con libertad.

—Esperaría que hicieras lo que quisieras, también —repuso—. Siempre y cuando eso no interfiera con lo que yo desee.

Él se rió, burlón.

—Quieres tenerme bajo tu yugo.

Eso no era lo que verdaderamente deseaba Anne, pero no podía decirle qué era lo que deseaba de verdad. Eso le demostraría que no había aprendido nada.

—No estoy tan ciega como lo estaba ayer, ni anteayer. Ahora comprendo que mi visión del mundo no era la verdadera. La gente no es buena y amable simplemente por el hecho de serlo. Siempre quiere algo.

Esa respuesta rompió el corazón de Merrick. Él acababa de destrozar su visión del mundo. Ya le había robado la inocencia. Pero ella tenía razón. ¿Qué mejor venganza contra una clase que le había tratado mal a él y a su madre que adoptarla por matrimonio? ¿Tener todo aquello que le había sido negado? Tenerlo todo... excepto a Anne. A pesar de todo, no era un tonto. Y Anne necesitaba su ayuda.

—De acuerdo —le dijo—. Me casaré contigo, Anne.

Anne se limpió la nariz con la manga.

—No tengo dinero propio.

Eso no era un problema en esos momentos, y Merrick suponía que tampoco sería un problema en el futuro.

—Tengo el premio que he ganado hoy. Nos va a permitir llegar adonde tenemos que ir, ida y vuelta.

Se miraron el uno al otro en la oscuridad. Merrick notó que ella se sentía súbitamente indecisa, y se alegró de ello, a decir verdad. Él sería un loco si rechazara esa oferta. Pero si ella decidía recuperar el sentido común, no podía decir que no se sentiría aliviado. Al cabo de un momento, ella inspiró con fuerza y dijo:

—Ensilla los caballos.

MERRICK y Anne acamparon a menos de un día de distancia de Gretna Green. Anne se había puesto la ropa del mozo de los establos antes de partir. Merrick había demostrado ser útil durante el viaje. Sabía cuándo debían ir por el bosque y cuándo por la carretera. Dónde encontrar caza. Sabía demasiadas cosas para ser un simple mortal. Esa noche dijo que podían encender un fuego.

En esos momentos se encontraban sentados alrededor del fuego y estaban comiendo un conejo asado que él había cazado y cocinado. Merrick estaba sentado enfrente de ella. Los ojos le brillaban en la oscuridad... pero ella ya había visto ese brillo antes, cuando no había ningún fuego encendido.

Ella no le había hablado de las sospechas que tenía con respecto su verdadero padre. La huida de Blackthorn Manor no le había dado tiempo de pensar en otra cosa que en escapar. Pero ahora tenía que decírselo. Él merecía saberlo.

—Hace tiempo que quiero decirte una cosa —le dijo.

—¿Qué es?

Por un momento, Anne se sintió fascinada viendo a Merrick que se chupaba la grasa de los largos y esbeltos dedos. Comer esa carne era un poco difícil y no disponían de las comodidades y el lujo de la casa.

—¿Anne? —preguntó él.

Ella intentó ordenar las ideas.

—Creo que sé quién era tu padre.

Los extraños ojos de él se le clavaron en medio de la oscuridad.

—¿Cómo es posible que sepas eso? Ni siquiera yo lo sé.

Anne usó el basto pantalón de montar que llevaba puesto para limpiarse las manos de grasa.

—Cuando te vi por primera vez, quiero decir, a la luz del día, tuve la extraña sensación de que te había visto antes. El día de la carrera me di cuenta de que eso era porque tú eres la viva imagen de lord Jackson Lupus. El motivo por el cual eso no se me hizo evidente de inmediato es porque tú tienes el cabello oscuro y los ojos claros, y él es todo lo contrario.

Merrick frunció el ceño.

—¿Lupus? He oído hablar de ellos. Cualquier hombre que sepa alguna cosa de caballos ha oído hablar de ellos. No les he visto nunca. No pasan mucho tiempo en Londres, que yo sepa.

—No —asintió ella—. Prefieren la casa de campo la mayor parte del tiempo. Ellos..., bueno, corren rumores acerca de ellos.

Él volvió a mirarla a los ojos.

—Tienen una maldición —dijo él en voz baja—. Se dice que tienen la maldición de la locura.

Anne hizo un gesto negativo con la mano.

—No creo que tengan ninguna maldición. Lord Jackson es bastante agradable, en realidad, si uno se toma el tiempo de conocerle lo bastante, y está tan cuerdo como cualquiera. No estoy familiarizada con los otros hermanos, pero supongo que también son igual de amables cuando tienen el humor para ello. Lord Jackson y yo somos amigos.

Merrick arqueó una ceja.

—¿Amigos?

Quizá ella se estuviera engañando otra vez, pero Anne pensó que había percibido una nota de posesividad en su voz.

—Está casado —interrumpió él—. Quiero decir, no lo estaba cuando le conocí en el extranjero, pero lo está ahora.

Merrick continuó observándola, como si intentara decidir si su amistad con lord Jackson había sido más que inocente. Finalmente, preguntó:

—¿Y me parezco a él?

Ella asintió con la cabeza.

—Más que un poco. Demasiado para que sea una coincidencia.

Merrick tomó un vaso de agua.

—El padre está muerto, que yo recuerde.

—Sí —respondió Anne—. Hace poco más de diez años. Él... él se suicidó. Dicen que estaba loco cuando lo hizo, y su mujer loca, también, cuando se fue poco tiempo después. Fue un escándalo.

Él estaba callado, como si pensara en todo lo que ella acababa de decirle.

—Quizá lo que dices sea cierto, Anne, pero no creo que tenga ninguna importancia ahora.

Esa respuesta la sorprendió. Anne se levantó del tronco sobre el que se había sentado.

—¿No tiene importancia? ¿Saber que eres un Lupus? ¿Saber que tienes hermanastros? ¿Eso no tiene ninguna importancia para ti?

Merrick se encogió de hombros.

—Eso no cambia nada para mí, Anne. —Él también se puso en pie—. Sigo siendo un bastardo. Sigo siendo un secreto que mi familia quiso mantener oculto ante el resto del mundo. Un acto sucio. Dudo que los hermanos me dieran la bienvenida en la familia con los brazos abiertos, que quisieran compartir su vida y su riqueza conmigo. Sigo sin tener nada. Sin tener un nombre, ni siquiera una posición.

Anne dio la vuelta al fuego para ponerse a su lado.

—Mañana, eso va a cambiar —le recordó—. Mañana vas a tener todo lo que yo tengo. Y lo que es más importante, vas a realizar tu venganza.

Él la miró con ojos brillantes.

—Y tú vas a realizar la tuya. ¿No es cierto, Anne?

Ella tuvo que apartar la mirada de él. Para ella, el matrimonio no era solamente una cuestión de venganza. Pero Merrick no necesitaba saberlo.

—Sí —respondió ella—. Conseguiré mi venganza.

El contacto de los dedos de él en la barbilla era amable. Él la obligó a mirarle otra vez.

—Deberías querer más que eso, Anne. Yo necesito venganza. Pero tú no eres como yo. Tú eres distinta.

A Anne las lágrimas le quemaban en los ojos. Anne se esforzó en combatirlas. Estaba equivocado. Ella tenía un sentimiento amargo.

—He pasado la vida queriendo ser la persona que creí que mi tía y mi tío deseaban que fuera. He pasado la vida intentando hacer que me quisieran. Eso es lo único que he querido, que me quisieran otra vez.

Él le secó una lágrima con los dedos. La miró con ojos tiernos.

—Y tú mereces ser... amada. Yo creo que no puedo hacer esto, Anne. Casarme contigo. Ni siquiera por venganza.

¿Merrick iba a rechazarla también? Esta posibilidad no se le había ocurrido a Anne cuando se había escapado con él por la noche.

—Tú tampoco me quieres —susurró.

Él cerró los ojos un momento, como si esa acusación le hubiera herido.

—Te quise desde el primer momento en que te vi. Hay cosas que ni siquiera yo comprendo, Anne. Tú eres buena, y amable, e inocente, y te mereces algo mejor que esto, algo mejor que un acuerdo.

Ella creía que sí conseguía endurecer el corazón contra el mundo, quizá pudiera evitar volver a sentir dolor. Pero ahora Anne comprendía que ella era todo lo que había aspirado en convertirse cuando creciera. Su corazón era blando, y se le ablandaba por ese hombre. Alargó la mano y le tocó la mejilla.

—Eres un hombre mejor de lo que crees ser. Ningún hombre me ha hecho sentir nunca lo que tú me has hecho sentir.

Merrick la apartó de repente y le dio la espalda.

—Yo hago que todas las mujeres sientan algo —dijo, en tono seco—. Es uno de mis dones.

Anne no estaba segura de qué significaba eso. Suponía que la forma que él tenía de mirar era un don. Su voz, grave y fascinante, que fluía a su alrededor como la miel, imaginaba que también podía considerarse un don. Pero Anne sabía que la atracción que sentía por él estaba más allá de la belleza. Su olor, incluso aunque la atraía, no podía hacerle sentir nada que ella no sintiera honestamente en su interior.

Quisiera o no quisiera, Merrick tenía ética. Ella tenía la fuerte sospecha de que él no tomaría su inocencia esa noche sin haberse casado con ella antes. Lo cual no dejaba a Anne otra opción que seducirle. No podía echarse atrás ahora. No quería

echarse atrás.

Anne recorrió la distancia que les separaba y le tocó un hombro. Él se volvió y la miró. Ella se puso de puntillas y apretó su boca contra la de él. Aunque no tenía experiencia en el arte de la seducción, Anne se dio cuenta de que debía librarse de todas las inhibiciones: simplemente actuar según sus emociones y dejar que la llevaran, y a él con ella, esperaba.

Los labios de Merrick eran cálidos, firmes y, por desgracia, no respondieron. Ella le miró desde detrás de las pestañas. Él tenía los ojos abiertos. Ella terminó el contacto.

—Dime que me quieres, Anne.

Seguro que él sabía qué le quería. Seguro que tenía la experiencia suficiente para saberlo.

—Ya sabes que te quiero.

Merrick negó con la cabeza.

—No, no lo sé. ¿Es mi olor lo que hace que me desees? ¿Tiene la razón algo que ver con esto, de alguna forma? Dime que me quieres a mí, Anne. Sólo a mí.

Él alargó los brazos y la atrajo hacia él. Su olor estaba en el aire, ahora, y Anne tuvo que admitir que era un fuerte afrodisíaco. Pero era el hombre a quien ella quería. Al hombre que le había enseñado a cabalgar a pelo, que la había llevado a través de los páramos bajo la luz de la luna. El hombre que la había salvado de los lobos. El hombre que se preocupaba lo bastante de ella para pensar que merecía algo más que cargar con un peso en aras de la venganza.

Toda su vida Anne había estado esperando ser amada de nuevo. Había deseado que volvieran a amarla. En ese momento se dio cuenta de que Merrick la amaba. Quizá él ni siquiera lo sabía, pero ella lo supo y, por el momento, eso era lo único que importaba.

—Es al hombre que tú eres lo que quiero, Merrick —respondió ella—. Eres el hombre al que amo.

Los ojos de él se encendieron en la oscuridad.

—¿Me amas? ¿A un bastardo? ¿A un hombre con extraños dones que no puede comprender y un corazón amargado por un mundo que no le ofrece un lugar adecuado?

Ella le pasó los brazos por el cuello.

—Tu sitio está conmigo. El destino nos ha unido. Necesito tu fuerza y tú necesitas mi suavidad.

Despacio, él bajó la cabeza. Los labios de él le rozaron con suavidad los suyos.

—Tú tienes fuerza suficiente por ti misma, Anne —dijo él.

—Hazme el amor —susurró ella—. Comparte conmigo todo lo que eres. Y yo compartiré lo que soy, y lo que tengo, contigo.

Merrick emitió un sonido suave con la garganta que fue casi un gruñido. Los ojos brillaron con un fuego azul en la oscuridad.

—No me tientes, Anne. Tú sabes que te deseo.

Ella levantó la barbilla.

—Entonces, tómame, Merrick.

Él le sonrió con cariño.

—Quieres atraparme para que te robe la inocencia y que me vea atado en mi honor para decir los juramentos mañana. Muy lista, Anne.

Aunque lo que él decía era cierto, no hacía falta que lo dijera como si fuera la única razón por la que ella le deseaba. ¿Quién mejor que él? ¿Un hombre que comprendía su amor por los caballos y por montarlos? ¿Un hombre que le permitiría tener su independencia y que no le importaría que ella fuera mala de vez en cuando, quizá siempre y cuando lo fuera con él? No había nada malo en inducirle a que hiciera el amor con ella. Anne le amaba. O creía que le amaba. ¿Se estaba engañando otra vez?

—¿Me amas, Merrick?

Él le apartó un mechón de la cara.

—Es difícil no querer a una mujer como tú.

Eso no era una respuesta. No, realmente.

—Pero ¿tú me amas? —repitió.

Él apartó la vista de ella. Ella creyó que no iba a responder, pero él volvió a mirarla inmediatamente a los ojos.

—Sabes que te amo.

Ella sintió que el corazón le latía con más fuerza en el pecho. La alegría la inundó porque sabía que él no estaba mintiendo, que no estaba intentando engañarla. Al final tenía lo que deseaba. En un gesto valiente, Anne se quitó la camisa y la camisola por la cabeza. Se quedó delante de él desnuda hasta la cintura.

—Demuéstrame que me amas —le dijo.

A él se le encendió un fuego en los ojos y su mirada se paseó por la piel desnuda de ella. Por todo su cuerpo, la piel parecía quemar. Sus pezones se habían endurecido bajo el frío aire de la noche.

—Dios, Anne —susurró él, en un tono bajo y gutural—. Eres tan hermosa. Tu piel parece de porcelana, tan pálida y suave que me da miedo que te rompas si te toco.

—No me voy a romper —le aseguró ella, casi sin aliento—. Tócame y compruébalo.

Merrick clavó los ojos en los de ella. Alargó la mano y le acarició la mejilla con suavidad. Luego bajó la mano hasta uno de sus pechos, que encajó en su mano como si hubiera sido hecho solamente para él.

Ella aguantó la respiración mientras él le acariciaba el pezón con el pulgar, suavemente. Luego Merrick se inclinó hacia delante, le besó el cuello y fue bajando hasta que su lengua realizó las mismas caricias que habían hecho con el pulgar unos momentos antes. Anne enredó los dedos entre sus cabellos, fuertes, y sintió que le

fallaban las piernas cuando él tomó el pezón erecto entre sus labios cálidos y empezó a lamerlos. Luego él se enderezó, la miró a los ojos y la tomó en brazos como si no pesara nada.

Las sábanas estaban preparadas para pasar la noche y él la llevó hasta ellas, la dejó encima con suavidad y se arrodilló a su lado.

—¿Qué sabes de los asuntos entre un hombre y una mujer, Anne?

—No mucho —repuso ella—. Mi tía no me hablaba de ese tipo de cosas. Mi sirvienta me dijo que sentiría dolor la primera vez que estuviera con un hombre.

Merrick le pasó un dedo por el brazo.

—Yo no sé nada acerca de estar con una mujer para quien es la primera vez. Pero sí sé que puede haber placer entre nosotros. ¿Estás preparada para sentir ese primer dolor?

Él le permitió un momento más para que ella recuperara el sentido común, pero Anne no quería recuperarlo. Ella confiaba en él, tenía que confiar en él. No podía haber amor sin confianza.

—Sí —contestó ella—. Confío en ti, Merrick.

Despacio, él se quitó la camisa por la cabeza. Anne nunca le había visto sin camisa, y pronto se dio cuenta de que era algo que querría hacer muy a menudo en el futuro. La piel de él brillaba bajo la luz de la luna.

Tenía el pecho cubierto por un fino vello oscuro que se convertía en una fina línea que bajaba por encima del musculoso estómago y desaparecía debajo de los pantalones. Ella deseó tocarle, lo deseó tanto que alargó la mano y le pasó los dedos por el pecho. Su piel era cálida al tacto, tal y como sabía que sería. Ella no sabía que un hombre podía parecer tan suave y ser tan fuerte. No había nada excesivo en todo su cuerpo. Solamente músculos de acero y una gloriosa piel bronceada.

—Eres hermoso —susurró ella.

—Ven a mis brazos —ordenó él—. Siente mi piel contra la tuya. Siente la diferencia entre nosotros.

Ella fue a él, con ganas. El contacto de su piel con la de él no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Él enredó los dedos entre el cabello de ella y tiró un poco, echándole la cabeza hacia atrás. Luego llevó sus labios hasta los de ella y la besó.

Se fundieron en un beso en que sus bocas parecieron soldarse, las lenguas batallar y toda suavidad desapareció con la brisa de la noche. El vello suave del pecho de él le acariciaba los pezones y le despertó una corriente entre los muslos. Él la tumbó sobre la sábana sin que se separaran las bocas, piel contra piel. Cuando la cabeza de ella, acompañada por la mano de él, tocó el suelo, él terminó de besarla. Merrick la miró, hipnotizándola con sus extraños ojos nocturnos; luego se inclinó para besarle el cuello.

Luego fue bajando hasta que encontró un pezón y se lo introdujo en la boca con tanta profundidad que ella le clavó las uñas en los hombros. Ella levantó las caderas,

como si fuera presa de una fuerza incontrolable. Empezó a sentir una pulsación cosquilleante entre las piernas. Despacio, la mano de él empezó a recorrer su cuerpo hacia abajo. Llegó hasta el lazo del pantalón y lo soltó, luego se lo bajó por encima de las caderas y de las piernas.

Anne era una persona recatada por naturaleza, y no era tan sencillo dejar el pasado atrás en una noche. Pero cuando Merrick volvió a besarla de nuevo, empezó a relajarse. Mientras la distraía con la habilidad de su boca, empezó a demostrarle la habilidad que tenía con los dedos.

El primer contacto la sobresaltó; notar su mano allí, en un punto que ningún hombre le había tocado antes. Él no la tranquilizó con palabras suaves, sino que continuó besándola mientras le acariciaba los rizos que le cubrían la vulva. No era tan raro, decidió Anne, más distraída por su lengua dentro de su boca que por el objetivo que esa mano pudiera tener.

Al ver que ella no se resistía, él empezó a ser más insistente. Con suavidad, le introdujo un dedo entre los labios y empezó a acariciarle el punto que, seguramente, concentraba todo el placer de ella. Anne se quedó sin respiración e intentó cerrar las piernas.

—No lo hagas —le dijo él con suavidad—. No me cierres el paso. Déjame que te dé placer antes de hacerte daño.

Ella se ruborizó de incomodidad.

—Yo... yo estoy húmeda aquí, por algún motivo.

Él sonrió y le dio un suave y rápido beso.

—Si no lo estuvieras, yo no estaría haciendo bien mi trabajo. Estás húmeda ahí para que nuestros cuerpos se puedan unir. Eso me da la bienvenida dentro de ti, así que no me cierres el paso.

Anne intentó relajarse. Nunca se había imaginado lo que era tener intimidad con un hombre, pero había creído que sería un asunto rápido en el cual ambos dejarían al descubierto las partes necesarias para completar el acto y que luego se recompondrían la ropa y se irían a dormir.

—¿Puedo tocarte yo a ti también? —le preguntó—. Quiero decir, ¿donde yo quiera?

Él arqueó una ceja.

—¿Tienes curiosidad?

—Sí —respondió ella.

Él se inclinó y la besó de nuevo.

—Mi cuerpo es tuyo esta noche. —Él se detuvo de repente, se quitó las botas y luego se llevó las manos para desabrocharse el pantalón. Anne se puso de costado, se colocó una mano debajo de la cabeza y lo observó. Pensó que él se tomaba un lapso de tiempo anormalmente largo para desabrocharse los pantalones. Ella pensó que él se demoraba adrede, que debería ser más modesto de lo que fingía ser, pero entonces se dio cuenta de que se había quedado sin aliento y que había clavado los ojos en los

dedos de él mientras desataba el cordón: él hacía lo que hacía para darle placer.

Finalmente, el cordón quedó desatado y él se bajó el pantalón por las caderas, por las piernas y se lo quitó por los pies. Se enderezó y se quedó de pie delante de ella, desnudo. Ella supuso que había abierto mucho los ojos: como dos lunas gemelas. Le vinieron a la mente la palabra que esas señoritas de la feria habían pronunciado: semental; con razón.

—¿Te gusta lo que ves, Anne?

Ella le miró a la cara. Las sombras ocultaban sus facciones, pero los ojos todavía mostraban un brillo azul. Despacio, le recorrió el cuerpo con la mirada, descendió por debajo de los hombros anchos, el pecho musculoso y el abdomen plano, hasta el miembro que se erguía, orgulloso y bastante impresionante, desde su cuerpo. Tenía las caderas delgadas, los flancos suaves; las piernas musculosas eran largas y estaban cubiertas por un vello oscuro.

—Sí —susurró ella—. Sea cual sea tu linaje, eres un buen espécimen de hombre.

Él se acercó a ella y se agachó a su lado. Aunque tenía los ojos encendidos, su tacto era suave. La besó con suavidad; jugó con sus labios hasta que ella llevó los brazos alrededor de su cuello y enredó los dedos entre su cabello. Él se tumbó al lado de ella y la tomó entre los brazos. El contacto de piel contra piel, de macho contra hembra, le calentó el cuerpo y acabó con todas las defensas que pudieran quedarle. Lentamente, él le pasó un dedo desde el cuello hasta el ombligo, y luego hasta más abajo.

—Quiero tocarte, saborearte, y hacerte mía... para siempre.

Ella lo quería, también. Ser reclamada por él, reclamarle a él a su vez. Con valentía, alargó una mano y le tocó, le pasó el dedo índice por el pecho amplio, por el estómago plano, y lo llevó hasta su sexo. Él hizo un gesto raro y Anne apartó la mano rápidamente de él.

—¿Te he hecho daño? —le susurró.

—No —le aseguró él—. Sólo es que me ha pillado un poco por sorpresa.

Ella volvió a alargar la mano y a tocarle.

—¿Está siempre tan., tan...?

—No —le dijo—. Aunque cuando estoy a tu lado, sí, casi siempre.

Ella quiso preguntarle más cosas, pero él se inclinó hacia ella y volvió a besarla. Anne era inocente, pero no tanto como para no comprender que la charla había terminado. Él bajó un poco y le besó el cuello; luego bajó un poco más. Mientras jugueteaba con sus pezones entre sus dientes y con la lengua, le bajó la mano hasta la vulva y ella no le cerró el paso. La acarició en el mismo punto que le había acariciado antes, la acarició hasta que ella empezó a morderse el labio y a moverse acompañando la presión que ejercían sus dedos. Sintió que dentro de ella se creaba una fuerza, una necesidad desesperada, un hambre que no había sentido nunca antes.

Ahora su respiración se volvía agitada. Le clavó las uñas en la espalda y empezó a moverse como si no tuviera ningún control de su propio cuerpo. Él aumentó la

presión y luego le deslizó un dedo dentro de la vagina. Inmediatamente, ella casi se levantó de la sábana.

—Con suavidad —le dijo él, sus labios contra los de ella, y Anne pensó que ése era el mismo tono que empleaba para tranquilizar a los caballos nerviosos. La presión de sus dedos cesó y ella deseó lloriquear, suplicar, pero no estaba segura del motivo. Con suavidad él le hizo abrir las piernas con sus rodillas y luego se instaló entre sus muslos. Instintivamente, Anne se tensó debajo de él, pero él la besó, distrayéndola, y ella, al ver que él no hacía ningún movimiento, empezó a relajarse, a saborear la sensación de los labios de él sobre los suyos, de su lengua dentro de su boca moviéndose a un ritmo que ella quiso imitar con los labios por alguna extraña razón.

Él deslizó la mano entre ambos y reanudó la tortura. Él le había dicho que se suponía que debía estar húmeda en ese punto, y Anne se alegraba de ello, porque si no, se hubiera sentido terriblemente avergonzada. Él utilizó esa humedad para acariciar su botón sensible hasta que ella sintió que algo iba a romperse en su interior. Entonces le sintió colocarse en la entrada de su pasaje femenino.

Él le resultaba grande allí, igual que grande era el resto de su cuerpo, y ella notó que la empujaba con la punta del miembro. Él se fue moviendo poco a poco dentro de ella y ella se quedó sin respiración, notando la presión. Él también aguantó la respiración, pero se trataba de una inquietud distinta a la de ella, pensó.

—Mierda —susurró él—. No debería ser tan agradable. Estoy intentando ir despacio contigo, Anne. Es realmente difícil hacerlo cuando es tan agradable.

Y después de haber dicho esto, se clavó dentro de ella. El dolor fue agudo y penetrante, y la pilló por sorpresa. No chilló, aunque la exclamación que logró contener era fuerte. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, por un momento, se preguntó cómo había conseguido él seducirla y llevarla hasta ese estado. Él la penetró con profundidad y ella se preparó a sentir más dolor, pero éste no llegó. No era que no le notara dentro de su cuerpo; sí, notaba toda su envergadura que la llenaba, la apretaba, pero ahora no había dolor, solamente había presión.

—Ahora que el dolor ha pasado, puedo darte placer —dijo él—. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza. Él le dio un profundo beso, mientras continuaba invadiendo su cuerpo con fuerza y constancia. Se movía de una forma que la estimulaba, igual que había hecho antes con los dedos. No era desagradable.

Ella levantó las caderas hacia él. Merrick contuvo el aliento y embistió con fuerza. Ella contuvo el aliento también y entonces su cuerpo tomó las riendas y su instinto, la pasión que sentía por él. El olor de él le invadió los sentidos y algo muy primitivo se despertó dentro de ella. Le clavó las uñas en la espalda, le clavó los dientes en el cuello y él se clavó más, con mayor fuerza, provocándole un gemido de placer. Ella empezó a sentir un cosquilleo y luego una vibración en el punto en que ambos estaban unidos. La desesperación la empujó a moverse, enloquecida, debajo de él. Él se apartó, la agarró por el cabello y la miró, los ojos brillantes de pasión.

Entonces fue cuando ella se rompió, cuando la presión que había aumentado hasta

esos momentos no pudo ser contenida por más tiempo. Sintió que el calor invadía todo su cuerpo, y continuó moviéndose contra él, y él también continuó moviéndose, embistiéndola, alargando el placer hasta que ella creyó que iba a morir a causa de él. Cuando ella ya creía que no podría aguantar más, él se clavó con fuerza, pronunció su nombre con un gruñido y se quedó allí, quieto, como si estuviera a punto de morir. Entonces ella le sintió estremecerse. Se sujetó a él, y notó que ambos corazones latían enloquecidos el uno contra el otro, los cuerpos de ambos cubiertos de sudor, los dos respirando rápida y descompasadamente.

Ella creyó que todo había terminado, que la tormenta que les había azotado, que les había vencido y que les había echado a la orilla, dejándoles incapaces de hacer otra cosa que quedarse tumbados y exhaustos, había pasado. Pero entonces Merrick soltó un gruñido y se apartó de ella. Se dobló en dos, sujetándose el estómago.

Anne se recostó de lado, inquieta. Se sentía como si no tuviera ni un hueso en todo el cuerpo.

—¿Qué sucede, Merrick?

Él no respondió, pero su cuerpo hacía unos extraños movimientos. Anne no tenía experiencia en hacer el amor, pero no le pareció que eso formara parte de ello.

—Merrick —insistió otra vez—. Mírame. ¿Dime qué va mal?

Él echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos tenían un brillo azul, y eso no era algo que ella no hubiera visto antes, pero en el momento en que él abrió la boca para respirar, la luz de la luna se reflejó en sus dientes y no eran los mismos de antes. Sus colmillos se habían hecho más grandes. Ella le tocó el rostro y él la sujetó por la cintura. Anne casi gritó. Él tenía los dedos torcidos, y las uñas sobresalían de ellos, como garras.

Merrick bajó la vista hasta sus manos, de la misma forma que había hecho ella, y la soltó inmediatamente.

—¿Qué es lo que soy? —susurró, confuso—. ¿Qué es lo que soy? —gritó, en un tono de agonía mientras su cuerpo empezaba a convulsionarse y a contorsionarse.

Anne se apartó de él. Tomó la sábana del suelo y se cubrió con ella. Temblando, le observó. Ambos se sentían indefensos y aterrorizados. Lo que ella estaba presenciando allí no podía ser real. Esas cosas solamente ocurrían en las pesadillas. Merrick todavía estaba tumbado en el suelo, desnudo, contorsionándose, pero mientras ella le observaba, su cuerpo empezó a verse cubierto por una capa de vello. Sus piernas se encogieron, le cambiaron los rasgos de la cara, y ese hombre que había estado tumbado encima de una sábana, se transformó en un animal que con gran agilidad se puso en pie sobre sus cuatro patas y se quedó mirándola en la oscuridad.

—¿Merrick? —susurró ella.

La bestia no respondió. En lugar de eso, miró hacia el cielo, a la luna llena. El lobo aulló, y en ese sonido desgarrado Anne percibió todo el dolor y la rabia de un hombre que había sido traicionado.

El animal bajó la cabeza y miró a Anne. Arrugó el hocico, mostrando unos colmillos impresionantes. «Amada por él, en forma de hombre; asesinada por él, en

forma de bestia.» Esa idea apareció en la mente de Anne antes de que empezara a verlo todo negro, como si la oscuridad la rodeara por los cuatro costados y la engullera por entero.

LA luz del sol que se filtraba a través de los árboles despertó a Anne. Estaba enroscada y tenía la sábana arrugada a su alrededor. Por un momento fue incapaz de recordar dónde estaba y por qué. Intentó moverse, pero sus músculos protestaron. El dolor entre los muslos de la noche anterior volvía a aparecer. Se sentó con un gesto brusco y miró alrededor del campamento.

Merrick se encontraba sentado encima de un tronco y la miraba. Se había vuelto a poner el pantalón y estaba sentado con una sábana encima de los hombros, temblando. Volvía a parecer humano, otra vez... o casi. Tenía una mirada angustiada.

—¿Qué me ha sucedido, Anne?

Ella no quería pensar en eso. Deseaba desesperadamente fingir que la noche anterior no había pasado nada... por lo menos hasta cierto punto.

—Te convertiste en lobo.

Él parpadeó, confuso.

—¿Qué quieres decir? ¿Actué como una bestia?

Anne tenía dificultades en comprender qué había sucedido la noche anterior, y mucho más en explicarlas, y más a la persona a quien le habían sucedido. Solamente podía ser directa.

—No, Merrick. Un lobo. Un animal. Te convertiste en un lobo ante mis propios ojos.

Él se pasó una mano temblorosa por el pelo; luego mantuvo la mano un poco levantada y se la observó.

—Lo que dices es imposible.

—Es posible —replicó ella, envolviéndose mejor con la sábana, pues el aire de la mañana era frío—. Nunca lo habría pensado... hasta la otra noche.

Él se levantó y se quitó la sábana.

—Debemos de haberlo soñado —dijo, y la mirada que le dirigió le suplicaba que estuviera de acuerdo con él.

¿Podía Anne fingir que estaba de acuerdo con él? Toda su vida había sido un engaño hasta ese momento. Debía ser honesta con él y consigo misma.

—Tus dones —le dijo—. ¿Podría ser que éste fuera uno de ellos?

—¿Dones? —gruñó él—. Si me sucedió lo que dices que ocurrió, eso no es un don, Anne. Es una maldición.

—¿Qué es lo que recuerdas de la otra noche? —preguntó ella.

Él suavizó un momento su expresión de enojo. Merrick se colocó al lado de Anne y se agachó.

—Nosotros —respondió—. Juntos. Siendo uno. Luego, el dolor. El horrible dolor. Después de eso, nada, hasta que me he despertado desnudo y temblando en el bosque esta mañana.

Anne bajó la vista hasta sus manos con las que sujetaba la sábana.

—Creí que iba a morirme —confesó ella, volviendo a mirarle—. Cuando te quedaste de pie delante de mí con forma de lobo, creí que ibas a matarme.

A Merrick se le humedecieron los ojos y apartó la mirada de ella.

—Nunca te haría daño, Anne. Me quitaría la vida antes que permitir que yo, bajo cualquier forma, pudiera hacerte daño. —Volvió a mirarla—. Tengo que irme de aquí.

Ése tenía que haber sido su día de boda. Y no, no hubiera sido una gran celebración con flores y una iglesia y toda la sociedad presente, pero fuera lo que fuese, tenía que ser suyo. La otra noche Anne encontró todo lo que buscaba en ese hombre. No podía dejar escapar ese sueño.

—Quizá no vuelva a suceder. —A lo mejor era una idea fantasiosa, pero Anne no estaba segura de no tener razón. Quizá la otra noche ambos estuvieran drogados, drogados el uno del otro, y por eso ella había creído que él se había convertido en un lobo.

—¿Y si vuelve a suceder, Anne?

—¿Y si no vuelve a suceder? —replicó ella.

Él la miró a los ojos un largo momento y le dijo:

—De acuerdo. Voy a esperar una noche más. Espero que no sea un error, Anne.

Merrick se fue a cazar por la tarde. Sus sentidos, siempre más agudos, según sospechaba, que los de un hombre normal, ahora se encontraban afinados diez veces más. Oía de una manera que no había oído nunca antes. Podía detectar movimientos entre la maleza a una distancia que resultarían invisibles a cualquier mortal. A veces, al detectar a un animal, no lo veía a él en absoluto sino a la sangre que le corría por las venas.

¿Era posible que lo que Anne decía que había ocurrido la otra noche hubiera ocurrido de verdad? Le habían estado pasando imágenes por la cabeza durante todo el día. Imágenes de los dos juntos, haciendo el amor, luego el dolor, la visión de su mano cubierta de pelo y con garras. Se sentía casi enfermo cuando lo recordaba... enfermo, pero mientras veía a Anne moverse por el campamento también sentía otra cosa. Algo primario. El instinto de aparearse con ella otra vez.

Merrick meneó la cabeza e intentó desconectar de ese pensamiento. Había dejado su semilla en Anne la noche anterior, seguro de que iba a casarse con ella al día siguiente. Si ahora él era esa bestia, hombre durante el día y animal durante la noche, no podía casarse con ella. Y quizá había plantado la semilla de un bastardo. Él debería saber mejor que nadie que no debía hacerle eso a ningún niño.

—Anne, ven aquí —la llamó.

Ella levantó la vista mientras echaba un montón de ramas en el fuego, donde se estaba asando la cena. Había esperado que ella mostrara cierta cautela con él, pero

ella no dudó en ir hasta él.

—¿Qué sucede, Merrick?

Ella se puso delante de él, tan hermosa, sus ojos con una expresión de preocupación... preocupación por él, se dio cuenta.

—Siéntate. —Hizo un gesto hacia un lugar que había a su lado.

—Pero la cena... —empezó ella.

—Puede esperar —terminó él.

Anne se sentó a su lado. Él le tomó la mano, delicada, con la suya.

—Esta noche, cuando la luna esté alta, si sucede otra vez, quiero que me hagas una promesa.

—Ese árbol —dijo Anne, señalando en la dirección donde tenían el lecho—. Puedo trepar fácilmente si...

—No —la interrumpió él, mirándola a los ojos con insistencia—. No quiero que escapes de mí, Anne. —Merrick sacó la pistola de la cartuchera y se la dio—. Quiero que me mates.

Los hermosos ojos de ella le miraron, muy abiertos. Rehusó tomar el arma que él intentaba ponerle en la mano.

—No, Merrick —dijo ella, sin aliento—. No me pidas que haga esto. Te amo.

Él sintió un pinchazo en el corazón. Le tomó la mano y le obligó a que la sujetara.

—Si me amas, lo harás por mí, Anne. Yo no tengo vida. Un hombre durante el día, una bestia durante la noche. Estaré mejor muerto.

A Anne se le llenaron los ojos de lágrimas, y negó con la cabeza.

—Puedes tener una vida, Merrick. Una vida conmigo. Tal y como habíamos planeado. He estado pensando. Podríamos ir a ver a los hermanos Lupus...

—No —la interrumpió él—. No voy a suplicarles. Tengo mi orgullo, Anne. Si son los de mi sangre, nuestro padre no quería que tuvieran nada que ver conmigo, porque si no fuera así, él se hubiera ocupado de que me hubieran criado con ellos. Se hubiera ocupado de que me conocieran antes de morir.

—Pero quizá ellos sepan qué es lo que te sucede —insistió Anne—. Se dice que están malditos. Quizá la maldición no sea de locura, como todos creen. Quizá sufran lo que tú ahora sufres. Quizá conozcan una forma...

—Anne —dijo él, ahora con mayor amabilidad—. ¿No lo ves? Eso es porque nuestro padre debía de saber que algo estaba mal en mí y por eso me mantuvo en secreto, escondido, avergonzado e incómodo por mi causa. No, no voy a ir a verles.

Ella dejó la pistola en el suelo y se levantó. Le miró.

—¿Prefieres morir? —le preguntó—. ¿Es eso, Merrick? ¿Tu orgullo vale más que tu vida, que nuestra vida juntos?

Él se levantó y la miró directamente a los ojos.

—Nosotros no tenemos ninguna vida juntos —dijo, como si fuera un niño torpe—. No, si eso sucede otra vez esta noche. Ahora prométemelo.

Anne negó con la cabeza.

—No te lo voy a prometer. No creo que me hagas daño, Merrick. Hubieras podido hacerlo ayer por la noche. Yo estaba inconsciente. Quizá no recuerdes qué sucedió, pero creo que continúas siendo tú de alguna forma, incluso aunque la bestia te haya poseído físicamente.

—También creías que tu tía y tu tío se preocupaban más por ti que por tu herencia —le recordó él, desagradable. Ella se apartó un paso de él, como si la acabara de golpear, y él se sintió como una bestia—. Perdóname —le dijo con suavidad—. Ha sido cruel decirte eso.

Anne enderezó la espalda y levantó la cabeza.

—La verdad a menudo es cruel. Así que ya que hablamos con honestidad, quizá debas examinar tus propios motivos para rechazar cualquier tipo de ayuda por parte de nadie. Creo que te gusta, Merrick, ser un bastardo. Estar amargado. Desear venganza. Si tienes todo eso, entonces no necesitas nada más, ni a nadie. No tienes que ser responsable. No tienes que dar nada. No tienes que triunfar ya que sientes que tu padre ha fallado. No tendrás que mirarte un día en el espejo y darte cuenta de que eres como él.

—¡No soy como él! —Merrick no había tenido intención de chillar, ni de sobresaltarla, pero, diablos, no se parecía en nada a ese hombre que debió de haberle engendrado. Él nunca abandonaría a un hijo suyo... ¿o sí? Por lo que sabía, podía estar haciéndolo en ese momento. Merrick ya no tenía hambre. Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo solo. Se alejó.

Casi esperaba que Anne le detuviera, pero no lo hizo. Era mejor que no lo hiciera. Su hambre física había desaparecido, pero su hambre de ella era otro asunto. Él la deseaba. Pero si no podía poseerla en el amor, no debía hacerlo en la lujuria. El hombre sabía eso... pero la bestia que llevaba dentro lo ignoraba.

ANNE se había dormido, y Merrick la despertó. Se metió en el lecho desnudo. Ella había empezado a temer que él no iba a volver. Había estado yendo a ver a los caballos, atados en un prado cercano, para asegurarse de que el semental continuaba al lado de la yegua. Anne había comido, había limpiado el campamento, y había hecho todo lo que se le había ocurrido para pasar el tiempo; luego, como no tenía nada que hacer, le había entrado sueño.

—Anne —le dijo él en voz baja, atrayéndola hacia sí. Ella se acercó a él y se acurrucó en su calidez. Tenía el pelo húmedo: era evidente que había encontrado un riachuelo y se había bañado, y ella deseaba hacer lo mismo. Sólo había podido lavarse lo mejor que había podido, con el agua de las botellas.

—¿Sabes que tu olor atraviesa el bosque y me encuentra esté donde esté? —le preguntó él, mordisqueándole el cuello con ternura—. Tu olor siempre me va a hacer volver a ti. No me puedo resistir.

Las manos de ella le acariciaron como si ella no tuviera ningún poder sobre ellas. ¿Era posible que ella y Merrick hubieran estado soñando la otra noche? ¿Era posible que dos personas, unidas en cuerpo, alma y corazón, compartieran la misma pesadilla?

Más que otra cosa, Anne deseaba creer que podían, que, de hecho, eso era lo que había sucedido. Sus manos, acariciando su piel cálida y suave, le hacían evidente que él era sólo un hombre. Él se apretó contra ella y ella notó su deseo. Se le aceleró el pulso. Anne cerró los ojos y se negó a pensar en lo que había pasado la otra noche. Con los ojos cerrados no podía ver si los ojos le brillaban con un tono azul en la noche.

—Bésame —le susurró ella.

Él lo hizo, con gran suavidad, lo cual casi le rompió el corazón. A él le temblaba el cuerpo de deseo por ella y, a pesar de ello, sus labios eran tiernos. En ese instante ella supo que nunca debía temerle. No importaba si habían compartido una pesadilla o si la pesadilla había sido real: Merrick no podía hacerle daño. Fuera quien fuera, fuese lo que fuese, ella le amaba.

Enredó sus dedos entre su cabello y le colocó los labios contra los de él, los abrió y le invitó a entrar en ellos. Él lo hizo. La ternura desapareció con una pasión apabullante. De repente, él empezó a tirar de sus ropas, y ella hizo todo lo posible por ayudarle. Entre besos, su respiración era cada vez más agitada. Las manos de él corrieron por todo el cuerpo de ella, por sus pechos, por su estómago, por entre sus muslos.

Ella ya estaba húmeda para él cuando sus dedos empezaron a acariciarla. Él gimió con sus labios fusionados con los de ella y le abrió las piernas con las rodillas. Él se había mostrado suave al entrar la noche anterior. Esa noche embistió directamente, penetrándola con un suave empujón que la obligó a contener el aliento.

—Rodéame con las piernas, Anne —le ordenó.

Sin dudarle, ella le obedeció. Él la sujetó por las caderas y la penetró con fuerza otra vez, y otra y otra y otra hasta que ella tembló y arqueó la espalda tanto por placer como por dolor, sujetándose a él mientras él les conducía a ambos hasta el límite de la cordura. Él se volvió primitivo, le mordía el cuello, pero no con la suficiente fuerza para hacerle sangre, y ella, a su vez, le clavó las uñas en la espalda, le animó a que siguiera, se volvió tan primitiva como él. La tensión aumentó en su cuerpo, creció hasta que explotó. Arqueó el cuerpo hacia él y pronunció su nombre en un grito. Él embistió con fuerza una vez y se sintió latir dentro de ella, sintió que había derramado su semilla.

Ella se quedó sujeta a él, ambos respirando con dificultad y sus corazones latiendo salvajemente el uno contra el otro... entonces el primer espasmo de dolor le asaltó. Merrick se apartó de ella bruscamente.

—La pistola, Anne —gruñó—. ¡Toma la pistola! Ella se sentó, se cubrió los pechos desnudos con la sábana y le miró. Le brillaban los ojos con un tono azul, pero incluso en la oscuridad pudo ver que los tenía llenos de lágrimas.

—Por favor, Anne —se esforzó él—. Me moriría si te hiciera daño. Te amo.

Ella alargó la mano y le tocó el pelo, se lo apartó del rostro.

—Confío en ti, Merrick. Ahora tú debes encontrar la fuerza de confiar en ti mismo.

—¡Maldita seas, Anne! —gritó él—. Tu corazón confiado te va a matar.

Otro espasmo, más fuerte, le asaltó. Anne se apartó de él. Se colocó contra el árbol al que le había dicho que treparía si se sentía amenazada, pero no se dispuso a hacerlo. La pistola se encontraba en una bolsa que había colocado en la base del árbol. Con manos temblorosas, metió la mano y sacó el arma.

Delante de ella, encima de la sábana en que acababan de hacer el amor, Merrick realizó la danza del lobo. Su cuerpo se retorció. Primero fue una espesa capa de pelo la que cubrió su cuerpo, luego aparecieron los dientes, los colmillos, su cuerpo disminuyó de tamaño y desapareció. El lobo se puso en pie rápidamente.

A pesar de lo que ella le había dicho a Merrick, su primer instinto fue agarrar con fuerza la pistola, levantarla y apuntar a la bestia. El animal la miró directamente a los ojos. Eran los ojos de Merrick que la miraban desde la cabeza de un lobo. Anne bajó la pistola.

—Si quieres matarme, adelante —dijo, con suavidad—. Pero el hombre que hay en ti se enojará mucho.

El lobo inclinó la cabeza a un lado. Al cabo de un momento se dio la vuelta y desapareció en la noche. Anne exhaló el aire que había estado reteniendo. Dejó la

pistola a su lado y se apretó la sábana alrededor de su cuerpo. Esperaría a la mañana para saber si Merrick le había dicho la verdad. Si su olor siempre iba a hacerle volver.

Anne pasó la noche entera esperando, escuchando, con la esperanza de que Merrick volvería en la forma del hombre a quien amaba. Oyó el chasquido de una rama y levantó la cabeza. Merrick estaba desnudo entre los arbustos y temblaba bajo el aire de la mañana. Anne se sujetó la sábana, se levantó y fue hasta él. Se miraron el uno al otro un momento y Anne dio un paso hacia él, abrió la sábana y le rodeó con ella a su lado. Tenía la piel helada.

—¿Por qué no hiciste lo que te dije que hicieras, Anne? —le preguntó, los labios pegados a su cabello—. Ahora los dos sabemos que no había sido un sueño que hubiéramos compartido.

—Y los dos sabemos que no me hiciste daño —replicó ella.

—Sí —gruñó él.

Ella inclinó la cabeza y le miró.

—¿Por qué tienes que creer lo peor de ti mismo, Merrick?

Él la miró a los ojos con dureza.

—¿Y cómo es posible que estés aquí conmigo, compartiendo tu calor, ahora que sabes lo que soy?

Ella apretó la sábana alrededor de ambos.

—Porque te amo —respondió ella—. Eso es el amor, Merrick. Es incondicional. ¿Es que tu amor por mí no es igual?

Él se quitó la sábana de encima y se apartó de ella. Caminó hacia el lugar donde había dejado su ropa la noche anterior y empezó a vestirse.

—Es precisamente porque te amo que debo hacer lo mejor para ti, Anne. Voy a llevarte a Londres.

Ella sintió que se le rompía el corazón.

—¿A Londres?

—Seguro que allí tienes amigos con quienes puedas instalarte. Encontrarás a un hombre adecuado, tal y como deberías haber hecho desde el principio.

Anne le miró con el ceño fruncido.

—No voy a irme. Estamos a un día a caballo de Gretna Green y tengo intención de ir allí y casarme contigo, tal y como acordamos.

Merrick se puso la camisa por la cabeza.

—No voy a casarme contigo, Anne. No ahora.

Ya estaban otra vez en lo mismo. Anne sintió que la frustración le retorció el estómago.

—Entonces me vas a llevar a casa —dijo ella—, no a Londres.

Merrick hizo una pausa mientras se vestía y se frotó la frente.

—No puedes volver allí y tú lo sabes. No hasta que...

—No voy a casarme con otro —le interrumpió ella—. Iré a casa y haré lo mejor que pueda con mi vida, más sabia ahora con respecto a mi tía y a mi tío. Quizá con el

tiempo tú vuelvas. Quizá, con el tiempo, me amarás como yo te amo.

Él soltó una palabrota y se acercó a ella con paso decidido.

—No es que no te ame, Anne. Sabes que te amo. Pero...

—Pero tu orgullo te impide tener todo lo que debería ser tuyo —le interrumpió ella otra vez.

Merrick se preguntó qué pasaba con esa chica. ¿No se daba cuenta de que era imposible que estuvieran juntos ahora? ¿De que él estaba maldito? ¿De que ella también cargaría con la maldición, a su lado? Lo hubiera sido igualmente sin tener en cuenta qué era él, solamente por quién era él. Había sido una locura por su parte el haber accedido a su propuesta de matrimonio. ¿En qué había estado pensando? ¿En que ella podía hacerle mejor de lo que era?

Ya le había hecho mejor de lo que nunca había creído que sería. Había sido amado por una mujer como ella. La idea de vengarse contra los de su clase había desaparecido ante la maravilla de su amor. Él había juzgado a todo el mundo a partir de las acciones de un solo hombre. Anne le había demostrado que todavía quedaba bondad en el mundo, que se podía encontrar amabilidad en los demás, sin importar si vivían en una gran casa o en un establo.

Gracias a ella había sentido esperanza. Esperanza de ser capaz de erigirse por encima de quién era y de convertirse en un hombre mejor. Ahora sabía que ser un hombre mejor no tenía nada que ver con en qué lugar de la sociedad nacía uno ni en dónde tenía uno su casa. Pero había aprendido esas lecciones demasiado tarde. Ahora ni siquiera era un hombre. Era otra cosa.

Merrick bajó la mirada hasta Anne, que se había quedado de pie, envuelta en la sábana, con la cabeza alta. Incluso sin sus buenas ropas y buenos modales, ella era una auténtica dama. A su madre le hubiera gustado. Y Anne tenía razón. Era su maldito orgullo lo que le hacía ser menos de lo que podía ser. Siempre había sido su orgullo.

—¿Qué quieres que haga, Anne?

Ella le miró con expresión más tierna.

—Quiero que te cases conmigo, Merrick. Quiero que vayas a ver a tus hermanastros y que hables con ellos acerca de lo que te ha ocurrido. Si ellos te invitan a compartir su vida, entonces debes aceptar y declararles tu familia. De la misma manera que haré yo.

Él respiró profundamente. Era difícil dejar a un lado el orgullo, pero por ella lo haría.

—Si ése es tu deseo, Anne. Por ti voy a renunciar a mi orgullo. Por ti haré cualquier cosa.

A Anne se le iluminó el rostro y su sonrisa estuvo a punto de dejarle ciego. Ella alargó una mano hacia él, pero de repente el dolor volvió a asaltar a Merrick. Se dobló y se llevó las manos a las rodillas, intentando respirar. La siguiente punzada de dolor le hizo caer al suelo.

—¡Merrick!

La voz de Anne le llegó como desde muy lejos. Merrick tenía la frente perlada de sudor. Esto no podía estar sucediendo. Estaban a plena luz del día, no era de noche y no había luna llena en el cielo. ¿Era posible que la maldición se hiciera más fuerte a cada día que pasaba? ¿Iba a dejar de ser un hombre muy pronto?

—¡Merrick!

Notó la mano de Anne sobre su hombro y se apartó de ella.

—No, Anne —le advirtió—. Apártate. Está sucediendo otra vez. —Miró, frenético, por el campamento—. ¡La pistola, Anne! ¿Dónde está?

—No voy a utilizarla. No la necesito —dijo ella, agachándose a su lado—. Confío en ti, Merrick. Tú todavía no has aprendido a confiar en ti mismo.

Ella era vulnerable. Ni siquiera llevaba puesta la ropa que pudiera protegerla de sus dientes, de sus garras, si él la atacaba. Era fácil tener confianza cuando él podía controlarse a sí mismo, pero cuando el animal le poseía...

—¿Dónde está la pistola? —repitió, y otra punzada de dolor le desgarró el estómago.

Ella no respondió, pero sus ojos se dirigieron hacia la bolsa que había al pie del árbol donde había extendido el lecho para pasar la noche. Merrick se puso en pie, tambaleándose, y fue hacia la bolsa. Anne le siguió y ambos tomaron la bolsa al mismo tiempo.

—¡No, Merrick! —sollozó ella.

Él la empujó a un lado, introdujo la mano en la bolsa y sacó la pistola. Sintió la pistola fría en la mano y él estaba temblando con tanta violencia que se preguntó si sería capaz de quitarle el seguro y de disparar. No estaba dispuesto a vivir su vida como un animal. Sujetó el arma con firmeza y miró el largo y brillante cañón; luego levantó la mirada hasta Anne. Los hermosos ojos de ella estaban inundados de lágrimas, y tenían una expresión suplicante y amorosa. Ella tendió una mano hacia él.

—No me hagas esto —le susurró—. Si acabas con tu vida, acaba también con la mía.

Él dudó.

—Confía en ti, Merrick —le dijo—. Confía en mí.

¿Podía hacerlo? Él nunca había confiado en nadie aparte de en su pobre madre. Y ella una vez había confiado en un hombre. En un hombre que la había dejado de lado rápidamente en cuanto supo que ella llevaba a su hijo. Merrick había aprendido que formaba parte de la naturaleza humana el tomar el camino más fácil. Y eso había hecho él... hasta ese momento. Despacio, bajó el arma.

—Por ti, prometí que haría cualquier cosa. Confiaré igual que tú confías en mí, Anne.

De repente, Merrick cayó hacia atrás, contra el árbol. Se quedó sin respiración y en cuanto abrió la boca para inhalar, de ella se desprendió una luz azul. Se le nubló la vista. Le quemaba la garganta. Le caían lágrimas por el rostro y no podía ni cerrar la

boca ni respirar. Esa luz fue tomando una forma muy especial, la forma de un lobo. Y sólo cuando esa forma se hubo completado y colocado entre él y Anne, pudo Merrick inhalar. El animal le miró mientras él se esforzaba por respirar con normalidad. Merrick le devolvió la mirada.

—Fuera de aquí, lobo —le gruñó.

La forma se perdió lentamente en el bosque.

—¡Merrick! —Anne se colocó a su lado, y las manos frías le apartaron el pelo del rostro—. ¿Qué ha sucedido?

Él no estaba seguro... pero se sentía distinto en esos momentos. Distinto a como era antes. Era casi como si se hubiera vuelto ciego, sordo, pero no, simplemente era que sus habilidades se habían debilitado y se habían convertido en lo que suponía eran los sentidos normales de la gente. Levantó la vista hasta el pálido rostro de Anne.

—Creo que se ha marchado de mí —le dijo—. Los dones, la maldición, o lo que fuera. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —susurró ella—. ¿Estás seguro, Merrick?

Lo estaba, y Merrick todavía no sabía cómo se sentía al respecto. Los dones habían formado parte de él; la maldición solamente había aparecido recientemente. Ahora era solamente un hombre. Pero no, era un hombre enamorado de una mujer. Una mujer que se quedaría a su lado, con o sin maldición.

—Estoy seguro —respondió.

Anne parecía bastante asombrada por lo que acababa de suceder.

—¿Qué vamos a hacer?

Sólo había una cosa que hacer. Continuar con su vida. Él tomó la mano helada de Anne y le besó los dedos.

—Pienso que deberíamos partir hacia Gretna Green. Tengo pensado casarme contigo hoy mismo, Anne.

Ella sonrió con labios temblorosos, pero era una mujer más fuerte de lo que creía. Entonces, frunció el ceño.

—Se me acaba de ocurrir que no tienes apellido para darme, Merrick.

Él pensó en eso, pero sólo un momento.

—Mi nombre es Lupus, Merrick Lupus, y estoy pensando que después de casarnos iremos a ver a mis hermanastros. Quizá necesitemos su ayuda en los días venideros.

A ella se le inundaron los ojos de lágrimas.

—¿Harías eso por mí?

Merrick la tomó entre sus brazos.

—Ya te dije que haría cualquier cosa por ti, Anne.

—¿Cualquier cosa? —preguntó ella, mirándole desde esas largas pestañas.

Ella estaba desnuda debajo de la sábana, y Merrick pensó que no iba a tardar mucho en recuperarse del hecho de ser solamente un hombre. Pensó que sabía qué era

lo que quería esa señorita.

—Tenemos todo el día para ir a Gretna Green —dijo él, besándola—. ¿Qué quieres pedirme, Anne?

Ella le colocó un dedo sobre los labios para hacerle callar.

—Quiero montar tu caballo, a pelo, totalmente desnuda.

Merrick la miró desconcertado. No era el comienzo que él había imaginado para su nueva vida juntos, pero tal y como había prometido, no podía negarle nada.

—Y lo vas a hacer —le aseguró, besándola de nuevo—. Pero después de que cabalgemos juntos.

Fin